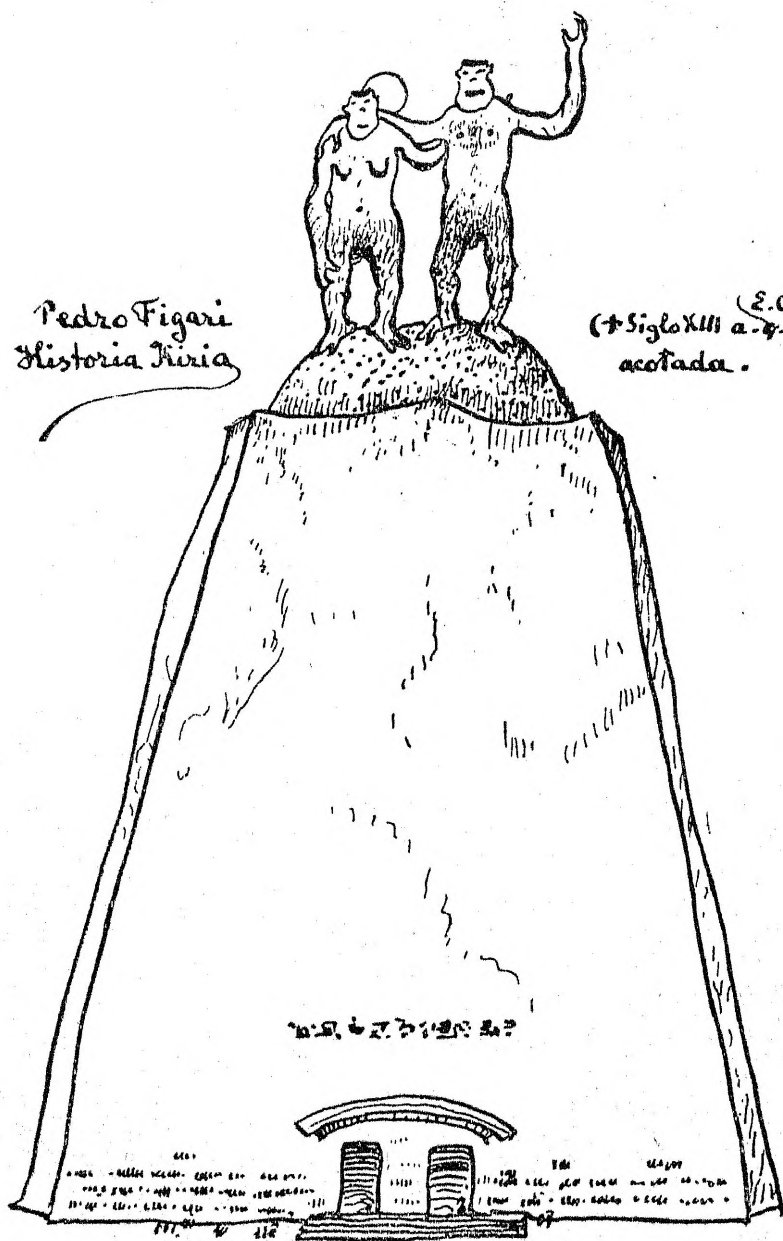


Pedro Figari
Historia Iuvia

(+ Siglo XIII a. d.)
(E.C.)
acotada.

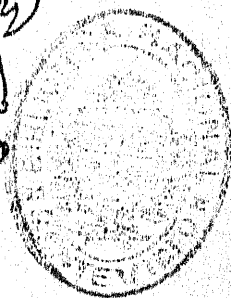


OBRAS DEL AUTOR

- EL CRIMEN DE LA CALLE CHANÁ: *Un error judicial* (un tomo y dos folletos), 1898.
- LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS: Artículos de polémica (folleto), 1907.
- EL MOMENTO POLÍTICO: *Estudio de Sociología política* (folleto), 1911.
- LA PENA DE MUERTE: *Artículos de polémica* (folleto; se mandaron compilar estos artículos por la H. Cámara de Representantes, para tratar de la abolición de aquella pena), 1912.
- ENSAYO DE FILOSOFÍA BIOLÓGICA: *Arte, Estética, Ideal* (un tomo, traducido al francés por M. Charles Lesca), 1912.
- PLAN DE ORGANIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA INDUSTRIAL (Formulado por encargo del Gobierno.—Folleto), 1915.
- EDUCACIÓN INTEGRAL, en colaboración con el arquitecto don Juan Carlos Figari Castro. (Dicho plan de reformas de fondo fué aclamado por el V Congreso panamericano del Niño, celebrado en Montevideo), 1918.
- EL ARQUITECTO: Ensayo poético, con acotaciones gráficas del autor.—Un volumen de 224 páginas, con más de trescientos grabados.—«Le Livre Libre», París, 1928.
- DANS L'AUTRE MONDE: Cuento, acotado, traducido al francés por M. Charles Lesca, 1930.

PEDRO FIGARI

HISTORIA K I R I A



EDITORIAL «LE LIVRE LIBRE»
141, Boulevard Péreire, 141
PARIS
MCMXXX

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que ordena
la ley
Copyright by Pedro Figari, 1930.

DEDICATORIA

Si se tratase de un faldero, por muy feo que fuese, ya sabría a quién debo ofrecerlo; pero se trata aquí de un chimpancé más bien, con pretensiones nobiliarias, y esto se hace menos fácil. Los graves, más o menos solemnes y entenebrecidos, no lo quieren, por cuanto piensan que les está reclamando parentesco, uno de estos parentescos decepcionantes a que está expuesto cualquiera, y esto les molesta. Claro es que el simio, con sólo mirarnos, se diría que hace reflexiones juiciosas en dicho sentido; mas, como no acierta a formularlas, nada nos cuesta el darnos por desentendidos. Peor sería que una vieja parienta pobre de campaña nos llamase a gritos en la calle, agitando su canasta.

He pensado en diversas personas a las que, por una u otra razón, me pareció importuno endilgarles este libro. Hasta me acordé de Carlos Chaplin, y, después de pensarlo un instante más, decidí como mejor el dedicarlo:

A LOS QUE MEDITAN SONRIENDO.

P. F.

NOTICIA PROLOGAL

Andaba yo una mañana por los malecones del Sena en procura de algo, según ocurre tan a menudo, sin saber qué, cuando oí este diálogo:

—Hágame un precio, cualquiera; hace ya mucho que lo tengo aquí, y me incomoda. Es muy voluminoso, y no hay espacio.

El bibliófilo volvió a mirar el abultado legajo, con sus gafas de vidrios ahumados, hojeó, y dijo:

—Ni sé en qué lengua está escrito..., sólo podría adquirirlo para recortar los diseños... ¿De qué me sirve?...

A medida que balbuceaba estas palabras se alejaba, y el mercader, al verme, sonrió con su pipa curada y sebácea entre las barbas, invitándome a interesarme, con un ademán.

Comencé a hojear, y, como nada me dijese el texto, mientras miraba los dibujos escuchaba al mercader suplicante, que repetía:

—¡Es manuscrito, señor! ¡Fíjese bien: es manuscrito antiguo!...

Confieso que la idea de que alguien en la antigüedad se hubiese esmerado en escribir tan largo con

atildada caligrafía, y el que todavía hubiese dibujado para hacerse mejor entender, me enterneció.

—Si quiere cien francos—dije yo, con fingido desgano.

—Llegue a ciento veinte, y se lo lleva—contestó el mugriento bolichero.

Cuando cerré trato ya no habría revendido yo el legajo ni por el quintuplo, pero refunfuñé, según debe hacerse siempre en caso de ganga, para despistar. Recuerdo que esto me lo aconsejó una antigua vecina, muy hábil en compras.

Dejando así contento al mercader, tomé el legajo y con él me fuí de inmediato a casa de Alí Biaba, hombre muy docto y eximio políglota, el cual, apenas fijó sus ojos divergentes en la cubierta, exclamó, no sin emoción:

—¡La historia del pueblo kirio! ¡Por Builah, qué hallazgo!... Está escrita en viejo caldeo...

El sabio, al tiempo que hacía sus exclamaciones, me abrazaba y me palmeaba el hombro, sin poder comprimir su emoción y sin desprender su ávida mirada del enorme manuscrito.

No sabía yo qué decir, puesto que por primera vez oía hablar del pueblo kirio. Ni le pregunté qué era eso de Builah, por quien había jurado, imaginando fuese uno de los tantos dioses o demonios de la antigüedad; y él, hojeando el manuscrito, lleno de curiosidad, como si hablase consigo mismo, dijo:

—Es el pueblo menos conocido y el más original e interesante de la más remota antigüedad—; y luego añadió, afirmativo—: Esto se lo oí decir muchas veces a mi abuelo Krami, el más ilustre de los historiógrafos de mi tierra.

Alí Biaba refistoleaba el legajo con fervor, y hasta con impaciencia, emocionado cada vez más. Se diría

que esperaba encontrar en aquel manuscrito algo así como la piedra filosofal, y de inmediato; pero poco después hubo como una decepción y una descarga en el espíritu de Alí Biaba. Con los ojos humedecidos, me abrazó de nuevo con ternura, y, al palmearme el hombro, oí que decía:

—¡Mi amigo, dé las gracias a Builah!...

Sólo más tarde pude comprender el sentido de esta expansión; no obstante, tan extraña actitud espoleó mi curiosidad, la que iba en aumento.

Dispusimos abordar allí mismo la tarea. Él haría en alta voz la traducción, y yo iría entretanto tomando notas.

He aquí el resultado de esta somera lectura. Va esto como un simple anticipo (1).

EL AUTOR.

París, 26 de agosto de 1928.

(1) Por no conocer el viejo caldeo, ni el subsiguiente, no he podido verificar si la traducción de Alí Biaba es rigurosamente literal, y para dar mayor amplitud a mi relato reproduzco las notas que él puso de su cuenta, conjuntamente con las impresiones y comentarios que me sugirió la versión, a medida que se hacía.



Vale más una vieja pipa
que un espejismo flamante.

(Forestio.)



SITUACIÓN GEOGRÁFICA, ETNOGRAFÍA, ETC.

¿Dónde se hallaba ubicado el pueblo kirio? Esto no es dado precisarlo, desgraciadamente. Se sabe que dicho pueblo ocupaba una enorme isla deliciosa, con una fauna y una flora riquísimas, semejantes a las de América, pero no se puede decir con fijeza sino que estaba situada, con su simbólica forma de corazón, en el océano Pacífico, y que dicha isla se sumergió de pronto, unos trece siglos antes de la Era Cristiana, en bloque, sin dejar vestigio alguno.

Hay un curioso antecedente en el manuscrito caldeo. Parece que una Comisión de sabios propuso al rey kirio Colonius III la fundación de un Instituto Geográfico, y el rey dijo:

—Eso es prematuro. Antes hemos de organizarnos debidamente, pues esto es primordial.

—¿No cree Su Majestad—dijo el sabio Sirenus—, que puede servirnos mucho la geografía?

—Sí—replicó el rey kirio—, nos ha de servir siempre que nos hallemos en condiciones de vivir según es debido; antes, no.

Es quizá dicha actitud la que nos priva de una

noticia que habría dado no poco pábulo a nuestra natural curiosidad, y dificulta las exploraciones y los hallazgos posibles, todo lo cual, especialmente en estos días, en que nos hallamos bastante desconcertados, habría servido de entretenimiento por lo menos, y es así doblemente de lamentar. Verdad es que el propio Instituto habría sido tragado con la isla, pero bien pudo salvar algún náufrago siquiera sea para dar satisfacción a nuestra curiosidad legítima, o bien para procurarnos una distracción tan inocente como ésta, más que nunca estimable en los días que corren, en los que no sabemos qué hacer.

¿De qué raza procedían los kirios? Se ignora.

Sobre este punto sólo hay una referencia en uno de los famosos diálogos de Paraonte, en el que el poeta Fibrinius promueve eso de las razas como algo de sumo interés, y a lo cual replica Kintelio, un pastor:

—Déjate de niñerías, Fibrinius. No hay mas que una sola raza humana: la auténtica; lo demás no cuenta (1).

(1) Ali Biaba, al notar mi sorpresa frente a esta particularidad de la dirección mental kiria, clavando su mirada doble sobre la mía sencilla, como si quisiera hacerme sentir aún más su evidente superioridad, me dijo:

—Y, aun hoy, ¿se han definido acaso los deberes raciales? ¡Y van más de tres mil trescientos años!... Vaya viendo que vivimos de presunción y de frases.

Guardó un breve silencio, y agregó:

—Observe que nuestra mentalidad actual se ofrece como uno de esos tejidos en que basta tirar de un hilo para que se deshagan por completo.

Yo quedé sumido en aquella mirada bilateral, envolvente; luego redondeó así:

—Ellos, por lo menos, hacían cartabón de la conciencia y la aptitud, más bien que de la talla, de la forma y el color.

Como se ve, era éste un pueblo singular, y no por eso menos simpático. No se perdía en divagaciones. Es cierto que tenía en la antigüedad la reputación de ser un pueblo bárbaro, debido a su propia singularidad; pero, después de haberse meditado con alguna atención acerca de esto mismo, si no cambiamos de opinión, quedamos perplejos por lo menos.

El pueblo kirio es el único quizá que tuvo la audacia de construir una cultura autónoma, delineada valientemente, y así que se le compara con los demás pueblos de la antigüedad, queda bastante amortiguada la primera impresión. Su ambición era simplemente la de hacer una vida honesta y natural (1).



(1) No obstante la cordura de este programa, en la hecatombe ocurrida, sólo pudieron salvarse los pájaros: esa fué la decisión providencial. Podrá verse así una vez más lo misteriosa y torva que ella es. ¡Cómo para dejarse estar librados a sus designios!...

Este acontecimiento, que fué considerado como un castigo impuesto por los dioses, úcase terrible tanto más de temer por incierto, acaso influyó en el continente y lo indujo a la sumisión y al ruego más bien que a la altivez consciente y

a la corrección. Ni se escuchó ya el apóstrofe de Pepalui, concebido en estos términos:

*Por mucho que te encolerices, necia, ciega Fatalidad
nos has de rendirme;
juzga ecuanime si aspiras a la respetabilidad.
También soy obrero responsable
en la eterna cósmica refriega;
juzga serena,
yo no me someto a la arbitrariedad.
Como agente autónomo, consciente y digno,
no declino mi responsabilidad;
voy en procura de eficiencia honesta,
y en ello afirmo mi autoridad.*

(Nota de Alf Biaba.)



Cuida el seso para no tropezar.

(*Lamasio.*)

De tu amigo, el consejo; de tu enemigo, al revés.

(*Ricardus.*)

No olvides, hombre, que eres entidad superior en la naturaleza.

(*De Lazario.*)



GENERALIDADES

—Cuando mires, procura ver—decía el vidente Junkarolus—, y no te des por enterado cuando no entiendas, pues caes así en error por vanidad. ¡Cuidado con las testaradas en tal caso! (1).

Nada supersticiosos, de agudo ingenio y de imaginación contenida, los kirios se enfrentaban a la realidad como a su ambiente habitual, en forma llana, sin alas de cóndor ni de buho. Lo que nosotros llamamos «misterio», con cierta timidez, como si prevenidos de antemano quisiéramos ensombrecernos, era para ellos la cosa más natural: cielo, tierra, árboles, frutos, flores, aves, peces, moluscos, etc., y trataban de apro-

(1) En uno de los diálogos de Faraonte, dice Aritnio:

—Lo propio que te ocurre, Plumario, al mirar la casa de tu vecino de enfrente, la de Custorio, que a fuerza de mirarla has llegado a verla también por el fondo, así ocurre con lo demás. Cuando miras atentamente una cosa por su fachada, terminas por verla también por dentro y por detrás. Nota que nada te informará más certeramente acerca de las personas, de las casas y las cosas que el saber su contenido, y nada te aconsejará mejor acerca de lo que debes hacer.

vecharlos según podían. Dado que no habían visto demonios, ni fantasmas, ni gnomos; ni siquiera hadas, sirenas, centauros, pegasos—no ya ángeles ni querubines—, no se les ocurría pensar en estas cosas, y vivían con gran aplomo, contentos de vivir. No perdían el placer de disfrutar de los beneficios naturales por el ansia de poseer más, pues eran, si no modestos en la conformidad, por lo menos razonables, y de anhelos mesurados, escalonados. Tampoco perdían el sueño en impacencias divagatorias, ni se enloquecían con quimeras; al contrario, dormían a pierna suelta, y en verano con la casa abierta, las puertas de par en par.

—¡Oh, qué dulce es vivir!—solían exclamar.

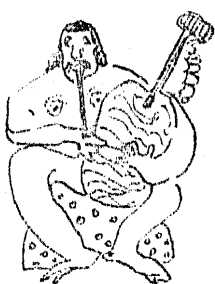
No habría sido posible el substracerlos a su costumbre de cultivar la tranquilidad, fundamentalmente. Ellos estimaban este bien más que ningún otro, puesto que les permitía disfrutar de la existencia. De otra parte, como no sospechaban lo sobrenatural, ni podían admitirlo dentro de su mentalidad estrictamente positiva, no habría habido tampoco manera de hacerles entender muchas de las cosas que, hoy día, están al alcance de cualquier colegial. Ante el milagro, las apariciones, pongamos, que han interesado no sólo a los grandes intelectuales, sino también a las extracciones sociales menos dadas a esta ardua clase de disciplinas, allá, en Kiria, nadie se detenía siquiera para escuchar. Para ellos no contaban las cosas sino por su demostrabilidad cabal; lo demás lo repudiaban por fantástico, o lo aplazaban para el momento de la prueba, según se hizo en nuestros días, no sin cierto heroísmo, con el ectoplasma.

Aun así, esa gente sencilla y bienhumorada, podía ser feliz dentro de su propia ignorancia; y, con su peliandro, especie de gaita, y sus buenas pipas, por

lo común de raíz de violeta o de resedá, los kirios no se habrían cambiado por nadie. Bastaba el ver sus caras plácidas para comprender que vivían en el mejor de los mundos como los pájaros más gayos. Su noción del tiempo era sedante, y no angustiosa. Ellos no usaban agendas por cierto.

Hoy, para darse el placer de ver una cara plácida, aunque no sea mas que por curiosidad, hay que ir a provincias, o bien adonde no haya penetrado aún lo que ha dado en llamarse, con bastante propiedad, la piqueta de la civilización. De cierto que no habrían podido incorporarse a aquella vida los hombres modernos, ni las propias mujeres que experimentan las delicias de lo novelesco y del vértigo, pues esto equivaldría a la inflicción del máximo castigo: la privación. Con sólo hablarles a los nuestros de reposo y discreción, ya se violentan como si se les aplicase un cauterio.

Todo ese alboroto que se advierte con cualquier motivo en nuestros días, aunque sólo sea un simple corte de pelo o el color de las uñas, era allá desconocido, y aun desconocible, puesto que, a no ser en sí interesante el figurín, nadie se habría dignado dar vuelta la cabeza para verlo, como no fuese para sonreír, lo propio que se hace con los juegos de niños. Ellos tenían una idea demasiado rotunda acerca de sí mismos, para dar precedencia a las bagatelas sobre sus asuntos y ordenamientos sociales, ni sobre sus mismos solaces. Lo primordial era procurarse una vida agradable y provechosa, no el diseminarse en futilidades. Bien que amasen las expansiones, jamás se entendía que ellas debían asumir la forma de la frivolidad, ni la del atolondramiento. Eran circunspectos, y, por lo propio, no podían como nosotros ser noveleros, ni versátiles.



En Kiria no era fácil trocar lo insubstancial y efímero por lo que tiene carácter constructor y efectivo. Claro que, para los que estamos tan acostumbrados a hacer lo contrario, nos parece deslucida y aun torpe dicha predilección. Así como nosotros estamos aún pasmados y absortos escuchando los más viejos relatos bélicos, los relatos mitológicos, y de cualquier otro orden, a condición de ser fantásticos o truculentos, ellos se encogían de hombros, diciendo: «Eso está bien para hacer dormir a los niños, con tal de que no les dé vuelta el seso.»

Cuando el poeta Nefastus dijo al rey Américus que encontraba de una gran belleza los relatos de las luchas heroicas, éste contestó:

—Eso no puede ser bello para un kirio, porque es salvaje; y además muy caro.

Así como nos remitimos, lápiz en mano, a la aritmética y al sistema métrico, ellos se atenían a su tacto, eran prudentes y si bien se preciaban también de ser corteses lo eran, como en lo demás, dentro de cierta medida: Así, por ejemplo, un kirio tomaba a mal el que le dijese: «sea usted feliz», pues parecía expresar el deseo de desentenderse, más que el de interesarse. A nosotros, en vez, una frase así nos colma de satisfacción; para un kirio era verdadero cumplimiento, más bien, el que le cargasen la pipa con buen tabaco.

Si bien eran lógicos, y aun estrictos, no dejaban por esto de ofrecer su dosis de plasticidad, y de ser comprensivos, razonables, y no poco ejecutivos, sin embargo. Sobre el derecho, verbigracia, entendían que se nace sabiéndolo, por ser algo de buen sentido

y de buena fe. Las mamás, por otra parte, perfeccionaban dicho aprendizaje con algunos coscorriones, diciendo que si los niños no sabían lo que era justo, esto se debía a que eran de naturaleza renuente, o porque no se esmeraban en saberlo. Ciertamente es que para aquellos tiempos tal criterio era juicioso; hoy, después de haberse publicado tantos tratados de derecho, este asunto se ha complicado no poco.

Eran frugales y probos, y su propia moderación les aconsejaba hacer algunas reservas mentales, de igual modo que la intimidación y la franqueza nos obligan, por razones de mesura, a no mostrar todos los rincones del alma y a no exhibirnos en todas las posiciones imaginables; era gente bien, muy fina, y se distinguían en el andar, garboso.

Con tan escasos elementos llegaron asimismo, en breve tiempo, a acelerar la evolución natural, sin perder contacto con la realidad, que es en definitiva lo que nos sustenta (1).

Para dar una idea acerca de su concepto de la independencia, véase esto: Dijeron cierta vez a Aldio Trapali, en tono de reproche, que él no pensaba como el rey.

(1) Si bien primarios, los kirios, según lo somos todos por turno, nos llevaban la ventaja de mantener afirmada su mentalidad en la realidad-hecho, así como la nuestra parece estar flotando, colgada de lo mirífico sobrenatural, tan inconsistente. No se puede saber hasta dónde habrían podido llegar, ellos, en los largos siglos corridos desde la sumersión de la isla kiria, bien que sepamos por demás adónde hemos llegado: a una brillante eclosión de progresos científico-industriales, en la cual nuestra mentalidad, preñada de fantasías, se complace en simples juegos malabares, aun cuando nos acongojen cien inquietudes, no ya múltiples visiones trágicas.— (Nota de Ali Biaba.)

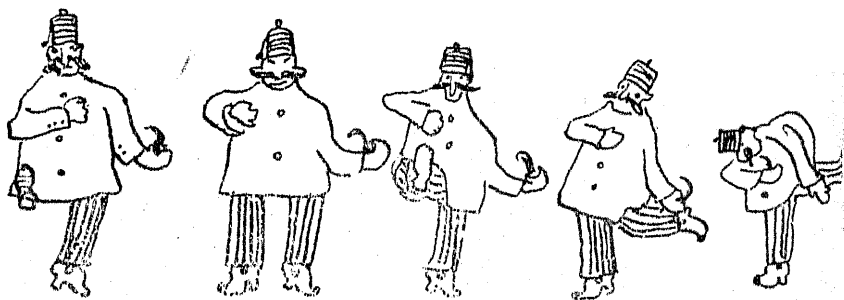
—Yo también soy rey, dentro de mi fez—contestó el aludido.

—Éstá bien—dijo el interpelante—; pero es menester tomar en cuenta las opiniones autorizadas.

Trapali duplicó de inmediato:

—¡Buen papel haría yo si no comenzase por tomar en cuenta la mía!

Según puede verse, la libertad era lo más completa que debe ser, y no podía degenerar en licencia, sin embargo, por cuanto habían instituído ciertas medidas que servían de muro de contención, según se verá más adelante, fuera de que la propia dignidad kiria, ya, de por sí, contenía.



Tenían además otra costumbre bastante curiosa. Con gran frecuencia pedían lo que llamaban el «ké» (algo así como realidad-medida) y lo hacían con la misma llaneza y familiaridad con que los músicos piden el «la», deseosos de no desafinar, cosa que con el andar de los tiempos ha perdido su significado, al extremo de que hasta parece mejor la desafinación, más de una vez, la disonancia por lo menos.

Verdad es también que los kirios no habían llegado aún a establecer una diferencia tangible entre inteligencia y cordura, por cuanto ellos se atenían a su buen sentido, fundamentalmente. Tampoco habían

podido destacar la moral de la ley, de la ética, ni de la propia urbanidad, y, en medio de tales confusiones, trataban de discernir lo sensato y honesto, en cada caso y con gran parsimonia, y no sin cierto atildamiento, tanto más cuanto que ni podían distinguir claramente lo honesto de lo sensato. Quedaban de esta suerte obligados a mantenerse dentro de lo medurado y discreto, no sin dejar de ser claros y expeditivos, haciendo con todo esto según se hace con un caballo brioso, que, al no obedecer a la rienda, se apela a medios más persuasivos.

Otra modalidad digna de atención es ésta: No había argumentos suficientemente persuasivos para hacer entender a un kirio que puede haber algo mejor que lo que conviene. No por esto dejaba de esmerarse el kirio para alcanzar la seguridad de que no era ilusoria o precaria dicha conveniencia: para él sólo era de buena ley una conveniencia si resistía al examen y al tiempo, esto es, si era bien cierta, y honesta por lo mismo. Que no le fuesen a un kirio, con filigranas dialécticas, a demostrarle que conveniencia y honestidad no son, en substancia, una misma cosa. El era llano y rígido sobre este orden de asuntos, no admitía distinguos, y hasta le enfadaba que se intentase admitirlos.

No dejaron de haber conatos en el sentido de importar los usos y creencias generales en Kiria; mas, por una obstinada aspiración a la autonomía mental, esto es, a pensar y decidir con su cabeza, y por la propia ambición de hacer cada día máspreciado el bien de la vida, pudieron librarse de tal contaminación.

Cuando el sabio teólogo Pamplonio propuso al rey Domitilus II que se estableciesen prácticas preparatorias para las vidas ulteriores, el rey dijo:

—Nosotros no podemos afirmar ni negar juiciosamente nada a este respecto; pero, ¿cómo negar la efectividad de esta vida nuestra, que la tenemos aquí, tan a la mano, y tan palpitante? Sería insensato el no disfrutarla, iluso.

—Mañana, Majestad, ocurrirá lo propio con las otras.

—Mañana será llegado el caso, si el caso llega, de hacer lo propio que hacemos aquí, y sólo así procederemos cuerdamente. Nada puede ser más juicioso que el sentirnos acordes con nosotros mismos, y con nuestro ambiente (1).

Para un kirio era primordialmente apreciable, como bien, el vivir de acuerdo con su conciencia. A eso llamaban ellos vivir según es debido. Vaya a saberse hoy día lo que es esto, y nos extraviamos en un berenjenal. No tan sólo usaba y disfrutaba así el kirio de sus prerrogativas, sino que tal cabalidad le producía una sensación grata y tónica de bienestar. Tenía además un alto concepto de su dignidad, acaso por eso mismo, y usaba de poca tolerancia para lo que llamaban allá «perturbafiestas». Con ellos y los malvados procedían no sin ciertos miramientos; pero en lo esencial, de modo que no siguiesen incomodando. No era tanto a la causa que ellos se atenían, sino a los

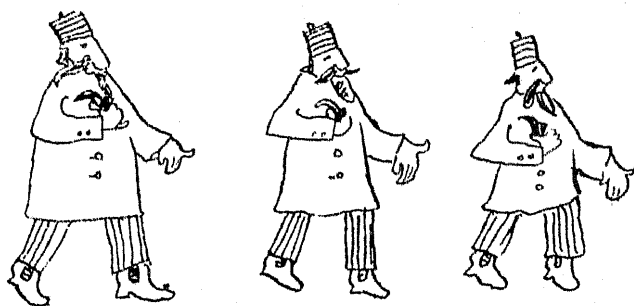
(1) El hombre, al atribuir su existencia y la propia eficacia de su misión natural a entidades extrañas, llamadas dioses, se ha descentrado y vaga en la naturaleza. No vivimos ya como seres que integran el mundo, sino pendientes de una tutela intangible, que reduce y menoscaba nuestra responsabilidad, y la desluce por su misma ineficiencia. De ahí que la inteligencia haya pasado a ser juguete, más bien que instrumento; de ahí que en el ordenamiento social no se vean por lo común, siquiera sea, las mejores armas en las mejores manos, al frente.—(*Nota de Ali Biaba.*)

efectos, dejando que los que tuviesen más tiempo y mayor paciencia se ocupasen de hacer distinguos, mientras vivían en paz; para ellos tanto daba que la perversidad fuese heredada o intencional. Lo que pretendían como algo previo era suprimir los efectos, dejando a los interesados el encargo de remediar las causas, si podían. Los kirios examinaban más el acto que la excusa, sabiendo que hay triquiñuelas para todo; y decían: «El que no cuida de sí mismo, ¿de qué va a cuidar?» Con esto entendían que es cada cual, fundamentalmente, quien tiene que habilitarse para convivir en forma correcta, y se descargaban así de los embarazos sociales que malogran la vida.

Su concepto de solidaridad lo basaban en la necesidad de una selección razonada, no en la sensiblería, y de ahí que expeliesen a los torpes y tontos o listos en demasía, para mantener una situación firme y agradable, y, cuando se les ofrecía una dificultad demasiado grave, de esas que parecen ser irresolubles, decían sonrientes: «Eso lo arreglará Pamplinius, que está en buenas relaciones con Dios.» Con esto, y no sin haber procedido según creyeran mejor, quedaban prontos para ocuparse de otra cosa, y como no había en Kiria comisiones y oficinas para todo, se vivía tranquila y fácilmente. Cuando veían a alguien muy apurado, se guiñaban, festivos, diciendo: «Toma éste, que teme no llegar a tiempo»; y no como ahora, que quedamos llenos de envidia, y ansiosos de desquitarnos, superando aquella velocidad, a fin de que sean los demás quienes nos envidien. Es cierto que hemos llegado ya al siglo de los campeonatos.

El rey no usaba distintivo. Sólo al verlo se comprendía que era él; y eso que todos los kirios parecían reyes. Perdida hoy, según se ve, la noción exacta de la realidad, una vez que la humanidad se echó a

buscar apresuradamente la clave total del misterio, de golpe, antes de inquirir siquiera en qué consiste. preciso es que se vea la corona, en ciertos casos por lo menos, para saber dónde está el gobierno; y eso que nos pavoneamos con la ilusión de hallarnos en la cúspide de la civilización y de los tiempos, cuando en realidad vamos por una correa sin fin.



La sensatez de sus pensamientos daba a los kirios el medio de ajustar su actividad a la satisfacción de sus necesidades y aspiraciones, y de escalonar a éstas en serie juiciosa, en tanto que veían desde su encantadora isla marchar sin rumbo a los demás pueblos, por entre las nubes, como mongolfieros.

El sabio Regulius había dicho, al morir:

—La locura está cerca de todas las cabezas y entra solapadamente sin golpear. ¡Cuidado con ella, hijo!

—No tema, padre.

—No vayas a marcarte con sus lucecitas de color.

De otra parte, había en la isla kiria un olímpico desdén por el lujo, a causa de haberse hecho carne en la conciencia popular la frase del rey Agustinus III, el cual había dicho: «El lujo es un juego entre necios; el que paga cara la envidia ajena y el que manifiesta gratis la propia.»

Este sentido de juiciosa continencia permitía a los kirios el vivir a su gusto, aun en la propia vida terrenal. Por ser felices eran buenos; eran correctos por conveniencia, y, además, atentos.



Nota de Alí Biaba:

Pretender que los desgraciados sean buenos y correctos, es una simple gollería inalcanzable. Los habrá, pero son habas contadas, y tanto es así que en la actualidad la corrección y la bondad no resisten al análisis, ni pueden resistir, por ser aparentes en la mayoría de los casos. Es verdad que se ha llegado a hacer prodigios de ficción, y esto hace menos fácil el discernirlo.

En estos propios días, aun las sociedades más copetudas nos dejan ver simultáneamente todas las gamas y variedades de la fauna humana, desde el arquetipo selecto hasta el degenerado execrable. Verdad es que aquí se puede contar—no en la isla kiria, por cierto—, con la abnegación y el altruismo, si bien siempre es prudente llevar un buen revólver a la mano, por si acaso. Es a todo esto, tan despampanante, a lo que llamamos hoy organización social.

«Valen más cinco buenos, que cincuenta y uno, y el uno malo», decían los isleños. Para los kirios lo esencial era ocuparse de la suerte de los buenos; vale decir, al revés de lo que hacemos nosotros. ¿Y cómo ser buenos en tan lamentables condiciones?

*Por entre los arabescos jaclanciosos o amables
que arrogante ostenta nuestra sociedad facticia,
por entre las mallas empíricas de la justicia
rige a menudo la crueldad fría del fondo de los mares,
y también la de la selva, cálida.
Graciados o absueltos, evadidos de la ley selectiva,
que es ley suprema, máxima,
los inhumanos, los subhumanos, los miserables
frutos de una piedad imprevisora, insana,
atentan a la sociedad humana, y la denigran.
Ocurre así que por entre los afilados campanarios,
ufanos de longánimas inconsultas regalías,
campea sórdida la fauna selvática, la fauna marina;
deslucen e infaman al vertebrado superior,
el vertebrado erecto por acto de sabia previsión.*



*No es librando al azar la suerte humana
como mejor se atiende la misión nuestra,
sino aplicándonos, probos, a la naturaleza,
para realizar nuestra obra orgánica.
De otro modo vivimos sin nobleza,
parásitos, sin saber siquiera adónde vamos
marchando a un destino incierto
en lamentable entrevero saltando aturdidos,
ofuscados como corderos,
miseros esclavos sometidos al cencerro.*



Todo lo falso es innoble,
incluso la falsa modestia.

(*Junkarolus.*)

No seas fatuo: sé digno.

(*Motuberio.*)

El orgullo es la dignidad
del los necios.

(*Voxelio.*)



DIGNIDAD KIRIA

Un espíritu superficial de nuestros días se hallaría inclinado a pensar que, por no haber negros en Kiria, comenzaron los kirios por abolir la esclavitud de los blancos, pero no es así. Como no cultivaban relaciones con lo mirífico, sentían las ventajas de su situación y jerarquía específica en la naturaleza, y trataban de disfrutarlas juiciosamente. Al atribuir a su ascendencia el esfuerzo causal, tan perseverante cuanto arduo, y conquistado según ellos paso a paso en la refriega ese su rango natural, esto les daba un hondo sentimiento de dignidad, el que los inducía y estimulaba hacia un constante anhelo de mejoramiento. Cicerius repetía: «Dura es la senda del probo, pero es la más segura.»

Para esta gente sencilla, que no habría podido jamás acumular tantas espirales y resortes cuantos ha logrado juntar el hombre moderno, según se llama al de nuestros días, por más que se halle expuesto a ser tan antiguo como un kirio, las cosas tenían una

significación precisa, y no como ahora, que a fuerza de sutilizar, se ha llegado a un extremo en que no se sabe si es mejor hacer honor al rango conquistado en la naturaleza o ir derechamente a la indignidad con impavidez, para poder prosperar, lo cual, felizmente, ni es así.

Que no le fueran a hablar a un kirio de sumisión y humildad (1), pues el que lo hubiese osado buen chasco se lleva. Ellos se colocaban en su lugar en la naturaleza, que es donde se sentían mejor—y hasta de donde no podían salir, aunque lo quisieran, lo que sería locura según ellos decían—, y no sólo se conformaban, sino que se sentían dichosos con esto, y ufanos aún. Cuando un kirio se sentaba en la plaza y fumaba su pipa o desenfundaba su peliandro y se ponía a soplar, parecía un rey, y hasta un dios. Era confortante un cuadro tal, de viril y concienzuda

(1) Entre los diálogos del famoso Faraonte, figura éste:

Popania: Lo que más me enternoce es el observar en la naturaleza la humildad tan sumisa de los animalitos, mi querido maestro.

Betulio: No observas bien, Popania, y te engañas. Lo que tú atribuyes a humildad y sumisión en los animalitos, es simplemente conciencia de pequeñez y exigüidad para afrontar la lucha natural. De otra parte, esa apariencia de mansedumbre es un arma además, el arma de los débiles, de los tímidos, y a ella se acogen también los dúples.

Popania: ¿Y no es eso sumisión? ¡Qué desencanto!...

Betulio: No; eso es conciencia, y es debida a reiteradas compulsas... Si les dices a esos supuestos humildes animalitos las garras del león, ya los verías más serenos, y aun altivos, metiendo en vereda a sus émulos. Esto es lógico, y no deja de ser hermoso para el que pueda observarlo desde un sitio seguro.

Popania: Esto es lo que supones, maestro, pues nadie te lo ha dicho.

Betulio: Si al observar la naturaleza esperas que ella te

serenidad dominante. Por cierto que no se le podía confundir con un faldero.



Es también verdad que cuando se les quería hablar de asuntos raros y ampulosos, de esos que suelen ocupar a los místicos y a menudo hasta a los poetas, ellos se erguían, y decían:

—¿Cree usted que yo pierdo la cabeza tan fácilmente?

revelé sus secretos, tendrás demasiado que esperar, querida Popania.

Popania: ¡Es descorazonador cuanto me dices hoy, Betulio!

Betulio: No hay tal. Al contrario, es estimulante. Tú misma, que tienes mucho más que un animalito, estás ambiciosa de poseer más. ¿Cómo quieres que uno de esos animalculos se halle conforme con lo que tiene, y que todavía se dé tiempo para sentir humildad? No; hay en toda la naturaleza un afán, desmedido a menudo, de vigorizarse, de agigantarse, esa misma ambición que parece tener la chispa de hacerse incendio. Esto es lo que mejor simboliza a la aspiración orgánica universal; pero se va comprendiendo que lo mejor es ir por juiciosas selecciones más bien que por inflación y agrandamiento inconsulto, y eso es lo que ennoblece la vida y la embellece.

(Se oyó un canto muy raro, entonces, como de flauta mágica.)

Popania: ¿Oyes, Betulio, al delicioso Cucurucú? ¿Quieres que nos aproximemos?

Al hacer Popania esta invitación, se la sentía hechizada.

Luego quedaban mirando fijo, para ver si se insistía. Claro que no. ¡Vaya usted a insistir!

De esta manera se defendía el kirio de las tentaciones desmoralizadoras, y mantenía firme su aplomo y dignidad de hombre-kirio. Era sólido y cabal, inmovible como una roca. En estos días, donde hay tanto pedrusco y canto a rodar, cuesta hallar una roca así. La habrá, no puede dudarse, mas preciso es convenir en que no es la regla el encontrarla, sino más bien la excepción; al revés de lo que ocurría en Kiria.

Este pueblo sutilizaba también, pero lo hacía a su manera, esto es, sin perder contacto con la realidad, y procedía así por acto de leal adhesión a su condición natural, y por hombría. Para un kirio nada había superior a su propia dignidad, ni en la naturaleza, ni en la propia imaginación, y esta peculiaridad se explica fácilmente. Como él se pulsaba y se atribuía una misión orgánica específica en la naturaleza, se consideraba un agente divino, y dado que se conocía y se esmeraba en proceder correctamente, llegaba a adquirir poco a poco, por persuasión, la seguridad de que era lo mejor que podía ser, dado que había puesto gran empeño en esto y nunca llegaba a igual certeza respecto de los demás, ni de nada, ni podía llegar, por cuanto era siempre posible una tolerancia mayor de la que él empleaba respecto de sí mismo, para ser todo lo cabal que le era dado ser. Siempre fué en Kiria una idea generalmente admitida la de que la perfección absoluta no existe ni puede existir, y es curioso ver cómo llegaban a tal dictamen. Se decían, sencillamente: «Si yo, siendo cual soy, no soy perfecto, ¡quién puede serlo!» De amplio tórax y fuerte esplenio, los kirios sentían los favores y privilegios de su estructura, y los sabían estimar.

Claro: ¡adónde ir a buscar elementos de convicción, si no se encuentran dentro de sí mismo! (1).

Así es que se afirmaban rotundos en su dignidad como en una fortaleza o en un templo (más bien lo primero que lo último) y por esto es por lo que ha cambiado tanto, por lo común, dicho concepto. Hoy estriba en otros elementos de juicio y eso da otro aspecto a la vida, y hasta otra substancia, quizás. Ellos no podían concebir la sociedad humana como hacinamiento, a lo que llamaban «kakali», esto es, basura, mugre, sarna o algo así; para los kirios la sociedad era y debía ser el más perfecto posible de los ordenamientos, puesto que era el que les interesaba más, más que el de los astros, según ellos decían, y el reproche supino era éste: «Tú no eres digno de tu ascendencia; si acaso ella fué digna de su rango en la naturaleza.»



Llevaban dentro de sí un concepto tan cabal de la dignidad humana, que esquivaban la decepción como algo humillante.

Desde tiempo inmemorial Petronius, el anciano, había dicho:

—No tiene gracia el ver las cosas por el lado de la cola, aunque ella también merezca nuestra atención.

(1) Atribuirlo todo a una entidad extraña, sea la que fuere, es despojarnos de nuestra jerarquía y responsabilidad, lo cual implica cobardía y adulación. Lo correcto es asumir como obreros-dioses la tarea natural, según lo hacen llanamente las abejas, los *térmites* y las hormigas. Sólo al hombre, reputado excepción en la naturaleza, se le ha ocurrido abdicar de sus prerrogativas y omitir sus deberes naturales... y todavía espera por esto una recompensa. En la naturaleza se pagan caros los errores cuanto los crímenes, y lo vamos viendo.—(Nota de Ali Biaba.)

Con esto se entendió que debía procederse con prudencia y tacto, y no guiados por impulsos irreflexivos, según se estila hacerlo hoy día, ofreciéndonos un aprendizaje tardío, o sea por el lado de la cola, según ellos decían.

Es que para los kirios la realidad-verdad iba por planos, mas no hacia arriba, como ocurre para con los continentales, sino hacia abajo, según van las capas geológicas, e iban así de lo complejo a lo simple, y no al revés, como nosotros... Para intuir las causas miraban hacia atrás y hacia abajo, entendiendo que ahí era en donde se había generado nuestro presente, y no mirando hacia el cielo, que, por hallarse tan lejos, poco habría podido interesarse en nuestra suerte íntima. Era ese plan lógico el que les daba gran practicidad, pues facilitaba extraordinariamente su comprensión de la naturaleza así como la de los beneficios y privilegios de la existencia humana.

Este propio orden de ideas, tan discreto, hacía que, a menudo, al examinarse un asunto, se comenzase por el lado de las consecuencias, para no exponerse a las decepciones que traen consigo los espejismos.

—Nada es más triste—decía Victorianus—, que encontrar el rabo cuando se espera otra cosa.

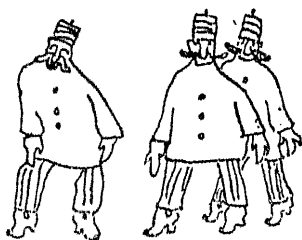
Si bien no eran sensibleros, los kirios tenían la fobia de la sangre humana vertida, la que, a su manera de ver, colocaba en los planos inmundos donde se agitan los animales repugnantes, pero eran suficientemente cuerdos y hábiles para comprender que no por eso debían quedar inermes. De ahí que optasen siempre por herir por el flanco más débil, para aliccionar sin caer en lo sanguinario. Ellos decían, además, que los propios animales sanguinarios más repugnantes no atentan contra sus congéneres a no

hallarse muy compelidos por la necesidad, y que eso era así mucho menos a recomendarse a un kirio, dado que era signo de degradación. Por lo demás, como no sentían el horror de la muerte, aunque tuviesen gran apego a la vida, ellos entendían que el dar muerte a un semejante sin crueldad no constituía mas que una incidencia en la refriega vital. ¿No hemos de morir todos? Al preguntarse esto, parecían querer decir que eso no es otra cosa que un mero detalle en la naturaleza.

No era chica satisfacción para ellos el poder afirmar que no había en sus fastos, desde la más remota antigüedad, precedente alguno de holocaustos humanos, de torturas y suplicios dolorosos y sangrientos, ni de guerras, y cuando hablaban de los demás pueblos se pasaban una guiñada. Como eran muy prudentes, y mesurados, no gustaban de hacer ampulosos comentarios, y aquello bastaba en Kiria para darse el pisto de la superioridad. Hasta se decían con cierto orgullo: «Nosotros no imploramos, pero sí tratamos de proceder bien.»



Entendían que no todos los ascendientes habían sido buenos, pero que los kirios debían seguir el ejemplo de los buenos, y repudiar la herencia y tradición de los malos, especialmente la de los duples, que, por falsos, son los peores. En cuanto a su capacidad para esto, tenían también una curiosa idea. Ellos decían que queriéndolo con firmeza se podía ser bueno, y que si no se podía era porque no se quería suficientemente, o bien porque había tal cú-



mulo de basura encima y de ñízca dentro, que lo mejor era echarlo todo junto a un pozo, y taparlo bien (1).

Para los kirios la bondad no significaba lo mismo que se entiende hoy día. Ser buenos, para ellos, era ser rectos, fuertes y dignos. El abdicar de la dignidad humana era un colmo de bajeza y cobardía.

Un sabio teólogo, Paribus, dijo cierta vez al rey Legnamus I:

—Preciso será que nos mostremos humildes frente a la majestad de la Naturaleza, por tanto que le debemos; esto hará gran honor a los kirios.

—Humildes, no; dignos—contestó Legnamus—, para que sea con honor.

Como viese que Paribus, aunque no replicaba, hacía reservas mentales, agregó:

—Cierto es que hasta nuestro propio cuerpo lo llevamos en préstamo, pero sólo cuando hayamos procedido bien lo podremos devolver con altivez...

—Por eso, justamente, hablaba de humildad—observó Paribus.

(1) Hice yo al llegar a esto una mueca de rebeldía, y Ali Biaba, al notarlo, me dijo:

—Esto que parece ser inhumanidad, según la manera de pensar corriente, tan propicia a los contrahechos, no puede ser más humano. Advierta usted que los antisociales son torturados, incapaces de llegar a la dicha, ni de comprenderla, para estimarla. Por su propia estructura, viciada o corrompida, son desdichados incurables, según pensaban los kirios, y es obra humanitaria el liberarlos cuando los interesados, según es frecuente, no lo hacen por propia iniciativa.

Yo quedé atónito, pareciéndome que se agigantaba en mi espíritu Ali Biaba, como un Builah.

--Eso será para los que han defeccionado, no para nosotros los que tratamos de merecer el préstamo que hicieron a nuestro favor con su esfuerzo nuestros ascendientes, y eso es nuestro, bien nuestro y legítimamente habido, a condición de cumplir honestamente nuestros deberes, a fin de reincorporarnos decorosamente a la Naturaleza, en la forma que fuera.

Dicho esto, hizo un gesto a Paribus, y éste, previa una reverencia, se marchó.

Los fermentos subversivos insociales no podían prosperar en ningún sector, pues la uniforme probidad del pueblo, afirmada en una conciencia colectiva rígida, y en un alto concepto de dignidad individual, formaba un muro infranqueable de resistencia. Así fué como los kirios, guardianes celosos de su verticalidad tradicional, sin apelar a la humillación ni a la violencia, llegaron a brillar por su gran cordura, y se hicieron respetables y respetados, según se verá.

El kirio Bilonio decía:

--Si se me impone con razón y derecho, acato y me excuso; y sin eso podré optar por someterme, mas no sin reservas, ni sin preparar mi desquite, como justo castigo.

Claro es que para comulgar con una filosofía así, orgánica, con la sabiduría acumulada en los siglos por la observación de los hechos, o sea, de buen sentido, era preciso ser probos, pues sin eso, resulta incomprendible.

Hoy, la regla es confiarlo todo a la diplomacia, más o menos artera.

Para los kirios esto era abominable, sencillamente. Ya Constantius, el pretérito, había dicho:

--El que confía su acción a la política es un iluso peligroso.

No por eso dejaban los kirios de percibir los ma-

rices. Cierta vez, hallándose Monsegus en su granja, con unos amigos, llegó Betario, llamado el místico, y pidió que se le diese un asiento en la mesa, pues tenía hambre.

Así se hizo, y comió de tal manera, con tal voracidad y grosería, que Monsegus lo exhortó a que guardase más compostura, agregando:

—Comes como un animal, Betario.

—¡Cómo es eso!—exclamó Betario—. ¿Acaso no se precian ustedes de ser animales?

—Así es, y está bien que nos enorgullezcamos con ser animales—replicó Monsegus—, mas no por eso hemos de proceder como los cerdos (1).

Betario ni pestañeó.



(1) Uno de los diálogos de Faraonte trae esto:

Monsegus: No han de faltar ilusos que pretendan extremar la idealización de la vida natural en un sentido poético, ya sea melancólico o simplemente lírico. Y es hasta de creer que esto regocije a los ilusos, puesto que halaga su vanidad; pero, a poco andar, topan con los estómagos...

Antius: Y con las barrigas...

Portio: Y con las mandíbulas...

Monsegus: Todo irá bien, sin embargo, cuando la idealización poética pueda resistir la compulsión natural. Apenas repudie un elemento positivo, éste arremete para hacerse bien presente, y echa abajo el castillo lírico.



AMÍUS.

Mira de frente lo natural sin miedo.

(*Aminé.*)

No es con los brazos en alto como se resuelve una dificultad.

(*Constantinus.*)

Trabaja y obra honestamente: eso cuenta más que un ruego.

(*Elias.*)



RELIGIOSIDAD DEL PUEBLO KIRIO

Los kirios tenían un concepto bastante original de la divinidad. No habiendo llegado a aclarar suficientemente este punto, razonaban así: «Lo que se llama Dios de alguna manera existe; pero, al no saberse cómo es ni dónde está, lo mejor será que nos ocupemos, entretanto, a la manera de dioses, de nuestros propios cominos. No es chica divinidad nuestra ventura.» (1)

Un sabio de la antigüedad—de la propia antigüedad de ellos—, llamado Noga, había querido explicarse la

(1) (Extracto de un diálogo de Faraonte).

Dice Brumio a Fantasio:

—Tú piensas resolver tu idea del mundo más fácilmente agrandando la idea de Dios, en cuya mano pones el mundo, su origen y gobierno; pero no dejes de observar que nada hay en el mundo que no tenga razón de ser. Y ¿qué hace Dios?

—Pone a prueba a sus criaturas, y las observa para juzgar—contestó de inmediato Fantasio.

—Nota que al decir esto empuqueñeces tanto a tu Dios,

idea del mundo en esta forma: «La vida consta de siete planos, y todo es vida, dado que todo es eterno, y vive por lo mismo, ya sea de una u otra manera, aunque sea como insecto, y aun más chico», decía. (Ellos no conocían entonces las legiones microcóspicas y las demás del mundo mínimo, que se intuyen ahora.) «De esta suerte, se va de uno a otro plano-pasaje, lo que se llama vulgarmente «muerte», y, llegados al último, se vuelve de nuevo a los demás, sin saberse a cuál; eso es lo que espanta, y no tanto por lo demás. Dos planos hay minerales; dos vegetales y los otros tres animales, en el cual el hombre tiende a excepcionarse por extravío y soberbia, como si fuese de otra estopa que la natural.» Como quiera que sea, para ellos era siempre un gran honor el ser animales, y lo que ambicionaban era mantener con impecable dignidad su jerarquía.

Algunos exégetas sostenían que la última etapa era la del león, no la del hombre, y que tan sólo los buenos podían, en definitiva, llegar ahí; pero esto nunca quedó suficientemente aclarado.

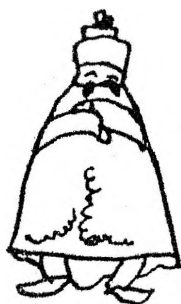
Dicho cuadro de creencias daba un aspecto singular y ameno a las costumbres, tanto más puesto que alguien había sostenido que el único animal que fuma en pipa es el hombre, y que ni el propio león es capaz

que lo colocas en la condición de un vulgar fabricante de jaulas y trampas para cazar. ¿No es él acaso el responsable de su obra? Y, con ser tan sabio, ¿no sabe lo que ha hecho? Yo prefiero, amado Fantasio, suponer que cada ser es el Dios de sí mismo, que es donde más tiene que hacer, y donde más puede esmerarse: todo es y debe ser obra de conciencia.

—De tal suerte, Brumio, habría no pocos dioses misérrimos, réprobos.

—Y los hay; algunos se diría que son demonios. Ciertamente ellos no compartirán nuestra opinión: son malconscientes.

de hacerlo. Ellos agregaban que, si acaso, los monos —a los que consideraban no como antepasados, sino más bien como medio-hermanos o primos—podrían llegar a la pipa, mas no los demás.



Cuando Higinius dijo a Noga—: Está bien; pero, ¿dónde queda Dios?

—Anda tú a buscarlo—contestó el aludido sin inmutarse.

Con este tan sencillo plan de creencias resultaba muy entretenida una conversación, por cuanto era imposible caer según puede hacerse hoy, tan fácilmente, en la monotonía aburridora de la logomaquia. Allá, al ver a un kirio tendiendo a la necedad, se le decía, verbigracia:

—Bien se advierte que eras repollo. Y cuando se trataba de un solemne y magnífico, decían:

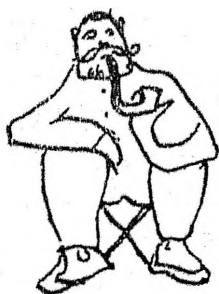
—¡Tú eras ave del paraíso, se ve de lejos!

Ya, con esto, tomaba otro giro la conversación, siempre amable, mientras que hoy, en semejantes circunstancias, ni sabemos ya qué decir, dado que todos nos consideramos de la misma procedencia.

Poco a poco, este orden ideológico-religioso fué tomando aspectos cada vez más pintorescos, pues se iba considerando la pipa como algo superior, y hasta

algo simbólico. De otra parte, comprendiendo que no podían, sin injusticia, dejar de reconocer lo que a su favor habían hecho los ascendientes, lejos de agradecer todo a las nubes (1), agradecían más que a nadie a sus antepasados, diciéndose: «¿Qué seríamos sin ellos? Acaso culebras, simplemente, cuando no insectos, o aun más chicos.»

Al saber ellos todas las tareas y cuidados que debían darse para ir marchando, se decían que los padres y los abuelos, hasta los más pretéritos, debieron hacer otro tanto por lo menos, y eso los hacía parcos en su gratitud para con las nubes, y amplios para con los padres y abuelos. En vez de pensar que las cosas en la antigüedad debieron de ser fantásticas, ellos se decían que debieron ser punto más, punto menos, siempre lo mismo en lo esencial, y tal concepto no los



debilitaba, ni tampoco los ruborizaba; al contrario, los fortalecía y los dignificaba. Ciertamente es que eran de exigua imaginación, y algo sanchopanescos en su manera de razonar, lo cual explica su buen humor y su aptitud filosófica.

Cuando alguien decía que todo había que agradecerse a las nubes, no era raro que se le contestase: «Lo que es a mí, no me han regalado ni una pipa.»

Ya, con esto, quedaba no poco cohonestada su conciencia, por lo menos en lo fundamental, y si se insistía en lo que habían hecho las nubes al principio, agregaban: «Éso es tan viejo, que ya se habrá arreglado.» Si se les hablaba de lo que aun podía espe-

(1) Ellos designaban así todo lo que no era preciso, firme y fácil de verificar.

rarse, respondían: «Allá lo veremos; siempre habrá tiempo para recibir, si nos conviene.»

No era mosca blanca entonces oír razonamientos de este jaez: «Si aplico mi vida a agradecer, soy un mal agradecido»; y si se quería saber el por qué, le salían con una consideración inesperada y llana, como ésta: «Si usted me regala una pipa, y yo, en vez de disfrutarla, me paso el día jeringándolo para darle las gracias, usted concluye por fastidiarse; y si todavía le pido que me la cargue, es claro que nuestros tratos concluirán mal.» Así afirmaba Morquíano, el risueño.

Resultaba imposible el apearlos de una lógica así, sencilla y llana.

Hubo un momento en que la idea de un gran Dios parecía querer introducirse en la isla kiria, como en los demás pueblos, pero no arraigó.

Cuando alguien quería demostrarles que no era un razonamiento humano el que era preciso hacer sobre estos asuntos, sino uno extraordinario, ellos, rebeldes a lo contranatural, por temperamento, lo propio que a lo sobrenatural, por arbitrario, se limitaban a contestar: «Yo pienso con mi cabeza, y a mi manera; si se ha equivocado Dios al poner la mía en su sitio, toca a él y no a mí el cargar con las consecuencias.»

Más que equiparado, identificado el concepto del Bien con el de Naturaleza, o Dios, y el del Mal con la rebeldía y la dura entraña, esto es, el demonio o infierno, fueron poco a poco los kirios dando carácter divino al deber orgánico de vivir como es debido, y al propio solaz simbolizado por la pipa y el peliandro, y con esta simple religión pudieron organizarse, vivir tranquilos y contentos, tanto más cuanto que se dispu-



sieron a dar duro sobre el Infierno y los demonios.

Como una vez le preguntase alguien al docto Araocio si no le quedaba alguna inquietud por no haberse esmerado en cumplir con sus deberes para con Dios, ni el haberse mortificado nunca, en ninguna forma, para ganar su gracia, él dijo:

—Sea Dios quien fuere, no me atreveré jamás a ofenderlo en tal forma.

—Pero si usted es su obra—insistió el interlocutor—, nada más natural que el hacer algo para agradecerle.

—No—replicó—, si soy su obra, él es responsable, y que se arregle como pueda. Yo nada le pedí, para que me hiciera. Después de todo, yo no sé pensar con la cabeza de los vecinos.

Dicho esto siguió fumando tranquilamente su pipa.

No eran los kirios como esos insectos empecinados que emplean el tiempo en dar de cabeza en los vidrios, para pasar. Cuando se les ocurría salir, en vez de encapricharse así, iban derechos a la puerta. Su extremada cordura, que trataban de cuidar como una reliquia, los libraba de ambiciones desmedidas y en vez de tentarse con visiones miríficas, trataban de conformarse a la realidad palpitante, temerosos de extrañarse, pues intuían que eso era como abandonarse, indefensos, y exponerse a mortificaciones irremediables, y también a congojas sucesivas y a no pocas decepciones.

Afirmados así a la realidad como lapas en la peña, no era fácil desprenderlos, y cada vez que algún filósofo o teólogo ponía en tela de juicio la insuficiencia de la naturaleza para explicar el mundo y la vida, ellos replicaban, como el respetable patriarca Ximenu:

—¡Quisiera ver cómo se arreglan las nubes para formarnos, si no hubiesen estado ahí, en fila india

nuestros abuelos, hasta perderse de vista!... Para ellos, desconocer este antecedente era como desmochar a la humanidad.



Fué en ciertos días resistente, no obstante, el conato religioso, y bastante obstinado; y para desviar la atención del asunto, el rey Lascanus I dijo:

—Si es cierto que el pueblo kirio pretende, como yo, vivir tranquilo, hemos de adoptar como única religión la de la «acción proba», en vez de abandonarnos a las viejas supersticiones y creencias, tan complicadas, tan tristes y embarazosas, que nos inducen a error, haciéndonos creer que retrocedemos justamente cuando marchamos hacia adelante.

Uno de los teólogos, Beatus, dijo:

—¿Y el respeto debido a la tradición, Majestad?

—Ninguna manera mejor de manifestar nuestro respeto a la tradición que el proceder según ella procede, esto es, marchando siempre hacia adelante, sin dar vuelta nuestra cabeza ni nuestro corazón, como no sea para reconocer lo bueno que ha hecho nuestra ascendencia por nosotros—. Así replicó el rey Lascanus, con su aire bonachón característico.

Bien que fuese de gran empecinamiento este prurito de escrúpulo religioso, se encontraba con la no menos empecinada resistencia del propósito kirio de asegurar una vida sencilla, según es la de la naturaleza para todos, y los dirigentes consideraban que era para

ellos un deber de conciencia el encaminar al pueblo de modo que pudiese ser dichoso en su paso por lo que ha dado en llamarse el valle humano, desde que es la dicha el sumo bien. En tal lucha hubo de transigirse, según ocurre siempre.

Los pusilánimes, temerosos de que pudiese sobrevivir alguno de los viejos dioses terribles, roídos por la inquietud y el miedo, preferían cohonestar su conciencia de cualquier modo, para disfrutar de sus bienes y fueros naturales. Por muy sólidos que fueran los razonamientos directores, debieron sentir también los



kirios el escozor de las añejas preocupaciones supersticiosas; y el pueblo cabeceaba, quería algo, cualquier cosa que fuese.

Para aquietar la conciencia a este respecto, el rey Elemus I, llamado *el prudente*, congregó a los sabios

de Kiria, a fin de asesorarse. Después de un breve cambio de ideas se declaró por el cónclave que, efectivamente, no era juicioso el mantener un régimen así, que parecía ser de ateos sin que en realidad lo fuese, dado que para ellos había profusión de dioses, buenos, malos y anodinos, y que lo más prudente era dejar que cada cual se manifestase sobre este punto con arreglo a su conciencia, según quisiera, a condición de no incomodar a los demás con sus tristezas y menos aún con maldades y trapisondas, no ya con torpezas.

Hubo gran regocijo en las muchedumbres kirias con este bando tan liberal. Decía Jubilius, radioso: «Todos somos creyentes, los unos tristes, los otros alegres; cada cual va con su conciencia.»

Se dispuso que los inquietos dedicaran un día cada

septenio (*ilios*, según ellos lo llamaban), para cumplir ese orden de deberes, recomendándose que en el resto del tiempo los kirios procedieran con toda honradez y corrección, que eso también formaba una parte, si no fundamental, accesoria por lo menos, de aquellos otros deberes. Así fué como los kirios empezaron a practicar sus deberes religiosos, al margen de los demás (1).

Dicho día iba buena parte del pueblo al campo, los hombres con sus peliandros y sus mejores pipas, y las mujeres con los menesteres de sus tareas ordinarias y de entretenimiento, los mayores como los chicos, todos se divertían, seguros de alcanzar la gracia divina, por arduo que ello fuere, aun sin orar.



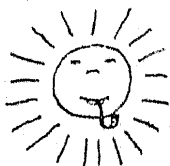
El teólogo Zairius, venerado por el pueblo, había dicho: «¿No comprendéis que si Dios es bueno ha de complacerse al veros contentos con sus dones? ¿No comprendéis que si Dios es malo sólo puede ser desarmado por vuestro buen humor?» Y redondeaba su

(1) Los cavilosos quizás atribuyan a esta modalidad la terrible supresión del pueblo kirio como un castigo de los dioses, en aquellos tiempos en que la justicia sobrenatural solía mostrarse con frecuencia, y con rigor. Si hubiesen seguido los dioses aplicados a su tarea, es dado suponer que no pocos otros pueblos habrían corrido una suerte semejante. Verdad es también que a menudo son los peores los que se salvan en tales circunstancias. Avidos de homenajes según son los dioses, por lo común, prefieren a todo la fe y se les da un ardite todo lo demás, dejándonos así en perpetuas tinieblas acerca de la moral.—(Nota de Ali Biaba.)

razonamiento así: «El que ora pide, y el que pide concluye por molestar.» (1)

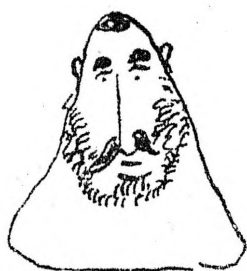
Dentro de estas líneas, tan sencillas, aquel pueblo disuadido e ingenuo conciliaba su conciencia con lo desconocido, y era un encanto verlo feliz, satisfecho de vivir sin abdicar de su severa dignidad.

Comoquiera que sea, bien que no fuesen mojigatos, y aun cuando no fijasen los kirios su culto en la ambición de establecerse en las nubes definitivamente, como los modernos creyentes continentales, y por más que no orasen para lograrlo, era este pueblo el más religioso de la tierra, pues cumplía religiosamente sus deberes naturales (2).



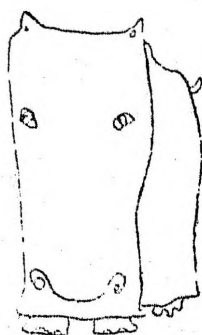
(1) Todos cargamos nuestra cuota de demonio dentro; hasta los más santos no dejan de llevar, aunque no sea más, un pedacito del rabo; y lo curioso es ver que es ese demonio interior el que más miedo nos mete, y nos incita a orar en vez de dar coces contra él. Y ¿por qué no decirlo? También llevamos todos algo de santos, bien que sea dicha cuota a veces tan pequeña y delgadita que se confunde con la parada.—(*Nota de Ali Biaba.*)

(2) Lo más curioso es que el hombre continental, descasado, y que se caracteriza por su impermeabilidad a la gratitud, piensa ser muy religioso por reconocimiento a su dios, siendo así que su espíritu religioso reposa tres cuartos en el miedo y el otro en la esperanza. Claro que habrá algunas excepciones, pero éstas, si acaso, sólo sirven para confirmar la regla. En cuanto a amor... ¿se requiere ofuscación candorosa! ¿Cómo amar una cosa que no se ha visto siquiera y que se la teme?—(*Nota de Ali Biaba.*)



El que se engaña, engaña.

(*Minelius.*)



No es fantasía la grandeza;
la fantasía es humo.

(*Paganios.*)

La idea es vértebra: cuí-
dala.

(*Supervio.*)

IDEOLOGÍA KIRIA

Un antiquísimo filósofo kirio, Almonaco, el afable, había dicho:

«Para que una cosa sea, hubo de ser, en causa, y siempre lleva consigo, esencialmente, implícita su propia causa.

»No se concibe un ser sin causa, o con una causa ajena a su ser.

»En las formas superiores de organización es fácil ver que cada especie cuida fundamentalmente de sí misma. Si hubiese una excepción, no cuenta, por contranatural e inmoral, como que el perro se ocupe de los monos o viceversa. Si algún hecho de esta clase quiere ser invocado, es de buen consejo abstenerse de aceptarlo como demostrativo, enviando a la cría a una feria de rarezas a fin de ser expuesta como fenómeno a la curiosidad pública, para que ría.

»Cada especie procede por fórmulas propias en favor propio, y nadie en la naturaleza se interesa en la ajena suerte como no sea para deducir un beneficio, según ocurre con el hombre que cuida animales (bueyes, caballos, perros, gatos, pavos, gansos y gallinas, etc.), porque esto le conviene. Lo demás es contrasentido.

»La verdad no tiene bulto y puede ser alojada en una cabeza, por pequeña que ella sea, puesto que es más bien asunto de dirección que de tamaño.» (1)

Este orden de ideas había ido formando la mentalidad kiria, o por lo menos contribuía a ella, haciendo que no admitiesen los kirios ser producto de fabricación ajena, sino obra de sí mismos; y eso lo consideraban un honor, según se comprende.

Uno de los discípulos de Almonaco, el sonriente Peponio, decía:

«Habremos sido insectos mínimos, en un principio, después ranas o loros, lo que no ha de sorprender; después vizcachas, después monos: admitido; pero es lo cierto que hemos llegado a ser hombres, y eso se lo debemos a nuestros antepasados, pues sin ellos no existiríamos, por lo menos no existiríamos así, como hombres. Debemos reverenciarlos, en consecuencia, a tener una pizca de gratitud en el alma, y cuanto más chicos

(1) Este simple antecedente hubo de tener asimismo hondas consecuencias en la mentalidad de aquellos isleños preteritos, puesto que hacían de la ciencia cuestión de criterio, más bien que de clasificaciones y cuadriculaciones según ocurre hoy. Para ellos, esto, si bien puede servir, era inconducente y contranatural reputarlo ciencia, dado que entendían que en la naturaleza todo es continuidad. Ahora ya no podemos decir que la ciencia cabe en una cabeza chica. Si no es de buen tamaño y resistente, ¿cómo hacer entrar todo lo sabido dejando espacio aún para alojar lo que falta saber?.— (Nota de *All Biaba*.)

nuestros ascendientes más, puesto que en tal caso fué más grande y gloriosa su proeza.» (1).

Esta manera de pensar era la que los hacía marchar con su columna vertebral erguida, ufanos de haber llegado a tanto con tan poca cosa. Al considerarse obra de sí mismos, esto daba un sentido cabal a su dignidad, pues consolidaba su conciencia orgánica específica.

Ya, el pastor Inagra, llamado el fantástico, había querido inducir al pueblo, en sus comienzos, a pensar en las causas sobrenaturales, diciendo que había oído voces lejanas mientras pacía su rebaño, las cuales, bien que no las hubiese comprendido, quería interpretar.

El labriego Alberio, al cual se le conocía por el apodo de *Sesudo*, le dijo:

—Por más que vayamos retrocediendo no llegamos a desprender el hecho de la cría del hecho de los padres, y así puedes pasarte ocupado en dicha operación siete kelios, sin que cambien por eso las cosas.

(Para los kirios, la cifra siete era como una representación del infinito; el *kelio* era una medida de tiempo que no define el manuscrito caldeo; pero tal omisión no tiene para qué lamentarse, puesto que es de presumir que sea de gran extensión, y esto basta para comprender el sentido de aquella frase.)

—Si las cosas son así, resultan demasiado llanas —replicó Inagra—, y pierden todo interés.

(1) Nuestra mentalidad arranca de las primeras excogitaciones humanas, casi todas fantásticas, puesto que fueron de orden global, sin tener sólida base alguna. De tal suerte es que, como algunas construcciones muy ornamentadas, se tambalean por falta de cimentación. Nuestra tarea es la de reciclar dicha mentalidad con los elementos positivos acumulados por la observación y la investigación experimental, a fin de consolidar todo lo que haya de aprovechable, dejando a un lado lo inservible.—(Nota de Ali Biaba.)

— Está bien—dijo Alberio—; pero si para darnos el lujo de interesar nuestro meollo debemos privarnos del criterio ¿qué nos queda? (1).

Para los kirios, la ascendencia y la descendencia formaban una cadena con eslabones de identidad no sólo causal, sino esencial, y en tal sentido, como eslabones de la misma, encaraban sus deberes específicos para con el pasado, el presente y el futuro.

Al considerar a los kirios contentos con sus empanadas, su fez y su pipa, sonreímos, pero no habrían dejado ellos tampoco de sonreír al notar nuestro

(1) Al llegar aquí díjome Alf Biaba:

— ¡Cuánta sensatez en estas palabras! Vea: la creencia tan admitida, especialmente en la antigüedad, de que Dios, esto es, la más alta representación de la justicia, como sobrenatural superior al mundo mismo, se valía de terribles violencias para castigar y arrasaba pueblos enteros, culpables e inocentes por igual, para satisfacer su venganza, no ha de haber impresionado poco aquellos cerebros simplistas de los viejos tiempos, familiarizándolos con el procedimiento guerrero. Todavía hoy se siente el imán de aquella sugestión funesta.

— ¿Piensa usted que pueda ser ésta una de las fuentes del espíritu bélico, realmente?—pregunté yo, impresionado por el vigor del argumento.

—No sólo del espíritu bélico—replicó Alf Biaba—, sino la causa determinante de nuestra fe en la violencia. Tales procedimientos, tan altamente recomendados, son los que fueron haciendo dura y mala la entraña humana, no pocas veces sinestra. Los kirios, lo verá usted, ni admitían siquiera la división en clases sociales, y para ellos, al revés de Jehová, la sanción penal debía ser aplicada al culpable, sólo a él... Ellos ponían la pinza donde era requerida, según hacen hoy los cirujanos, y una vez puesta en su sitio, procedían con decisión para ser eficaces.

Yo sentí un escalofrío al oír esto, y él, sin notarlo, prosiguió:

—Nuestro error capital consiste en haber supernaturalizado nuestra ideología, en vez de naturalizarla lo más posible, para

entrecejo fruncido, y al considerar la idea que nos hemos formado del pensamiento, tan magistralmente expresada por Augusto Rodin en su *Pensador*, pues resume bien la mentalidad de nuestros días. Para ellos habría sido representado de una manera cabal el pensamiento, más bien a la manera de los primitivos, por una actitud beatífica como la de los santos y querubines ante la Anunciación, y sólo habrían lamentado que tardase tanto ésta en pronunciarse, aclarándonos más. Entretanto, iban buscando la beatitud no por medio de la filosofía del deseo ni por la desmedida ambición, sino por medios más positivos, tratando de encontrarla dentro de los cánones de la vida natural.

ajustarnos a nuestro ambiente familiar. De ahí nuestro afectado desdén por lo real y nuestro también afectado aprecio por lo irreal. Así es que todo resulta enlenguado, cuando no falso, lo humano. No se ha comprendido aún la magnificencia insuperable, soberana, de la naturaleza, y vivimos en ella como huéspedes, como sendoextraños superiores, mas no sin mover como los demás nuestras mandíbulas. Es hasta deshonesta, no ya absurda tal actitud. En tanto que la naturaleza está ahí serena, lógica, ceñida a su misión natural, nosotros, que nos hemos dejado marear por mil fantasías, nos agitamos convulsos, y quisiéramos desprendernos de ella. Nos parece que si ajustamos nuestra mentalidad a lo realmente existente, nos desinflamos por completo, y nos vaciamos como calabazas. Dicha estultez ruborizaría a un insecto.

Como notase mi turbación ante su inesperada acometida, agregé:

—Claro es que hallándonos donde estamos, nos parece que no pudo ser más que así, como es. Esto es una simple ilusión. Habría bastado que se tomase otra dirección mental, una nueva idea, un recurso, para que todo fuese lógicamente distinto, nuestra mentalidad y nuestra civilización; y nos hallaríamos tan familiarizados con aquello como lo estamos con esto.

No sabiendo ya qué agregar de algún interés, callé y quedé abismado, como si me hallase viviendo en sueño.

¿No parecen santos y querubines también los pájaros, a veces? (1).

Para nosotros, que hemos acostumbrado nuestro paladar a manjares inverosímiles, claro es que la sencillez nos choca, y nos disgusta aún: ese es nuestro escollo para llegar a la dicha. Hemos cargado nuestro equipaje mental de tal modo, tan inconsultamente, que se hace preciso desaprender lo aprendido para saber algo, comenzando por una cosa tan simple y tan omitida según es la de que la cabeza se ha hecho para discernir. Nuestro régimen nos impone así una tarea de demolición, cuando tanto hay que hacer en la vía de la organización, que es constructiva. Es que nos movemos demasiado, y no hay tiempo para deli-

(1) (Diálogo de Faraonte).

—Yo adoro al cucurucú ¡como si fuera mi Dios!—dijo Popania en un vehemente arranque de lírico misticismo—. Cuando canta, al atardecer, siento correr sobre mi piel como una líbia brisa suave, que me acaricia deliciosamente; me parece verle un nimbo de luz alrededor de su cabecita y queda mi alma arrobada por su hechizo inefable. A él le pediré que me haga venturosa, y no me lo ha de negar.

—Tú sueñas—contestó Betulio, lleno de ironía—. Puedes creer que al cucurucú se le da un ardite de esas cosquillitas que tú sientes, y de tu encanto.

Popania: Te aseguro, Betulio, que he de rogarle de tal modo, tan fervorosamente, que habrá de apiadarse, y me escuchará.

Betulio: Eres bien ilusa, Popania. ¿No sabes tú que ese pájaro canta en procura de su hembra? ¿De qué le puedes servir? Será Dios, a su manera, mas sin dejar de ser pájaro. Haz tú lo mismo, Popania, canta. Puede ser que encuentres así tu dicha, con un camarada. Yo, desgraciadamente, sólo puedo ofrecerte un consejo, y ya, sólo eso es más de lo que puede ofrecerte el cucurucú; puedes creerlo.

Quedó Popania con la mirada fija, como si la tuviese clavada en un bello sueño.

berar. La cabeza la usamos como un simple adorno, como un lujo (1).

Con un gran sentido de la realidad, confiaban poco los kirios en la eficacia de los suspiros y los ojos en blanco, prefiriendo pisar tierra firme y fiar en sus puños, y preparar sus cosechas más bien.

Acerca de los primores del alma no se hacían grandes ilusiones; al contrario, acaso caían en el extremo inverso. Decía Filartius al ver una mala acción: «Si

(1) —¡Resultaría así que es nuestra inteligencia, o sea la propia cabeza, lo que dificulta nuestra adaptación a la naturaleza, cuando es justamente nuestra cabeza y nuestra inteligencia lo que gobierna y debe gobernar nuestra acción!... —dije yo a Ali Biaba, pretendiendo ponerlo en aprieto.

Sonrió Ali Biaba, y me contestó:

—Ahí está justamente el nudo de esta tragicomedia humana: ¿No es un colmo de comicidad que sea la cabeza-inteligencia del vertebrado la que estorba en vez de ser brújula, instrumento director? ¿No es *summum* trágico, a la vez, el que se emplee tan importante instrumento en contra del poseedor? Y todavía subraya este contrasentido el hecho de que los que así emplean su cabeza se reputan reyes de la creación, vale decir, pequeños dioses al propio tiempo que proceden tan lamentablemente en su contra.

Rió sarcásticamente Ali Biaba, y agregó:

—¿De qué no ha sido capaz la inteligencia humana? Ha dado pruebas admirables de cordura y las ha dado también sorprendentes de insensatez. Hoy mismo puede usted ver y oír filósofos que viven inquietos, temerosos de que pueda suprimirse el mal, puesto que ellos se sentirían ya desprovistos del único medio que se les ofrece para saber qué es el bien y la dicha.

Al decir esto, me miró, y preguntóme:

—¿Tiene usted noticia de algún dislate que no haya sido proclamado por algún filósofo como verdad fundamental? ¿De qué no son capaces ciertas cabezas?...

Había algo de kirio en la mirada de Ali Biaba, y opté por callar.

las ideas, sentimientos y ambiciones tuviesen olor, más de una vez se advertiría que son insoportables.»

Con este criterio llano, se comprende que tratasen de cuidar del aseo espiritual. Su buen sentido les decía que no bastaba despojarse de la mugre corporal, para andar según es debido, sino que la mugre espiritual debía tener su lejía también.

Al sanear así el cuerpo y el alma se podía vivir y confiar en la sociedad kiria, y no como ahora que se halla tan omitido el aseo espiritual. No pocas son las personas emperejiladas y de corte marcial que se ponen unas gotitas de agua de olor por encima del alma, y salen confiadas a los recursos de la diplomacia, cuando no sea derechamente a la divina Providencia. Es verdad que, a fuerza de desvíos, la vida se ha artificializado tanto, que nos parece vivir en invernáculo o en frigorífico; y la mentalidad también tiene sabor a eso mismo.

Todo se ha ido pedantizando a base de complicación. Hoy día, si se quiere saber lo que suman tres más dos, no ha de faltar quien apele a las altas matemáticas y a la cuarta dimensión; allá, en Kiria, bastaba levantar la mano y mostrar los cinco dedos.

Para darse cuenta de aquella ideología, es preciso atender al hecho de que a los kirios les placía ver las cosas tal cual son, sencillamente, así como a nosotros nos place ver o imaginar cosas extrañas y fabulosas, en la falsa inteligencia de que esto es mejor y aun superior; también les placía razonar sesudamente, y con precisión, en vez de hacer dialéctica más o menos incomprensible, por abstrusa. Es que ellos ambicionaban lo normal, lo que, con arreglo al modo actual de pensar, es mediocre, mientras que nosotros ambicionamos lo extraordinario, que es lo fenomenal. Por eso ellos pedían el «ké» tan a menudo, para no extraviarse,

en tanto que nosotros pedimos lo novedoso, aunque sea extravagante, para divagar, y nos extraviamos. Forzoso es convenir en que era distinta la orientación (1).

Si se penetra algo más en el examen de las diferencias, se advierte que ellos preferían «idear», razonar, en tanto que nosotros preferimos la idealización, supuestamente superior, para abandonarnos en el reino del ensueño y la quimera a lo arbitrario de la fabulación; así ocurría que los kirios, con tener menos, eran felices, y nosotros, teniendo más, nos martirizamos soñando en lo abusivo e imposible, lo irreal, y hasta en lo sobrenatural, haciendo cuanto nos es dado para vivir ilusionados con la idea de su consecución, aunque por dentro sepamos ser inalcanzable. ¿No es un precepto entre nosotros el cultivar tales mirajes, como algo saludable y salvador? La realidad la tenemos aquí, a la mano—decían—, hasta nos sentamos encima; ¿a qué, pues, acudir a las nubes para que nos la expliquen? (2).

(1) La comprensión nos pondera y nos hace firmes, por dignidad, en tanto que la adopción de una creencia por sumisión nos humilla al colocarnos frente a este dilema: desiste de tu razón-inteligencia, por la fe a ciegas, o prepárate a los más duros castigos. Por eso es que en dicho plano es la humillación o la rebeldía la forma corriente de reaccionar; la serenidad altivamente estoica, que es tónica dignidad consciente, no puede prosperar.

Cierto es que cada cual cree vivir dentro del mundito personal que ha podido construir; pero no lo es menos que sólo interesan a los demás los munditos personales que tienen algún arraigo en la realidad real, y, por lo propio, alguna consistencia. Los demás pronto estallan como bolas de jabón, sin dejar rastros como no sea un vago perfume, si acaso.—*(Nota de Ali Biaba.)*

(2) Uno de los diálogos de Faraonte trae esto:

Regusio: Dime, querido Maclino, ¿cómo te explicas que se pueda llamar «misterio» a todo eso que vemos y palpamos,

Ellos vivían en su ambiente, y nosotros pretendemos substraernos a él para lograr nuestro bienestar, y como esto es lo absurdo, sufrimos las consecuencias de nuestro error. Hoy en día son bien pocos los que se interesan en averiguar lo que hay en realidad de cierto a nuestro alcance, para ajustarse, según debe uno ajustarse a la existencia de caja para saber lo que es dado gastar, y es lógico que se multipliquen las decepciones; pero—permítase la digresión—no deja de ser curioso el ver que los soñadores son a veces los que más cuidan de la caja, mientras que nosotros, los que pretendemos razonar, sin ser kirios, somos casi siempre ineptos para eso. Acaso los unos y los otros invertimos los papeles, y soñamos donde hay que velar, o velamos donde hay que soñar, cuando para todos lo mejor

y que parece empeñado en mostrarse con toda llaneza por sus cuatro lados a un tiempo y a toda hora, se diría como lo hacen las meretrices continentales con sus cuerpos?

Maclino: ¡Hombré, eso es bien fácil de explicar! ¿Qué podrían hacer los filósofos una vez que se dé todo por evidente, y explicado por lo mismo? Preciso será dejarles un margen para que puedan demostrar su ingenio. Lo propio hacen los chicos cuando ponen su mirada angelical sobre el vientre de un juguete, en vez de contraerse a jugar con él.

Regusio: Tienes razón, Maclino, pero lo grave es que ellos, en vez de simplificar, lo enredan todo cada vez más.

Maclino: No es poca la razón que te asiste, Regusio, al decir esto, y lo propio hacen los chicos, que no se conforman hasta no haber destruído el juguete.

Al margen de este diálogo puso Alf Biaba esta nota, de su puño y letra:

«El pueblo kirio tenía gran intuición profética, debido a que era un pueblo que se guiaba por su buen sentido más bien que por la adivinación, cosa que rechazaban por demasiado jactanciosa, y, antes de afirmar, verificaban a conciencia.»

sería soñar con un solo ojo, y razonar con los dos, siempre, y bien abiertos (1).

El «ke» kirio es bien difícil de alcanzar. No es menos cierto que se ha hecho cuanto es posible para hacernos perder dicha noción, de tal modo, que al oír un razonamiento cerrado, que debiera ser sedante, nos choca como un martillazo, pues nuestro teclado mental parecería construído para el desvarío más que para la cordura. ¡Véase cómo recibieron a los grandes naturalistas, ayer no más, los brillantes soñadores de la talla de Barbey d'Aurevilly!

Los kirios mantenían para su mentalidad la misma lógica que para construir, esto es, comenzaban por los cimientos con gran prudencia, cosa, que, con ser de una cordura tan elemental, se ha olvidado en Oriente y Occidente; no obstante ¡véase cómo la isla kiria fué tratada por la providencia! ¿Será emulación?

Aquel procedimiento kirio, no menos rápido que el otro, y más seguro, era el mismo que les permitía ir viviendo mientras trabajaban, en vez de desesperarse, según lo hacemos nosotros cada vez que se desmorona el castillo que se suponía ya construído, y pronto para disfrutar, y eso que nosotros pretendemos contar con el amparo providencial. Como ellos no se desmontaban de sus posiciones, dado que eran producto de convicción y arraigo, dentro de un ordenamiento efectivo, y no simplemente de creencia arbitraria más o menos a la moda, iban hacia delante, en

(1) Estos isleños no eran, como nosotros, formalistas, sino substancialistas, por lo cual dirigían su cultura por el interior y bien por el centro, para afirmar su concepto moral y llegar a una mayor y mejor organización social. Si hubiesen sobrevivido no habrían llegado jamás como los continentales a una civilización tan brillante y aparatosa según es la nuestra, y tan complicada cuanto inconsistente.—(Nota de Ali Biaba.)

tanto que nosotros, aun en esta actualidad tan rumbosa, nos sentimos inseguros como si estuviésemos en un tremedal. Es que para ellos la ideología era arquitectura sin ladrillos, con ideas sin embargo (1), y para nosotros eso es pura fantasía. Por otra parte, no divinizados los kirios, o, si se quiere, divinizados en una forma tónica por el orden juicioso de sus creencias y por la moderación de sus sentimientos religiosos, no por eso menos efectivos, por hallarse todos ubicados

(1) Diálogo de Faraonte:

Lescario: El mundo, que es y será siempre Todo, según fué, es una perpetua creación: se va substituyendo lo que es por lo que será, así como se substituyó siempre en la eternidad preterita lo que fué por lo subsiguiente; y esta creación se produce sobre los elementos preconstituidos por selección natural. La Nada no puede existir ni obrar, siquiera sea por el milagro, por cuanto el milagro es el absurdo.

Rafa: Esto es cierto por lo menos en cuanto es el efecto lo que substituye a la causa, y se frustra en causa a su vez de nuevos efectos. Acaso sea por esto que se hace indispensable la selección racional.

Domizius: Claro; como acto de previsión, accediendo al anhelo orgánico de perduración y mejoramiento.

Lescario: No tendría sentido el mundo, tal como lo vemos, si no se hallase aplicado a mejorar la condición orgánica universal, perennemente.

Jacopus: Todas estas afirmaciones se me antojan ser perogrullescas.

Lescario: Claro, lo son; como lo es siempre la verdad-hecho. No hablemos de esas pequeñas verdades individuales que fabrica cada cual para su mayor comodidad, pues ellas no tienen valor ni existencia objetiva alguna, y el puente de los asnos consiste en eso, justamente, en percatarnos de lo objetivo, para atender a nuestro interés orgánico más esencial con eficacia.

Alí Biaba anotó este diálogo en la forma siguiente: «Ha sido siempre lo mismo: lo que más cuesta ver es lo substancial simple—el grano—, esto es, lo que se esconde por entre la paja.»

en la naturaleza, sin otros alardes, resultaron humanos, y repudiaron siempre la guerra y las torturas radicalmente como recursos de acción denigrantes, inconducentes y salvajes, fuera de ser la primera eminentemente ruinoso. No es chica prueba de sensatez en aquellos tiempos, y hasta en estos.

No puede negarse que, a pesar de todo se adelanta, si bien demasiado despacio en el orden de las ideas. ¡Con decir que, no ha mucho, un escritor muy en boga, Pierre Loti, en un espasmo de exaltación fanática, decía que hacen más dos brazos en alto que toda esa legión de investigadores, que busca en la entraña de la naturaleza el secreto de la misma!...

Comoquiera que sea, la sabiduría no puede cifrarse solamente en las actitudes, por entusiastas que ellas sean, y preciso es rendirse a la cordura. En lo mejor de uno de esos arranques líricos, una recua de oscuros microbios va perforando el intestino.

Ya, Laferarus había dicho:

—Verdad es que todo depende del punto de vista desde el cual se consideran los hechos, pero no es menos cierto que conviene verlos también del lado del revés.

Los kirios no se conformaban tampoco con observar las exterioridades psíquicas, para juzgar, si no al contrario, trataban de examinar las cosas por dentro, o sea por el «quinto lado», según decían ellos, para referirse a lo más oculto, y según hacían las cocineras antiguas cuando compraban perdices; y los kirios lo hacían con tal sagacidad y esmero que habían llegado a ser eximios maestros, muy expertos. Ciertamente que cumplían esta tarea a conciencia, como todo lo demás.

Como ellos no admitían la suposición de que nadie, fuera de sí mismos, se hallase ocupado de sus cominos ni en la naturaleza, ni en otra parte alguna, si hubiese sitio para ubicarla, procuraban tutelarse a sí

misimos con toda solicitud, a fin de poder vivir agradable y útilmente una vida bien efectiva. No confiaban en los espejismos, como nosotros. Hoy día, para descubrir alguna migaja de buen sentido es preciso que metamos la mano lo más al fondo de nuestra bodega mental, esto es, de lo que haya de más viejo, y aun así es escaso lo que hallamos, pues hace demasiado tiempo que se ha ido arrojando por banda.

Para los kirios la filosofía y la ciencia comenzaban por la comprensión, que deja ver llano y claro, no por el asombro y la protesta o la plegaria, frutos de maquinación más bien. Cuando ellos veían u oían a alguien muy extenso o exaltado y vociferador o abatido, sonreían, diciéndose:

—Se ve que no ha comprendido.

Y, al decir esto, ya daban la espalda elegantemente y se iban a contemplar celajes, mientras hacían sonar su peliandro o fumaban religiosamente su deliciosa pipa.

No admitían en forma alguna el entenebrecimiento de la vida, puesto que tal cosa les producía no sólo desagrado, sino la impresión de una blasfemia contra la naturaleza, de la que habían tomado todo cuanto poseían y cuanto les fué posible obtener. Aquel desconocimiento significaba además un repudio del esfuerzo ancestral, tan a estimar por triunfal y provechoso.

Decía el sabio Giralduſ:

—Cierſo es que no es completa nuestra dicha, ni puede serlo, por cuanto ſomos inconformables. La verdadera ſabiduría conſiſte en reconocer los beneficios alcanzados, no ſin tratar de acrecerlos juiciosamente para nosotros, para la prole y para nuestros hermanos, que lo ſon todos los de nuestra especie, los buenos. Hasta podemos llevar algún recurso a otros animales para ayudarlos, y debemos hacerlo ſiendo

posible, si son inofensivos, y más aún si nos son útiles, siempre que esto no se haga en detrimento de los nuestros, que deben primar.

Una serenidad sonriente era el signo de la comprensión y la sabiduría.

Para nosotros, que hemos dejado invadir nuestra cultura por un sentimentalismo desbordante, el que va desde lo melodramático succulento, a veces cursi—cuando no truculento, y aun a veces abyecto—hasta la ensoñación quintaesenciada del refinado, con menosprecio de la realidad cabal, que es al fin lo único que cuenta, se nos antoja ser burda y aun trivial la naturaleza, grosera y sin interés. A fuerza de superponerle ficciones y fantasías de todo linaje, a fuerza de idealizarla arbitrariamente en la falsa inteligencia de que la superamos, hemos llegado al absurdo de nuestra propia desnaturalización, por vía de conato al menos. De ahí nuestra perpetua desventura congajosa, tan lamentable, cuando no ridícula. .

Cuando Pindario, el lírico, dijo que todo lo que ocurre está escrito por el Destino, el pastor Carolus replicó:

—¡Hombre, ese papiro ha de ser tan grande como el mundo! ¿No ves que es el mundo, mi buen Pindario, el que va escribiendo el destino, poco a poco a medida que obra? El mundo es creación eterna.

Al oír tal simpleza, Pindario dejó la pipa para soplar su peliandro.

Eran los kirios de tal modo refractarios a la idea de treparse a las nubes, para jactarse de ser superiores a la naturaleza, que, al escuchar las demostraciones dialécticas del lírico Ramponius, Sueirio, «el de los claveles», tapándose las narices dijo:

—Calla, por favor, Ramponius; es tal el fondo de animalidad que hay en la entraña, que hasta en las

mayores solemnidades está uno expuesto a tener que soportarlo (1).

Éra muy raro que un kirio, por atenerse a las convenciones sociales que hoy despotizan, quedase sin rectificar de inmediato un error cualquiera, temeroso de que pudiese prosperar. No eran como nosotros, que nos conformamos con hacer reservas mentales, o rezongando amargo por dentro mientras oímos y hacemos manifestaciones amables con todo motivo.

Tenían, además, un concepto de tal modo natural de la perfección y la belleza, que les sorprendía el que pudiese suponerse algo más cabal y superior en otro mundo alguno que en el propio, aunque por arriba de las nubes. Trae Faraonte un diálogo al respecto bien demostrativo:

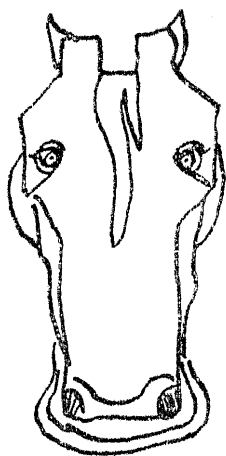
Anodio: Si yo tuviese, querido maestro, el poder sumo, ya habría de hacer supresiones para llegar a la perfección, que es belleza. Y no sólo habría de suprimir sino de agregar, para que no ofrezca lunares la belleza, ni deficiencias.

Adamio: Tienes una falsa idea de la perfección y la belleza, Anodio. Tú piensas que es aquello que posee lo que te falta y lo que carece de lo que piensas que te sobra, lo cual es error y hasta acto de irreverencia e ingratitud para con tu sabia y previsora ascendencia. La perfección y la belleza demandan simplemente orden y equilibrio circunstancial, además de la capacidad de funcionar naturalmente: este es el concepto natural, y tan natural es, que, tú mismo, con esas

(1) El mal aliento, que hoy se ostenta como todo lo demás serenamente, ellos no lo podían soportar. Dado que para los kirios todos los órganos desempeñaban por igual una función indispensable y por lo propio a respetar, no hacían cuestión de procedencia sino de calidad del perfume, y a eso se atenían.

—(Nota de Ali Biaba.)

ideas raras que manifiestas, si te acercas a una mujer, por extraordinaria que ella sea, lo primero que tratas de indagar es si todo marcha bien, sin que le falte nada, ni el ombligo. Esto es lo juicioso. Exigirás, eso sí, que todo se halle a tu gusto, cosa siempre fácil de alcanzar por cuanto nuestros gustos no son bien precisos, y nos conforma momentáneamente cualquiera aproximación.



Anodio: Comoquiera que sea, yo iría más a prisa si tuviera el poder sumo.

Adamio: Bien se ve, Anodio, que no tienes cabeza para gobernar, y que podría así ser una calamidad tu gobierno. Lo que tú querías hacer imprudentemente por impaciencia, acaso sea lo propio que va haciendo la sabiduría orgánica con método, previas juiciosas compulsas, para no errar. El gobierno eficaz es aquel que toma nota de todo esto para facilitarlo, mas no el que va apurado, atropellando. Éste nos expone a grandes desilusiones.

Anodio: Aun así...

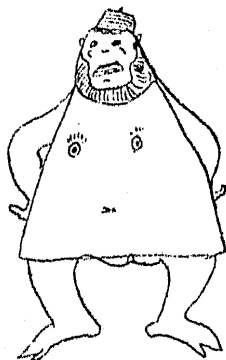
Adamio: Calla, Anodio, por favor. Ni sospechas cuánto hay de sabiduría a reverenciar en ese tejido orgánico en que vives, el propio que te permite no sé cómo blasfemar contra la Naturaleza. No la comprendes (1).

(1) Verdad es que la naturaleza, por acto de prudencia, va despacio; pero no sería mal el facilitar en lo posible esa evolución, tan lenta. A ser cierto el descubrimiento del «hombre de Pekín» (*Sinantropes pekinenses*), dataría el hombre por lo menos de muchos siglos antes de que discurriesen Adán y Eva.

en el Paraíso terrenal, aleteados por la serpiente. No obstante, llegamos apenas ahora a la época del *cocktail party*, del *dancing* y el *cocó*, y llegamos jadeantes. De la nebulosa del pasado, todo lo que ha podido definirse, aunque sea malamente, ha sido materia de admiración y de culto, excepto el hecho humano esencial, el más enjundioso y positivo, que es el esfuerzo orgánico, causa y base de nuestra existencia. Esto sólo explica los extravíos incurridos por desconocimiento. Esa epopeya máxima, soberbia, preñada de riesgos, de ansias, de responsabilidades, de solicitud, de tenacidad y aspiraciones, que arranca de mucho más allá de donde alcanza nuestro pensamiento cuando lo extendemos más, ha quedado incomprendida e irreverenciada.

Es hora de ir, si por fortuna hay tiempo todavía, a la reconquista del buen sentido, ese elemento que pudo realizar la magna proeza.

No nos honramos más por cierto atribuyendo nuestro origen a entidades fabulosas, por enormes que las podamos concebir, que a nuestra real ascendencia. El anciano Ducario, severo, decía: «Yo me afirmo altivo en mis palas alargadas y fuertes de primata, para pensar, y dejo que divaguen y pasen zangoloteándose los soñadores, ufanos por haber preferido afirmarse en finas y vacilantes palitas o en inconsistentes pezuñas.»—
(Nota de Ali Biaba.)



Es en la naturaleza donde hemos de acomodarnos. No pretendas superarla, incauto: sé digno.

(*Piquetus.*)

Vive ante todo: obra entre tanto.

(*Silverio.*)

Ni el individuo ni la colectividad deben preponderar: el deber es colaborar armónicamente.

(*Maninius.*)



SOCIOLOGÍA KIRIA

Para los kirios la vida era simplemente un pasaje, según lo es para muchos otros, mas no por un valle de lágrimas, sino más bien por el reino de las buenas empanadas, los peliandros, los bombones y las pipas. Así les placía definir su idea de la vida humana, con un optimismo rústico, si se quiere, mas no por eso menos efectivo y ameno. Trataban, pues, de vivir lo mejor posible. Por su estructura simple, máscula, y por su apego a la tradición natural, que jamás llegaron a denigrar ni lo habrían tolerado; por su gran cordura, que les hacía desconfiar de lo prefungente y optar por lo discreto, quedaron firmes en su vida terrenal, sin pensar en otra cosa que no fuese el disfrutar lo más posible de ella, y bien honestamente, no por una virtud abstracta, de la cual no tenían noticias ciertas, sino porque así entendían que les era más efectivamente útil y propicio (1).

(1) ¿Qué hay de cierto, si no es el hecho? Todo lo demás es divagación y comentario. Nuestras ideas sólo se ordenan y se aclaran cuando se ajustan a los hechos, a nuestro interés y a nuestros deberes orgánicos: hasta ese instante son informes e inconsistentes como gases, si no más; y nos hallamos de tal manera embohecidos por nuestro embrollo mental que nos es menester la distracción y el pasatiempo, cuando no la

Todo su pensamiento y su actividad con él, iba encaminado a vivir «según es debido». Así les parecía bien decir, para que se sobreentendiera que en eso iba comprendida la idea del deber. No era el enriquecimiento ni menos aún la abultada acumulación de bienes lo que los inquietaba ni les hacía perder el sueño, por más que tales recursos pudieran permitirles quizás hacer extravagancias y aun locuras (digo quizás, por cuanto no habrían tardado los kirios para ver que todo eso concluye mal), y así es que si trabajaban nunca llegaron a hacer del trabajo una tortura, ni siquiera una penalidad (1). De otra parte, tal procedimiento les habría parecido una aberración, lo cual, por absurdo, hería su amor propio además y ellos se preciaban ante todo de ser sensatos. Para ellos el vivir bien no significaba el vivir de una manera irregular, sentados sobre los vecinos, pongamos, pues solo el hecho de pensar que los vecinos se iban a hallar incómodos ya no les permitía estar a gusto.

Se hallaban de tal manera hechos a este modo de

resignación y el olvido, lo que demuestra que vivimos atolondrados o flácidos, y de mala gana. ¿Cómo llegar al bienestar y a la satisfacción de vivir sin ceñirnos tónicos a nuestro ambiente natural, con arreglo a una ética sana y sabia?—(*Nota de Ali Biaba.*)

(1) Hoy día parece ser panacea la riqueza, según el consenso universal, y lo curioso es ver que se desarrolla paralelamente a esta ambición el desprestigio de la moral. Semeja tan cándido el que se proclama cultor de la moral, hoy día, cuanto aquel que se proclamaba querubín. Ante la amoralidad general en marcha, preciso será encontrar remedio, pues no puede aspirarse a nada auspicioso sin el concurso de una guía sabia constructiva. En los bancos de la escuela, aturridos los pedagogos por el espejismo de la instrucción, se ha dejado olvidada la conciencia del educando como un detalle a desdeñar: de ahí esta crisis total que nos enfrenta el caos.—(*Nota de Ali Biaba.*)

vivir, que si veían a un vecino trabajar durante mucho rato, ya intervenían y le decían:

«Hombre, no olvides que tu primer deber es el de vivir y disfrutar de la vida.» Y si el vecino decía: «Hombre, es que estoy apurado, pues prometí a unos vecinos enviarles dos docenas de empanadas, y estoy en retraso», ya, con esto sólo, se arremangaba el interpelante, y le ayudaba. ¡Vaya uno a pedir estas gollerías en nuestros tiempos! Hoy, si lo ven a uno apurado, hasta los más ruines piojos sociales le toman el pelo; en vano, naturalmente, mas no sin picar.

De otra parte, para los kirios la dicha no consistía en anticiparse a los tiempos, sino en vivir en el tiempo propio. Claro que siempre quedaba un margen de líricos idealistas que iba forzando algo el avance, pero jamás en una forma desesperada como la actual en que se pretende descontar a los siglos venideros, sin dar más qué hacer a las nuevas generaciones que el desembarazarse de tanta complicación para poder, ellos también, tomar si acaso su cuota de bien-vivir. Como su concepto de la gloria era más positivo que el nuestro, sonreían irónicos, con sus fuertes mostachos, cuando pensaban en dicho renglón, y decían no sin guiñar:

--¡Vaya usted, vecino, y después me contará!

Amparados por su culto de la normalidad, no vivían pendientes de espejismos y fantasías como nosotros, que esperamos el aplauso así que hemos hecho la pirueta, y se nos antoja ser esto algo no sólo atendible, sino primordial en la vida.

En cuanto a la descendencia no practicaban lo que llamamos «mimos», pues decían que dejan rastros indelebles como la viruela negra, y acerca de la manera de encarar los deberes para con la prole, todo consistía en darles los elementos indispensables para

que se amañen y rebusquen, con algún esfuerzo y con dignidad.

En cuanto al trabajo acumulado para que la descendencia quede sin nada que hacer, no sólo era considerado como trabajo torpe, sino como inmoralidad, cuando no como acto cruel que tiende a desarraigar a la prole de la realidad, es decir, de lo que hay de más cierto bajo el sol. Para ellos habría sido de una perspectiva tristísima el imaginar a su prole



desgalichada e irresponsable, sin tarea, mientras que la de imaginarla animosa, procurándose honestamente lo que les fuese menester, los hacía soñar con beatitud. Ni eran siquiera demasiado partidarios de las conservas, puesto que ellas, a su ver, reducían el placer y la alegría de elaborar cosas deliciosas y fresquitas, lo que forma parte integrante del buen vivir.

Así como ahora el hombre se ofrece a la manera de fruto silvestre abrigantado por la civilización, y queda ácido por dentro, cuando no amargo y envenenado; a fuerza de presiones internas y externas, y de

artificios y desvíos, en Kiria se ofrecía espontáneo, dulce y jugoso, como primor. Furcolius, el de los higos—según se le llamaba—, al oír exhortaciones en el sentido de la contrición, dijo:

—Yo tendría cortedad de decir a Dios que no he disfrutado de sus regalías, si fuese creyente a la manera de los continentales. Me parece que esto sería hacerle una ofensa.

Con un sentido tan positivo de la vida terrenal, el concepto de los deberes sociales era claro y compulsivo; todos se sentían jueces y vigías, y los transgresores quedaban paralizados, por faltarles la conciencia y la razón del derecho.

A los pobres se les decía: «Vaya al campo si quiere enriquecerse.»

Cierto que casi ni los había, en Kiria, por cuanto los holgazanes e irregulares recalitrantes quedaban confinados en su respectivo radio, según se verá más adelante. De otra parte, como la urbe no era lujosa, ni la corte siquiera sea, se prefería la vida agrícola ordinariamente, y en el campo era fácil lograr los medios de vivir con holgura. Radiosos los campesinos decían: «Tiene que ser muy torpe el que no perciba la fecundidad de la naturaleza.»

Libre Kiria de pesadas cargas, según son las del ejército y la administración; confiada la policía al celo del pueblo, el cual como beneficiario se sentía gendarme y juez, y comprendía en su verdadero alcance y con clara conciencia el interés que llevaba en mantener el orden social, base indispensable a su bienestar; formados en dicho régimen, que los hacía cada vez más aptos, más diligentes, más honestos y ejecutivos, y, por lo propio, más solidarizados dentro de la marcha comunal y política; ambiciosos de mantener la

sencillez de sus costumbres, seguros según se hallaban de que no podrían ser igualmente felices si se halagaban con excentricidades y extravagancias que siempre complican, habían hecho de su isla un verdadero edén.



Ni era preciso engolfarse allá en la recaudación de impuestos, por cuanto se anticipaban los kirios a ajustar esa cuenta con el Estado, esto es, consigo mismos, según ellos decían, llegando a desempeñar espontáneamente además una función de vigilancia y contralor que hacía innecesaria la organización del personal de percepción y de inspección. Para los kirios el arreglar sus cuentas con el Estado era cuestión de honor, lo propio que hoy día son las deudas de juego, cosa que debe reputarse sagrada, según la moral corriente.

Así como hoy no es preciso organizar comisiones inspectoras para la moda, puesto que cada cual se preocupa seriamente de cumplirla, allá en Kiria no era menester compulsión alguna para el desempeño de los deberes esenciales de la sociedad.

De otra parte, teniendo todos, dentro de una organización tan sencilla, lo que les era menester, el fraude perdía todo incentivo, y deslucía por demás. Era tan agradable participar de las alegrías generales dentro de una vida sana, digna, de genuina probidad, que no asomaba siquiera la idea de defraudar. Se

miraba esto con el propio desdén con el cual se mira hoy una vestimenta anticuada. Había mucha buena fe y mucha cordura en Kiria (1).

Cierto es también que los kirios, al establecerse en el campo preferentemente, se disponían de modo que no se excluyesen los beneficios de la vida social, formando centros urbanos y procurándose todos los recursos que fueren requeridos para bien vivir, grata y holgadamente. Era así una disposición radial la que se adoptaba casi siempre, para establecer las granjas, colocando las viviendas en núcleo central, y en sitio apropiado. Dichas agrupaciones, como si fuesen colonias diseminadas en la isla, en lo esencial se bastaban a sí mismas. Tal procedimiento se hallaba reforzado además por diversas formas de cooperación, las que producían el triple beneficio de la facilidad material, de la ventaja moral y del aliciente sociabilizador.

(1) Al llegar aquí Alf Biaba, notando mi desconcierto mental, dijo:

—Todo esto parece ser un sueño irrealizable hoy día, debido a la suma de errores acumulados por la conciencia social. Hemos llegado a considerar al Estado como una gran despesa sin dueño conocido, donde los «servidores» y los «administradores» tienen el derecho de hacer sus provisiones, no sin rezongar, desde que su interés los obliga eternamente a suponerse mal recompensados de sus tareas distributivas. Los productores encargados de aprovisionar, también rezongan por su parte, pues su interés los induce a considerar que sus cargas siempre son excesivas, y lo más curioso es observar que los unos y los otros tienen razón por igual, los que toman y los que dan, pues siendo no sólo deficiente sino desviada y viciosa la organización social, a nadie puede complacer... y este es el cuento de nunca acabar, puesto que es un círculo vicioso.

—Prosigamos—dije yo, abrumado por la cordura de estas reflexiones.



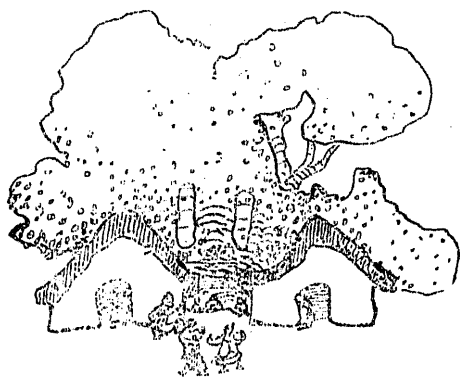
Las escuelas quedaban en los centros urbanos al cuidado de los ancianos e inválidos. Retirados de la actividad productora, constituía la enseñanza un título honroso para ellos, y se esmeraban en cultivar con solicitud paternal y con afecto la mentalidad y la manualidad de los niños, ocupándose esmeradamente en formar su conciencia como base educacional, dentro de un plan de amplia ecuanimidad, fuera de prepararles una manualidad ingeniosa y particularmente práctica. Era allí el trabajo razonado y reflexivo, como instrumento animador, y pasaban los educandos de la escuela a la vida sin notarlo, pues iban ya mental y físicamente preparados. Verdad es también que todo era escuela en la isla.

A las niñas se las interesaba primordialmente en las tareas domésticas y en la jardinería, floricultura, apicultura, avicultura, etc.; y si alguien quería extremar su enseñamiento, los patriarcas decían:

—No, lo esencial es dar una base discreta y de buena cepa escolar, honesta. Ya podrán ellas ampliarla, si viven y lo quieren, y así podrán hacerlo más fácil y fructuosamente en el sentido de sus preferencias. Lo preciso es atender desde ya, muy juiciosamente, la selección de sus ideas cardinales, el *upa* decían ellos—o sea, algo así como «centro motor»—, puesto que esto es de efectos perdurables y aun progresivos. Mucho cuidado con esto, agregaban cautelosos.

Como ni en la escuela ni en casa se les rellenaba el seso con narraciones fantásticas, eran las kirias muy equilibradas, hábiles y muy femeninas, de tal modo que nada les habría chocado más que se las confundiese con una pantera o con un hombre; esto les pare-

cía una fenomenal deformación desventajosa. Por su parte, los kirios las colmaban de atenciones, delicadezas y obsequios; era considerada la mujer como la representación de la gracia en la vida, como si fuese un premio concedido a nuestro afán de ventura, y se cuidaba de este bien con esmero; y ellas no se cuidaban menos.



Las mujeres no tan sólo se hallaban resignadas a su condición, sino que consideraban privilegio más bien el ser mujeres, y eso que por lo general se las veía fornidas, deliciosas no obstante, con sus ojos de destellos metálicos, sugerentes, de mirar aterciopelado y dulce, y aun profundo, no como hoy, que se empeñan en imitar a las fieras y a los hombres, que parecen no serlo menos, y lo más flacas que les sea dado, con uñas amenazantes, y cejas artificiales. Es que las kirias, para vivir y prosperar, confiaban en otro orden de halagos y prestigios que en el de la novedad y la extravagancia, y, por lo que puede verse en el manuscrito si eran dichosas las kirias, los kirios por su parte, vivían radiosos, plenamente satisfechos. Al cuidar del embellecimiento de sí mismas como frutos opimos de la naturaleza humana, y no como sim-

ples ejemplares de rareza, como inverosímiles, lo cual haría ver que ya la naturaleza no da para más, cumplieran debidamente su función social natural, con todas sus ventajas, cargas y deberes. Verdad es que el hombre también se ha dado a cultivar exotismos y excentricidades de todo género, lo propio más inopinado y aun lo fenomenal, y eso es entrar en el reino de lo arbitrario y tendencioso, lo que ofrece peligros pues es disolvente y decepcionador.



¡Oh, no era por cierto penoso el trabajo, ni áspera la vida aquélla! Como las tareas agrícolas se las desempeñaba sin recargos ni premuras, resultaban un entretenimiento más bien, y como algo indispensable para disfrutar de la fiesta cotidiana que era la llegada al núcleo urbano. Ya, cuando se llegaba, se oía desde lejos, entre el cantar de los pájaros, el sonar de los peliandros y las charlas expansivas de los que habían quedado, impacientes por recibir a los trabajadores y escuchar sus relatos; y lo propio ocurría a los que regresaban. Era una doble serie de sorpresas agradables, por cuanto si traían flores y frutos los que volvían, se encontraban siempre con golosinas que habían preparado las mujeres y las niñas. Este resultado, debido al hecho de no haberse subordinado la vida social a la tarea productora a destajo, daba el aspecto de lo paradisíaco a la vida kiria (1).

(1) Nosotros no nos conformamos con lo normal ni podemos ya vivir con sólo eso, que es equilibrio, porque somos

Se comprende que allá nadie quisiese entregarse a la acumulación de riqueza, para no perder el encanto de una sociabilidad tan llana y amable. Nadie quería embarazarse con responsabilidades y cuidados excesivos, por cuanto todos ambicionaban los halagos de la camaradería.

De tal suerte es que las formas sociales, antes rudas, se fueron prontamente refinando, aunque sin perder jamás contacto con lo esencial, que era para ellos el respeto de la naturaleza, de una respetabilidad indiscutida e indiscutible.



La gran urbe, Sidania, donde tenía su asiento el rey, se mantenía como centro de culturas más intensas, las mismas que se diseminaban por toda la isla oportunamente, sin olvidar tampoco de hacerlo mesurada y orgánicamente para no aturdir a los buenos campesinos.

El concepto sociológico de aquel pueblo puede resumirse en esta frase del patriarca Ipucio: «Prefiero vivir en una choza, en un barrio feliz, que en un palacio entre desgraciados.»

Este espíritu de sabia ecuanimidad fué modelando

incapaces de experimentar la fruición de la plenitud orgánica. Nos hemos gastado, y requerimos excitaciones cada vez más fuertes para darnos la ilusión de aquella modalidad natural saludable; y así es que, a medida que nuestro organismo se desvía de su función vital normal, se vicia, llevándonos a la psicopatía. Bien se verá que no era para los kirios la vida, como para nosotros, una triste peregrinación de esclavos sumisos en procura del milagro redentor, sino una llana posesión de los bienes naturales como dioses.—(Nota de Ali Biaba.)

la mentalidad kiria así como sus instituciones y costumbres, y de tal comprensión de la esencialidad del ambiente para bien vivir se generaron sus peculiaridades inspiradas no en falsos sentimentalismos, sino en las formas superiores y nobles de la naturaleza (1).

Cuando el sabio Mefistus propuso al rey Gerondus que se cultivasen las luminosidades del espíritu para dar brillo a Kiria, el rey perspicuo contestó:

— Eso está bien para las mariposas. Cada ser va por su senda, esto es, en procura de su ambiente.

— ¡Tiene asimismo tantos halagos dicha luz!— exclamó Mefistus, insistiendo.

— ¿Has visto tú feliz un pez en seco?

Calló Mefistus.

Esta sesuda magnificación del ambiente, como elemento esencial de bienestar, fué determinando una conciencia social amplia y firme, de espontánea interdependencia de los tres grupos, el urbano, el de las granjas y el de pleno campo, y consolidó el espíritu solidario sobre una base positiva. La policía comunal de cada uno de los centros iba sancionándolo todo y contribuía a acelerar la evolución, y a embellecer la vida como bien cierto, efectivo, de orden intrínseco, precioso y el más digno de ser estimado como unidad útil de asociación. De esta suerte es que no tan sólo cuidaban de los huesos y la bolsa, sino de su bienestar, expulsando todo aquello que no fuese compatible con su ambición de vivir según es debido.

(1) Es tan artificiosa la organización social en nuestros días que, mientras se funda una institución para amparar a las jóvenes contra los tentáculos de la prostitución, pululan las iniciativas que fomentan y alimentan la más descarada corrupción. De ahí la desesperante ineficacia de las mejores iniciativas. ¿No van los alcahuetes a esperar la salida de las propias pensionadas sometidas a corrección, para reclutarlas?

Subordinada la actividad, y las ambiciones también, al propósito de convivir digna y fructuosamente una vida terrenal, todo se fué ajustando sin dificultad a esta aspiración tan sensata, despertándose las formas cooperativas en todos los planos llanamente honestas y muy genuinas. La vocacionalidad, pongamos, no se la encomió por allá como medio de aumentar y mejorar la producción, sino como medio de excluir de la vida kiria la esclavitud dolorosa del trabajo forzado, y así, sin cálculo frío y cruel—humanos según eran los kirios—aumentaban asimismo y mejoraban la producción.

La actividad productora, de otra parte, iba fomentando la sociabilidad. Las grandes obras públicas, carreteras, acueductos, etc., eran fiestas populares más bien. Los vecindarios iban acompañando a los obreros, que lo eran todos los válidos, puede decirse, y al distribuirse los concursos y tareas con gran tino, se iba festejando la jornada de etapa en etapa. No se admitían las formas inhumanas del trabajo (1).

(1) Al verme abstraído, confuso, Ali Biaba me miró, apoyada su cabeza y su mirada dominante en ambos codos, y dijo:

--¿No le parece lógica y aun poética esta forma de asociación?

Como viese que yo estaba perplejo, y hasta cierto punto ausente, agregó:

--Cuesta verlo, pues estamos saturados de nociones utópicas y de formalismos antojadizos. Nuestra organización social, si puede emplearse tal palabra para referirnos a una cosa tan inorgánica, está constituida sobre la base del enredo nada más, como no sea el ruido y el aparato. ¡Vea qué otra cosa es hoy el trabajo!... ¡Y la propia vida social!

Confieso que me costó el volver a la realidad, y no sin cierta amargura.

En el intercambio de aportes y concursos, los de la urbe, los de las granjas y los de pleno campo, que eran como estancias, confraternizaban unos y otros, y poco a poco agrupáronse a los peliandros las guitarras y bailes camperos, todo lo cual iba renovando y saneando las costumbres urbanas, y remozando la poesía social con el soplo de un señorío silvestre, lozano.



Hoy día nos cuesta percatarnos del encanto de una vida sencilla y sana como ésta, por cuanto vivimos caóticamente. Si es cierto que los automóviles y los aviones andan veloces, la moral sigue montada pobremente en un burrito, precedida por la buena fe, la cual por más que asume la simpática y llana forma de un perro, bien se ve que es zorra por dentro.



No mientas, pero tampoco lo digas todo.

(*Juliano.*)

Cuida del fondo, y guarda las formas.

(*Rufinus.*)



La vida es selección.

(*Eugenius.*)

No es con palabras, sino con actos como se urbaniza.

(*Pechus.*)

URBANIDAD

Bajo la denominación de urbanidad, para los kirios, se comprendía la moral, las buenas maneras, la elegancia, la distinción, las buenas costumbres, esto es, todo aquello sin lo cual queda retaceado el concepto social.

Hoy basta sonreír para ser urbanos, y basta ir a un buen sastre y a un camisero de lujo para conquistar el título de elegante. Para los kirios, en vez, a pesar de su antigüedad, era ante todo corrección la urbanidad, y era el porte la elegancia, por encima de la corrección, y como nada costaba, todos trataban de usarlo de la mejor calidad. De otra parte, en la confusión mental en que vivían, según nuestro modo de ver actual, de nada les servía tener buen porte si lo demás no se hallaba acorde e implícito; al contrario, esto les chocaba más bien. Ellos iban al grano, y no ha costado poco trabajo llegar a esta época en la cual basta ser elegantes, o sea, distinguidos, para que se pueda cometer impunemente cualquier indelicadeza.

Es que aquella moral antigua era lapidaria, con aristas rígidas, e invadía todos los sectores a la vez, en tanto que la nuestra, a fuerza de distingos, se ha redondeado de tal modo que ya ni se sabe de qué

forma es. No bastaba entonces hacer reverencias, con buenas palabras y sonrisas abundantes; era preciso sentir el homenaje, y si acaso hacer buenos obsequios para confirmarlo. La modestia no era tampoco simple ficción, sino la conciencia de la propia pequeñez y de otras menudencias, por lo cual resultaba cursi la afectación de modestia, y no se estilaba, quedando substituída por la dignidad. No habría sido fácil entonces hacer comprender el sentido de una locución como ésta, tan corriente y significativa hoy día: «gente distinguida», sencillamente porque todos eran distinguidos, y si alguien no lo era pasaba a su sector correspondiente; y si se hubiese dicho lo que se dice y se cree en nuestros días: que «La bandera cubre a la mercancía», los kirios no habrían dejado de agregar: «Siempre que la mercancía sea buena.»

Los kirios, y las mismas kirias, no tenían la falsa idea de que basta que una cosa no se vea para que no exista. Ellos llevaban consigo su conciencia, la cual era como una casa de cristal, con sólo algunas opacidades indispensables, y aun ahí, en el propio sector opaco, el de las salvedades, no se permitían el lujo de lo incorrecto, aunque sí el de lo normal, que es siempre precioso bien lo que es naturalmente regular, dígase lo que se quiera. Así es que dentro de los propios sectores opacos había el empeño de ir mejorándolo todo, en tanto que en nuestros días sólo cuenta la fachada, generalmente.

Trae curiosos detalles, hasta íntimos a veces, el manuscrito caldeo.

Así, por ejemplo, los kirios, y las propias kirias, abominaban de ver a los demás metiéndose los dedos en la nariz. Ellos mismos se reprimían cuanto les era posible, y si caían en la tentación de hacerlo, por no poder aguantar más, muy recatados tomaban sus pre-

cauciones para que no les vieses, y no dejaban de ascar lo contaminado con todo esmero. Esto sorprende por cuanto hoy día basta que haya un biombo, a veces, para hacerlo con regocijo y sin reproches de conciencia; y es tal el desparpajo para algunos, que ni es necesario el biombo, y nos tienden la mano sin antes tomar precaución alguna. ¡Push!... Y todo lo demás marcha con las mismas ruedas o con zapatos del mismo color.

La propia moda no existía entonces, por cuanto no eran veleidosos los kirios, sino lógicos y como tales estetas. Cada cual empleaba el taparrabo o la casaca que le sentaba mejor, a su manera de ver, y no se habrían permitido de cierto ir a la zaga de los figurines como horriquillos de tiro. Eran justamente los figurines quienes debían seguir la moda de los kirios y kirias, para hallarse al día.

Un kirio, al ver a una mujer hermosa, si era interesante, aunque la hubiese visto de lejos, no dejaba de hacerle entender que la había comprendido, en tanto que hoy,



que se las ve de tan cerca, más de una vez la mujer se muere sin saber que gustó, no ya el saber por qué. No es menos cierto que se simula la comprensión por la sonrisa, pero son tan vagas e insulsas a veces dichas sonrisas, y tan baratas, que han de hacerles poca gracia a las beneficiarias; y esto se debe a que se han marchitado y confundido todos los valores. Con el tiempo y el progreso se han metido los unos en los otros, sin que nadie se dé clara

cuenta de lo que hay de cierto por dentro del entre-vero.

Bien se ve que para ellos la urbanidad no era una simple selección de actitudes, posturas y saludos, sino una selección de fondo, y muy cuidada.

Antes de hacer un cumplimiento a un kirio, había que pensarlo bien. Hoy decimos cualquier tontería, sonreímos encima, y todo marcha a escape fácilmente; por manera que nuestra supuesta claridad y precisión mental conseguida a fuerza de minuciosos distingos, nos conduce a la ficción y lo irreal, lo que nos melancoliza, en tanto que la confusión kiria los hacía marchar resueltamente y felices. ¡Vaya uno a descifrar este acertijo!

En la antigüedad remota kiria, la primera persona del verbo era la más respetable, y procedían en consecuencia, y llanamente. Comenzaban los kirios por saludar a la manera de *Le Roi*:

---Estoy bien y mi familia también. (O en otro caso, hacían las salvedades pertinentes.)

Sólo después de haber tratado los asuntos, solía decir el dueño de casa:

---Antes de que me olvide: ¿cómo está usted y su familia?

Al decir esto, volvían la espalda, generalmente, sin esperar la contestación.

Claro es que este derecho de imponer al interlocutor correspondía al dueño de casa, quedando el visitante en condiciones de inferioridad; pero no dejaba éste de tomar sus represalias cuantas veces el otro le ofreciese la oportunidad.

Hoy las cosas han cambiado tanto, que no hay una sola persona, por poco afectada y comedida que ella sea, que no se manifieste más interesada en la salud de los extraños que en la propia.

Preciso es convenir en que los kirios consideraban a los amigos como miembros de su familia propia, y esto daba cierta elegancia a su sabio, acendrado egoísmo, y lo propio ocurría con su sentimiento de solidaridad social, el cual era efectivo y no a la manera actual que sólo sirve para inspirar manifiestos y discursos. De otra parte, como los kirios, dotados de un gran sentido práctico, no se confiaban en las palabras puramente, sino más bien en los actos y las obras, podían asimismo darse el lujo de convivir dignamente, y de una manera grata también.



Al recibir un favor, Juliano dijo:

—No olvidaré; y haré lo posible por retribuir siempre que a ello no se opongan mis conveniencias legítimas.

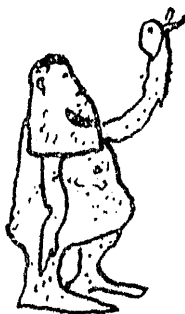
Claro es que si ellos eran tan parcos para agradecer, agradecían de verdad y cumplían lo prometido; aunque fuera poco. Nosotros, en cambio, de antemano sabemos que no hay razones para agradecer después de formulada la frase sacramental, y todavía hay personas que al decir «gracias» creen haberse excedido, y quedan esperando el vuelto.



Poco a poco llegaron también los kirios a formas atildadas y tan finas como las nuestras, si bien sobre cánones muy distintos, esto es, sobre cánones llanos y cabales, y ¡quién sabe dónde habrían llegado si no se malogran!

No deja de sorprender que por dentro de aquellas casacas primarias pudiesen manifestarse

delicadezas, elegancias y hasta exquisitas formas de esteticismo (1); pero no sorprende menos el que se pueda ver alguna vez una sonrisa de antropófago, verbigracia, mientras se lleva con gran desenvoltura un *clack* debajo del brazo (2).



(1) Nota de Ali Biaba:

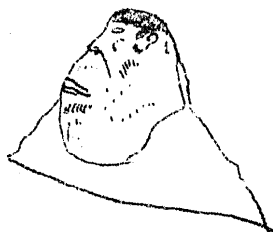
*La vida plena, integral, amplia: ésta es la vida;
lo demás es simulacro, o triste relaceo
que nos empequeñece, nos fija y encasilla,
como míseros insectos de museo.
No unilateralices tu pensamiento, ni tu vida;
te estrechas, te deformas, te achicas y eres hombre,
y te deshumanizas.*

*Hermosa es la vida intensa, perpetua espera;
ansiedad, zozobra, angustia, congoja,
espera la propia tribulación, si sufres con altivez,
soportando el dolor, y aun luchas.
¡Guay de la desesperación!
¡Más aún guay de la indignidad!*

(2) Como notase Ali Biaba que yo estaba satisfecho con mi reflexión, agregó:

—Aún más: los peores antropófagos son los elegantes, esos que andan en los salones mundanos, puesto que ellos devoran sin hambre, sólo por el placer de oír cómo crujen los huesos de sus semejantes. Esto les hace sonreír con beatitud.

Al decir esto, se echó a reír mirando a ambos lados a la vez.



VIVIO

Poca prédica y mucha obra.

(*Vivio.*)

Abre la vaina, para ver qué
hay dentro.

(*Xavierus.*)



OTRAS PECULIARIDADES, USOS Y COSTUMBRES

Cuando alguien se excedía complacido al hablar de sí mismo, decían:

—¡Claro es que si eres tú quien toma el *asia* para medir!... (Era el *asia* una medida de longitud equivalente a unas treinta pulgadas.)

Se había ido formando en Kiria, de día en día más, el culto de la discreción. Sin héroes ni mártires, por no haber practicado la guerra ni la tortura; sin dioses terribles ni templos propiciatorios, retaceados en la mística y en la épica, discurrían sobre asuntos de valor más positivo, y, principalmente, sobre el mejor procedimiento a adoptarse para convivir provechosa y dignamente. No dejaban de ensoñar también, y para ello se les ofrecía ampliamente el campo infinito de la naturaleza, que consideraban como algo propio, dado que podían disfrutarlo como dioses, de cierta manera al menos. Para ellos, no obstante, la ensoñación, siempre divagatoria, era una forma inferior al raciocinio de plena vigilia, estricto. Sólo acudían a la ensoñación por vía de solaz, con su pipa o su peliandro, puestos

si acaso los ojos en el éter, mas si al tratarse de asuntos graves alguien acudía a divagaciones retóricas, o a creencias antiguas, decían:

—¡Eso es ya viejo; vive en tus días!

Esta cordura, por la que se impedía entremezclar los dominios positivos con los de la quimera, fué poco a poco cimentando una mentalidad maciza, acorde con la realidad natural, y permitió elevar el campo emocional por selecciones juiciosas. La poetización no hubo de encaramarse en lo irreal ni en lo contranatural, ni siquiera en la extravagancia, no ya en el hermetismo, para prosperar.

Así como nosotros, a fuerza de sutilizar, hemos llegado a no saber qué es el amor, por mucho que se sienta, se practique y se disfrute, ellos, a fuerza de ceñirse a la naturaleza noblemente, habían llegado a ser maestros en dicha rama. Dado que nosotros no nos conformamos con los dictados del buen sentido, quedamos en el caso de los borrachos, que, al tambalearse, se preguntan qué es el vino. Es que nosotros buscamos una fábula o a lo más una teoría, en tanto que ellos buscaban un razonamiento para guiarse. Ellos, contenidos ante la noción religiosa del deber natural, no se mareaban tan fácilmente como nosotros, que nos echamos a veces de bruces al desvarío, y que, al ir así, se nos antoja que esto es signo de superioridad (1). Al observar atentamente la naturaleza, descubrían vencers poéticos tónicos y aleccionadores, por

(1) Decía Polivio:

*¡Oh, cuánta prosa huera, cuán necia fruslería,
a nombre de las letras y a título de poesía!...
Y cuanto gato asoma las narices
en el verde jardín del pensamiento,
comienza a maullar y gime,
—muy rara vez sonríe—*

morales y sociabilizadores. Las congojas de un insecto; las ansiedades de un nido de jilgueros, una nidada de patitos anhelosos de vivir, los emocionaba más de lo que puede emocionarnos hoy el muro de los lamentos, pongamos como ejemplo, o cualesquiera de los viejos cuadros patibularios con los que se nos quiere consternar.



Para ellos, un fenómeno natural era un antecedente lógico y hasta un vínculo en la brega global, y aquella suma de lamentos era ociosa frente a un muro sin oídos, cuando no fuese irreverencia por disconformidad con los bienes alcanzados (1).

*y solloza y suspira al contar su pena,
en vez de guardar silencio,
disimulado entre la leña.
Es por eso, Gleba, sólo por eso,
que se frustra el recogimiento.*

Así decía Polivio, el más acerbo de los poetas kirios.—
(Nota de Ali Biaba.)

(1) Considerado el mundo como la obra de un ser omnipotente y omnisciente, deja ver muchos lunares y aun cosas peores, y se explican las quejas y los ruegos, en tanto que si se le considera a la manera kiria, como fruto del esfuerzo tenaz realizado por la substancia-energía-conciencia para organizarse, afirmarse y prosperar, es al contrario digno de admiración y de reconocimiento. Y a lo mejor estos reacios, empedernidos mitómanos se reputan «modernos».—(Nota de Ali Biaba.)

Verdad es que ellos no admitían la idea de que nadie, fuera de su ascendencia, se hubiese preocupado ni se preocupase en su suerte, ni ménos que alguien los hubiese puesto en el mundo según se pone un remiendo, por favor.

Resultaba de esta forma positiva de pensar un constante afán de mejoramiento efectivo, no entorpecido por la inteligencia, sino, al contrario, secundado por ella. Así como nosotros ponemos la inteligencia al servicio de lo ilusorio fantástico, ellos la aplicaban a la solución de sus problemas sociales palpitantes, cuidando de su jardín, según solían decir, en tanto que nosotros hemos dejado el nuestro librado a toda clase de yuyos, zarzas y abrojos.

Lo irreal, que tanto suele seducirnos, a ellos les hacía sonreír.

Cierta vez dijo el lírico Enedio al rey Elarreco V que su ambición era el encontrar una mujer irreal.

—Hombre—dijo el rey—, si esa es tu ambición, nada es más fácil de satisfacer. Procúrate una mujer de cera.

Al ver Elarreco el gesto de Enedio, sonrió, agregando:

—Yo la prefiero de carne y hueso, y te aconsejo que lo pienses bien, Enedio, antes de decidirte. Éstas son insuperables, si han sido hechas para nosotros (1).

(1) Diálogo de Faraonte:

Delhezio: Te has pronunciado en contra de los tipos femeninos conocidos, ¿qué pretendes, pues, Hiltrocio?

Hiltrocio: Comprando que soy quizás por demás refinado y difícil de complacer, puesto que aspiro a algo superior a lo corriente. Yo quisiera una mujer que, a fuerza de ser delicada, llegase a ser irreal, esto es, la perfección.

Delhezio: Lo que tú llamas refinamiento es insensatez, Hiltrocio. Tú vas en procura de una ilusión, en la falsa intelligen-

Como la cultura kiria se caracterizaba por un llano acatamiento a las reglas de convivencia, dado que consideraban esta pauta como la mejor para bien vivir, y puesto que habían comprendido que al optar por la forma de asociación lo hacían porque les resultaba más ventajosa que la individual, eran correctos por acto de lealtad y para atender su interés, y no porque esto se les hubiese impuesto por nada ni por nadie, cosa que les habría parecido depresiva e intolerable (1). De ahí que se sintiesen tan obligados a interesarse en la marcha social, haciendo templo de la vida en común. Todavía, Pakus, «el irreprochable» según se le llamaba, decía:



—No sabemos lo que nos espera después de la

cia de que aventajas a la realidad, y te engañas. ¿No es así, Pasco?

Pasco, que parecía ausente, absorto en sus sueños, retiró lentamente la pipa de sus labios, y, con gravedad, dijo:

—Todos se atribuyen toda la razón, aunque sólo tengan la mitad. Para acertar me he impuesto como criterio ordinario la equidistancia de los extremos: el razonable medio. En este caso, ni una mujer que a fuerza de ser exageradamente femenina cae en la guzmoñería y la afectación, resultándonos a poco andar insoporable, ni una que a fuerza de carecer de coquetería se nos ofrece despoetizada y vulgar. Se requiere también el encanto: esa es la dificultad central de tan arduo problema para la mujer, y para nosotros, consiguientemente.

Hubo una pausa, suspiró Pasco, nostálgico, y agregó:

—¡Oh, mi Celania, tú eras un prodigio!...

(1) Nota de Ali Biaba:

*Las más pueriles quimeras multiseculares
se nos ofrecen aun solemnes en magníficos pergaminos,
y asumen funciones consulares
en nuestro destino, el supremo,
que es el pensamiento nuestro... el buen sentido.
¡Qué desatino!...*

muerte; pero bien sé yo que he de seguir haciendo lo mismo, si me es posible.

Eran los kirios de contornos visibles, y con ser tan sociables por temperamento, parece ser que en la antigüedad, antes de invitar, comenzaban por servirse, pues entendían que era afectación el dar precedencia al paladar de los demás sobre el propio, aunque fuesen amigos. Prácticos, según eran, no podían cifrar en una simple simulación un sentimiento tan serio y digno de aprecio como el de la amistad, ni el de la buena compañía, y eso que antes de llamar «amigo» a una persona era preciso que se hallasen bien seguros de que merecían los aludidos tal distinción, así como su confianza, y, particularmente, su estima, de una manera inequívoca. Era de este modo que ellos se sentían acompañados en realidad, experimentando los placeres y halagos de la sociedad, y para ellos sólo esto contaba, pues lo demás les era estorbo más bien.

Pronto se fueron refinando estos usos sociales, mas sin perder contacto con la naturaleza. Una vez, Teodorus, pasando una bandeja de empanadas a Silvania, díjole:

—Sírvase, Silvania; y le ruego me reserve ésa, tan azucarada.

Al decir así, señalaba golosamente con la mirada una hermosa empanada nívea. Silvania, golosa también, se hizo la desentendida, sonriendo según saben hacerlo las mujeres para exonerarse, y se apoderó de la empanada.

Teodorus, muy fino, sonriendo en tono agridulce, afirmó:

—Queda en buenas manos mi empanada, Silvania; pero otra vez no dejaré de cogerla yo, previamente. Según se ve, la galantería kiria iba en marcha,

aunque no extremada, a la manera que se estilaba hoy, con empalagosos rellenos.

Para todo por igual empleaban una lógica ceñida a la naturaleza, honesta. Cuando se habló de renovamientos, Mendilarzus dijo:

—El renovamiento ha de ser el nuestro, no el de nuestra obra, pues ella sólo puede y debe reflejarnos. Y no nos hagamos ilusiones, pues nuestros cambios efectivos son lentos, si son orgánicos y ordenados, o sea si son de buena ley. Lo demás es deleznable fantasía y extravío.

Ya el sabio Garanus había dicho: «No es fijándonos en lo viejo que resultaremos modernos, ni imitando lo que hacen los demás: eso lo hicieron los monos hace ya tiempo. Tampoco consiste lo moderno en hacer extravagancias, sino al contrario, en hacer cosas cada vez más razonadas y de mayor eficacia, por su adecuación más juiciosa. En lo que debemos esmerarnos es en aguzar nuestra mentalidad para ver mejor, esto es, de una manera más comprensiva, sin olvidar nuestro sensorio, que ha de ser susceptibilizado, mas no por la depravación, ni por la arbitrariedad que lo rebaja, sino por la disciplina, que lo hace más perceptivo al propio tiempo que lo ajusta.»

Estas modalidades iban elevando el concepto de lo pintoresco y hasta el esteticismo, puesto que iban seleccionándolo dentro de la realidad real; y a este respecto Gabrielus decía:

—Podrá haber algo mejor, para otros, pero como nada puede haber de mejor que lo nuestro para nosotros, hemos de proclamarlo así por acto de honradez y reconocimiento, de convicción además, cuando no sea por dignidad.

Los kirios resultaron cada vez más vegetarianos, fuera de ser fructícolas eximios, y hacían un culto de

la granja. Sus fiestas habituales se celebraban ahí, y su vanidad, si la podía haber, la ponían en las selecciones de las flores, frutas y legumbres. Era un título eminente el poder ofrecer ejemplares superiores, y se denominaban los prohombres con formas como estas: Baliano, *el de los perales*; Cirilus, *el de las rosas*; Lucianus, *el de los melones*; Calandrus, *el de las uvas*; Bajala, *el de los zapallos*; Turcolius, *el de los higos*, etc., etc. Ciertó que había motivo para enorgullecerse con estos títulos, y, en materia de higos, de creer al manuscrito, eran deliciosos, como si las abejas hubiesen puesto dentro de ellos su panal; de otra parte, golosos de miel, y puleros de tal modo que al captarla pronunciaban esta frase: «¡Ten paciencia: eres muy dulce!», pues les parecía que era un grosero abuso cometido contra las abejas el tomarles la miel; todas estas golosinas eran buena parte de los encantos de la vida, que, sin ser de una pureza absoluta—cosa que no ofrece ni la nieve, con ser tan níveos sus ampos—, bien valía la pena cultivar.

Como no eran menester las fortalezas para los kirios, ni los templos, ni el boato, su edificación fué siempre sencilla. Lo único que hubiesen alojado palaciegamente habría sido la escuela y a los investigadores, encargados de procurar las ventajas y bienes que más se estimaban por ellos; pero no podía acudir la idea del lujo allí donde todo era sencillez y adecuación razonada, de modo que cada cosa prestara los servicios para que se la había dispuesto, y eso sí, de la mejor manera posible. Esto mismo daba una gran distinción a su arquitectura, y claro es que, para ellos, sus construcciones eran de un inestimable buen gusto, tanto más inequívoco cuanto que jamás cayeron en los amontonamientos arrogantes, ni tampoco en las excentricidades de la extravagancia y la ostentación.

Donde hacían verdaderas proezas era en la arboricultura, la fructicultura y la floricultura. Puede decirse que era todo parque o jardín, sin excluir la propia ciudad Sidania. Habían logrado hacer dar flor abundante a los árboles gigantes, que los tenían enormes, y arquitecturaban sus troncos en formas inesperadas, siempre lógicas no obstante; las violetas eran del tamaño de los pensamientos, y éstos como girasoles. Se veían las más grandes plantas cubiertas de flor según vemos a veces las azaleas y rododendros, lo cual daba en masas jubilosas un gran encanto al decorado, y, en materia de perfumes, los había de tal modo variados y sutiles que sólo las narices kirias, tan expertas, podían justipreciarlos. Sus *acquariums* eran maravillosos, y dispuestos con gran maestría. Los peces coleteaban allí como en el mejor de los mundos. Las viviendas, muy sencillas, se agrupaban formando núcleos en el parque, con afines y amigos, entre plantas y flores y música. Era así no tan sólo amable la vida, sino el paisaje mismo, siempre oportuno, variado y grato. Lo conventual, lo aparatoso y todo lo demás que complica y ensombrece la vida no podían ellos gustarlo, dado que tenían un concepto llano de la misma; y en una vida así, fraternal, como la de los pájaros libre, donde las reuniones y fiestas se celebraban en el gran palacio, según ellos decían de la naturaleza, los kirios veían el reino supremo.

La urbe fué haciéndose, poco a poco, a medida que progresaban, cada vez más un parque, y el parque jardín, puesto que los antiguos barrios, dispuestos a la común usanza, se iban transformando en dicho sentido. Su urbanismo iba tomando cada vez más carta de ciudadanía en la noble naturaleza, y, para los kirios, la naturaleza se hacía cada día más civil.

De antiguo, ya solían establecer sus viviendas, los

propios urbanos de Sidania fuera de la urbe, a la que iban de ordinario a desempeñar sus tareas habituales, formando los camaradas sus núcleos en sus granjas. Allí, en contacto con la naturaleza y fortalecidos por el placer de la compañía, y por el cuidado de sus selecciones, no llegaban a la embriaguez de los hábitos urbanos, ni se dejaban esclavizar por las atracciones de la vida de la granja. No eran, pues, ni libertinos, ni sensuales, ni insensibles, ni sensibleros, tratando de ubicarse constantemente en un razonable medio, como el mejor.



Sus costumbres no podían ser más sencillas, y mantenían asimismo toda la distinción y nobleza del culto social, dado que se basaba en una moral superior substancial, firme, y no en simples simulacros.

El saludo, para hombres y mujeres, no era reverencial, sino noblemente confirmatorio. Estas mostraban en alto la palma de la mano derecha, como si dijese: «Tal como me ve, soy yo.» Los hombres levantaban en alto el puño derecho, fuertemente cerrado, como para expresar simbólicamente: «Aquí estoy.» Puede decirse que todo era de una sola pieza, allá, en Kiria.

Hoy nos desconcierta y nos confunde la idea de una organización social como ésta, primaria, cual si nos dijese que una maleza pudo ser jardín. Para obtener dicho ordenamiento sobre esta agrupación social nuestra, acumulada en montón tan arbitrariamente, parecería preciso y previo el arrasar: tal es el estado de desorganización, debido a nuestra carencia de método, y hasta de criterio ordenador. Es que en este nuestro estado provisional se ha ido abandonando todo a la espera del reino de Dios, el que por suerte

aun no vino (¡no habría sido poca su sorpresa ni su indignación al ver tanta aspiración con tan pequeño mérito, ni muy dulce el castigo consiguiente!); se ha ido juntando tanta y tan abigarrada mugre y miseria por la imprevisión humana, que la idea de un paraíso sólo puede ser ubicada en otro mundo, hasta por los propios que más confían en él. No hay sitio ya en la naturaleza, que es nuestro ambiente, para acomodarlo. Realmente, nada de esto puede ser proclamado con honra para el humano ingenio, ni para la conciencia humana. Los kirios, por lo menos, hacían cuanto podían hacer razonablemente para que les resultase paraíso su isla, y quizás era ese el sitio más apropiado para recibir dignamente el reino de Dios en la Tierra. ¡Y véase lo que es el Destino o la Providencia, todo eso va a sepultarse en el mar; esto sí que es *jetta!* (1)

(1) En medio de sus diabólicas travesuras, el hombre es tan ingenuo, que piensa, mediante ruegos, remontarse al reino de Dios, ese mismo que coloca tan en alto, y eso que concibe a su Dios como juez que todo lo sabe y todo lo ve. ¿Cómo, si todo lo sabe y todo lo ve, esperar tan fantástico premio a una tan torpe conducta? ¿Adónde está, en concreto, el mérito a premiar? Así como antes hubo cruzadas guerreras para el rescate de los Santos Lugares, un día tendrán que realizarse otras, pacíficas, para el rescate del Buen Sentido, y han de resultar fructuosas, y aun gloriosas si llegan a la meta.

No debemos olvidar que mientras pensamos hallarnos substraídos al ritmo cósmico, vamos con él. Este antecedente feliz es por su propia esencialidad ineluctable; pero no deja de ser chistoso que sea el vertebrado superior en la naturaleza; vale decir, el más aventajado, quien forcejea por salir desprovisto de su ambiente natural en procura de mirajes,

en vez de afirmarse y afrontar su responsabilidad, cumpliendo cabalmente las funciones y deberes orgánicos de su rango y soberanía.

Verdad es que con todos sus bienes nuestros antepasados nos transmitieron sus fobias, sus errores, casi todos de orden supersticioso, lo cual nos impone una esmerada tarea selectiva si hemos de purgarlos para conquistar nuestra emancipación, que es nuestro aplomo. Verdad es también que hay todavía un dosaje tal de supersticiosidad en ciertos espíritus, que les impide mirar de frente a la realidad, pero no menos cierto es que habrá de llegarse más tarde o más temprano, a reconquistar dicho aplomo, si hemos de prosperar. Burgésio decía: «La sumisión es una actitud inmoral; no hay derecho a abdicar de nuestra jerarquía en la naturaleza. »

Nada es más cierto que no debemos someternos a despotismo alguno, ni al de la ira ni al de la tristeza, puesto que, sean o no de origen morboso, rebajan nuestra dignidad; pero es tal la subversión de ideas en nuestra actualidad, que cualquier chapucero se reputa apto para la función directriz del gobierno, esto es, la más compleja, trascendente y delicada de la organización social: ese es el resultado de los espejismos igualitarios y libertarios.

«La libertad es un premio de conciencia a conquistarse»—decía Durtanio, el amable—, y Yacoelio agregaba: «La incondicionalidad es el lujo que se brindan los prepotentes sobre el alma de los esclavos.»

*A fuerza de hurgar, renové mi individualidad.
Sobre la de confección, la primitiva,
construí otra, a mi medida;
y eso dobla mi vida sobre la primera mitad.*

(Nota de Ali Biaba.)



El que se está a lo que le dicen fácilmente es engañado y lo merece.

(Viscalco.)

Cúidate de lo que se hace y escucha lo que se dice.

(Araceneo.)

Es el saber lo que ha edificado y edifica el buen sentido.

(Papacio.)



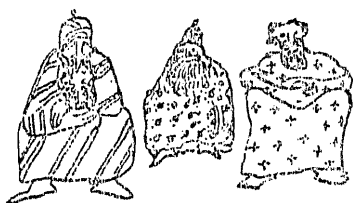
LA DELEGACIÓN DE LOS SABIOS

Durante el gran reinado de Petizus I, llamado el filósofo, sabios y teólogos de diversas razas hicieron gestiones para ir a Kiria a comunicar soluciones y secretos de gran trascendencia. El rey Petizus, que era muy amable, les hizo saber que sólo les daría una audiencia, siempre que no fuesen más de tres los delegados, siguiendo la costumbre local, como se verá más adelante.

Tuvieron que sortearse los sabios y teólogos, que eran muchos, y el día señalado comparecieron. Fueron recibidos sin aparato alguno, en casa del rey. Sólo acompañaban a éste los sabios kirios en ciencias abstractas, que también eran tres, en Comisión.

El rey contemplaba sonriente a los delegados mientras fumaba su pipa, y, una vez que se sentaron, dirigiéndose al más anciano, le concedió la palabra. Abdul, que así se llamaba, severo, casi sombrío, abrió su túnica y descubrió el ombligo.

—¡Asombra el ver cuánto puede ser penetrado el Misterio, con sólo mirar fijamente el ombligo!



Así dijo gravemente el sabio Abdul, cuya cabeza muy alargada dentro del turbante le daba el aspecto de entidad ultramundanal. Después, levantó la vista para cerciorarse

del efecto que habían producido sus palabras; y, volviendo a mirarse el ombligo, agregó:

—Por un esfuerzo de concentración y de voluntad, pueden encontrarse los caminos de la dicha y la gloria eternas.

Dicho esto, cubrió su ombligo; y esperó.

Petizus contestó:

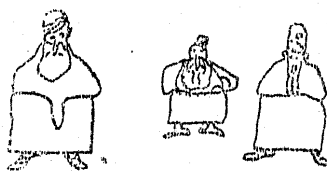
—No dudo de que se llegará a ver bien el ombligo si se le mira con gran detenimiento; pero eso a mí no me interesa, pues es por demás taciturno. Por mucho que le mires no le despertarás de su silencio.

Abdul miró a los sabios, y éstos, mudos como estatuas, dejaron rebotar esa mirada, la que volvió a los ojos que la habían desprendido. Hubo un silencio solemne.

El rey, entonces, hizo ademán a otro de los delegados, Saïsa, el cual dijo sencillamente:

—¿No le agradecería, Majestad, penetrar el Misterio bien por dentro de la cáscara?

—Realmente—contestó el rey—, por el momento no me interesa, pues lo que llamas Misterio es para mí la cosa más natural, y para ti acaso sea incom-



prensión y fantasía; entiendo, además, que sería asunto demasiado largo, dado que la cáscara ha de seguir en largas, interminables series, por debajo. Me resigno

así a vivir con mi reino en la cáscara de mis días, no sin recoger en ella honestamente cuanto puedo, para mi reino y para mí, ni sin dejar cometido y recomendado a los hurgadores kirios que sigan con cuidado y sin apuros ni impaciencias limando lo de más abajo, con gran esmero, para que puedan disfrutar a su vez nuestros descendientes de las suyas, ni sin esperar que ellos cumplan con sus deberes respectivos, oportunamente.

Mientras los sabios hacían signos de aprobación y reverencias, los kirios radiosos y los otros a regañadientes, el rey hizo ademán al tercer delegado, pequeño como un gnomo, de luengas barbas y de gran turbante: Biaki era su nombre.

Este, después de componerse el pecho, comenzó por decir que consideraba muy juicioso lo que había escuchado de labios del rey de Kiria, y que esperaba ansioso ser acogido con igual acierto.

Sonrió Petizus mientras aspiraba el humo de su pipa; y Biaki dijo en tono solemne y tenebroso:

—Yo voy a hablar de ciencias ocultas.

—Quedas excusado de hacerlo—dijo el rey, poniéndose en pie.

Todos los circunstantes hicieron lo mismo.

Confuso Biaki ante tan inopinada actitud, hizo un esfuerzo a fin de parecer menos chico, y dijo:

—¿Puedo esperar que su Majestad aclare la razón de su actitud?

—Sí—dijo el rey—. Ciencia es saber; oculto es misterio y no saber, cuando no sea algo peor. A esto llamamos aquí, en Kiria, contradicción, cuando no una inmoralidad, puesto que el saber no admite puertas ni escondites y justamente nos prevenimos contra eso abriendo cuanto podemos los ojos y los oídos, no poco desconfiados...



Los tres delegados hicieron una reverencia grave, y tomaron camino de la salida, en completo silencio. Petizus los seguía con la mirada, y vió que antes de salir hacían, solemnes, una nueva reverencia, la que retribuyó con gran dignidad. Al volver la cabeza, notó que la Comisión de sabios kirios se contenía penosamente para disimular su nimia satisfacción. Severo, Petizus los invitó a retirarse; y en tanto que salían, iba diciendo:

—¡Hasta vosotros, los sabios, os reís los unos de los otros como musicastros! Bien se ve que sois sabios en ciencias abstractas—agregó el rey, con aire despectivo (1).

Apenas salieron, al quedar solo, movió su augusta cabeza; y exclamó:

—¡Curiosa esa verdad integral tan clara, transparente, que tantos pretenden haberla asido y que se nos escurre como puede hacerlo una anguila en nuestras manos!... Mejor es disfrutar de la naturaleza.

Y terminó con el estallido de una franca carcajada, en instantes en que entró su mujer, Kizaura.

(1) Este desdén por las ciencias abstractas, en aquella alta antigüedad, donde las creencias, las hipótesis y teorías reposaban en la imaginación y no en hechos conocidos ni en observaciones atentas, se concibe tanto más cuanto que, a pesar de tantos progresos, aun hoy, el hombre no ha llegado a descubrir su alvéolo en la naturaleza para disfrutar del bien de la existencia. Hoy mismo, que nos sentimos perplejos frente a extremos antagónicos, el comunismo y la autocracia, por ejemplo, debido acenso a aquellas viejas sugestiones, cabe preguntar si lo que llamamos pomposamente inteligencia humana no es simple imaginación, dado que si nos procura recursos nos niega cordura, y así es que vivimos miseramente tristes, en sobresalto perenne, acongojados y roídos en plena opulencia.—(Nota de Ali Biaba.)

Venía anhelosa, y como lo viese en tal actitud, que supuso ser la expresión de un gran júbilo, preguntó:

--Dime, Petizus, ¿se aclaró por'fin el Misterio?

--No, querida--repuso el rey, comprimiéndose--, son cada vez más densas las tinieblas a ese respecto (1). Si se llama Misterio lo incomprendido, habrá para rato, mi amada Kizaura; pero yo prefiero llamar a eso Naturaleza, no sin tratar de ir comprendiéndola cuanto me sea posible, ni sin dejar de disfrutarla aun cuando no comprenda claramente, mientras Abdul contempla su propio ombligo.

Ambos se echaron a reír, y rieron hasta desternillarse, no sin cierta dignidad real.

Los kirios, por muy circunspectos y atildados que fuesen, no dejaban de celebrar los chistes, tanto más cuanto fuesen de buen peso, y, justamente, donde hablaban el sector más chistoso era en todo aquello que se erigía en ciencia prematuramente, o bien en forma absurda.

Mirandio, el primitivo, había dicho: «El saber ha de ser efectivo para que pueda ser llamado así.»

(1) Uno de los diálogos de Fanaonte, haciendo referencia a este congreso, diremos, lo acola así:

Brabantius (especie de *Petronio*): Si yo me hubiese hallado en el caso de Petizus, habría dado un correctivo a Abdul, no sólo por la sandez que formuló, sino por su irreverencia al descubrir el ombligo.

Esequielus: Por algo no eres rey, Brabantius. En dicho caso, yo, al contrario, lo habría invitado a precisar. Acaso eso del ombligo no era mas que una imagen simbólica.

Brabantius: ¡No puede ser más pobre en tal supuesto!... E incivil...

Esequielus: Te engañas. ¡Oh, si lo oyera tu madre! El ombligo es un símbolo admirable, si lo sabes encarar; es por ahí, por ese eslabón que va la perpetuación de la especie humana

en su afán de perdurar y de elevarse, y, si lo que quiso expresar Abdul es que no debemos olvidarlo, para llegar a nuestra mayor ventura, eso está bien dicho. Por ahí tomamos contacto con la realidad, nos ponderamos, y tranquilizamos sin aspavientos nuestra conciencia, y con dignidad.

Brabantius quedó mudo. Después de una breve pausa, prosiguió Esequielus:

—No ignoras, supongo, que en la antigüedad el ombligo fué materia de un culto especial, y que se celebraban fiestas y danzas en su honor, hasta que el fómite Pudibus, escandalizado al ver danzar a Supina, de incomparable belleza, ordenó severo:

—¡Nos salve Adán; detente, Supina! Esta es ni más ni menos que la danza del vientre.

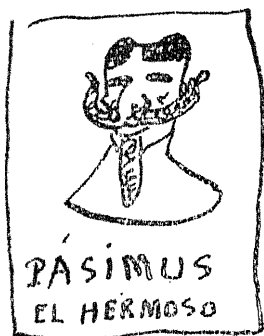
—Yo hubiera querido estar ahí!—dijo, suspirando, Brabantius.

— Bien se ve—contestó Esequielus—que haces distinguos en el género de los ombligos...

—¿Y qué mal puede haber—insistió Brabantius—en que haga cada cual los arabescos que se le antojen con el propio ombligo?

Esequielus: Si es en privado nada hay que observar, Brabantius; pero no me negarás que en público eso es pornografía, y tiene el imán irresistible del sensualismo. No conviene agregar tanto estímulo a algo tan despierto ya. Hizo bien Pudibus al proponer al rey Coertio la supresión de la danza del ombligo, y no menos bien hizo el rey al decretarla. Nadie sabe adónde puede conducirnos lo licencioso.





Abomina del dolor, la enfermedad y la miseria: la muerte es inefable.

(*Pasimus, el Hermoso.*)

Nada más triste que el sentirse morir sin haber comprendido.

(*Zumjelio.*)



LA MUERTE

Este detalle de la muerte tan natural, y tan antiguo por lo propio, no ha sido aún aclarado ni se le ha dado su verdadera significación. Sólo en Kiria se llegó a esto. Para este pueblo la muerte era un pasaje a las inmensidades y variedades de la vida cósmica en la eternidad, y, por lo mismo, no tenía la importancia que le atribuimos hoy (1).

Para un kirio, no obstante, una de esas muertes a las cuales estamos tan habituados, en las que se mata a fuerza de disgustos y alfilerazos, era algo de poner los pelos de punta. Uno de esos tantos dramas grises

(1) Al querer procurarse el hombre un consuelo por medio de la religión, ante la fatalidad de la muerte, fenómeno natural, se ha ido aumentando esa fobia, de tal modo que se diría que el hombre vive, el creyente al menos, pendiente de dicha fatalidad y subordina así el hecho de la vida, ese sí efectivo, cierto y concreto, a una negación según es la muerte, o sea el cese de la individualidad, librada en sus despojos a las transformaciones que rigen la vida cósmica.—(Nota de Alt Biaba.)

que nadie se detiene a mirar siquiera, como no sea un dramaturgo o un literato para entretener a los demás en el teatro o con la novela, era un colmo de ferocidad, y los sublevaba a fondo. Era, como se ve, bien distinta de la nuestra la manera de considerar la muerte y la adversidad. ¡Véase, si no, la voluptuosidad con que leemos una novela donde se pone bien de manifiesto todo lo que puede caber de crueldad en el alma de un cristiano, para ir quemando a fuego lento, o gota a gota llenando de acíbar a un semejante, hasta exterminarlo, hasta extinguirlo; y eso deleita, particularmente a los refinados.

Como para ellos la muerte era un detalle natural, y corriente por lo mismo, salvo cuando asumía los caracteres de la novela o la pieza teatral, o sea cuando llega a resultarnos interesante, sólo valía la pena mencionarla cuando era así, de excepción, mas no para su deleite, según ocurre en nuestros días, sino para reprobar categóricamente, asqueados. Ellos no se complacían como nosotros en el relato de las infamias y atrocidades humanas, pues no por ser ajenos, tanto los victimarios cuanto las víctimas, dejaban de deslucir el decoro de la especie. Ciertamente es que para ellos no bastaba el revestir la forma humana para formar realmente en la humanidad, pues para eso era preciso además ser auténticamente humanos y cabales.



Para nosotros, en cambio, como la muerte significa enfrentarnos a divinidades terribles a fin de dar cuentas, y como son pocos por

cierto los que pueden presentar la plana sin borrones, eso ofrece bemoles, por lo menos para los cándidos y

los que proceden de buena fe, en tanto que para los demás tal perspectiva los hace sonreír, no sin permitirles sacar algún provecho del espanto ajeno, y así es que se esmeran en cargar las tintas sombrías cuando se trata de pintar los rigores de esos jueces póstumos, y se ríen de los tímidos.

De otra parte, no consideraban el bien de la vida por su lado largo, sino por el ancho. No envidiaban así como lo hacemos hoy a los elefantes y los loros, a pesar de su longevidad, pues se detenían a considerar que la vida de estos simpáticos animales es triste y pobre, si acaso los loros menos, pues se entretienen con su lenguaje tunante. Era en la manera de vivir y en la manera de morir que ellos establecían diferencias, las propias que no advertimos nosotros, salvo que no sea desde un punto de vista puramente literario o teatral, o práctico si se quiere.

Así, por ejemplo, eso tan frecuente de un núcleo de malhechores sonrientes, hábiles cuanto pérfidos y crueles, que pasan su vida martirizando a un pobre diablo, cuando no sea un pariente más o menos cercano, sólo por afición, para hacerlo morir por hipertrofia del hígado como a un ganso, tal cosa los sublevaba horrorizados, en tanto que a nosotros nos hace gracia, y si estos malhechores tienen forma de hombres, los reverenciamos como a caballeros, y si son mujeres las llamamos señoritas aunque tengan sesenta años, y todavía les permitimos que usen moños y plumas de color, y que muevan con elegancia sus abanicos ¡unas arpías así, con tales púas!

Todo, todo se halla arbitrariamente subvertido en nuestra mentalidad (1).

(1) Desde que el hombre acudió a su imaginación para especular, no ha hecho en gran parte mas que acumular san-

Donde mejor puede verse lo que el ejemplar humano conserva por debajo del barniz almibarado de la civilización, es en una fiesta, apenas ésta asume el carácter de aglomeración. Ahí, por entre los encajes y las sonrisas, se redescubre lo que hay de medular primario en el alma humana, y a veces, hasta lo que hay en el cuerpo, ese cuerpo saturado de apetitos y sollicitaciones de todo género. Llegá un instante en que las propias sonrisas habituales toman el carácter de muecas, y uno, por poco idealista que sea, se pregunta dónde iría a parar la concurrencia si la reunión fuese por demás prolongada.

Lo propio ocurre en los velorios y demás exequias funerarias, apenas se detenga alguien a mirar por dentro. Se explica que se prestasen los «angelitos» para bailar. Del velorio a la fiesta hay un paso, el mismo que de la fiesta al velorio, y eso que la humanidad se dió tanto a cargar las tintas sobre la muerte, esa inefable liberadora de que habla Pasimus el hermoso.

tasas egocéntricas antojadizas, creyendo demostrarse y demostrar su superioridad, y es tal el número de prejuicios, fobias y errores almacenados en la mentalidad, que ésta se ofrece hoy como esos frutos picados en los cuales, a fuerza de mondar, se halla uno sin otra cosa que el huesco no contaminado, y eso mismo...

¡Véase que se requiere dura entraña para solazarse, según nos ocurre, con las más torpes monstruosidades, con las hecatombes! Si sólo fuese con las cosas verdes, todavía; y eso mismo...

*De los seres que habitan el planeta,
acaso es el hombre quien peor cumple sus deberes
para con la especie;
por un lado los extrema;
por el otro, retacea.*

(Nota de Alf Biaba.)



Querer no es poder, pero
puede llegar a serlo.

(*Arturus.*)

Ocioso es discurrir sobre el
derecho de castigar: es un de-
ber orgánico el sancionar, y,
como tal, imperativo.

(*Cremíexus.*)



SELECCIÓN

JUSTICIA, TRIBUNALES, COMISIONES, ETC.

La justicia asumía una gran importancia en Kiria, y se la cuidaba con gran esmero, por cuanto no tan sólo respondía a los fines de la defensa y conservación social, sino también a los fines superiores de la selección natural.

Como no tenían los kirios la idea de ser capaces de una perfección completa, se conformaban con una aproximación, dejando en sus cálculos un margen a las contingencias adversas según llevan los comerciantes la cuenta de ganancias y pérdidas, no por eso sin tratar de reducir la columna de pérdidas cuanto fuese posible. Ciertó que para ellos un error no dejaba de serlo por el hecho de hallarse alojado en muchas cabezas a la vez. En tal supuesto se esmeraban en escoger las mejores para confiar la misión judicial, y se les acordaba una gran latitud en sus atribuciones. Como la idea de la justicia era llana y clara, y para ellos daba lo mismo que la perversidad fuese innata, vale decir, heredada, o adventicia, y como sus procedimientos eran siempre expeditivos, en vez de hilar fino se obraba. Quedaban así los antisociales obligados a

andar listos, más que los jueces, no como ahora, que son los jueces los que han de mostrarse más listos.

Tampoco se hacía diferencia entre sexos, para sancionar; al contrario, eran quizá más severos con la mujer, pues se decían que teniendo ésta una misión más delicada y trascendente en los destinos de la especie, era caso de sabiduría y previsión el atender bien la obra selectiva. Dado que para este pueblo la justicia no era maldad, ni grosería, ni crueldad, ni siquiera castigo en fin de cuentas, sino una garantía previsional, no cabía entrar en el terreno de las galanterías en tal sector. De tal suerte es que se hicieron sumamente celosos y severos en la tarea que se habían impuesto de combatir al antisocial, bajo cualquier aspecto que se ofreciese, y como toda su atención se aplicaba al cumplimiento de este deber, habían logrado formar una conciencia cabal a este respecto (1).

(1) Diálogo de Faraonte:

—Piensa, Evarisio, en lo que sería la vida humana si fuese posible amontonar toda la canalla en sus diversas variedades, y dar fuego!

—Ese es un sueño irrealizable, Felicius, como el alcanzar la dicha plena y permanente. ¿No ves que esta tarea debe ser continua, según es continuo el esfuerzo de mejoramiento vital?

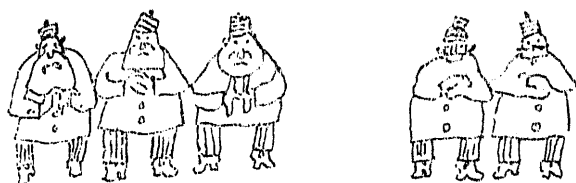
—No obstante, habría que intentarlo...

—Tú sueñas, Felicius, y sueñas más en hondo por cuanto no eres tan dichoso como yo, quizás.

—Cierto es, querido, que me siento bastante dichoso, pero no alinas a ver cuánto reduce mi dicha el saber que el crápula roe y presume, entretanto que los humanos nos esmeramos en alcanzar algo más, según es nuestro deber.

—Lo que más dificulta el arrasar a la canalla es que se encuentra diseminada, y vive solapadamente, fingiendo, arma al brazo, en todos los sectores a la vez, desde el más encumbrado hasta el más desamparado, y apenas pones la mano sobre ella te despista a fuerza de declamaciones. Nosotros, los probos, hemos de ser más fácilmente engañados: es nuestra

Los tribunales se componían de dos jueces. No se había descubierto aun el tercero en discordia, por manera que para resolver, en los muy raros casos de oposición entre los jueces, se apelaba a lo que llamaban ellos la decisión de la hoja del laurel.



No se describe en el manuscrito en qué consistía dicho procedimiento, pero debió ser algo así como lo de cara o cruz, lo cual hacía doblemente solemne el fallo judicial y le acordaba enorme prestigio, como si fuese el fallo de la infalibilidad.

Dado que todo se hacía con la más acendrada buena fe, este régimen primario, y bárbaro según el concepto corriente, permitía a la comunidad vivir a su gusto, y como no había ninguna comisión que pudiese ser mayor de tres miembros, (el *summum*) podían los kirios darse el placer de disfrutar de una ventaja cual es la vida, que, al fin de cuentas, no es el regalo de una vieja tía, para desdeñarlo, sino algo muy penosamente alcanzado.

condición y es acaso el precio de nuestro mayor aleccionamiento.

—Muy cierto es lo que dices, Evaristo.

—Es descorazonador el ver también en los cuadros de la sociedad arrogante, que se supone electa, todas las formas de la crapulosidad a un tiempo, Felicius, y esto es lo que forma un nudo en mi garganta y mi protesta.

Carga mi pipa, te lo ruego Felicius, con ese tu tabaco exquisito.

Cierta vez se sorprendió a un kirio en el acto de aplicar un sopapo rotundo a un individuo, sin que éste nada hubiese hecho en ese instante para merecerlo. No pudo protestar el agredido, aunque era caso de protesta, pues quedó desmayado. Dos vecinos tomaron al agresor por los brazos, y lo llevaron al tribunal, donde se le exigió que jurase haber procedido correctamente. El reo vacilaba. Los denunciantes, en cambio, juraron por sus pipas, lo cual era su forma de juramento solemne, y claro es que se condenó de inmediato al autor del atentado. Ya se estaban preparando las manipulaciones de estilo, cuando informado el rey, Golfario V, mandó suspender los procedimientos, haciendo concurrir a los jueces a su presencia.

—¿Kerapius Ajilis es el muerto?—preguntó el rey.

—No hay muerto—contestó uno de los jueces—. Se trata de un simple desmayo, y a estas horas, quizás Kerapius Ajilis se haya repuesto. Es sólo un sopapo, Majestad.

—Bien merecido lo tiene un bribón—dijo el rey—, y me sorprende que se le hubiese dejado circular libremente por mi reino dándose aires de hombre de bien. Lo que lamento es que se haya esperado tanto para darle su merecido.

Al decir esto miró severamente a los jueces, los que no sabían dónde meterse, y agregó:

—Hagan comparecer en seguida al supuesto malhechor, Atilius Toronjus, que es un vecino honorable; preséntensele excusas, y que esto no se repita. La justicia debe ser lista, y no ciega. De paso, quiero estrechar la mano de Atilius Toronjus.

Así era el concepto de la justicia en aquellos tiempos bárbaros. Hoy día, gracias a una mayor libertad,

los bribones pueden pascarse lo propio que cualquiera, si no mejor (1).

No es poco, de cierto, lo que han debido quemarse las pestañas los juristas para llegar a nuestras concepciones modernas, y a esa serie de engranajes complicados y costosos, llamados de garantía, que tanto conforta a los malhechores. Lo sensible es que no se pueda andar tranquilos, con la bolsa en la mano, en

(1) Diálogo de Faraonte:

Guarnerio: Todo es respetable mientras llena su función natural.

Martinus: Con arreglo al punto de vista individual, Guarnerio, pues cada ser toma esto como punto de partida para juzgar, y al proceder así aliende a su especie. ¿No ves que para cada cual nada es más recomendable que él mismo?

Guarnerio: Por eso es menester que se erija una entidad por encima de todo: eso es Dios; de otro modo el mundo sería un caos.

Martinus: ¿Y no lo es, en cierto modo, Guarnerio? Si no se hallase garantido el orden por un contralor de eficiencias, ya verías cómo se desata el caos de inmediato. No es posible colocar a nadie por encima de uno mismo; nota que los más fervorosos creyentes se anteponen a la entidad que inspira su culto, al pedir, al aspirar. En todo instante está implícita integralmente la propia individualidad, y esto es fatal como el hecho. A Dios se le concibe para servirnos.

Guarnerio: ¿Y sobre qué estímulos haces reposar esa lucha de elementos?

Martinus: Sobre la dignidad de cada agente; ¿te parece poco?

Guarnerio: Y los miserables, ¿cómo van a sentir dicho estímulo?

Martinus: Para éstos no hay otro estímulo que el apetito; por eso es que la brega natural es y debe ser selección, policía, justicia. ¿Cómo igualar a Fecundo «el de las manzanas» con cualquier mentecato?

(Ali Biaba anotó este diálogo con estas palabras: «A los amorales, inferiores según son, les cuesta comprender el sentido de estas palabras.»)

los hoteles, en los ferrocarriles, en los automóviles; ni en casa..., ¿con la bolsa? ¡Quiá! Ni con la propia osamenta, en plena civilización (1).

Acerca de lo que nosotros llamamos con cierta supersticiosidad «intención», como si quisiéramos decirnos «¡cuidado con eso!», ellos se encaraban derechamente con la dificultad, razonando en esta forma:



Decían: «Si yo, que soy una persona como es debido, cuando veo algo tentador me tienta y me detengo a escuchar lo que discurren mis abuelos al respecto, para saber lo que he de hacer: ¿cómo equiparar mi actitud, si opto por lo que dicen mis abuelos buenos, con la de otro que prefiere escuchar lo que dicen los otros, los de

menores escrúpulos?»

Así discurrían los jueces.

Cierta vez, al oír que el acusado se excusaba, diciendo: «Yo hice lo que pude por comprimirme, pero mi abuelo Máximus, que era más fuerte y más ducho, me compelió. ¡Y yo qué iba a hacer!»

—Vea, acusado—dijo el juez—, una vez que su

(1) Al llegar aquí, me miró compasivamente Ahí Biaba, y me dijo:

—¿A eso llama usted plena civilización? Pues a mi me hace acordar a la novia de Juan Caldasas.

—¿Qué me dice usted? ¿Qué es eso?

—Pues la novia de Juan Caldasas, Filomena, la que en la noche de bodas se presentó al novio después de haber hecho su tocado, sacándose como es natural sus afeites, y Caldasas, al verla, le dijo:

—Discúpe, señorita, pero yo no me casé con usted.

—Ahora comprendo—dijo yo, casi humillado por esta interrupción.

abuelo Máximus lo ha dejado a usted como su representante, tendrá usted que cargar con la pena correspondiente; y, si puede, se la endosa.

No se atenían los kirios, según se ve, a las revelaciones de la India para saber lo que debían hacer. Formada su conciencia jurídica de manera firme y sesuda, ajustaban cada caso a su solución, sin perder de vista lo esencial. Todo lo demás era para ellos un distinguido cordobés.

La propia muerte, que, como se ha dicho, no era para los kirios un hecho extraordinario, sino un simple envío hacia otros sectores, acaso más apropiados, no la empleaban a nombre de la justicia, salvo en casos excepcionales, por un escrúpulo de elegancia, y cuando una persona simplemente dudosa moría,



ellos se decían con gran naturalidad: «Acaso sea mejor así, pues el finado parecía no hallarse demasiado cómodo aquí, ni muy a gusto.» Los oradores fúnebres, según se ve, tenían poca tarea, no como ahora, que penan tanto con los adjetivos.

El caso es que, allá en su isla, los kirios vivían tranquilos, según su ambición.

Todos se sentían, y lo eran todos, jueces sociales. Dicha investidura, que consideraban un honor, y su función un deber solidario, les daba un concepto claro y firme de su misión social, dado que no podían considerarse extraños, en ella, como simples turistas

disfrutadores irresponsables, según somos tan cómodamente ahora. ¡Y así nos va! (1).

Frente a la evidencia de que son muchos y de varia estirpe los factores abusivos que minan el organismo social y que tienden a imponerse y a primar, sólo podían contar con la pluralidad de recursos defensivos para contenerlos en la comunidad, para restablecer la armonía que es equilibrio, forma pertinaz de la naturaleza, o sea, de Dios. Como no podían distinguir lo bueno natural de lo divino, se esmeraron siempre los kirios en definir una conciencia social bien solidaria y ecuánime, capaz de afrontar la responsabilidad del orden, seguros de que si bien es cierto que hay espíritus que viven empeñados en ajustar su acción a un punto de vista colectivo, no son pocos los que viven contemplando sus apetitos y tra-

(1) Diálogo de Paraonte:

Guarnerio: Dijiste, amado Martinus, que todo es respetable cuando llena su función natural. ¿Qué más natural que el contrahecho obre según su estructura?

Martinus: Escucha, amado Guarnerio, la función natural de cada especie es la que le permite perpetuarse, y mejorarse consiguientemente: esta es la misión divina para cada especie y para cada unidad de la misma: ¿cómo atribuir a los incapaces tan alta misión? Hay que discriminar.

Guarnerio: De tal suerte tú te eriges en Dios, Martinus.

Martinus: Algo de eso hay, amado Guarnerio. Librados a nosotros mismos, según estamos, nada más lógico que el pensar y el proceder como dioses, ni nada más digno.

Guarnerio: Esto es de una soberana vanidad.

Martinus: No creas, mi amado Guarnerio, pues coloco a toda individualidad, sea grande o pequeña, en igual caso. Tú mismo lo eres, aun cuando por una falsa modestia no lo quieras reconocer. Es esa la suprema aspiración de los cabales: formar el reino de Dios, o sea el nuestro, y nada puede ser más noblemente recomendado.

Guarnerio: ¡Y los ineptos, los miserables, los malvados!...

Martinus: Ellos corren su suerte, no sin haber hecho cuanto

tando de darles satisfacción por cualquier medio. Estos quedaban sometidos a la policía general del pueblo, y, en último término, a la inflexible decisión de la hoja de laurel, según se estilaba decir en Kiria cuando se hablaba de la justicia inexorable. Nosotros, a fuerza de sutilizar, nos enredamos en las cuartas, según la expresión criolla.

Dijo cierta vez Bártulo, un leguleyo, al docto juez Rafalio, que habían de oírse, en buena justicia, todas las campanas para decidir.

Rafalio meditó un instante, y replicó:

—Sólo hay que oír a las buenas.

Y, mientras daba fuego a su pipa, agregó:

—No es mal oír, pero lo esencial es mirar hasta ver.

—¿Y si nos equivocamos?—repuso Bártulo.

—Nosotros vivimos bajo nuestra exclusiva responsabilidad, cada cual con la suya—contestó el juez—, y debemos así proceder en conciencia, como dioses. Obremos de esta manera, y procederemos bien y útilmente. Cierto es que todos nos hallamos expuestos a error, en todo momento; no obstante obramos; los malhechores también (1).

Bártulo quedó persuadido, mas no sin refunfuñar.

Si aquellos isleños sabían menos que nosotros los

pueden para realizar el suyo, ese reino inferior que alenta a nuestra dignidad.

(1) Los kirios no se esmeraban ni se complacían en hacer reflexiones estadísticas como nosotros, para saber por dónde acababan los reincidentes recalcitrantes, después de haber mostrado con gran insistencia su disposición al delito, según podemos verlo hoy día corrientemente. Ellos saneaban el organismo social, para ir disfrutando entretanto de los bienes de la vida, con el menor número de peligros y tropiezos que fuere posible.—(Nota de *Ali Biaba*.)

del continente acerca de la justicia, lo poco que sabían lo sabían claro, y eran expeditivos para ser eficaces (1). Ellos no abdicaban de su responsabilidad como nosotros, los de tierra firme, sino que afrontaban su misión natural con empeño, y también con dignidad.

(1) Nota de Ali Biaba:

*Son psicópatas, mi Periplo amado,
los que ensombrecen el mundo:
disipan, torpes, el caudal humano
y nos hacen amarga la vida.
Es esa turba de mente entenebrecida,
la que triste, desviada, conspira
y frustra todo bien conquistado.
Si no quieres para ti, hermano,
trocar en tiniebla la existencia,
dame la mano
y trazaremos ambos la ruta nuestra;
que vaya cada cual por su senda,
a un lado los sanos; al otro, los malos.*

Y, más abajo, é' mismo agregó:

Se ha pretendido suplir la justicia natural por el amor, y de ahí las decepciones. ¿Cómo amar a todos a un tiempo, y a los malvados también? No da para tanto el corazón. Resulta así que ese supuesto amor universal viene a representar el papel de comodín: los aviesos se dicen: «Mientras me aman, yo me aprovecho»; y los de buena fe caen como inocentes. De ahí la suma de desilusiones que ofrece en fendal la civilización al observador, según se ofrecen las vitrinas al viandante.

Vivimos en perpetuo malentendido: ¿dónde queda, pues, la inteligencia humana? Ciertó es que nuestro plan ideológico, en lo esencial, reposa, se orienta y alimenta sobre cálculos y razonamientos a base de probabilidades: ese es el cañamazo; lo demás son adornos y fireletes, con alguna puntada más firme por juiciosa, no debemos negarlo, y no pocas macanas además.



La pena es eficaz cuando
enseña a reaccionar.

(Freitano.)

La literatura, a fuerza de es-
piritualizar, pone a la huma-
nidad en ridículo.

(Alexandrus.)

¿Has visto alguna vez algo
perfecto? ¿Lo concibes, siquiera
sea?

(Ildefonsus.)



INITIUS

LA FIESTA DEL PROLEGÓMENO

El régimen penal más pretérito, entre los kirios como en los demás pueblos, fué de violencia; de ahí se pasó a los vejigatorios, lo que, como lo otro, daba bastante pábulo también al comentario.

Parece indudable que fué el pastor Initius quien dijo al rey Jeringus I que nada podía halagar tanto a los malvados, siempre vanidosos, como el dar que hablar, «fabulatoria», según él decía.

Meditó el rey acerca de esta advertencia y no tardó en dar un bando prohibiendo los comentarios en su reino, así como todo aparato a este respecto, todo lo que había adquirido los incentivos de la teatralidad e inclinaba a la población hacia la predilección dramática, y recomendó a los jueces que empleasen medios eficaces.

Quedaron perplejos los jueces sin saber cómo desempeñar sus funciones, y resolvieron consultar el

caso con el propio pastor Initius. Éste, por única respuesta, incomodado por la torpeza de los encargados de la misión judicial, dijo:



—¡Cómo! ¿No hay agua y pistones en Kiria?

Al decir esto, se marchó.

Confusos los jueces, resolvieron asesorarse con una comisión de sabios. Como no se pudiese tampoco así dar con la clave, de nuevo mandaron buscar a Initius, y le expusieron el caso. Él acudió, y, cargado de ironía, hizo un gesto y se marchó. Quedaron unos y otros consternados, humillados, en tinieblas.



De pronto, uno de los sabios, Sagacius, dijo:

—Pido tres días para aclarar este misterio.

Se miraron los jueces y los sabios, y ante la rotundez de la promesa, la cual frente a la opacidad del ambiente parecía más tentadora aún, decidieron acordar.

Al tercer día, apareció el juez Sagacius con un gran envoltorio. Las impaciencias apenas podían disimularse, y cuando descubrió Sagacius lo que llevaba,

hubo un movimiento de sorpresa y de satisfacción. Ahí mismo se hicieron algunos ensayos, todos satisfactorios, y se comunicó al rey el descubrimiento, tomando el instrumento en su honor el nombre de Jeringa (1).



Fué tal el regocijo general, que se dispuso que todo el pueblo hiciera en su honor un gran festejo septenal, bajo el nombre de Fiesta del Prolegómeno.

Uno de los famosos diálogos de Faraonte hace alusión a esta magnificación de la memoria de Initius, el pastor:

—No llegaremos nunca—dice Hurticus—, a apreciar y a agradecer debidamente al pastor Initius el aporte que ha hecho al pueblo kirio.

Rustanio, el prudente, que lo escuchaba, dijo:

(1) Es curioso el ver que haya podido alcanzar tanta importancia un artículo tan sencillo, que nos es tan familiar. Frente a los progresos realizados en las artes mecánicas de nuestros días, un instrumento así nos hace sonreír, y es claro que no admite el parangón con los deleites de un Luna Park, ni con el linotipo, el auto, el avión, el zeppelin, el submarino, etc.; pero, dado el relativismo que ofrecen las cosas, aquello se explica. En Kiria se procuraba nada más que defender los bienes conquistados, comenzando por el más esencial: la vida; pero, como nosotros no estimamos este bien, ni podemos estimarlo por haberlo desconocido, y hemos perdido los demás, consiguientemente, todo es poco para alegrarnos, para olvidar.—(Nota de *Ali Biaba*.)

—Piensa, no obstante, amado Hurticus, en el regocijo con que se celebra esta fiesta septenal kiria. ¡Qué más puede hacer un pueblo respecto de un muerto, por glorioso que sea!

—Bien cierto es—replicó Hurticus—que los muertos, aun los más gloriosos, escapan a toda comunicación con nosotros, directa y comprobable al menos, y que, si bien su obra perdura, sólo podemos tributarle a su memoria nuestro tardío reconocimiento, si la obra es benéfica.

—Es bien lamentable que se vayan los buenos—agregó Rustanio—, doblemente a lamentar cuando queda tanto malo e inútil, obstruyendo la marcha humana. Cada día más falta nos hacen los buenos; cada día mejor advertimos la insoportabilidad de los renuentes. Muy cierto es que Initius hizo un aporte de modestas apariencias, mas no por eso menos trascendente (1).

(1) Tratándose de elementos de orientación, las consecuencias resultan inestimables, por cuanto sus efectos son persistentes y progresivos. El aporte de Initius era de orden cardinal, no puede negarse; y ¿es acaso posible no ya medir, sino siquiera sea vislumbrar la suma de desencantos, tribulaciones y dolores que puede implicar un falso criterio penal? Lo propio ocurre con las demás medidas de ordenamiento social, cuyos efectos van desarrollándose en el tiempo, en bien o en mal, según sean acertadas o no dichas medidas. El gobierno requiere gran previsión pues. Ya el sabio Pilemonio decía: «No se llega sólo por mucho caminar, si la cabeza no dirige bien.»

Bastaría ver las legiones de turistas en autocar abriendo la boca y afirmando sus gafas frente a cualquier monumento, sea bien o mal orientado por igual, para ver que el hilo conductor del buen sentido se perdió. Verdad es que nos hallamos identificados con la tradición, y esto nos hace más difícil el discernir lo que de bueno y malo viene en la entraña.—
(Nota de Ali Biaba.)



Ama a los demás, si lo merecen.

(*Fernandus.*)

La inaptitud para la vida social es siempre enfermiza.

(*Silvanio.*)



Los jeringas

LAS JERINGAS

Por muy atrasados que se hallasen los kirios en la secuela de los tiempos, habían resuelto el problema de las sanciones penales con tino, por su eficacia, lo que hacía que fuesen tan respetados en la antigüedad. A fuerza de ambicionar su tranquilidad, y acaso por su propia idiosincrasia pacífica, y por su correcta bonhomía, sabiendo que una de las cosas que más estiman los criminales e iracundos es la notoriedad y el aparato, en vez de complacerlos, al contrario, resolvieron tratarlos por medio de una sugestión suave, asedada, casi caritativa: la jeringa, en cuyo empleo los kirios llegaron a ser verdaderos maestros.

Unico medio terapéutico represivo, se le aplicaba sin embargo en tal número de formas distintas, algunas diríase insidiosas, no por eso mal intencionadas, que entre ellos bastaba para resolver ese pavoroso problema que van planteando de tantas maneras diversas los perturbadores violentos y aviesos, y hasta los malvados, lo propio que si la sociedad no tuviese otra tarea que la de ocuparse de ellos.

Como no era heroico el procedimiento, según les place a los malhechores, sino hábil, de sugerencias calmantes más bien, el que se adecuaba a cada caso lo propio que en un hospital, tomando cuenta naturalmente de las modalidades psíquicas del paciente, y en particular de la gravedad de su psicopatía, era muy raro que no quedasen curados, y se adelgazó así la cifra de las reincidencias de tal modo que esto llegó casi a ser rareza como las moscas blancas. Verdad que si algún recaleitrante se mostraba reacio a la primera serie de jeringatorios, ya los otros eran por lo menos lo suficientemente persuasivos para garantizar la inofensividad ulterior. Nadie quisiera estar hoy día en su pellejo. No es que fuesen crueles, al contrario, eran muy humanos, y, por lo mismo, algo endiablados en este caso.



Hoy día (¡y véanse los cambios de los tiempos!), las jeringas son justamente para los vecinos pacíficos. Verdad es también que la prensa, entonces, no podía suministrar ese aperitivo al

delincuente profesional, a esa población flotante que busca «su crimen» según se busca una mina de petróleo, para darse el placer y el lujo de andar en aventuras amorosas en auto, y a todo escape, sin haberse fatigado para eso. Esa gente quedaba desamparada, por lo menos la opinión pública no les incitaba a asumir las formas heroicas del delito, las mismas que brindan a menudo a los criminales la propia celebridad y los erigen a veces en personajes epónimos.

El sector de los jeringatorios era reservado, y se mantenía estrictamente oculto a la mirada profana,

como si fuese una sesión en logia masónica. Eso era vedado a la curiosidad pública, y al propio comentario. Actualmente, al revés, éste resulta ser uno de los aspectos más variados e interesantes y entretenidos de la vida moderna, y nada hay que se preste más y mejor a las expansiones y a los comentarios *ad libitum*, ni con pluralidad mayor de sabores y de salsas. Desautorizado en la antigüedad ese teatralismo pasional que puede disfrutar el pueblo con unos pocos centavos o con sólo mangonear, tenía por fuerza que ocuparse en cosas de mayor provecho.

De otra parte, los propios sótanos destinados a estas operaciones sociales entre los kirios no eran ni demasiado hondos ni demasiado oscuros, para no dar que hablar; tal era la prudencia de este pueblo bárbaro.

No obstante, un erudito legista, Cuyes, de grandes gafas y abultada melena, pidió conferenciar con el rey acerca de tales procedimientos. Acordada la entrevista solicitada, comenzó por decir que él había considerado este asunto por sus cuatro caras, y que le parecía abusivo el empleo de procedimientos penales en la semiobscuridad.

—¿Has pensado. Cuyes, que no son más claros los procedimientos empleados por los delincuentes, por regla general?

—Pero eso, Majestad, es colocar a los jueces al mismo nivel que los delincuentes.

—Eso es colocar la defensa en el plano más eficaz, por convincente, que es lo que debemos procurar.

—¿Y dónde queda entonces, Majestad, la superioridad de la justicia?

—En su mayor eficacia, una vez que está en su razón y su derecho—contestó el rey Prinsius, que ya se sentía amoscar—. La propia índole del pueblo

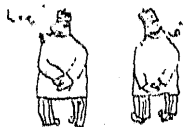
kirio—agregó—hace muy difícil caer en error, y podemos así proceder seguros en la obra del saneamiento social. Olvidas el quinto lado.

—¡Lo esencial es cuidar de las formas, Majestad!—replicó Cuyes, severo.

—¡Lo esencial es cuidar del fondo, Cuyes!—repuso Prinsius—; hemos terminado (1).

Salió Cuyes haciendo una gran reverencia, y el rey, mientras aquél se retiraba, dijo:

—Bien se comprende que no bastan las gafas para ver.



(1) Sin ser xenófobos los kirios, era de tal modo conocida y severa su prevención contra el antisocial, que los extranjeros, si bien sentían vivos deseos de visitar la isla kiria, se abstendían, no poco aprehensivos, especialmente cuando sus pasaportes no andaban en regla; la miraban desde lejos, brazos a la espalda, y no sin gran curiosidad ni poca envidia.



Unos miran por mirar, otros
miran para ver.

(*Ferreirus.*)

Tolerar a los malos es per-
judicar a los buenos.

(*Lasplacio.*)

Es conciencia lo que fun-
damenta el derecho.

(*Cesáreo.*)

POLICÍA Y JUDICATURA POPULAR

EL «EPA», EL «AKA», EL «TOK» Y LA «UTASIA»

Fueron sumamente listos los kirios para compren-
der que no bastaba encasillar a los insociables dentro
de fórmulas rígidas, pues advirtieron que es todo con-
tinuidad en la vida y en la naturaleza toda. Se dijeron:
si colocamos divisiones fijas en la sanción de los actos,
habrá gran número de actos condenables en las zonas
intermedias, sin contralor, y como no dejarán éstos de
ser nocivos, aunque no sean típicos, no llegaremos a
defender a la comunidad eficazmente.

Ellos quisieron cerrar el circuito de defensa social,
para que ningún asociado pudiese atribuirse la prerro-
gativa de perturbarlos mientras vivían como es debido,
y para eso ordenaron una serie de medidas comple-
mentarias de la justicia ordinaria, delegando al pueblo
mismo dicha función defensiva, y el pueblo kirio,
consciente de la importancia fundamental de dicha
organización, se aplicó a hacer honor a su cometido,
y no sólo a esto, sino también a ser eficaz.

Respecto de las faltas leves el complacerse en dar malas noticias verbigracia, sean verdaderas o falsas; el dar a sabiendas una falsa dirección; el mentir cínicamente; el vaticinar siempre el mal, con fruición; el hablar reiteradamente de sí mismos y desbordarse en sentido magnificatorio, para erigirse en excepción superior, etc., etc. para todos esos moscones sociales, que, sin ser gravemente nocivos resultan molestos, turban y malhumoran, salvo cuando resulten chistosos, en cuyo caso se les tolera, correspondía primera-



mente el Epa. Parece que la etimología de dicho vocablo se ha perdido en los tiempos, pero se sabe que significa algo así como «atención». Esta medida consistía en una prevención amable, rogando que no se insistiera en molestar, según suelen hacer los guardias civiles, cuando resultan civiles en realidad. Era costumbre darse cortésmente por advertidos, y el prometer la enmienda de manera inequívoca; esto era cuestión de decoro y de respeto a la comunidad, y no sin agradecer la observación.

Para el caso de reincidencia procedía el Aka, sin más. Esto equivale a nuestro vocablo «sopapo». Era también costumbre entre los kirios agradecer esta sanción, puesto que significaba un aleccionamiento preventivo siempre útil, y como la prepotencia y el abuso estaban proscriptos radicalmente de la concien-

cia kiria por insoportables, las cosas no pasaban de ahí, y el reo se enmendaba por persuasión.

Dada la sencillez de aquellas costumbres, basadas en la probidad y el respeto a los demás, elemento que consideraban indispensable los kirios para exigir el respeto a sí mismos, y como no se había desarrollado allá la mística, la épica,



ni siquiera sea la caballería, se acataba el fallo, siempre imparcial, fraterno y benevolente. Era muy raro un caso de apelación o protesta, pues se hacía cuestión de honor el someterse llanamente a la justicia.

Ahora se hace cuestión de honor en un sentido enteramente contrario por espíritu de hidalguía, cuando no le dejan a uno con las tripas afuera y absuelvan al malhechor ruidosamente, como héroe de la caballería. Es justamente la fanfarria lo que hoy se considera una prueba de honor, y oficia en sus altares en nombre de la hombría, la rectitud y la probidad, con el beneplácito social.

Cierto es también que no paraban ahí los recursos de la sanción popular, protegida por una solidaridad inmovible. El reino de la justicia era dominio sagrado.



El Tok, raro procedimiento kirio desconocido en nuestros días, consistía en un golpe propinado de tal modo que resultaba no tan sólo elegante, sino fulminante y necesariamente mortal. Se habían hecho tan duchos los kirios en la aplicación de dicho golpe, ya sea con el puño, con la cabeza o con el pie, punta o talón, que era certero, matemático. Los kirios usaban zapatos con puntera y buen tacón.



Tenían ellos además el golpe de revés, el que empleaban dando la espalda, en los casos en que había en su fallo una agravación despectiva, esto es, para con los abominables. El otro, en cam-

bio, era señoril más bien, y tanto por la distinción del que lo aplicaba cuanto por la forma rápida y dulce de morir que por él se ofrecía, había quedado en las costumbres kirias como algo de práctica usual.

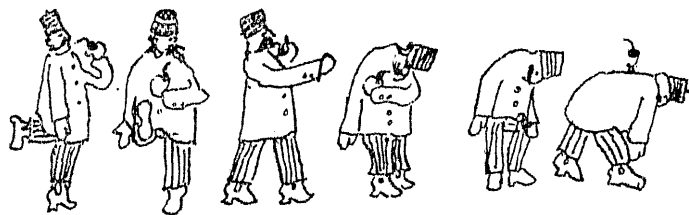
No se sabe de un modo preciso cómo llegaron a adoptarse esas costumbres, pero acaso sea la causa, además del supremo culto kirio por la organización social, el gran desprecio que había allá por el uso de armas, uso que se consideraba infame, y signo de cobardía, o de insuficiencia, cuando no de perversidad.

Esta forma de sanción tomaba el nombre de Utasia cuando la ejercían las jóvenes, las que generalmente sólo la empleaban para con las personas de edad, los viejos galanteadores en exceso, y también los chochos, pues era una manera humanitaria de despenar. Según se ve, la substancia es la misma en el Tok y la Utasia, sólo se distinguía esta última de la otra en cuanto eran mujeres las ejecutoras, las mismas que la practicaban siempre con gracia y hasta con cierta coquetería. De ahí que se esmerasen los viejos en acercarse a las más lindas, pues era un honor el terminar sus días en tales manos. Esa muerte era envidiable, por deliciosa, si bien demasiado breve.

Hoy se prefiere desplumar, y quedan los pobres viejos cacareando, como el gallo de Morón, o bien se les ve morir por chochez, paso a paso, dejándolos

librados al proceso de los achaques de disolución, lo cual no puede negarse que revela cierta crueldad; y si los desdichados optan por suprimirse, todavía se les critica, lo cual es colmo de intolerancia.

Era de tal modo preciso el Tok, tan certero, que Uksunius Krespius, el caldeo que dirigía la traducción del manuscrito kirio, puso fuego a dicho relato, antes de que pudiesen informarse los propios camaradas de traducción, y en una carta dirigida a su mujer, le decía: «Si se divulga el secreto del Tok con las ideas corrientes, querida, no queda mas que un solo hombre en la



tierra, y acaso sin compañera, lo propio que Robinson quedara solitario en su isla. Yo mismo, querida Elda, trato difícilmente de olvidar.» (1).

Hoy nos sorprenden estos usos, tanto más cuanto que en el estado de nuestra conciencia social llevarían a todos los extremos del abuso y la disolución, y también por cuanto no se halla un dique, ninguno, capaz de contenerlos. Allá contaban con el juramento de la

(1) Esto de Robinson lo puse por consejo del traductor, pues dice que está borrado el nombre del personaje en el legajo, pero que todo induce a pensar que se trata de uno similar.

Como notara a Alf Biaba distraído, ausente, lo interrogué, y él, cual si se hallase en sueño, con voz apenas perceptible, dijo:

—¡Pensar que este pueblo tenía en su mano el medio de

pipa. Véase lo que al respecto dice el manuscrito: «No se ha conocido en Kiria el caso de un solo perjurio, ni se le podrá conocer jamás. El juramento por la pipa, como que arranca de la idea de consecuencia hacia los antepasados, hace moralmente imposible su falseamiento.»

Vaya uno a buscar hoy estos juramentos cabales, y se quedará con las ganas, y eso que se prestan sobre la Biblia. Verdad es también que hoy se puede contar con el arrepentimiento y la misericordia, cosas que se ignoraban en Kiria.

Si causa sorpresa el leer estos relatos caldeos sobre Kiria, es sólo porque hoy nos hallamos en muy distinto plano ideológico, simplemente. No vaya a caerse en la inocencia angelical de pensar que es porque hay un mayor respeto por la vida humana. ¡Oh, no! Lo que colma nuestra sorpresa es pensar que haya podido el pueblo kirio ejercitar tales prerrogativas sin tentarse por el abuso: eso es todo. La propia idea había en nosotros cuando entendíamos que los pájaros se habían creado para que pudiésemos arrojarles pedradas, y hoy circulan tranquilos en los jardines públicos, donde se les arroja en vez migas de pan; todavía en

hacer caer uno a uno a sus semejantes como naipes puestos en fila, sin dejar rastros!...

—¡Si no hubiese tenido concienical--exclamé yo, sublevado.

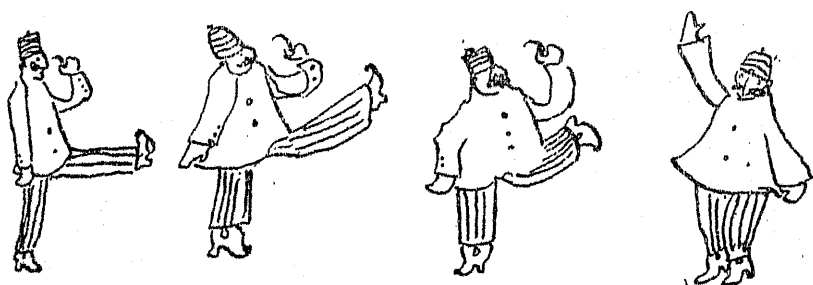
Al oír esto, Alf Biaba tuvo un sobresalto, como si volviese a la realidad, y comprendí yo el significado de las palabras que dijera cuando le llevé el manuscrito. El pareció adivinarlo, y me dijo:

—Hay muchos impulsos primarios en el fondo de nuestra alma, como pujos de la bestia voraz que llevamos dentro. Felizmente hemos podido poco a poco contenerla, a fuerza de frenos inhibitorios.

—Prosíguenos--dije yo, para salir de esta situación embarazosa.

Kiria, parece que eran tan mansos y amables los pajarrillos que se posaban a cantar en las guías floridas de la mesa, mientras los kirios comían.

Aquel procedimiento redujo en algunas centenas, en algunos millares si se quiere, la población, y si no siempre, en la casi totalidad de los casos para excluir a los antisociales. Podrá haber habido algunos errores, según hay siempre, pongamos al azar uno por mil, verbigracia, y bien puede verse que es despreciable tan pequeña cifra si se atiende a los beneficios alcanzados



por la gran mayoría de los kirios, que gustaban vivir según es debido. En la actualidad, en cambio, por más que se trata también de proceder a la eliminación, por selección, se hace de manera tan torpe, y a veces tan brutal, que aquel porcentaje se eleva considerablemente (en la gran guerra, pongamos), y esto ni se justifica siquiera por la suprema necesidad de bien vivir, pues pocos son los que viven según es debido, ni los propios más famosos cirujanos políticos y militares, ni el propio Guillermo II, con hallarse, según dice, en cordiales relaciones con Dios. Es bien otro criterio jurídico el nuestro y preciso es reconocerlo con llaneza.

Lo cierto es que los kirios, mediante las sencillas prácticas que adoptaron, iban de día en día mejorando su ambiente, llegando a formas cada vez superiores y

más gratas de convivencia, en tanto que nosotros, después del enorme esfuerzo hecho, quedamos peor que antes; y no se advierte tampoco, por lo menos en forma bien aparente, que las virtudes sociales hayan prosperado de modo efectivo. La conmiseración quizás, por los desdichados *gueules-cassées*, no por cierto un sentido reconocimiento, bien hondo; la simpatía por los ciegos y estropeados, quizás, pero con eso no se manda al mercado, según suele decirse. ¡Eso no es más que un detalle—dirán los hombres avezados—frente a las líneas colosales del conjunto! Está bien; pero, si se examina el conjunto en sus líneas dominantes, nos encontramos con que la selección se hizo al revés, extirpando o estropeando a los mejores. No era ese el concepto kirio por cierto; ellos iban hacia la escoria con sus escobas y jeringas, respetando lo bueno, lo que es más útil a la comunidad, con solícitos cuidados.

Para ellos, los insociables, por su propia condición, no tenían entrada en la sociedad. Desde el holgazán, que, al no contribuir a las cargas sociales debe quedar privado del disfrute de los bienes comunales, hasta el malhechor, todos los que, por una u otra razón, no hacen su aporte personal útil y por el contrario perturban, quedaban proscriptos del núcleo social, y sometidos a su radio y tratamiento correspondiente. No era, pues, la sociedad una simple aglomeración de hombres y mujeres, en maraña, sino fruto de ordenamiento por selección. Nosotros juntamos todo y lo mezclamos por igual, como los viejos avaros cuando ponían en la misma vasija las monedas de oro, las de plata y las de cobre. ¡Y ojalá tuviese siquiera un valor efectivo cualquiera todo lo que se acumula en el abultado cinto social! ¿Qué valor tiene lo falso?

No es menos cierto, que allá, en Kiria, podía

librarse la función de vigilancia y contralor social al pueblo, seguros de que había de desempeñarse en conciencia, mientras que en nuestros días apenas puede confiarse al pueblo el cuidado de nuestros parques y jardines públicos, no por cierto los privados, y en los propios parques ¡cuidado apenas baja el sol! Es que para los kirios nada había de más sagrado que el preservar la organización social de toda clase de contaminaciones y peligros, ya proviniesen del exterior o del interior, dado que era menester defender algo más precioso que la vida, que la bolsa y el propio bienestar: la dignidad. Y eran inexorables en el cumplimiento de ese máximo deber (1).

Cierto es que si uno tuviese que atenerse a lo que se dice acerca del respeto que merece la vida humana hoy día, y la propia libertad, no quedarían menos turbados nuestros razonamientos, puesto que se sienten por todas partes disimulados y alertas los enemigos sociales, lo propio que los gangrenados, y en cuanto a libertad y seguridad resulta que son ilusorias para los hombres de buena fe, no tanto para los aviesos y prepotentes. La libertad, aun en pequeñas dosis, es preciso conquistarla a toda hora con dientes y uñas, hoy día, muy vigilantes, y aun así...

Cuando uno piensa que para aquel pueblo primario no había más enemigo humano que el insociable y el antisocial, por más que tuviesen formas humanas

(1) Alf Biaba puso esta nota:

«Ellos se iban al bulto con todos sus medios coercitivos, y no paraban hasta haber puesto a cada cual en su lugar. Ahora, en vez de esto, con el progreso de la ciencia criminológica, secundada por la vieja jurisprudencia, este renglón asume el carácter de lo folletinesco.»

Más abajo, con lápiz, agregó: «Y la casa por barrer. Tiene algo de siniestra amenaza sísmica esta actualidad.»

y se ataviasen con indumentarias lujosas de todo color, se explica su celo ingenuo y su fe en los puños y talones, y hasta en la propia cabeza (1).

Nosotros hemos caído en la imprevisión de vivir confiados en la Providencia, como si ella no tuviese otra cosa que hacer que el ocuparse de nuestros cominos, más bien que en los propios, y de ahí que las sociedades humanas hayan quedado libradas a la desorganización. Los que más confiaron en dioses invisibles quedaron más desorganizados. ¡Véase la India!

(1) A medida que observamos con libertad mental, vale decir, con despejo, vamos advirtiendo por entre las maravillas de ingenio, pacientes y sabias construcciones del buen sentido tendientes todas a ennoblecer la vida, un proceso sordo y sordido de rebelldas que tiende a minar, comprometiendo las ventajas y hasta el disfrute de los bienes conquistados. Esto débese a la omisión padecida en la obra de selección en la humanidad, entregada a sus lirismos sentimentales. Es preciso ceñirse a la ley natural si se quiere ir derecha y firmemente a la organización de una sociedad cabal y próspera, no como ésta donde la probidad parece ser una desventaja, un renunciamiento, cuando no una descalificación.

*Si no hemos llegado aún a ver, Perico amable,
que es nuestro esfuerzo lo único que nos procura
las ventajas conquistadas, tan fatigosamente,
y no entidades invisibles, impalpables,
no me hables ya, Perico, de humana cordura.*

(Nota de Ali Bimba.)

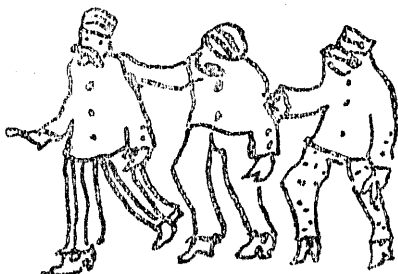


Tolerar en demasía es fomentar.

(*Kasusio.*)

El que se irresponsabiliza,
falta a su deber orgánico
esencial.

(*Escoserius.*)



PULGAS DE CATRE (1)

Tranquiliza el ver al ratón incómodo en la ratonera. Así había dicho la famosa Claudia, matrona kiria.

Primaba un concepto tal de dignidad social entre los kirios, tan celoso, que habían establecido un sector para lo que llamaban «pusuki», esto es, los elementos flotantes, de deshecho, torvos, sucios, viciosos, tortuosos, ebrios consuetudinarios, pendencieros, trapalones, intrigantes y caraduras o sableadores de oficio, por más que usaran porte elegante, así como los locobravos y mamarrachos, etc. que consideraban no sólo incómodos, por lo que se les dió aquel nombre, sino

(1) La palabra kiria: «pusuki» parece no haber tenido equivalente en Caldea, y así es que el viejo legajo hubo de acudir a aproximaciones. Por más que yo me resistiese a esta locución para el caso: «pulgas de catre», proponiendo como sustitutivos chinches, tábanos, roedores, lepra, roña, etc., fué de tal modo radical la exigencia de que era aquélla la que debía adoptarse, que hube de ceder, y dejo la correspondiente constancia aquí, para mi descargo.

también disolventes del ordenamiento cabal de la vida común (1).



Para ellos, nada de rigor, ni de tolerancia, no ya de abultado humanitarismo sentimental, sino la simple separación. Esto sólo constituía un gran freno, puesto que a nadie le gusta, y a ellos menos que les llamen así, bien que sólo suponga una descalificación suave, mucho más suave que esas penas que se les van aplicando estérilmente después que pudieron despacharse y fructificar a su antojo, estimulados de diversas maneras por la incuria y la desorganización social. En poco tiempo, la cifra de los pulgas de catre quedó bastante reducida (2). Entre nosotros dicha cifra aumenta.

(1) Conviene notar que algunos de estos desechos sociales, si son hombres, se esmeran en parecer elegantes y de modales finos, de actitudes distinguidas, y si mujeres, extreman las sonrisas angelicales, las delicadezas aparentes y hacen todo género de monadas para serpentear. Tenía razón Pilemonio (tercer diálogo de Faraonte) cuando al escuchar a Hispanius, el «chechirero», que le aseguraba haber visto bien una cosa, pues la había examinado también por dentro y por detrás, dijo:

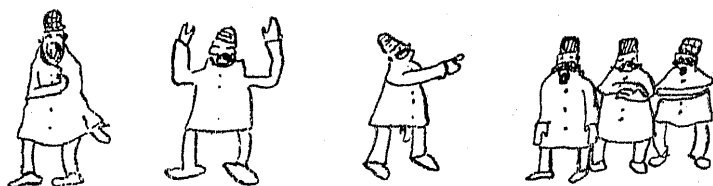
—Sólo así puede decirse que se ha visto una cosa.

—Y además miré cuánime, para comprender mejor.

—Así ha de procederse para bien ver.—(Nota de Ali Biaba.)

(2) Hoy día, en vez, parece que el ordenamiento social se hallase encaminado al propósito de fomentar las irregularidades para suministrar crónicas de entretenimiento o material a las oficinas de estadística criminal y a los *amateurs*, a fin de que puedan lucirse con sus comentarios y filigranas de

Por esta institución, para hacer su aprendizaje quedaban librados a sí mismos, así como ahora viven sustentados y aun subvencionados por los que trabajan honestamente en la comunidad, y tal procedimiento corrector pronto los devolvía aleccionados, trabajadores y aptos para la vida de organización social. Una vez que salían, llamarlos por aquel nombre, que era tan merecido antes, significaba una verdadera injuria. Es verdad que en Kiria no había la misma propensión nuestra a la malevolencia, puesto que eran cabales, y felices por consecuencia.



Nosotros, que desdeñamos el reposo interior cuando no sea producido por los alcaloides, en cuyo caso resulta de buen gusto y aun distinguido, no comprendemos ese afán kirio de disfrutar a su manera del tesoro de la vida. Verdad es que esto era bien efectivo así como ahora es algo innominado y de muy difícil definición, si por ventura es definible. Si se concibe que alguno de nosotros quisiese vivir en Kiria, no se concibe la inversa. Ciertó que al principio había de

lujo erudicional. Cada día más parece ser la sociedad un activo vivero de criminalidad, no ya de delincuencia y de vicio.

Esta nota la puso de su puño y letra Alf Biaba al margen del manuscrito, y, algo más abajo, agrega: «Tal como van las cosas se diría que es el insociable quien asume la dirección social, y se impone violenta o subrepticamente frente a la incapacidad y al descrédito oficial. La mentalidad ortodoxa, al fin, nos amuralla contra la impotencia y la propia desesperación.»

sorprendernos el Epa, el Aka y de atemorizarnos el Tok y la propia Utasia, no ya las jeringas, pero muy pronto nos habíamos de acostumbrar al notar sus ventajas.

Las proclamas y las frases sonoras, como el vino, hacen perder la cabeza, decía el rey Équos, y fué justamente él quien adoptó como ordenamiento social el que cada cual fuese considerado con arreglo a sus merecimientos (1), y no con arreglo a principios de orden general abstracto.

A pesar de la juiciosidad de esta medida, en aquellos propios tiempos tan alejados hubo resistencias, debidas a gérmenes de libertad e igualdad a la manera

(1) Diálogo de Faraonte:

Socalio: ¿Para qué quieres cabeza y la llevas sobre los hombros, si no es para deliberar con cordura y dignidad?

Kontus: Es preciso demoler, Socalio, y, a fuerza de maña y de paciencia, también la lima avanza.

Socalio: Eso dependq de lo que ambiciones; pero, al decir esto, te colocas en el plano de un roedor.

Kontus: Aun así: ¿piensas que no hay ahí mismo obra que hacer? Claro es que yo trabajo por mi cuenta, y atiendo más que nada a mis pasiones.

Socalio: Tu obra es en detrimento de la sociedad a que te acoges; no cuentes ya con mi amistad antes que no hayas reformado esa tu sórdida conciencia.

Al decir esto, hizo un gesto despectivo y se marchó.

No tardó en encontrar a su núcleo de camaradas, que presidía el enciano Irko. Unos, con sus pipas; los otros, haciendo sonar sus peliandros. Lleno de emoción, Socalio les contó lo ocurrido, causando unánime reprobación. Miraron anhelosos a Irko, el cual pausadamente dijo:

—Al pensar que tanto miserable y tanta medula mamarra-chesea ha osado asumir la forma humana, yo me sublevo por cuanto eso se debe a la omisión de un deber de selección racial, fundamental y perentorio.

Dicho esto, dió unos golpecitos con su índice al tabaco de su pipa, y la aspiró airado.

moderna, que pretenden medir a todos por un mismo rasero, colmo de desconocimiento e injusticia.

El poetoide Pomponius, muy popular entonces, le dijo a Equos:

—¿Ha pensado, Majestad, en que todos los hombres somos iguales y que debemos tener, por igual, derecho a la circulación?

—Sí, querido Pomponius, he pensado—contestó el rey—; pero, como esos derechos no pueden razonablemente extenderse en el mismo papiro, puesto que van a ser guardados en distintos bolsillos, y en algunos pronto se echarían a perder, he preferido adoptar este régimen como más práctico, y más justo a la vez.

—¿No cree, Majestad—replicó Pomponius—, que, siendo iguales los derechos, debe emplearse el mismo papiro, a pesar de todo?

—No, querido Pomponius—redarguyó el rey Equos—, sólo son iguales los derechos a primera vista, por eso te equivocas. Observa que apenas este asunto se examina con despejo, se advierte que los derechos son distintos: Unos circulan con derecho de león, otros de zorro o de vizcacha y otros con el derecho de ladilla o de piojo, que es menos respetable aún; y no pocos son los que andan como cucarachas. Bien ves, querido, que vives de ilusiones.

Calló Pomponius, temeroso de que el incidente pudiese agriarse.

Equos, al notar que Pomponius vacilaba, agregó:

—Tú has nacido, y no sé cómo, para la poética, mas no para la política, pues no observas con los ojos abiertos, sino entornados. Nada de malo hay en esto, lo malo está en que quieras intervenir en los asuntos públicos.

Pomponius hizo una gran reverencia, y apenas lo hubo hecho se escurrió.

Equos, que había notado el repentino desasosiego de Pomponius, dirigiéndose a un amigo, le dijo:

—Cada cual, Botario, habla del mundo según sea el plano desde donde lo observa, y eso está bien. Lo malo está en querer aplicar sus observaciones a los demás planos, que desconoce.

—Muy cierto es eso, Majestad—contestó Botario—, y esa es la causa más frecuente de las desinteligencias humanas.

—No poco frondosa—agregó Equos—. Toca el peliandro, Botario, mientras fumo mi pipa.

Navarius había dicho: «La vida en común demanda un esfuerzo colectivo cierto, efectivo, prestado de buena fe.»

Para ellos no bastaba el hecho negativo de no haberse comprobado un acto típicamente delictuoso grave, para ser dignos de la convivencia libre, sino que era menester a la vez haber manifestado y manifestar aptitudes positivas para la vida en común, para una vida superior donde se deparan las prerrogativas —bienes edificados por un esfuerzo ímprobo conjunto, solidario, aun penoso a veces—y los demás beneficios sociales. Hoy nos envanecemos con el número de asociados; ellos hacían cuestión de calidad; y al pensar los kirios que podrían ser equiparados por un principio cualquiera a los desechos raciales humanos, sentían un estremecimiento de repulsión íntima y de escozor, casi de asco.

Los kirios no se sometían a clasificaciones sistemáticas rígidas, sino a un criterio cabal. No eran así ni demócratas, ni aristócratas y trataban de ser humanos y justos, ecuanímenes por lo menos, por lo que resultaba que perdían su sentido estos vocablos que para nosotros parecen tener una acepción cierta, bien que no la tengan por lo común fuera del dominio lexicológico.

gico. Como allá se hacía cuestión de criterio y no de sistemas, y se atenían a los actos más bien que a las palabras, hasta los propios desechos sociales llegaban a comprender a veces la justicia de esta forma de organización social selectiva, y esto contribuía a facilitar la regeneración de los «pulgas de catre», al propio tiempo que tendía a reducir su aparición. Como para aquellos ingenuos isleños no había cosas extraordinarias en el mundo, y las que pretendían ofrecerse como sobrenaturales se las denominaba sencillamente contranaturales, nada les era más fácil y cómodo que el ceñirse a la regla natural, para ser tan felices cuanto les era dado serlo, logrando así el sumo bien: bien de dioses, según decían. Surakio, el sensato, afirmaba: «Cierto es que se han cometido grandes errores e injusticias en el pasado, por ignorancia y ofuscación, pero no es esa una razón para seguir cometiéndolos, y perseverar en tan nefasto trillo: hay que rectificar. Otra cosa sería colocar a nuestra especie por una razón sentimental, y absurda además, frente a la insolubilidad de los problemas que le plantea la realidad en su aspiración orgánica de adaptación y mejoramiento.»

Como no se apeaban los kirios del buen sentido —¡la ciencia-madre!—podían ser líricos y aun románticos sin perder la línea y sin caer en lo chirle ni en lo pecaminoso. Esta conducta, de gran cordura, les hacía sonreír al pensar



en las triquiñuelas de que se valen los astutos inescrupulosos para tiranizar en sociedad, pues ellos miraban a los deformes según miran los clínicos a sus enfermos, y de inmediato notaban las taras, como si

fuesen injertos puestos en el alma humana con elementos de otras especies inferiores. Al descubrir tales injertos, se pasaban miradas de inteligencia, como lo hacen los galenos cuando se les presentan «casos interesantes», según estilan decir (1). Morelio, clínico muy experto, repetía: «Lo más frecuente es hallar injertos de zorro.»

Les entretenía, pues, el visitar los diversos radios de eliminados temporales, y les causaba satisfacción el descubrir por entre las artimañas a los que, con apariencias de humanos genuinos, ocultaban su contrabando, el injerto. En cambio, al mirar a un simio superior ya se formalizaban, fuertemente emocionados. Les parecía que ambos se dirigían al propio tiempo esta pregunta: «¿Dónde te he visto?» Aquella satisfacción de plenitud y sana superioridad quedaba entonces algo retaceada por la duda.

En cuanto a los eliminados, una vez embretados así, de modo manifiesto, recapacitaban, y, a poseer un solo destello de conciencia lejos de mofarse de la sociedad según ocurre hoy, se esmeraban en recons-

(1) Comentando esta situación de los inferiores, le dije yo a Alí Biaba que se requería un alma insensible para sonreír así frente a estos desgraciados, los que sentían tener dentro de sí las taras a que alude el relato, y él me contestó de inmediato:

—No se aflija por esto. ¿No ve que ellos no se dan cuenta? Pongamos que llegasen a dársela, y de inmediato procuran rectificarse, por cuanto eso significaría que se les ha iluminado la conciencia; de otra manera, son más bien vanidosos y se dan los humos de ser mucho más listos que los demás, los normales, a los que consideran como tontos y torpes librados a su mayor capacidad de explotación, y miran a éstos según mira el amo al esclavo o al bruto. Muy a menudo estos desgraciados peligrosos, ególatras congénitos, construyen su mundo mental, ellos al centro, y entienden que todo lo demás les es tributario. ¡Fíese usted en ellos!...

truir, si acaso podían, una ética que les permitiese reasumir el honor de incorporarse al núcleo social sano, honesto y digno; esa era su máxima aspiración, y, si había remedio, no dejaban de poner en acción de inmediato su voluntad, y sus recursos para lograrlo.

Este sector, como se ve, era casi siempre de gran comicidad, como lo es el sorprender en un baile a un supuesto caballero metiendo la mano en los bolsillos de un circunstante confiado.

Poco a poco, así que fué evolucionando el pueblo kirio se abandonó la antigua expresión de «pulgas de catre», por su vulgaridad, y se les llamaba simplemente a los mismos «ineptos» o bien «incompletos a reformar», y claro es que vivían ahí durante su estada a sus expensas exclusivamente, lo cual contribuía no poco a su regeneración (1).

(1) ¿Qué de más cierto puede haber—exclamó Ali Biaba—que es un incompleto, un inepto el que malbarata su capital más estimable: la confianza? Le recomiendo el significativo diálogo de Faraonte, 103, que, en lo substancial, dice así:

—Tú ves, Rukerius, que he hecho cuanto he podido por reconquistar la confianza de los demás; y, sin embargo, ya no se me ofrece en forma amplia.

—Piensa, Ocláulo, en que nada es más difícil de remendar que el crédito. Es de un paño tal, tan delicado, que deja ver los remiendos.

—Tan cierto es lo que me dices, Rukerius, que a mí mismo no me inspiran gran confianza.

—Nota, mi buen Ocláulo, que el hecho, en sí, es irreparable, bien que puedan ser reparados sus efectos de algún modo. Sólo puedes aspirar, pues, a que se olvide tu falta en atención a tu conducta posterior; eso es todo.

—¡Eres severo, Rukerius!

—No soy yo quien usa severidad; es la realidad quien la impone, y yo la acato porque es soberana, cuanto al hecho al menos.

No se contaba en la isla kiria con la intervención de dioses impalpables, ni siquiera sea con principios abstractos para el ordenamiento social, encomendado al arbitrio orgánico, concreto, para mejor atender a las exigencias del interés específico, y por ahí habían llegado a una gran libertad sin convulsionarse. Nosotros, en cambio, hemos querido ir de golpe, sin previa preparación de la conciencia popular, que es la aptitud para el reino de la libertad, y hoy sentimos los efectos anárquicos de dicha imprevisión, al extremo de que hasta en los pueblos más adelantados asoma la necesidad del régimen autocrático, cuando no se acude a él apresuradamente (1).

Se diría que vamos marchando por entre zancadillas.

(1) Los kirios no quedaban inertes, como nosotros, frente a los elementos que anemizan o disuelven el organismo social. De antiguo decían los simienses: «Lo que no sirve, que no estorbe», y los kirios no lo habían olvidado, pues estaban acostumbrados a guiarse por el «da natural» (Ke), en vez de librarse a los místicos devaneos de la fantasía o a los mirajes líricos, sentimentales.

*Otro, bien otro sería el sentido de la historia humana,
si, en vez de guiarse los pueblos por creencias,
se hubiesen ceñido a la naturaleza en forma llana.
Ese agente inframicroscópico, que es nuestro pensamiento,
acude y debe acudir a la refriega, y dirigirla con cordura,
mientras las aptitudes y las armas se disputan,
ansiosas en el entrevero.
Sólo el hombre se precia de invertir en lujos divagatorios
su poder cerebral, sumo tesoro,
en tanto que en la eterna brega global
todo se aplica a vivir y a prosperar.*

Yo quisiera poder decir, como De Lazario, obrero-célula constructiva, al morir: «Lo que no pude hacer en vida, lo harán mis ideas después.»—(Nota de Ali Biaba.)



El arrepentimiento no deshace lo hecho.

(*Hectorio.*)

Ceden los fueros humanos así que cede la conciencia.

(*Adolfusio.*)

El beodo hace como el avestruz, que esconde la cabeza bajo el ala, para no ver.

(*Gerardus.*)



LA EMBRIAGUEZ

En Kiria, al verse a un hombre vociferando o trazando eses en la calle, se le seguía durante un trecho para cerciorarse de si había bebido en exceso. Una vez que los ciudadanos declaraban que había bebido de más, y que debía ir a atenderse por medio de un método preventivo que se estilaba allá, si el sujeto negaba haber bebido, tendían un cordel de varias brazas, y quedaba éste obligado a recorrerlo sin dejar de poner los dos pies en el cordel, desde un extremo al otro. Claro que, si se había excedido, no se escapaba a la prueba, y después de dos entradas, quedaba clasificado como pulga de catre, y sometido al tratamiento correspondiente a dicha categoría, sea quien fuere, ya fuese el propio rey. Ellos también decían, como se ha visto, que no hay dos sin tres.

Ocurrió un caso singularmente curioso, por característico, con el rey Kalamo, «el fiel» según se le llamaba, por haber dado pruebas inequívocas de su fide-

lidad a los deberes naturales, y a la humanidad consiguientemente. Al salir de un festín donde se celebraba la famosa fiesta del Prolegómeno, como notasen que vacilaba al andar, los vecinos lo sometieron a la prueba del cordel, creyendo que había bebido en exceso. Resultó negativa la prueba, y él, sonriente, al oír las excusas de los vecinos comedidos, los felicitó cordialmente, y al tenderlos la mano, les dijo:

—Yo no sería rey, ni podría serlo en un pueblo de esclavos ni de aduladores. Los felicito sinceramente, pues, y desee que perseveren.

A este procedimiento llamaban ellos «la ley seca».

Era pintoresco, e instructivo además, el asistir a estas reuniones urbanas, donde se cuidaba por los vecinos del decoro y la salud pública, y del orden también, mientras que ahora, si vemos a un borracho, lo más que hacemos es divertirnos con él, siempre que no saque su revólver y comience a despacharse a tiros con todo el mundo, que, en tal caso, bien sabemos lo que es debido hacer.

Al pueblo kirio no se le ocurrió impedir la venta ni la propia compra de alcohol; lo que se impidió, por medios eficaces, es el abuso de su empleo, y, especialmente el darse el lujo de hacer dibujos en la calle, dibujos que si no son obscenos, no dejan por eso de ser ilícitos, y aun perniciosos, no ya incómodos.



Verdad es también que hay hombres-toneles, dentro de los cuales se pueden volcar varios litros de alcohol sin que dejen traza alguna aparente. Respecto de éstos, mientras no perturban, nos queda apenas el consuelo de saber que están apurados por dar cuenta a Dios de lo que han bebido, y allá se las compongan; mas en cuanto

molestan, preciso es acudir con maña, más bien que con fuerza, a ponerles en estado de que cuando sientan el olor a alcohol, comiencen a temblar de espanto.

Claro es que no me inspira, al decir esto, mas que un gran amor por la humanidad y por ellos, pues quedan incluídos, según se comprende, a pesar de sus imprudencias (1).

Aquel régimen natural, moral por lo propio que atendía el interés específico, nos sorprende dentro de nuestro régimen faicticio, tan artificioso cuan vano y falso. Por de pronto, ellos sabían adónde querían ir e iban derechamente, mientras que nosotros, por haber pretendido afinar nuestro instrumento orgánico por fuera de la realidad, no sabemos adónde vamos ni sabemos cómo ir.

En uno de los diálogos de Faraonte se hace alusión a la embriaguez, en estos términos.

—¿Piensas tú, amado Francisius, como Jobías, que la embriaguez debe ser tolerada en nombre de la libertad?

—De ningún modo, querido Salmonio, pues dicho estado pone al hombre por fuera de su conciencia, y queda así por fuera de la humanidad, sin los derechos ni las prerrogativas del hombre. Cierto es que dicho estado es transitorio, pero no lo es menos que durante ese período, al menos, queda deshumanizado por inconsciencia, o reducción de su conciencia, y, por lo propio, descalificado, sin el derecho de vivir en co-

(1) Parece ser que hasta el reinado de Barcianus V era costumbre dar manteos a los borrachos. Por mucho tiempo dejaron de mostrarse borrachos en Kiria, tanto que el pueblo perdió la costumbre de aplicar este procedimiento, y poco a poco comenzaron a reaparecer. Entonces, el rey Tarántulo I dispuso la prueba del cordel y lo demás que queda dicho.—*(Nota de Ali Biaba.)*

munidad como un loco. El que procura voluntariamente estados de inconsciencia no se irresponsabiliza, al contrario agrava su responsabilidad. No es un hombre, ni es animal, es sólo una cosa, y muy fea además.

—Me alegra el saber que piensas de tal suerte, amado Francisius, puesto que coincides conmigo, y esto consolida aún más mi opinión. Por lo demás, cree que seguiría pensando así aun cuando nos hallásemos discordes, pero tal cosa me apenaría por ti.

De tal modo era firme y clara en Kiria la responsabilidad de la conciencia humana, la misma que se trata de rehuir, por no saberse qué hacer con ella en estos días tan desorbitados (1).

(1) Está desviada a tal extremo nuestra mentalidad a fuerza de artificios, que si pudiésemos ver proyectadas en la pantalla nuestras imágenes, sensaciones y emociones, las que desfilan por nuestro espíritu ordinariamente, los más sorprendidos seríamos nosotros mismos: tal es el abigarramiento arbitrario, lo contradictorio de las mismas respecto de lo que pretendemos ser. No hablemos de proyectar nuestros pensamientos, pues tal cosa sería para consternar. Una introspección atenta y libre sería más penosa que una autovivisección, por desconcertante. De tal modo es absurda nuestra civilización, en cuanto trató de prescindir de la realidad natural. Como sucedáneos del deber orgánico, hemos apelado a la compasión, el arrepentimiento, la misericordia, el perdón, etc., lo cual me recuerda el afán con que los negros esclavos pretendían hacer sus grandes telas juntando trapitos de todo color. Entretanto, las taras sociales van en aumento, y eso que la ciencia experimental ha realizado tan admirables progresos.

Nuestro propio léxico es tan imperfecto, que al decir «hombre», supongamos, creemos decir algo, y es tan poco lo que decimos que oscila entre el mísero himalayo, el pigmeo congolés, entre el criminal y el vicioso y un archidíos bueno, cual fué y es Pasteur. Su obra nos resulta cada día más trascendente y fecunda, más benéfica y eficaz.—(Nota de Ali Biaba.)



Considera a los animales inferiores, sin olvidar tu condición.

(*Mercedia.*)

Cada especie ha de sentirse digna de su misión en la naturaleza.

(*Mabelia.*)

PERROS, GATOS, PAPAGALLOS, ETC.

Los kirios decían:

—Seamos buenos para con los animales; pero no exageremos. Antes nos hallamos nosotros, que lo somos también.

Ahora, en vez, paso a paso, se ha llegado a dudar de todo, y no pocos hasta suponen que hay animales mejores que nosotros, y más dignos de amistad, de simpatía y de atención. De cuidado también; y es lo peor que a menudo parecen tener razón.

Sin atreverme a afirmar ni a negar nada al respecto en forma rotunda, por acto de solidaridad y dignidad racial, quiero expresar que nuestro deber nos impone el ruborizarnos, y no poco, de haber llegado a esta denigración de la especie humana, esa misma que hasta ayer no más se la consideraba de una tela tan

de excepción, y de tal modo, que no había sitio suficientemente alto para desplegarla, y hacerla flotar a los cuatro vientos de la inmortalidad y la gloria.

Los kirios no pudieron llegar, ni habrían llegado nunca, a colocarse por debajo de las demás especies, y tan cierto es esto, que establecieron un radio especial para los animales domésticos, como una sección del zoo. Sólo las cabras y las ovejas tenían derecho a la urbe, porque daban leche, y para tenerla así más a la mano. Las convicciones kirias, como eran de buen cemento, se las anteponía a los desvaríos sentimentales, sin que se derrumbasen por eso.



Durante los primeros tiempos de este régimen, que se estatuyó bajo el reinado de Artagueo III, especialmente de tarde se podían oír los gemidos y alaridos nostálgicos de los celibatarios de ambos sexos, recalcitrantes que identificaban todas las virtudes y bellezas con un gato, un can, una cotorra o un papagallos; y, después, poco a poco esto fué reduciéndose hasta llegar a una normalidad razonable, y no fueron pocos los que entonces adoptaron niños y niñas huérfanos con igual fervor. Más tarde, en el reinado de Robertus X, fué tolerándose, por permisos especiales, el guardar algún perro o gato, y aun el sacarlos a paseo, pero era menester que los dueños los llevasen a cordel y fuesen provistos de una especie de *nécessaire*, para mantener la limpieza comunal convenientemente.

En cuanto a los papagallos, por acto de compasión hacia ellos, más bien, se hizo imposible obtener permisos especiales para llevarles a la urbe, pues a menudo morían desplumados.

Cierta vez, Claudio interpeló a su mujer Sibila, gran belleza kiria, en esta forma.

—¿Cómo has osado dejar en tal estado a nuestro buen Roque?

—¡Es insensato, Claudio—contestó ella—prefieras ver a Roque más paquete que a mí!

Era de tal modo estimada esta pluma, que hubieron de reforzarse las jaulas del zoo para evitar que los papagallos quedasen sin plumas, tiritando de frío. ¡Oh, no tenían humor, por cierto los pobres loros y cotorras entonces, como ahora, para pasar su tiempo diciendo malas palabras!

Bajo el reinado de Alexandrus, no obstante, se permitió a las viudas entradas en años y a las solteronas avinagradas y turbulentas que tuviesen su cotorra o su loro en casa, y con esto podían consolarse de la soledad, especialmente las primeras por cuanto les era dado por este medio evocar fácilmente el recuerdo del difunto. Las solteronas, disconformes por lo común, también podían así ilusionarse de algún modo.

En estos casos, como que había pasado el período más crítico de las coqueterías, les era dado a los loros conservar su plumaje, siempre que lo defendiesen de las concupiscencias del vecindario.

Se comprende que un régimen urbano tan severo hacía posible circular con agrado y sin contaminaciones malolientes, al propio tiempo que se era piadoso para con los animales.

Están de tal modo trastornados los valores sociales y morales, hoy día, que llegamos a poner en duda el horror con que aún es costumbre considerar la antropofagia. Al pensar cuán más fácilmente nos comeríamos a un semejante que a



uno de esos perritos mimosos, y feos, que han conquistado el derecho a la falda y al beso, se llega a desconfiar de todo, puesto que nos decimos: no es porque sean repugnantes dichos perritos que no habría de comérselos, sino porque se les adora; ¡y a los semejantes!...

En cuanto a los monos, como se tenía en Kiria la creencia de que había con ellos mayores vinculaciones que con los demás animales, bien que no se hubiese podido definir el grado de un modo preciso, se admitían en los centros poblados, quedando obligados sus amos a enviarlos a una escuela especial, a fin de atildar sus costumbres.

Celosos según eran los kirios de su bienestar, ni a los propios animales domésticos no ya a sus dueños se les autorizó a molestar. Por algo el juez Lucianus había dicho: «La compasión se comprende; pero, si se la extrema nos ridiculiza.»



Eludidas las molestias grandes y pequeñas que hoy día parecen tener definitiva carta de ciudadanía entre nosotros, para decidir de nuestra servidumbre social, integral, ellos pudieron disfrutar del bien de la existencia como bien; nosotros la hemos trocado en otra cosa. Era tal el orden y el respeto que inspiraba lo propio el conjunto social kirio cuanto cada kirio, individualmente, dentro de lo legítimo, bien entendido, que no eran requeridos allá, en aquella deliciosa isla, los paraísos artificiales, según se les demanda tan premiosamente entre nosotros. Se comprende que teniendo ellos uno auténtico no se iban a tentar con los falsos, efímeros. Es así que si hubo traficantes de «H» y de «coco», tuvieron que fundirse, bien que no se les persiguiese.

Los kirios no habrían ido jamás con sus jeringas al vendedor, sino hacia el que hace mal uso de dichas substancias.

Había tal prevención contra lo pecaminoso, que ni los propios animales domésticos quedaban autorizados a atentar al pudor públicamente, aun cuando fuesen llevados a cordel, y los dueños, recatados, no osaban extremar su cariño para con esta clase de pupilos, por no ofender la susceptibilidad de los viandantes (1).

Dado que para aquellos sencillos isleños nada podía asumir el privilegio siempre abusivo de la incondicionalidad: ni la tolerancia, ni la compasión, ni la propia poesía o el amor, trataban de ejercer un razonado contralor hasta sobre eso mismo que hoy se pavonea con fueros de exorbitante señorío, y quedaba así todo sometido a las exigencias del máximo anhelo

(1) Muchas cosas irregulares nos parecen lógicas, puesto que lo son con arreglo al plan erróneo de nuestra existencia social, donde campean por igual los más rancios prejuicios juntamente con las más obigarradas extravagancias, y como uno, entre sus defectos-cualidades, tiene el de acostumbrarse a todo, lo propio a lo torpe que a lo malo y a lo bueno, nos vamos familiarizando con cualquiera cosa. No es esta una razón válida, no obstante, para ceñirnos a todo sólo por el hecho de venir recomendado por la costumbre. Nuestro deber y nuestro interés nos compelen a rever, y es bastante precioso y aun caro el bien de la vida, para que no nos detengamos a desempeñar dicha tarea. Decía mi amigo Ismaelío.

—Tenía razón Lasalio cuando se incomodaba al ver que se hacían arrumacos y caricias a un perro o un gato, pensando que se le restaban a él. Yo mismo—agregaba Ismaelío—, me irritó al verlo, especialmente si la mujer que los prodiga es bonita. Eso debiera quedar reservado a las feas.

En cuanto a mí, como juez imparcial, me pregunto si no se agotará la reserva normal para nosotros, al malbaratarse así tanta ternura. Si no se agota, por lo menos ha de mermar mucho.—(*Nota de Ali Biaba.*)

social: el vivir como es debido. No bastaba, pues, el que se tratase de pobres animalitos para que les fuesen otorgadas todas las exenciones y privilegios, pues ellos decían: «¿Acaso no lo somos nosotros también? ¿Por qué se nos ha de situar en una condición de inferioridad para con los mismos que practican los usos de la selva? No; tal cosa atenta a nuestra dignidad, y hasta a nuestra decencia.»

En uno de los diálogos de Faraonte, al referirse a esto, Alvarius dice:

—No basta, Dominicus, que nos atengamos a lo que se estila para saber lo que hemos de hacer. Preciso será considerar previamente lo que de razonable hay en el uso, y luego preguntarnos si dicho uso no es posible mejorarlo. Sólo así procederemos cuerda-mente.

—¿No será esto, amado Alvarius, lo propio que intentar el enderezamiento de las patas de los perros? —preguntó, algo zumbón, Dominicus.

—Nota, querido Dominicus, que aun cuando me fuese dado el enderezarlas de un solo paso, no me decidiría a darlo, en tanto que el rectificar nuestros usos y costumbres es un deber que se nos aconseja por nuestras conveniencias, y que hemos de cumplirlo paso a paso, si queremos dar pruehas de inteligencia y afirmar nuestra dignidad.

—Tienes razón, amado Alvarius— declaró Dominicus—. Quise hacer un chiste fácil, sin advertir la gravedad del asunto; excúsame.





Si extremas, lo propio bueno
te mostrará sus uñas.

(*Escuderius.*)

Cuida de ti mismo sin olvi-
dar a los demás.

(*Cavilius.*)



EL PELIANDRO Y LAS BARRIADAS MUSICALES, LAS GUITARRAS, ETC.

En Kiria cada cual trataba de procurarse su música, para solaz, y no como ahora, que se la expende por los vecinos al gusto de ellos, para martirizarnos. En las plazas públicas, desde por la mañana, podía verse a los kirios tocar su instrumento, el «peliandro», algo así como una gaita-quena, de sonido suave y pastoril. Como eran discretos, trataban de no molestarse los unos a los otros (1). Eran muy hábiles, y más que esto, eran estetas, por lo cual resultaba hasta agradable el

(1) El rey Oribius por bando recomendó al pueblo gran discreción: «Haga cada cual su música predilecta, para su deleite, y no pretenda imponerla a los demás; que cada cual soporte los ruidos inevitables, no sin tratar de reducirlos, cuando no sea dado musicalizarlos.»



oírlos; y el verlos, no más, ya complacía, pues era tal la conciencia con que practicaban su arte, que parecían más bien dioses que humanos pedestres. El peliandro era el único instrumento autorizado en la urbe. Algún tiempo después se autorizó la guitarra, instrumento que inventaron los campesinos. Eusebio I parece ser el inventor.

Estando a lo que nos dice Urioste, debía ser no poco interesante, por su propio primitivismo hechicero, el visitar los barrios destinados al estudio del piano y del canto y del órgano, no ya el de los violines y demás instrumentos, bastante parecidos a los nuestros, pues siendo músicos, según eran los kirios, no sólo tenían más instrumentos que nosotros sino también mayor aptitud musical, lo que no ha de sorprender si se considera cuán escasa es la nuestra. El único instrumento al que no pudieron habituarse nunca, ni fijarle siquiera radio alguno, fué a la mandolina, y sus congéneres, a todo lo cual llamaban «ruido y temblor de alambres», sin derecho a figurar como una música, ni a molestar como ruido. A pesar de todo esto, debe creerse que no llegaron a conocer nada que semeje el *jazz-band*, y no podemos aventurarnos, hoy, que hemos perdido la noción musical, a decir con juicio lo que al respecto habrían podido pensar allá; pero les habría gustado seguramente, por su gran humorismo.

Eran de tímpano de tal modo delicado que no podían oír un «pizzicato», sin estremecerse, erizados, como si les hiciesen cosquillas. Ciertamente es también que

para ellos la música no tenía destinos trascendentes en el porvenir de la humanidad, como no fuera el de procurarlos un saludable solaz; pero, dado que amaban el solaz como a la propia pipa—circunstancia que reducía también, y no poco, el tiempo dedicado a los deleites musicales—, la música era muy estimada. En cuanto al serrucho no hay noticia de que lo hayan aplicado sino a sus fines naturales, si acaso. A los kirios no les parecía juicioso que las cosas sirviesen para muchos usos a la vez, pues, según ellos, concluían por no servir para ninguno.



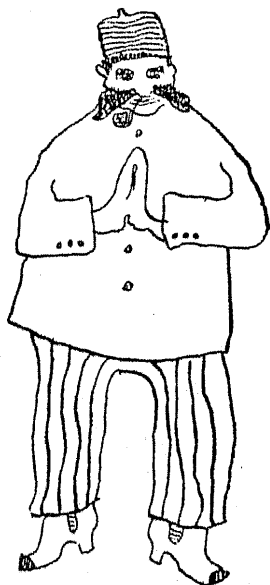
A dichos barrios musicales todos podían acudir libremente, si les placía, y, poco a poco se fué haciendo la moda de acudir, lo cual daba gran placer a los maestros, y aun a los propios discípulos; no obstante, los fómites dijeron que tal ejercicio a la larga destruía el tímpano, y hasta la aptitud musical, y esto se atendió. Ya el rey Rodrígus III, como acto de previsión, había dispuesto que en dicho barrio estaba prohibido el fumar. Dicha medida sabia, que se atribuyó a una especie de consideración galante para con los maestros y discípulos, fué reduciendo también el número de los aficionados, y sólo los melómanos incurables siguieron asistiendo a los cursos como oyentes. Ellos mismos, los melómanos, tampoco pudieron prosperar mucho en la isla kiria, por temor de que se les señalase un barrio especial, como a los pulgas de catre.

Los pianos kirios, si bien no eran tan turbulentos como los de nuestros días, se oían desde lejos, diríase como un martilleteo en las claraboyas.



Fué en definitiva el rey Georgicus XVI el que más eficazmente organizó el culto de las artes de solaz, de manera que no fuesen de otra cosa; y,

englobando las artes plásticas en dicha situación, bien que más silenciosas no por esto menos expuestas a distraer la atención pública de las cosechas, que era para los kirios lo que son las empanadas, una necesidad primordial, a fuerza de adoptar medidas apropiadas se pudo vivir pasablemente; no como ahora, que no sabe uno dónde puede vivir de una manera pasable.



Suprimido el estorbo de la mala música, y, en general, de las malas artes, no es poco lo que prosperó Kiria, y, poco a poco, las guitarras fueron desalojando a las gaitas, después de habérselas asociado por un rato. Con este concurso, los zapateos y contrapuntos, todos procedentes de los sencillos campesinos, y, por lo propio, elegantes, sanos y poéticos, pintorescos además, fué adoptando Kiria una fisonomía sumamente agradable. Los pueblos vecinos, bien que no se atreviesen a visitarlos por temor a sus usos, costumbres e instituciones, que

ellos consideraban bárbaras, no pocos los envidiaban.

Estos isleños entretanto hacían una vida honesta, sencilla y agradable, y bien que no se jactasen de esmerados refinamientos, ni de superintelectualización —quizás nociva como todo exceso—, puede creerse que no se les enmohecía por eso el meollo. Prudentemente, los aviesos habían decretado no perturbarlos, por si acaso.



No siempre la vida es un bien: hay que procurarlo.

(Aurelianus.)



EXACTITUD



En los albores de la vida kiria, el rey Potestas II, conocido también por el apodo «el filósofo» bien que fuese escéptico y fatalista, por lo cual pronto fué destronado, solía decir:

—Por mucho que demoremos, siempre se llega a tiempo.

Este concepto de la vida cundió en la población, rápida y fácilmente, y de año en año iban bajando las cosechas, hasta que llegó la correspondiente alarma, dado que las empanadas, su alimento nacional, fueron encareciéndose y hasta escaseando no poco.

Ocupó el trono, llamémoslo así, bien que fuese simplemente al principio una cabeza de vaca y luego una sencilla banqueta, el rey Boyus V, al que se le conocía por el nombre de «rey ágil», y reaccionando sobre aquella fórmula, decía:



—El que madruga puede ver salir el sol, y oír a su gusto a los pájaros.

Comenzaron los kirios por madrugar y despabilarse, y en poco tiempo las cosechas fueron haciéndose cada año más abundantes, de tal modo que no sabían

ya los kirios qué hacer con el trigo. Las empanadas estaban por el suelo, según se dice vulgarmente.

Esto motivó reiterados comentarios, y se recordó entonces la sabiduría del destronado rey filósofo. Felizmente, llegó al trono, en tales circunstancias, Oliverius I, llamado «el justo», rey que se complacía en repetir:

—La flecha que acierta es la que da en el centro.



Este certero precepto, al poner las cosas en su sitio, fué habituando al pueblo kirio a cultivar la exactitud. De tal modo se encareció su mérito, que más de una vez se aplicó no sólo el «epa» sino el propio «aka» a los informales de ambos bandos (los que demoran o se anticipan) y claro que no se hizo esto sólo para sancionar, según lo habría podido hacer un tribunal, sino por acto de súbita indignación, o de simple policía urbana.

Es realmente de sorprender que haya podido haber en la antigüedad usos tan bárbaros, cuando se piensa en los bienes que se han conquistado por el progreso acumulado en nuestros días, donde podemos ir lo mismo a comer a una casa conocida, cuando se nos ha invitado a almorzar, que a almorzar, cuando la invitación es a comer.

Aun cuando en Kiria no se había llegado a hacer de la estadística una ciencia, podía, aun así, notarse que las cosas marchaban mejor y más a gusto con la puntualidad, y que se desembarazaban de las tareas más pronto, para darse los placeres del solaz, el que tanto se estimaba allí, no sólo por ser grato, sino por saludable también, y acaso más por esto mismo. Ellos, con un sentido práctico que hoy nos ruborizaría, habían arreglado las cosas de modo que el programa

no fuese el embarazarse lo más posible, sino al contrario, el desembarazarse más bien.

Así fué como lograron, a pesar de todo, hacer de modo que sus ágapes fuesen de expansión y de alegría radiosa, no solemnes como son los nuestros, en los que a menudo nos preguntamos si se trata de una fiesta o de una ceremonia funeraria, especialmente a la hora de los brindis y discursos, donde forzosamente uno se entristece, por lo mismo que nos deja ver lo que llevamos dentro. Verdad es que ahora el *jazz* todo lo arregla, a la postre, puesto que nos aturde y nos hace olvidar.

Discretos, según eran, y aplomados, al pararse, los kirios no olvidaban dejar un espacio razonable para ubicar el centro de gravedad entre los pies. Esto enorgullecía a las mujeres, las que, ufanas como diosas, se decían complacidas:

—Podemos estar satisfechas, pues los kirios marchan como hombres.

Para los kirios esto era regocijante, pues equivalía a decir como dioses.



*Llegados al apogeo de nuestra cultura ortodoxa, oficial,
donde el formalismo ritual oficia de fe y de conciencia,
el protocolo y la ceremonia representan lo humano substancial,
y queda fuera la humanidad.*

*Es el imperio de la fórmula lo que está en auge,
no la verdad real;*

*y por entre el andamiaje tan penosa y onerosamente puesto
[en pie
circula la grey humana, la turba precedida de la élite,
cariacotecidas ambas, la cordura ausente.*

*Por dos planos paralelos y a veces divergentes,
va, en el uno, la mentalidad humana, en el otro, el hombre
decapitado por su propio ingenio,
castrado como el buey.*

*Somos poco a poco cada vez más una ficha pobre
en el ajetreo social;
la individualidad confeccionada huelga sin calidad,
como producto servil, vergonzante,
de la colectividad.*

*Sólo se exime de dicha servidumbre ritual el hurgador activo,
obrero de suma probidad y de eficiencia, él digno,
y así es que prospera la ciencia
y su floración industrial pluriversa,
en tanto que el vulgo de la plebe y de la élite vegetan mohinos.*

(Nota de Alí Biaba.)



Ni sospechan lo que es el amor los que no saben querer.

(*Kalisia.*)

Toda extremosidad te ridiculiza.

(*Felicius.*)



EL AMOR

Bien que los kirios ignorasen ciertas ramas científicas que interesan en nuestros días—la eugenesia, la puericultura, etc.—, especialmente a los Congresos femeninos, como ellos se atenían al buen sentido, ciencia-madre, y complexiva además, ya podían amañarse para dar buenos hijos, sanos, hermosos y fuertes, y no esos macacos que suelen verse hoy día entre algodones, viviendo apenas a fuerza de hiberones medicamentados, y a base de respiración artificial. Fuera de eso los criaban y guiaban de modo que no fuesen una triste carga social ni un estorbo, sino, al contrario, unidades útiles y por encima amenos. Se operaba así la selección científica sin saberlo, por acto de simple cordura (I).

(I) Los niños kirios eran fuertes, alegres y resistentes, risueños como pelotas, de tal modo que hasta reían al darse un golpe, cosa corriente, pues era costumbre el pasarlos no de brazo a brazo como, ahora, sino el bolearlos como paquetes. Según parece resultar del manuscrito, al mes ya gateaban, y a los pocos meses empezaban a jugar a la rayuela y a las bolitas.—(*Nota de Ali Biaba.*)

Una madre kiria habría tenido cortedad de mostrar una cría de esas que hoy se exhiben ruidosamente, los brazos en alto.

Como para ellos el amor no era una ciega pasión ni un pasatiempo, sino una función natural, todo quedaba simplificado. De otra parte, era de tal modo pulcro y concienzudo el pueblo kirio, que bien se podía confiar en él.

Las uniones corrían por cuenta de los interesados sin que el rey, ni nadie, tuviera la costumbre de mezclarse en estos asuntos. A nadie le importaba, fuera de los interesados, naturalmente, que la unión fuera monógama, bígama o polígama, como tampoco interesaba a nadie que fuese al contrario, poliándrica, desde que cada cual asumía la responsabilidad y las consecuencias, junto con la prole, y esto era algo realmente efectivo. Si algún enamorado pedía juramento de fidelidad, cosa poco estilada allá, en aquella isla feliz, jamás se daba un juramento incondicional sobre este punto. Era frecuente, en tal caso, hacer



siempre una salvedad de buena fe, verbigracia, como ésta: «Juro serte fiel siempre que no se me ofrezca una situación de tal modo tentadora que venza mi poder de resistencia.»

De este modo, aceptado este criterio honorable, y cumplida la promesa de buena fe, los dramas pasionales eran punto menos que imposibles, llegando para ellos lo dramático más bien a confinar la ridiculez. Hoy día, en cambio, ¿qué más remedio queda que el conformarse con un juramento de fidelidad incondicional y eterna, tan inconsistentes?... Y gracias...

Lo más que podía ocurrir allá era el aclarar si realmente se habían cumplido las condiciones estipuladas, y, en caso de no ser así, se optaba casi siempre por la separación inmediata, sin aparato alguno, pues ellos decían que no debe haber unión sin amor y aprecio, y que no puede haberlos si hay violencia moral. Venían de vuelta, según se ve, del teatralismo del amor y del divorcio.

Si se agrega a esto que para un kirio no era un honor el engañar, ni un deshonor el haber sido engañado, los comentarios sociales no podían tomar el vuelo que asumen hoy día acerca de estos asuntos íntimos, tan hechos para la media luz de la alcoba, y para el teatro y la novela (1).

Las uniones matrimoniales tenían lugar generalmente en la primavera, y era una gran fiesta kiria esta de las uniones, porque representaban la grandeza de Kiria. Había algo de rito religioso en dicha ceremonia, y los novios eran venerados como cosa sagrada. El sitio escogido por los novios, que era casi siempre un rincón, en un parque, se respetaba como un templo, y todos se consideraban obligados a embellecerlo, quedando como tabú apenas entraba la pareja, ya sea de dos o de varios.

(1) Según parece, también allá, kirios y kirias usaban pijamas, pero sólo para dormir. Debido a su manera de considerar la organización social, decían que cada cosa debía hallarse en su sitio si quería estar bien, y que, oliendo como olía a alcoba el pijama, fuera de la alcoba no estaba bien; y añadían: «El verdadero valor no consiste en sacar las cosas de su sitio, sino en mantenerlas en él.» Aquel género de valor tomaba en la isla otro nombre.

Cada vez que la moda se excede—cosa que siempre ocurre—, viene la rectificación, y como es moda también se excede, por manera que es muy raro encontrar lo discreto en tales dominios.— (*Nota de Ali Biaba.*)



Ahora, en vez, los que más se divierten con los novios, en la ceremonia, son los amigos e invitados, que, con los amigotes, los cargosean, estrujan y abruman de tal modo que no pueden quedar ya muy presentables en lo que tan pintorescamente ha dado en llamarse el Templo de Himeneo.

Dada nuestra incurable versatilidad, no se concibe que las uniones libres, así, pudiesen ser tan sólidas y prósperas como aquellas primitivas en Kiria; pero, si pudiesen verse los niños que producían, no se pensaría tan ligeramente por cierto. De otra parte, nosotros estamos constantemente solicitados por la idea de novedad, en la falsa inteligencia de que la novedad por el cambio es posible; ellos, al contrario, sabían que esto no es mas que una ilusión, y eran capaces de pasarse mirando fijamente una misma cosa sin pestañear, mientras que nosotros nos aburríamos en seguida (1). Confesemos que somos menos resistentes.

(1) En estos dominios del amor, no obstante que en Kiria fuesen tan lógicos, hubo de haber también sitio para la fantasía, permitiendo que la polarización pasional tomase un asiento arbitrario cualquiera. Uno de los Diálogos de Paraonte trae un caso bastante curioso.

Parece ser que Cicelia, de muy reputada belleza, le dijo a su cortejante, el cual la ponderaba como perfección, que tenía un lunar velludo en la cadera derecha, en forma de cangrejo. Ulandro, al oír esto, quedó perplejo, y aun confuso y vacilante, mas pocos instantes después contestó:

—No importa, Cicelia, aun así eres perfecta.

Cicelia, que había acudido a este ardid para cerciorarse de la calidad y fuerza de las demostraciones de Ulandro, pudo más tarde convencerse de que, para éste, había resultado una desilusión la carencia del aludido cangrejo. Hasta se la ocurrió el pintárselo, para colmar a Ulandro.

Es que para los kirios el amor se enfocaba como natural proliferación y no como simple entretenimiento, cuando no sea una pasión salvaje que coloca a los humanos en el terrible conflicto irremediable que plantea lo que es, frente a lo que quisiera ser. Debido a los relatos magnificatorios, tan aturdidamente inflados y admitidos, ni se atina ya a distinguir lo que hay de realmente cierto y lo que hay de fantasía, y así es que tan a menudo estamos obligados a apearnos del asno en lo mejor del camino. Como se vive con el cuerpo en tierra y la cabeza en las nubes, o sea, en la novela y el poema, no se puede disfrutar de la vida real, si bien es insuperable, y se apela a hacer del amor, cosa tan seria, un elemento de distracción o de lujo, cuando no un simple simulacro de ostentación pueril, considerándose hazaña cualquiera travesura amorosa. Se ha perdido la noción de lo normal, y con ello la legítima satisfacción del deber cumplido. Hasta se dan algunos el pisto de estar locamente enamorados de una estrella de cine, cosa que no habría podido ocurrir en Kiria, donde se preciaban de no extremar los devaneos líricos. Por no haber hecho nosotros otro tanto, todo se halla subvertido en este sector.

Como consecuencia natural de esta situación, resulta que la mala fe se pavonea orondamente en este radio, pues es frecuente entender que estos son sus más francos dominios. Si no llega a ser inmoral, es por lo menos sandio el no pensar así.

No dejará de causar sorpresa, pues, el saber que los kirios pudiesen ser probos y honestos



hasta en el amor, con ser eximios cultores del mismo; y eso que se vivía allá en el reino positivamente cierto de la libertad, esto es, el de la libertad compatible con el orden y el bienestar social. Puede afirmarse que, aun cuando hubieran llegado los kirios a la Edad Media, no habrían tenido el temerario tupé de instituir el derecho de pernada, por ejemplo, no tanto porque no les resultase agradable el disfrutar de dicho tributo, como perceptores, cuanto por consideraciones al flamante esposo. Eran bastante mesurados.

Dice el manuscrito caldeo que cierta vez un sátrapa rural, Pandorio, pretendió imponer dicha contribución a Litinia, joven de una muy rara belleza. Lo supo Icaris, el novio, de labios de la misma, y dispuso que se llenaran todos los trámites de igual modo que si fuese consentido el pago de tal contribución. Entretanto dió aviso de la ocurrencia a dos vecinos, los cuales se apostaron en sitio conveniente, y, cuando iba Pandorio a recoger la primicia, se encontró con una dosis tal de jeringatorios que ni le dieron ya tiempo a pensar más en la aventura.



Hoy día el que acuda al vecindario para prevenirse, queda expuesto a cualquier orden de sorpresas, y eso se debe a que en dicho renglón somos nosotros, continentales, los que nos pasamos la guiñada, como consigna, mas no a la manera kiria, sino para poner de manifiesto nuestro impávido escepticismo moral, el que llega a veces hasta el descaro más completo.

Considerada de manera honesta y natural esta función orgánica, librada hoy más que nada al sensualismo, Kiria cuidaba de los destinos humanos en tanto que nosotros los descuidamos. De otra parte, ya ni fué más preciso que se diera intervención a los fómites

para decidir de la capacidad de los novios al fin de asumir la obra de perpetuación, puesto que la conciencia individual—como la colectiva—era suficientemente apta y moral para no pesar escrupulosamente su responsabilidad, y estaban los ojos alertas, además, para reprimir toda transgresión. Era gran satisfacción y no chico estímulo el poder considerarse aptos para representar a la especie, y para perpetuarla dignamente. Esta selección presuponía una real aristocracia, y tal prerrogativa se ostentaba con igual fruición con que ostentamos hoy una medalla o una cinta en el ojal de la solapa.

Este cometido tenía entre los kirios algo de carácter religioso, y se hacían así muy escrupulosos (1).

Vaya uno, hoy día, a examinar con detenimiento

(1) Diálogo de Paraonte:

Jerusio (el cínico): Hace tiempo que dejé de considerarme en serio; ahora no puedo dejar de sonreír al considerarme.

Budinia: Calla, desdentado. Como no puedes ya morder, despechado, te das el lujo de burlarte de ti mismo al tiempo que te burlas de los demás.

Jerusio: Algo hay de cierto en lo que me dices, amada Budinia; mas tú, que te hallas en plenitud, tanto en belleza cuanto en vigor, si acaso puede una cosa estar sin la otra, no comprendes el que me pueda hacer gracia mi propia exigüidad.

Budinia: Y no tienes reparo en decirlo, en vez de callar por recato.

Jerusio: ¡Qué quieres!... Al sentir los cosquilleos que hormiguean mi entraña, llena de aspiraciones y aun de apetitos, y al comparar eso con el poder de mis mandíbulas, ninguna otra cosa puedo hacer como discreto y digno. Tú misma, Budinia, con tus encantos, ¿crees que no remueves todo mi ser?

Budinia: Es tan humano lo que me dices, que ahora te comprendo, y me conmueves.

(Al decir esto, dejó correr una lágrima por una de sus mejillas, y se alejó.)

lo que se refiere a esta función orgánica: la perpetuación de la especie, y se hallará frente a un entrevero tal, tan abigarrado y arbitrario, que hemos de echar las manos a la cabeza para contener nuestro desconcierto. Y eso que la higiene y otras ramas científicas han realizado progresos sorprendentes. Verdad que se han perdido las nociones de la ciencia-madre, según llamaban cuerdamente los kirios al buen sentido.

Debido a tamaña imprevisión, resulta que el devenir de la especie se halla librado a los azares de un «sálvese quien pueda», en tanto que algunos padres se desviven por juntar una copiosa herencia para la prole, sea ella como fuere (1).

(1) Al llegar aquí, me miró zumbón Alf Biaba y me dijo:

—A todo esto llamará usted progreso y libertad, seguramente, o igualdad y confraternidad quizás.

—No—me apresuré a replicar—, a esto llamo caos, más bien. Lo que no acierto a comprender es cómo puedan practicarse cosas tan disparatadas en oposición a los progresos de la ciencia.

—Es que todavía no se ha dado más intervención a los investigadores que la reclamada urgentemente por las dificultades perentorias. Esto—prosiguió Alf Biaba—, se debe a que todavía queda un residuo tal de prevenciones contra los sabios hurgadores, que no son escuchados aún como consejeros, sino en los casos de gran apremio.

—Y ¿cómo explica usted eso?—preguntó.

—Muy fácilmente—contestó—. Dado que la humanidad vivía confiada en la Providencia, y pensando que todo es posible, hasta el milagro, y como los estudiosos comienzan por declararse incapaces de operar milagros, la opinión pública se mantiene a la espera del mismo, mientras no aprieten por demás las circunstancias, naturalmente.

—¡Y es con ese criterio que se aspira al gobierno!—exclamé en desconcierto.

—Con ese mismo—subrayó severo Alf Biaba, sublevado.



No te envanezas si quieres
pesar.

(*Emilius.*)

Para el ejercicio del gobier-
no, lo esencial es la cordura.

(*Mechanio.*)

F E M I N I S M O

Eugenius I, rey famoso de Kiria, había dicho:

—No cejaré hasta que sea de tal modo ordenada nuestra isla, que pueda oírse sin obstáculos el canto de los pájaros, y podamos deleitarnos con ellos.

Era ésta más bien una alusión a las charlas femeninas, las cuales llegaron en cierto momento a excederse.

Al finalizar el reinado de Eugenius la isla kiria era un edén, y los kirios se sentían ufanos y felices al disfrutar de un tan dulce ambiente, de gran serenidad.

Las mujeres, que, por lo común, sabían compartir una vida así, sencilla, algo más inquietas, alguna vez intentaron por novelería cambiar las modas, y hasta las costumbres y las propias instituciones. Las diversas tentativas ensayadas se estrellaron frente al muro chino del apego a la apacible tradición que había caracterizado siempre al pueblo kirio, y esto las obligaba a

una gran prudencia. No obstante, una famosa intelectual, Agripa, sumamente audaz, y muy celebrada por su belleza y por sus versos, quiso tentar un ensayo. Solicitó una audiencia al rey Sobrius V, llamado «el opulento» a causa de su vientre abultado, y el rey la concedió.



—¿No le parece, Majestad, que los hombres han tomado la mejor parte?

Así empezó por plantear el asunto la celebrada Agripa.

—¿Recomendarías, Agripa—así repreguntó el rey—a aquel que, teniendo un pan en la mano, quedase con la tajada más chica?

—¡Ah, eso no, Majestad!—exclamó apresuradamente Agripa.

Dicho esto, comprendió su error y se mordió los labios, pero ya no había tiempo para repararlo.

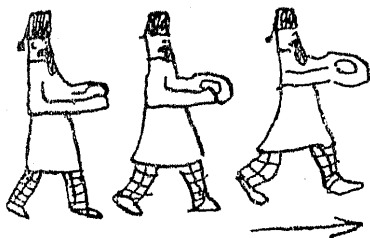
No se habló más en Kiria de dicho litigio, por mucho tiempo al menos, disponiéndose entretanto las mujeres a hacerse cortejar y a sacar cuantos peces pudieron con mano propia, peces grandes y chicos, y no sin sacar muchas sardinas de las brasas con mano ajena; pero sólo fué una apariencia su resignada sumisión. Nadie diría, al verlas, tan delicadas, tan graciosas y esbeltas, todo el caudal que tienen de obstinada tenacidad en su entraña. Todavía hoy, después de aquella famosa entrevista, están bregando por su tajada, y hace de esto más de treinta siglos. Veremos en qué para este asunto, y esperamos el resultado libres ya de sorpresas, pues dado lo hecho por el adversario en tan largo tiempo, pueden fácilmente salir airoosas frente al fallo de la Historia, si acaso ésta falla con acierto alguna vez.

No podemos negar honestamente que sea sólo por efecto de la costumbre tradicional que pre-



ferimos a la mujer acariciadora, discreta y hábil repostera, más bien que púgil. Acaso esto ocurra por egoísmo también, pues a lo mejor resulta que en su fondo la mujer es de corazón kirio, y, en tal caso, no hay que dudar de los bienes que ha de aportar a la humanidad su franco predominio.

No sería razonable negar que el culto religioso, dentro de las sugerencias corrientes, es lo que más ha detenido el proceso de la emancipación femenina. La humildad, la mansedumbre, la resignación, lo propio que los rezos y acendradas prácticas religiosas, han



facilitado al hombre su dominación, y han colocado a la mujer en condición subalterna. Lo cierto es que en cuanto a su poder organizador, dió el hombre pruebas por demás

deficientes, y debemos creer que así que la mujer mejore su tajada pueda aventajarlo, sin mayor dificultad. Por de pronto, si es cierto que la paz es un gran bien—estándonos a las proclamas—, ¿cómo se explica que fuese más estimado ese bien cuarenta siglos ha, por todo el pueblo kirio, que hoy día por su media docena de apóstoles? No es poco cierto que la mujer es por temperamento pacifista, a lo menos fuera de casa, y esto nos deja esperar el reino efectivo de la paz.

No pocas veces se oye decir por ahí que la mujer, cuando no queda sojuzgada por la modista o el modisto, es una excelente administradora. Esperemos y confiemos en este experimento; lo lamentable es que no podamos nosotros participar de ese edén, que lo será sin duda alguna el femenino, una vez que el hombre se descargue de toda responsabilidad. Por de pronto, mientras votan las mujeres y administran, podremos ir tranquilamente a tomar un bock y a fumar una buena pipa, a la manera kiria. Es de presumir, no obstante, que el gobierno femenino repudiará el sufragio, a no tomar otro aspecto; y haría bien.

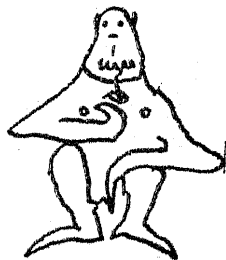
No estará de más el decir que allá, en Kiria, poco se atenían a los términos genéricos, y cuando se hablaba de «la mujer», no dejaban de preguntar: «¿Cuál?»; y lo propio hacían cuando se hablaba del «hombre». Para ellos no tenían estos vocablos el mismo significado preciso que nosotros les atribuimos.





Lleva cuanta cordura puedas
para encaminar tu obra.

(*Primus.*)



Ejercita la imaginación en
los dominios de vigilia.

(*Solarius.*)

EL INGENIO

No pudiéndose contar suficientemente, en aquellos días, con los grandes florecimientos en las ciencias, las artes y las industrias, como no contaban tampoco con la fe, las prácticas religiosas a base de terror y de esperanza, se aplicaron a ejercitar su ingenio, poniéndolo al servicio del buen sentido, y bajo su dirección. Como tenían buenos ojos, y las narices nada romas, comenzaron por comprender que la limpieza era algo así como lo que llamamos hoy un artículo de primera necesidad, socialmente al menos, y hasta comprendieron que de nada valía el aseo personal si tenía que aguantarse el desaseo de los demás.

Poco o poco, con esos sus ojos de mirada perforadora, y sus narices que eran de una susceptibilidad olfativa admirable, aun sin laboratorios ni microscopios, comprendieron que era requerido apelar al agua, y, teniendo ahí cerca las abundosas corrientes del Saurio, un gran río, se dijeron: «El problema consiste en aprovechar de esas aguas, aguas arriba, y devolverlas al río con los residuos, aguas abajo.»

—¿Y los peces—dijo la romántica Agalia—podrán soportar?



—Que tengan paciencia—contestó el sabio rey Sobrius V. Por duro que eso sea para ellos, ese tributo debemos imponerlo. Mucho peor sería que hubiese de soportarse por nosotros, como hasta aquí.

—¡Pobres!—exclamó Agalia.

—Tan pobres son—dijo el rey—, que ni harán protestas. Lo verás.

El rey Sobrius instituyó diversos premios para despertar el ingenio del pueblo en el sentido de allanar las dificultades que ofrecía aquel pensamiento, que se iba incorporando como sentida necesidad pública primordial, cada día más, en la conciencia del reino, y un buen día apareció un leñador, Pulcrus, diciendo al rey:

—Tenemos excelentes cañas; tenemos cal; tenemos madera; tenemos piedra; tenemos brazos y además tenemos cabeza: ¿qué inconveniente puede haber para que se utilice todo esto, haciendo canales para conducir las aguas y los residuos, según nos convenga? Por lo demás, Majestad, yo renuncio al premio.

El rey Sobrius tomó unas horas para meditar; consultó con los sabios, y tras examen previo, se dispuso el sitio de captación y el de desagüe, con lo cual, desde el día siguiente, todo el pueblo kirio se ocupó afanosamente para apresurar los trabajos, y para hacerlos de la mejor forma posible, a la manera antigua, según decían ellos, no sin agradecer a Pulcrus por nota.

Como quedaron a un lado las mujeres, mandó el rey buscar a Agripa, y le dijo:

—¿Sabes, Ágripa, que he seguido pensando en lo que me has dicho? Después de meditarlo, he dispuesto que tú y las demás mujeres del reino deben hacer méritos para mejorar la tajada, y que deben, además, contribuir especialmente en los trabajos más delicados de saneamiento del reino, construcción de lavatorios y duchas.

—Si su Majestad lo ordena—contestó Ágripa.

—Sí, lo ordeno—afirmó Sobrius V—, tanto más que buena parte de los beneficios de la empresa es para ustedes, no sin algún provecho para nosotros también, no puede negarse.

El rey, sonriendo y cortés, añadió:

—Pero esto, de una manera indirecta más bien.

Las kirias hicieron proezas de ingenio para mejorar su causa, y, a la vez, para contribuir a esta empresa de utilidad pública y privada, preciso es reconocerlo. Terminada la obra, cuando todos los kirios, sin excepción alguna, pudieron disfrutar de las aguas del Saurio, y confiarle todos sus residuos aguas abajo, se celebró la fiesta nacional más lucida de Kiria, la propia que siguió siendo algo así como la de la independencia entre nosotros. Era festejada allá cada siete años con fuegos artificiales, hasta el reinado de Petardus III, y no dejó de celebrarse nunca sin gran regocijo. Suprimida la pólvora, se acudió a los juegos de aguas, estuendos como los de Versalles. Bien merecidas tenían las pobres aguas del Saurio estas golosinas, como debida compensación.

Poco después de realizadas las obras de higiene y saneamiento, Ágripa decía al rey:

—No basta asearse, Majestad, sino que es preciso saberlo hacer, pues de otro modo se sienten incómodas cosquillitas.



—Y se siente algo más—agregó el rey—apenas te descuides.

Con estas prácticas y ejemplos, poco a poco, en Kiria, al cuidar de la limpieza física y la espiritual al propio tiempo, se llegó a una situación de gran bienestar, y también de gran asco y de una gran decencia.

Otro concurso feliz se había ofrecido ya a la prosperidad de estos isleños. Por una casualidad, vino a saberse en Kiria, en los comienzos, que no bastaba el desco para llevar a buen término las cosas, sino que era preciso algo más, a lo cual llamaban «poner sab». Se debía este antecedente a lo que había ocurrido en la isla con unos quesos, en los instantes mismos en que se estaba formando el aprendizaje y el criterio del pueblo, cuando se les desprendió el rabo tal vez.

Parece que Simplicissimus, fabricante de quesos, no sabía qué hacer ante las quejas de su clientela, las que siempre se referían al mismo cargo, esto es, que los quesos de Simplicissimus eran desabridos.

Él contestaba siempre lo mismo:

—¡No vaya usted a pensar que yo no deseo hacerlos más salados!

Llegó un día en que Delhantio, un labriego, al oírlo, replicó:

—¡Hombre, será ocioso que lo desees, si no le agregas sal a tu deseo!

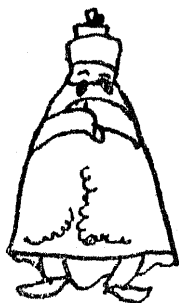
Desde ese día mejoró la fabricación, con gran contento de la clientela.

Puede suponerse fácilmente toda la serie de consecuencias que tuvo para Kiria tan sencillo antecedente, tan recomendable a la vez.



El gobierno, para los kirios, no era tanto asunto de autoridad, cuanto de cordura y acaso esto mismo se deba a Delhantio, puesto que la cordura a fin de cuentas es poner sal en el queso.

Si las cosas no marchan bien entre nosotros, esto se debe justamente al hecho de haber olvidado dicho precepto. Vivimos como Simplicissimus, el de los primeros tiempos, confiados a la filosofía del deseo, esperando que nuestros espejismos resuelvan nuestros problemas y disipen nuestras cuitas (1).



(1) Alí Biaba, según su costumbre, marginó así:

Cuando se piense en que, durante los siglos corridos desde entonces, son tantos los que ignoran verdades tan claras, no queda más camino para explicarlo que el de atribuir una mayor capacidad en la mentalidad humana continental para lo complicado que para lo simple.

Lo que vió el humano de más simple para arreglar sus cominos es el garrote y el ruego, y ahí puso toda la sal posible; pero no resultaron tan simples estos recursos de acción como él pensaba, y se metió así en un campo de intrincadas

reacciones, sin salida. Ni los propios ruegos tan reiterados, le han permitido evadirse de él. No advirtió el hombre que aquello era un círculo vicioso. Y preciso es confesar que los ruegos nos han deparado bien poco.

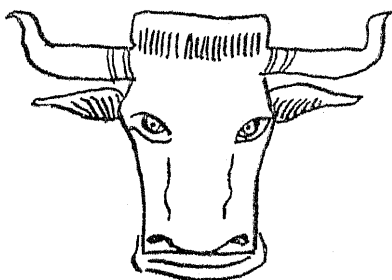
Y así marchó la humanidad, voraz, sin criterio-guía.

*La miseria material te causa espanto
más aún que la moral, incauto,
sólo porque puedes a ésta recubrirla
con falsas, vistosas pedrerías.
Educado en un mercantilismo corrosivo,
en el falso aprendizaje de los siglos,
te has hecho insensible, impermeable
a los dictados kirios del deber cumplido,
sin ver que es esto lo que te hace miserable,
Tu propio ingenio, hombre, lo empleas mal.
Una falsa idea-guía en nuestra ruta cardinal
con pertinacia nos aleja y aleja, ya implacable;
y así es que vamos jodeando, aturdidos los humanos
en un ambiente natural, opulento, el nuestro,
en pos de bienes ilusorios, vanos,
los combativos la gloria y el aplauso,
en tanto que los humildes, a fuerza de ruegos,
aspiran modestamente al cielo.
Unos y otros sacrificamos los bienes de la vida
en vez de disfrutarlos, y de bendecirla.*



Si eres probo eres invicto,
siempre que te auxilie el in-
genio.

(*Ladislao.*)



A la violencia sólo acuden
los incomprensivos y los pa-
sionales. Los demás, arbitran.

(*Lanzio.*)

LA GUERRA

Para los kirios, la guerra no existía. Gracias a su gran probidad (1) y sensatez, hábiles según eran, todos los conflictos los resolvían por medio del ingenio y de diversos recursos y combinaciones, cuya fórmula es lamentable que se haya perdido, pues eran particularmente eficaces. Ellos repudiaban lo trágico.

Ya, una vez, en la más remota antigüedad, se les había atacado, y fueron fácilmente vencidos. Los kirios se pasaron en silencio una guiñada de inteligencia, y se sometieron aparentemente. No tardaron, sin embargo, en organizar un amotinamiento, y así que decidieron los medios que habían de emplearse, se pronunciaron. Por haberse opuesto las mujeres al

(1) Que la probidad es la máxima fuerza moral lo están diciendo todas las proclamas y actitudes, hasta la de los truhanes más expertos. Lo que confunde es ver que sea tan raro encontrar ese producto de conciencia en estado puro, digamos, aun entre los propios personajes políticos y diplomáticos más encumbrados, y esto decepciona bastante. Pocos son los que se conforman con su cuota legítima, y acuden a ardidés y

empleo de la utasia, a fin de no descalificar este recurso sagrado con guerreros, los cuales eran simplemente locos circunstaciales, según ellas, y no malvados ni cargosos incurables, se acudió a la hidráulica, y una noche despertaron los vencedores sorprendidos de tal modo por los juegos de agua, que, casi inundados, hubieron de capitular, dejando de inmediato a los kirios en libertad, y no poco respetados. Así fué como vencieron los kirios sin derramar una gota de sangre, y sin dar revancha.

En la antigüedad era proverbial, hablando de este pueblo, el exclamar: ¡Cuidado con las jeringas! Hasta los niños las miraban con espanto.



Nada se hallaba más distante de los kirios que la idea de agresión y de conquista. Ellos se conformaban con lo que se les había deparado en el reparto, y eso mismo que para estos isleños ni era un dios inconcreto quien se lo había adjudicado, sino su ascendencia. Si alguien les habló de extender su dominio, decían que nadie les iba a dar con agrado nada de balde, y que, mediante un cambio razonable, se podía llegar a obtener cualquier

juegos de ingenio, cuando no a arterías, para mejorarla en detrimento de los cándidos. Esta simulación es la que va haciendo escuela y es sombreciendo la vida.

Y lo más curioso es notar que son justamente los idealismos reputados superiores los que mejor han servido para hacer este juego, el que obstaculiza la adopción franca de los cánones naturales para la organización social. Se ha vivido aparentemente por fuera y por arriba de la naturaleza, mientras la entraña pujaba por abrirse paso ancho, y puja cada día más ambiciosa. Dígase lo que se quiera, el hombre, en sí, no es bueno ni malo, es voraz.

cosa honestamente, y sin molestia; y no dejaban de agregar: «Demasiado tenemos que hacer en casa con nuestros asuntos, para ir a meternos en los asuntos ajenos.» Ni quisieron tampoco andar en diplomacias, diciéndose que ellos no estaban hechos para la insidia, ni para tratar de mala fe, y que, por lo mismo, resultarían siempre burlados. Es así, que, al vivir tan aislado este gran pueblo, casi ignorado, ha podido existir sin dejar huellas de su paso, lo que es bastante deplorable. A la verdad, nada hay de kirio en el mundo, puede decirse.

No ha de costar mucho esfuerzo el considerar que un pueblo como éste, bien pudo, lo mismo que cualquier otro, apelar a la fuerza de las armas, en vez de apelar a la eficacia de las mismas, o sea la de los instrumentos. Es eso, justamente, lo que caracteriza la idiosincrasia de este ingenioso pueblo de estetas, justos y probos además.



Ahora se verá cómo pudo quedar inmune el pueblo kirio de las tentaciones y sugerencias que entre algunos espíritus inquietos aleteaban, aun ahí, y que tomaron cuerpo y se propagaron por todo el mundo como un espantoso flagelo (1).

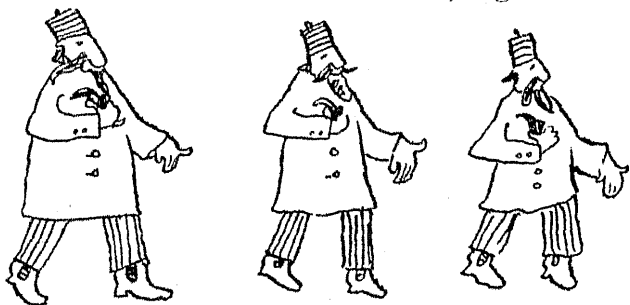
Los continentales no cayeron en la cuenta de que la imposición, la opresión y la violencia, cuanto más arbitrarias, promueven reacciones tanto más exacer-

(1) Al hojear un libro de historia, lo que nos sorprende más es ver la frecuencia con que se libraron guerras y batallas por los pueblos, desde la antigüedad, y no sin dejarnos resabios que aun hoy día colean. Se diría que los pueblos trataban de exterminarse, a pesar de las proclamas de amor universal. ¡Vaya uno a atar estas moscas por el rabo!—(Nota de Ali Biaba.)

badas de violencia y que esto determina un plan de acción el más estúpido a adoptarse, o sea el de la perpetua amenaza, del cual aun hoy no sabemos por dónde salir.

Aquellos buenos isleños madrugaron sobre este punto, y acaso, si la ciega fatalidad no los hubiera suprimido de cuajo, muy otra fuese hoy la suerte humana, mucho más auspiciosa por cierto. Habría bastado para esto un solo adarme de criterio kirio (1).

Alfonsus, el de los geranios, decía: «Si la mitad del ingenio puesto por los continentales para fines bélicos lo hubiesen puesto al servicio de la escuela, no irían por cierto tan encaminados al fracaso, según van.»



(1) Nota de Alf Biaba:

*Aun te espanta y te fascina a un tiempo lo macabro, hombre,
según atrae y asusta lo que es raro a un niño,
y miras receloso, de reojo, para ver lo que hay de cierto y*

[de ficticio

*en eso que horripila tu mente de iluso pobre,
pobre rey que abdicó su rango en la naturaleza,
Quisieras erguirte sereno, altivo y fuerte,
y zizagueas supersticioso y cobarde ante lo ignoto, de tal*

[suerte

que arrollas tu alma cual se arrolla la culebra.

*Los fantasmas y dragones, los demonios y serpientes
con que llenaste incauto tu meollo crédulo, visionario,
son los propios que se agitan, te hacen temblar y tiemblos
presa de tu propio desvariar tan arbitrario.*



No hay recurso que no pueda volverse contra ti.

(Aguirreo.)

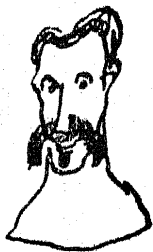
El que mucho se arma se expone a abusar.

(Noelia.)



LA PÓLVORA

De eximio ingenio, según era el pueblo kirio, no sólo llegó a descubrir la pólvora antes que ningún otro, sino que la producía a bajo precio y de la mejor calidad. El mayor empleo que de ella se hacía era para la pirotecnia, arte en el cual habían llegado a hacer prodigios, y obsérvese que tal entretenimiento no sólo interesaba a los niños, sino también a los adultos, que vivían su vida toda alegres como chucucelos. Se utilizaba también la pólvora como silbato: para indicar las horas; la fecha de las siembras y cosechas; las grandes fiestas, y también para enviarse pneumáticos por encima de los techos.



Durante el reinado de Petardus III fué tal el empleo, que ya olía mal la ciudad, y a regañadientes hubo de dar un bando reduciendo el uso de la misma, algo así como se hace hoy con el alcohol y los alcaloides. Cuéntase que llegó a oídos del rey lo que a este respecto dijo una reputada empanadera, conocida por el nombre de «la gran abadesa». La

mandó comparecer el rey, y le formuló la pregunta consiguiente, a lo cual, la gran abadesa contestó:

—El olor a pólvora es un olor inmoral.

No dejó de acompañar esto con una mueca, que impresionó al rey. Este, bien que encarase desde un plano más elevado el imperio de la moral, advirtió en seguida la procedencia de la observación, y esto bastó, lo del mal olor, para que de inmediato prohibiese en absoluto la fabricación y el uso de la pólvora por su escasa utilidad y su tan equívoco perfume.

Los fabricantes, al verse con un gran *stock* de esta substancia sin saber qué empleo darle, encargaron a un alquimista muy hábil, el sabio Otario, que examinase este caso, y les propusiese una solución. Fué él quien inventó entonces el proyectil, dándosele cuenta de inmediato al rey. Este, apenas le hablaron de la ocurrencia, dijo:



—Si como petardo está proscripto el uso de la pólvora, preciso es proscribirlo, con mayor razón, cuando puede causar mayor daño.

Y por bando mandó colgar a Otario para que purgase su mala entraña, y dispuso que sus despojos se echasen al agua juntamente con toda la pólvora existente en el reino, para que de esto no se hablase más (1).

(1) Fragmento de un diálogo moderno:

—Después de todo—dice Brocalio—, nosotros somos salvajes vestidos y palicalzados. Hasta nos atemoriza el invento, esto es, una conquista científica. Es que la conciencia específica no nos garantiza dentro de nuestra errónea civilización, y un nuevo recurso puede trocarse en pavorosa amenaza.

—Claro—repuso Pertilius—: una vez que la pauta natural quedó omitida como línea de orientación, todo puede por igual ocurrir.

—Es el reino de lo arbitrario—incidió Brocalio—, y ahí es preciso vivir con los ojos bien abiertos, lamentando no tener un buen par en las espaldas; y buen oído además.

Quedaron los kirios sin pirotecnia, sin sirenas y estampidos y 'pneumáticos, es verdad, pero hay que reconocer que no han derramado sangre humana por desmedida ambición y codicia, como los continentales. De otra parte, nadie osaría afirmar que hubiesen podido ser igualmente felices si acuden a la pólvora, más bien que a su conciencia auxiliada por su ingenio. Ya, de muy antiguo, había dicho el pastor Alferius: «No hay arma que pueda triunfar contra la razón.»

Es así que, siguiendo el precepto del pastor Alferius, trataron los kirios de hacer lujo de razón, y con ello quedó proscrita de su reino la prepotencia (1).

El diálogo 144 de Faraonte, refiriéndose al capítulo de la pólvora kiria, se expresa en esta forma:

—Sería cómodo, amado Citadinus, el apoderarnos de cuanto ambicionamos para disfrutarlo. Cómodo y aun fácil quizás, pero ese disfrute me resultaría amargo al pensar que he despojado al dueño de su bien, y que lo privo así de lo suyo.

—Lo que dices, Horazius, revela que eres hombre humano, esto es, kirio genuino. Bien sabes que los continentales siempre encuentran la manera de aquietar su conciencia, gelatinosa según es.

Ellos no desdeñarían la pólvora y el proyectil,

(1) Los trapalones, que los hay de todo tamaño y de todo color, sonríen al oír hablar de probidad y buena fe, pues ellos se dicen: «Eso está bien para los demás, para los cándidos, y entretanto nos aprovechamos»; y los cándidos lo son con tal exageración, que, en vez de apelar a las jeringas, acuden a los discursos y sermones. De ahí que no se hayan podido corregir en tantos siglos los otros.

Será cierto lo que dice Alferius, pero es demasiado lento, si no se agregan recursos de ingenio para acelerar la marcha del precepto, y su propia comprensión.—(Nota de Alt Biaba.)

puedes creerlo, a pesar de sus proclamas y de sus actitudes saturadas de simulación. ¡Guay de nosotros, Citadinus, si llegasen a percatarse los continentales de tal recurso!...

—No temas, Horazius, aun así contamos con una fuerza mayor: la razón, que es conciencia, y esto nos fortalece doblemente por cuanto en nuestra isla también hay ingenio, bien lo sabes.

—Pero considera, amado Citadinus, que entre tanto nos malograrían la existencia.

—Verdad es también eso, pero me consuela el pensar que pronto, con nosotros, quedarían radicalmente curados de ese mal.

Hispanius, que escuchaba, mientras cargó la pipa, agregó:

—Esa cura es obra de honda humanidad, Horazius.

Nota de Ali Biaba:

*El continental vive y gusta vivir de quimeras
de mitos y leyendas,
místicas, seráficas, pueriles a veces y aun necias,
mientras crujen sus mandíbulas reciamente;
eso hace, en vez de mostrarse de una buena vez cabal.
Acaso es por demás voraz, incontinente,
y espiritualiza rumbosamente
e idealiza con abuso a su animal.
Lo cierto es que esta es una grave debilidad continental.*



Quien maquina muere aplastado o molido, y amenaza a los vecinos.

(*Barcio.*)

Confía, mas no sin abrir los ojos.

(*Antonius.*)

No basta quejarse para tener razón.

(*Pirianus.*)



EL VICTIMISMO

Había en Kiria la fobia del victimismo. No podían ver, impasibles, ojos en blanco, ni oír suspiros, salvo en circunstancias especiales y dulces, justificables entonces; ni brazos en alto, suplicantes todavía, y eso mismo según y cómo, mas no quejosos o en actitud de protesta. Todo esto los exasperaba, y por eso sólo quedaban considerados los agentes como individuos sospechosos, y sometidos a una vigilancia especial; por lo propio más expuestos que cualquier otro a los medios ordinarios de represión.

—¡Qué—decía Petroclo—la criatura humana es a veces endemoniadamente simuladora!

En su curiosa concepción de la vida, estas actitudes eran contranaturales, frutos de afectación malsana, cuando no fuesen



actos preparatorios para dar un zarpazo felino. Los kirios amaban las cosas claras, esas mismas que hoy día se menosprecian por considerárselas signo de atraso, el que choca en medio del alto y denso progreso de los tiempos. Con efecto, frente a una situación opresiva: ¿no tenía acaso cualquiera el derecho y aun el deber de reaccionar? No había pues razón en declararse víctimas y gemir, para inspirar compasión. Verdad es que hoy nos hemos acostumbrado a contemplar

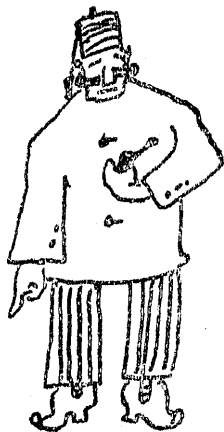


el árbol de la Piedad, con sus frondas y sus racimos de flores y frutos, y lo contemplamos enternecidos, y esperanzados, bien que se aloje tanto pajarraco en él; pero los kirios, ajenos a semejantes recursos contra el opresor, preferían apelar a medios más expeditivos, y las propias kirias no tan sólo practicaban su afelpada función eliminatoria, de salubricación social, sino que, al propio tiempo, educaban a sus hijos para que ejercitasen sus prerrogativas con la mayor elegancia y corrección posibles, y no sin firmeza. Verdad es que ni los unos ni las otras habían olvidado sus deberes de conciencia.

Hoy consideramos espantados dicho arbitrio, delegado al pueblo kirio como medio indispensable para la buena organización social, por cuanto nos parece que, a aplicarse en la actualidad, ocurriría lo que presumió ya el sabio caldeo Uksumus Krespius en sus propios tiempos; pero tal ocurrencia se debe a que nos hemos llenado de humo y de humos de tal modo, que no podemos percatarnos de lo que hay en reali-

dad. Ellos, en vez, como no habían perdido contacto con la naturaleza, sólo consideraban que era caso de sanción cuando lo era realmente, y podían así ser oportunos, mesurados y aun estrictos, no ya eficaces.

Las víctimas profesionales, especialmente cuando son de cepa típica, abominan de las cuentas claras, puesto que para ellas nada es más favorable que el enredo y la confusión, para bien vivir, ni más propicio para prosperar a su manera y así es que tratan de procurárselos por todos los medios imaginables y no sin poner en juego todos sus recursos, con una tenacidad que casi podría llamarse ejemplar, a fuerza de ser benedictina; pero los kirios embretaban de tal modo a los opresivos, aunque se ofreciesen como víctimas, que debían enmendarse o sucumbir, dado que allá no se abdicaba al derecho del bienestar. Por eso es que en Kiria eran bien pocos estos ejemplares, y no tanto si se quiere porque quedasen suprimidos o en condiciones poco ventajosas, cuanto porque no era aquél un ambiente apropiado como el nuestro para tales cultivos. Preciso es el invernáculo para estas raras vegetaciones morbosas, oblicuas y siempre funestas.



Podría quizás ocurrir algún error deplorable; ¡pero, qué hacer! ¿Acaso no los hay en nuestros días? ¿Por ventura no hay también víctimas ciertas todos los días, y aun muchas? De otra parte, nosotros, los hombres modernos, tan fuertes en materia de imperfecciones, somos los menos indicados para sublevarnos sinceramente por tan poca cosa.

Cierta vez, Trifulia, una intelectual llorosa, a pesar de su gran belleza, la que parecía dispuesta a sumir el mundo en sus rebuscadas melancolías, hablando al rey Marcus V llamado «el campeón», dijo:

—¡Observe, Majestad, la poesía que hay en las sombras! ¡Oh, cuánta tristeza!...

El día declinaba en un ocaso cárdeno.

—No me hables de eso, querida—contestó el rey—, deja que me deleite en el terciopelo de tus sombras, como poeta y como hombre.



Suspiró Trifulia, llena de emoción, abriendo sus brazos.

Marcus, en un acceso lírico, exclamó:

—¡Son deliciosos, a veces, hasta los propios ojos en blanco!

Ya lo había dicho el pastor Cinarrio: «El ensueño, como el amor, según se encaren, llevan a la dicha o a la idiotez.» Por eso es por lo que los kirios trataban ante todo de encarar juiciosamente (1).

Un viejo poeta kirio había dicho:

¡Qué pobre cosa es nuestro ser,
y qué maravilla a la vez!

Se atribuye esto a Agustinus.

(1) Esta otra prescripción de cordura, como la de poner sal, fué también olvidada y omitida por los continentales, encandilados con el espejismo de la objetividad de la belleza, y con la ilusoria suficiencia de la técnica. Aun hoy se puede ver abundantemente la prueba del error incurrido, en algo tan sencillo, que ya los kirios, quince o veinte siglos antes de la Era Cristiana, sabían al dedillo.—(Nota de Alí Biaba.)



Decimos que las abejas nos dan su miel, cuando se la sacamos.

(Vicenzio.)



LA GLORIA

Para la antigüedad kiria, la gloria consistía en disfrutar de los bienes de la existencia, y en ordenarlos sabiamente en sociedad, para disfrutarlos mejor. Otra cosa es para nosotros. Ahora es preciso haber muerto en las privaciones y la miseria, pues este es el paso previo para saber lo que la gloria es.

Asimismo, llegados con nuestras ideas a la culminación de los tiempos modernos, es tal la sugestión que hasta los deudos parecen esperar ansiosos esa sensación de ventura, que sólo la adversidad y la muerte pueden conceder; y el propio interesado, por más que haga sus salvedades, no deja en el fondo de

su alma de sentirse halagado y hasta tentado por una alegría semejante, bien que póstuma (1).



Ha de ser inefable la dicha de presentarse a la Eternidad y ser coronado por ella, con hojas de laurel o con racimos de roble, con sus correspondientes bellotas. Nosotros no llegamos a formarnos una idea clara de una ceremonia así, debido a nuestra propia pequeñez, y si alguna vez insistimos para ver claro lo que eso es, nos parece ver un gran estrado, recubierto con bayetón rojo, exaltado aún con banderas y flores; las deidades sentadas, hieráticas, vestidas de blanco y con los cabellos sueltos, llevando además un ramo de rosas o de pensamientos en la mano derecha, algo que ha de ser simbólico para dar mayor fuste al tribunal, y a sus altas funciones.

Todo eso está bien, pues es tentador. No obstante, como no podemos dejar de ver niñas en la fiesta, vestidas de blanco también, y con los rulos sueltos, nos asalta de inmediato la imagen de la fiesta escolar, donde las niñas entonan con voz meliflua una lánguida canción en coro, mientras la maestra, pulcra, palmea sus manos llevando el compás, y resulta así que nuestro concepto de la gloria se reduce.

¡Por algo no se dejaban tentar los kirios con esa

(1) Nola de Alf Biaba:

*Yo voy al montón anónimo,
bien protegido
por el sudario máximo,
el del olvido.
Si asoma un recuerdo
para conmigo,
que sea el de afecto,
afecto de amigo.*

golosina! Ellos se atenían a su lapidaria noción del «deber cumplido».

Después de todo, es tan arbitraria la distribución, tan lenta además, que los beneficiarios se han olvidado probablemente de lo que hicieron cuando el premio asoma, y no será difícil que allá nos salgan diciendo:

—Hombre, guárdese usted eso, por favor. Lo que es a mí no me interesa.

Realmente, difícil habría sido hacer comprender a un kirio que pueden convenirle los homenajes póstumos, y particularmente esos monumentos grotescos tan frecuentes, los que parecen exhibirse con la ufanía de probar el humano apego a la suculencia macarrónica. Nosotros mismos, los continentales, hemos de llegar un día a persuadirnos de que tales testimonios se inspiran en el deseo de halagar nuestra fácil vanidad, y en la de gambetear de algún modo nuestros deberes de conciencia más bien que el propósito de procurar un buen rato al difunto.

Dicho ilusionismo habrá de aburrirnos a fuerza de mostrar su grosera artificiosidad (1).

El diálogo 13 de Faraonte, dice:

—¿Concibes, amado Renatus, después de haber visto cómo se transforman los muertos, que sigan ellos pensando y sintiendo como antes, vale decir, como vivientes?

—No por cierto, mi Kasusio amigo. Ni el que

(1) Alí Biaba, al llegar aquí, me dijo:

—Ahora, con la fotografía y el cine, el propio cine-parlante, nada más fácil que pasar a la posteridad. Todo está en decidir cómo se pasa. Dado que un siglo basta para hacer sonreír piadosamente, salvo excepción, lo más frecuente será pasar a título documental. Lo sensible es no haber podido filmar a los habitantes de las cavernas, nuestros abuelos. ¡Eso sí que sería un documento interesante e instructivo!

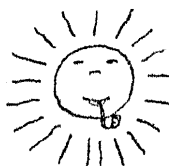
duerme piensa y siente lo propio que pensaba y sentía en estado de vigilia.

—¿Cómo, pues, arreglar cuentas con él?

—Es la prole quien puede asumir su representación aquí—, interrumpió Kasanovius—, pues el muerto al morir rompió todo otro puente de comunicación con nosotros, los vivos, los vivos congéneres por lo menos.

Al decir esto dió fuego a su pipa, y luego de echar unas bocanadas de humo perfumado, mientras se deleitaba aspirando ese exquisito perfume, agregó:

—La forma corriente de pensar es la de los malos pagadores (1).



(1) Nota de Alí Biaba:

Y decir que aun hay continentales que se dejan ilusionar con el monumento! Ciertó es que no bastan el heroísmo y el sacrificio de la abnegación para merecerlo; es preciso, además, el reflector del teatralismo, de otro modo somos tantos los héroes que se agotarían el bronce y el mármol, si se nos hubiese de immortalizar sólo por eso. Por lo que a mí toca, pienso como el viejo floricultor Guillotius, el de los tulipanes, que el estado de heroísmo es un estado universal latente en el cosmos, quiero decir en el Todo. El agregaba, sonriendo y travieso:

*El monumento sumo es el que elevan nuestras almas,
por reconocimiento,
y él requiere substancialidad en la memoria que se guarda,
de nuestra parte comprensión y probidad;
ése es el único cemento
firme en la posteridad.*



La gratitud es como las flores, y se marchita.

(*Josesius.*)

Mejor será que seas ecuanime con los vivos, que prodigo con los muertos.

(*Cabanilius.*)

LOS HOMENAJES

Prácticos, según eran los kirios, pensaban que valía más dar sardinas en vida que un rico monumento para los huesos. No dejaban de tener su malicia al proceder así, pues al propio tiempo que hacían una economía realizaban de paso un acto más moral, por juicioso, y no cargaban a la ciudad con mamarrachos nada divertidos, cuando no desagradables por su empecinado mal gusto, según es tan usual. Hoy día mismo, después de tantos adelantos, los hombres más eminentes quedan representados en mármol o en bronce como zoquetes, lo cual hace poco honor a nuestra capacidad de reverencia y de gratitud. Hasta los pájaros parecen mofarse de todo esto alegremente.

Su concepto era otro. Borgesium había dicho: «Nada es más triste que el ver a un estudioso zurciendo medias o pegando botones en vez de aplicarse a las tareas de su incumbencia.»

Más bien que al homenaje y al festejo, tendían a la organización.

Y eran a este respecto, como en lo demás, incisivos y decididos.

Cierta vez se propuso al rey Paulus II, en atención a la excepcionalidad del caso, que se diese el nombre del sabio Arkari a una plaza. Este era un prócer ya remoto, y muy considerado por los aportes que había hecho al pueblo kirio en sus mismas iniciaciones culturales, en hidráulica especialmente.



Escuchó en silencio el pedido Paulus II, y contestó:

—No. No autorizo. Esto traería a la memoria una cosa triste, y hasta indecorosa, en un sitio público, el que debe dar, en vez, impresiones agradables y edificantes al pueblo, tónicas más bien, lo más posibles.

Uno de los ediles, Currentes, se animó a observar:

—Nosotros, Majestad, pensamos que, tratándose de un hombre tan eminente y que tiene además un nombre tan sonoro, podía quedar bien su recordación en la plaza, y aun en la ciudad. Esto daría brillo a su reinado... (1).

—No —dijo de nuevo, rotundamente, el rey—; no

(1) Por no haberse asentado las civilizaciones humanas en la naturaleza, sino en creencias y en quimeras, ha sido la obra del hombre como la tela famosa de Penélope, que se teje y se desteje constantemente. Fuera del esfuerzo investigador, eminentemente firme, constructivo y progresivo, todo lo demás ha fluctuado por un tiempo para caer en descrédito, no sin dejar un tendal de ruinas y reatos, ni tampoco, por fortuna, sin dejar aleccionamientos. En ese plan tan arbitrario más de una vez ni se sabe si es el demolidor más meritorio que el edificador, cosa que no podría ocurrir si la civilización hubiese adoptado una línea de organización de acuerdo con los cánones naturales, pues entonces todo el esfuerzo sería constructor y provechoso.—(Nota de Ali Biaba.)

es brillo lo que requiere mi reinado, sino cordura. ¿Se acuerdan ustedes de las últimas palabras del sabio Arkari? El dijo: «Pienso que he comido demasiado pocas empanadas.» Trate cada cual de aprender, para corregirse. Ustedes querrían cohonestar su conciencia de cualquier modo, y eso es inmoral. La plaza quedará con su antiguo nombre: «Plaza de las cigüeñas», que es muy bonito; y ni una palabra más.

Los ediles hicieron una gran reverencia, y, apenas salieron, mirándose los unos a los otros sin levantar la cabeza, dijeron:

—Nos ha reventado su Majestad.

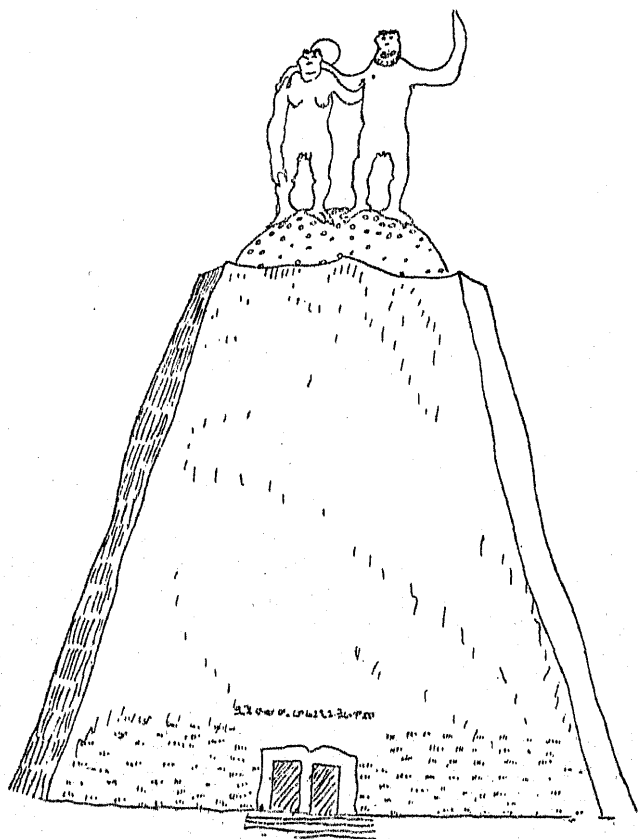
Desde esa fecha, en Kiria se podía ver a los kirios preparando empanadas durante un rato para los necesitados, y a las kirias preparando bombones para los mismos; y claro que habían de ser dignos de tales primicias los obsequiados, pues eran justicieros.

El gran monumento kirio, el único, era el que simbolizaba su máximo homenaje a la ascendencia, y bien puede decirse que era también ese su máximo culto. Dicho monumento, enorme y rico, construído con un precioso pórfido color oro viejo y de forma levemente cónica, se hallaba coronado por una pareja en pie, la que representaba a los ascendientes del pueblo kirio. Era conmovedor por su grandeza y sencillez, así como por ser único. Respecto de los demás próceres, ellos entendían que, por mucho que hubiesen hecho, no podían ser comparados con el servicio causal que les había prestado aquella pareja inicial humana, al coagular y construir en el infinito la entidad humana.

Este monumento medía en total ciento veinte



asias, y las figuras del grupo tenían, ellas solas, algo más de unas treinta (1). No llevaba más leyenda que ésta: «A nuestros precursores-progenitores, salve.»



(1) Es realmente prodigioso—dije yo a AM Biaba, al llegar aquí—, que con elementos tan reducidos como hubieron de tener los kirios, hayan podido erigir un monumento tan gran-

En la base, en cada uno de los lados, una breve escalera doble daba acceso a una plataforma desde donde podía entrarse al monumento, el que se ofrecía ahí en forma dómbica, y custodiaba los utensilios primarios: hachas de piedra, rodillos, pulidores, pirogas, tejidos, etc. Hasta se afirmaba que una de las hachas, colocada en el centro, muy basta, era la primera que se había armado por el ingenio humano. El pueblo reverenciaba íntimamente, y con gran recogimiento, este recuerdo de las primeras proezas ancestrales, ya tan distanciadas, y dicho culto retrospectivo bastaba para tranquilizar su conciencia honesta. Con esto, ya quedaban mirando hacia adelante, tratando de hacer cada día más digna a la descendencia, y de serlo ellos también.

dioso; eso sí que podría decirse que es un milagro conseguido por la fe.

—No, mi amigo—replicó de inmediato mi interlocutor—. Eso es un fruto auténtico de convicción.

—¿Y no es lo mismo?—musitó, deseoso de oírlo.

—No, me interrumpió—. Nada hay que pueda ser comparado a la fuerza de una convicción, así como también cierto es que para forjarla preciso es algo más que la voluntad. Se requiere una gran probidad, una gran rectitud para cimentarla severamente y no poca tenacidad por cierto. Ese es el cemento de la dignidad.

—La fe implica también convicción—dije yo para pulsar las garras de Ali Biaba, obligándole a razonar.

—¡Oh—exclamó Ali Biaba—, si tuviese la fe como base una real convicción, sería una fuerza positivamente constructiva! Vea en vez, mi amigo, adónde nos ha traído, por haberse cimentado en relatos y espejismos. Ni se sabe ya hacia qué lado marchar; estamos a ciegas en nuestra ideología, y los propios creyentes más recalcitrantes, frente a la serie de desmentidos que ha traído la ciencia experimental, se sienten teclar. Esto no habría podido ocurrir si los hombres se hubiesen guiado por la razón y el buen sentido, como los kirios.

Los kirios se jactaban de haber mantenido constante contacto con sus ascendientes, sin defeccionar jamás, y esto les causaba gran delectación, y hasta cierto orgullo. ¡Oh, no era preciso incitar a los kirios a campanazos al cumplimiento de sus deberes! Verdad es que dicho culto era espontáneo, grato y sentido, y les causaba verdadero goce espiritual. Los niños, entretanto, iban adquiriendo estas nociones de genuina solidaridad humana, y, al sentirse agradecidos a la ímproba tenaz labor de su ascendencia, elevaban el concepto de la vida, y el de su dignidad.

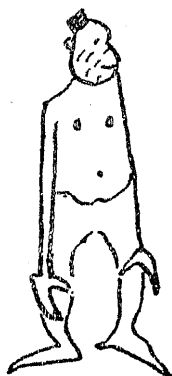
Los kirios inscribían el nombre de sus benefactores y su aporte en la base del gran monumento a sus precursores, y era instructivo ver cómo se les conocía y amaba por el pueblo. Ciertamente que siendo constructiva toda la actividad kiria, venía ordenadamente el recuerdo de sus próceres sin necesidad de particularizarlos plásticamente. Esto les parecía nimio, como el que, frente a las vicisitudes de la brega vital, se detuviese alguien a informarse sobre la forma del taparrabo o el color de los bigotes de Aka-kari, verbigracia, o sea el más antiguo de los reyes kirios.

Ellos, al referirse a sus próceres, decían: «Gracias a Pastorio, sabemos esto; gracias a Ruxius, poseemos estotro»; y así sucesivamente, sin dejar de agregar: «¡Tratemos de ser dignos de él!» Esta era la forma de conmemorar de los kirios, la que bien puede rivalizar con la nuestra, en la cual en muchos casos parece contar más el mármol o el bronce—no digamos su forma, con ser tan mala—, que la enjundia de la obra del personaje representado, y la de su eficacia (1).

(1) Este siglo desorbitado y en desconcierto, que para rehabilitarse cultiva el campeonato y el centenario, no ha caído

Baste decir que ni el propio gran benefactor de Kiria, el pastor Initius, tenía su monumento, para darse cuenta de cuán distinto era del nuestro el criterio kirio a este respecto, y respecto de muchos otros.

¡Cuántas veces asistimos de chistera a la celebración de un aniversario o a la colocación de la piedra fundamental de un catafalco conmemorativo sin saber en concreto de qué se trata! Allá, en cambio, en la famosa Fiesta del Prolegómeno, ¡quién dejaba de conocer la historia y datos biográficos del pastor Initius! (1).



El pueblo, entretanto, de conciencia afirmada y recta, iba haciendo cada día más ordenada y grata la vida kiria. Por una ironía que raya en el sarcasmo, el único monumento erigido por la piedad humana a su ascendencia, el más digno, está en los fondos marinos abismales. Consuela, sin embargo, el pensar que pueda hallarse en un lecho de perlas y corales.



en la cuenta de que no hay razón para echar a rebato las campanas, siendo tan escasa la ventura que nos han deparado nuestros próceres a nosotros los continentales. Hay en esto no poca afectación. La propia falta de criterio que caracteriza a nuestra actualidad nos coloca a cada paso en perplejidades, para decirnos si tal o cual prócer evocado fué un benefactor o un desviado más o menos brillante, y no por eso menos funesto a veces.—(Nota de Ali Biaba.)

(1) Quisiera saber lo que habría dicho a Corrientes el rey Paulus II, cuando le hubiese hablado del balaustre de oro a colocarse a pedrdo de Juan Jacobo Rousseau, en conmemoración de su primer encuentro con Madame de Warrens...—(Nota de Ali Biaba.)

Nos queda, así, la certeza de que aquella impoluta pareja benemérita, bien que símbolo, no ha podido mirarnos y ver la forma desconsiderada en que la descendencia malbarató el producto de su ímprobo esfuerzo orgánico, llevado a todas las veleidades de la extravagancia, a todos los extravíos del abuso y la locura (1.)



(1) Es frecuente emplear larguezas, y abundar en adjetivos magnificatorios para con cualquier gato muerto. La muerte tiene eso de bueno, que desata las lenguas, si acaso es bueno el desatarlas. Verdad es también que son frecuentes las larguezas cuando se trata de administrar bienes de difuntos. Lo malo es que se va haciendo, así, mejor el otro mundo que el nuestro.—(Nota de Alt Biaba.)



Si quieres ser feliz, ubícate
en un buen vecindario.

(*Irsis.*)



No acumules; ordénate.

(*Maupasio.*)

LA MISERIA

Allá, por los comienzos de la vida kiria, el famoso rey Pikilius se había propuesto partir en cuatro el vientre de los barrios miserables, según se abre un tumor, para ver lo que hay dentro, y salvar lo que haya de bueno y aprovechable.

Ellos, con sabia previsión, se decían que no era posible dejar de sentir los inconvenientes de una sección tal en el reino, y que más valía sanearla, aun cuando eso costase tanto como cuesta cualquiera obra pública. Y no discurrían de tal modo por razones humanitarias, si se quiere, sino de simple buen sentido, casi diría de egoísmo ingenuo, y a la vez prácticas, acaso por eso mismo. No se aplicaban los kirios a esperar de sus rezos, de otra parte, los que, según

se ha visto, poco usaban para arreglar sus cominos, en esos días. Verdad es que en aquellos tiempos tan antiguos a lo mejor era dios un elefante, o un hipopótamo, y vaya uno a hacerles rogativas, que no habrían de dejar de mofarse en nuestra propia cara, si no nos hacen un buen palmo de narices.

Pikilius dió un bando diciendo simplemente: «Hay miseria y hay mugre en el reino: que se sepa.»

Era de tal modo amado este rey, llamado también «el severo», que no fué menester nada más para que los vecindarios más favorecidos formaran comisiones y empezasen a agitarse como hormigas en alboroto. Tres meses después quedó todo arreglado. Fué tanto más rápido el procedimiento empleado cuanto que se aplicaron estímulos apropiados a los recalcitrantes, y aquéllos fueron tan eficaces y los disuadieron de tal modo, que los más celosos guardianes del decoro de Kiria fueron los kirios, poco después.



Dicha obra de sancamiento general dió de inmediato otra fisonomía a la ciudad, y a las costumbres. Se advirtió el despertar de un sentimiento hasta ahí disperso más bien en las conversaciones, el de la solidaridad, y desde entonces fué feliz aquella isla. Los vecinos recorrían inquietos y solícitos los barrios que habían sido cortados en cuatro a la luz y el aire, y preguntaban:

—Díganos, por favor, vecino: ¿no le hace falta a usted nada más para marchar?

Si el interpelado contestaba negativamente, preguntaban:

—Díganos por favor: ¿no sabe usted de algún vecino que necesite algo?

Era de una inocencia encantadora esa buena gente.

Si va uno hoy a formular estas simples preguntas por ahí, lo desvalijan si no lo comen crudo. Es verdad que el estercolero humano, con el andar de los tiempos, se ha hecho de tal densidad y quedó de tal modo en gran fermento por los siglos, en muchos rincones, que, como lepra, ha ido royendo la entraña humana y obscureciendo el juicio. Hago alusión por ahora a la miseria, a la peste famélica, esa que nos hemos acostumbrado a ver impasibles, blindados según lo estamos por la costumbre, la que nos permite ir en auto a solazarnos con gran soltura al cine, o a rezar, a misa, mientras a la vecina se le están muriendo sus chicuelos por carecer de unas rajitas de leña o de pan. Todavía en las grandes urbes hay muertos por hambre.

El respeto a la vida humana no se basaba allá puramente en la fobia de la muerte, sino en una consideración positiva, esto es, como respetuoso homenaje debido a la entidad específica. Por eso es que se esmeraban en dignificarla, solidarios, mientras que nosotros podemos acomodar nuestra conciencia con sólo no matar, ni robar o bien con frases y plegarias; y vemos amontonados hombres, mujeres y niños privados de aire, de luz, de pan, de abrigo sin sentirnos obligados a nada como no sea a una platónica compasión momentánea, y algún suspiro.



No es menos cierto que se les ha dado consuelos espirituales y políticos a los miserables (el cielo; la misericordia; la libertad; derecho de reunión, etc.); pero como no es con eso con lo que se puede habilitar al desvalido para vivir decorosamente, ni para contribuir al bienestar social, queda iracundo en su covacha, pensando en venganzas, las

que se le antojan no sin alguna base ser de cepa heroica y aun sublime, divina. Claro que recrudecen esos pujos toda vez que se advierte una ostentación y un despilfarro, cosas tan frecuentes hoy día (1).

En Kiria no se entendían de esta manera los asuntos sociales. Para esa gente sencilla y cabal, que prefería ayudar a los rezagados en vez de entusiasmarlos con las frases de un discurso o de darles consuelo con las frases de un sermón, era un deber imperativo el común bienestar social, y trataban de procurarlo empeñosamente, a conciencia, y en forma bien efectiva.

Así como estos buenos isleños se esmeraban en evitar las reacciones de los oprimidos por desamparo o desvalimiento, se diría que nosotros nos amañamos para mantener y caracterizar en forma esos barrios tristes, cuando no para establecerlos, y quedan así como viveros de represalias, preparando y realizando constantes incursiones contra los potentados. Bastaría observar el renglón de la criminalidad, tan persistente,

(1) Vivimos de tal modo, tan a escape, que debemos atribuir a aturdimiento la mayor parte de incongruencias sociales, de detalles salvajes que se observan en medio de los brillos y fogonazos de nuestra civilización bicéfala, en la que tan a menudo se confunde el progreso con el alarde, y no sólo el progreso, sino la propia ventura. Se han aumentado de tal modo las exigencias de la vida que nada basta para bien vivir, y no se atina a establecer un «plafond». Caemos en un círculo vicioso fácilmente, el que va aumentando las demandas al propio tiempo que nos esclaviza.

A lo mejor es un simple jarabe calmante el remedio contra tantas incontinencias, y lo que no ha podido encontrar la llamada ciencia abstracta, hasta ahora, quizás lo pueda suministrar algún laboratorio. Lo propio sería de desear acerca del tratamiento de los antisociales, que fué tan eficaz en los días kirios.—(Nota de Ali Biaba.)

bien que se ofrezca bajo tantas formas insidiosas (1), para ver que nuestra organización social no ha sido certeramente encaminada, no por falta de egoísmo, que lo hay de sobra, sino de cordura e ingenuidad (2).

Los problemas del pasado se han resuelto ya, de hecho, y no poco mal, tanto peor cuanto más se contó con intervenciones sobrenaturales, las que, por lo propio, no pudieron mostrarse en la naturaleza. Nos toca ahora resolver los problemas actuales. Es ahí donde ha de ponerse de manifiesto nuestra capacidad de organización, nuestra eficiencia.

Es por la base, y al centro, donde ha de colocarse el bisturí, con la habilidad serena y firme con que el cirujano abre un tumor para salvar a un enfermo. Ya, el viejo labriego kirio Milonio decía: «Lo malo: ¡abajo!» (3) Esta ruda severidad podía ser empleada en la isla kiria, donde se trataba constantemente de ordenar orgánica y sabiamente la vida humana. Para nosotros, esto, más que ardua tarea es obra convulsiva, revolucionaria, dado que hemos ido acumulando y aun fabricando miserias por abuso. Nos falta autoridad para ser severos, y falta probidad para ser justos. Por esto es que los más conscientes, aun en el gobierno, sólo pueden intentar medidas-paliativos,

(1) Cuanto más pequeñitos son los enemigos, más terribles, pues proceden ocultamente y a mansalva.—(*Nota de Ali Biaba.*)

(2) Es bueno recordar también los zarpazos del otro barrio, el de los potentados.—(*Nota de Ali Biaba.*)

(3) No se vaya a pensar que fuese por un alto sentimiento humanitario que se podía contar con la rectitud kiria para desempeñar sus obligaciones y deberes sociales, eso era fruto de genuino egoísmo integral, orgánico, de tal modo, que, a haber faltado a su estricto cumplimiento, ellos, ingenuos, no habrían podido conciliar los reproches de su conciencia. ¡Nosotros, en cambio, podemos hacer con la nuestra lo que se nos antoje, y tan frescos!...—(*Nota de Ali Biaba.*)

no ya radicales y estrictas, eficaces por justas. Esto implicaría una revisión de valores y derechos en todos los sectores a la vez, sin excluir los encumbrados.

Comoquiera que sea, preciso es salubrificar constantemente, si hemos de llegar (1).

(1) Nota de Alf Biabu:

*No debería emplearse una hora sola en digresiones vanas,
si formase el hombre una conciencia específica, orgánica,
antes de ordenar el hachamiento infame
en que se entremezclan las escorias
con lo que hay de electo;
es deber de dignidad.*

*Por eso es que mientras los líricos cincelan
como orfebre, y acumulan imágenes y sueñan,
arbitrarios, alocados,
yo quedo con la guadaña
del lado humano.*

*Mi guadaña corta de frente y al sesgo,
y corta al ras;
por eso la cuido y cuido de no cortar
donde no debo.
Apenas me afirmo seguro, la empuño, ansioso,
y antes de cortar escucho,
atento y probo;
escucho antes de cortar.*

*Bien sé que puedo acorazarme en mi egoísmo orgánico
con el blindado impermeable de la insensibilidad,
pero me siento humano, solidario,
y prefiero asumir mi responsabilidad.*



La palabra engaña; la obra,
no.

(*Oswaldus.*)

La lengua se esgrime en todas las pistas por igual: trata de educarla.

(*Durano.*)



FABULACIÓN

No era famosa la publicidad en la isla Kiria. La propaganda, esto es, lo que podríamos llamar «música de cencerros», que es una de las grandes palancas en la civilización de nuestros días, y que ofrece campo para todo, poca prosperidad podía tener en un pueblo homogéneo como el kirio, el que no se dejaba marear fácilmente. Como había además gran prevención contra esa verborrea ligera que nos es hoy tan familiar, y que sirve para tantas cosas a la vez—no todas recomendables por cierto—, quedaba mellada la propaganda, una de las más temibles armas de dos filos en nuestra actualidad. Y no tan sólo repudiaban los kirios este cencerro, sino la propia reticencia, sabiendo que, como la intriga, es corrosiva (1).

Se consideraba además de mal agüero el dar malas

(1) La prensa desempeña el papel de termómetro en la actualidad. A ella acude el lector como acuden al dictado de la columna mercurial los miembros de la familia del enfermo, pensando que nada más hay que considerar, fuera de la temperatura. Es así que algunos periodistas, en vez de poner el termómetro en la axila, no sabe uno dónde lo ponen a fin de alarmar, como si no fuese ya bastante grave el caso, el caso nuestro.—(*Nota de Ali Biaba.*)

noticias, y hasta de mal gusto. Ya sabemos, solían decir, que hay cosas malas, feas y torpes, para que todavía se les haga el honor del comentario. Toda esa verba insubstancial, donde los adjetivos van gastándose como la ropa en los codos y las rodillas, mejor era aplicarlos a magnificar cosas agradables, y a estimular el ánimo público.

En un diario bien informado, hoy día, podemos ver a la par las bagatelas más socorridas y los asuntos más graves. Al terminar la lectura hemos perdido toda noción real, y nos preguntamos: ¿dónde vivimos? (1)

El «la» que íbamos buscando es de tal modo vario, intangible, que quedamos ya con el instrumento desafinado para todo el día. Puede decirse que todo se proclama y se ensalza con razones de igual peso, puesto que cada cual pone las suyas mejores, ocultando las recámaras. Como la buena fe ha quedado desmonetizada, en realidad, y sólo concurre como apariencia, se concluye con no saber qué pensar.

Allá, en vez, la misión principal del papiro consistía en propagar de buena fe los mejores procedimientos para bien vivir, y es así que resultaba tónico el papiro, hoy de tal modo disolvente. Basta sentarse frente a una de las mesitas de un café, de esas que se colocan en la vereda, para ver desfilar en pocos instantes todos los aspectos de la expresión trágica. Los viandantes se diría que son todos actores famosos.

No es para sorprendernos, pues, el que no se sepa ya qué hacer con el teatro.

(1) Expresa sólo una media verdad Jean Cocteau cuando dice: «... Es enorme, Persicario: con un cartucho de dinamita en el trasero, mientras la mecha se reduce, los negros bailan.» (*Le Potomak*, pág. 274.)

Menos alegres, y tan confiados, otro tanto hacen los blancos, los más civilizados.—(*Nota de Alt Biaba.*)



PANTUS

No es oro todo lo que luce,
pero lo que luce ilusiona.

(Pantus.)

Lo que cuenta de cada acto
son sus consecuencias.

(Vidalio.)



FÓMITES

En aquel pueblo, si bien primario lógico, solían encarar las cosas, aun las simples, no tan sólo desde el punto de vista de su apariencia, sino también del de su contenido y de sus consecuencias. Basados en tal procedimiento, habían constituido una comisión



de sabios encargados de examinar los usos y costumbres sociales por la faz de sus proyecciones, y es a estos sabios, y a su función, que llamaban «fómite» (1). De esta suerte, la previsión social iba contralorada cuida-

(1) Mientras los sociables se hallan ocupados y preocupados buenamente en sus respectivas tareas y funciones, los insociables y antisociales atisban y se aprovechan de aquella distracción para medrar. Deben pues ser combatidos por la comu-

dosamente, y muchas cosas agradables a primera vista eran reprobadas, y aun impedidas, por los efectos disolventes que podían acarrear. Claro que otras, que de pronto parecían desagradables, por insulsas, se las fomentaba para llegar a obtener las consecuencias beneficiosas que escondían. Así, por ejemplo, en el baile, ellos establecieron que los bailarines no podían hallarse, en ninguna de sus evoluciones, a menor distancia de un «asia», esto es, algo menos de una yarda, por manera que los bailarines que querían aproximarse más, no tenían más camino que el de la unión completa, conyugal; y esta medida trajo consigo un gran aumento de uniones y de kirios, por selección todavía, pues dado que debían mirar a distancia, veían más claro y elegían más certeramente.

Otra cosa que se esmeraban en vigilar es que, al tratarse de acciones dudosas, no se las presentase como si fuesen buenas, o demasiado agradables, antes de haberse aclarado el contenido cierto, con lo cual se reducía el incentivo así como la propensión a querer palparlo todo, inconsultamente, para saber cómo es. Y llegó así el pueblo kirio, poco a poco, a considerar de mal gusto el ocuparse de cosas feas o bajas,

nidad, de algún modo, puesto que perturban la obra y el ordenamiento social. Era el pueblo kirio el encargado de esta función salubrificadora, la que cumplían de acuerdo con el dictamen de los fónites y parapetados en su propia conciencia honesta y firme.

Es bien sensible que estos usos no hayan podido tomar arraigo en el continente.

Nosotros, los continentales, resolvemos por medio de oficinas rentadas, y esto es lo que va engrosando el presupuesto y el papelerío, con no poca molestia para los buenos vecinos y gran ventaja para los truhanes, puesto que se les abre una nueva pista para sus fechorías. El resultado para la comunidad es triste por lo mismo.---(*Nota de Ali Biaba.*)

como no sea para reprimirlas. Hay que convenir en que no dejaban de tener cierta dosis de razón al proceder así, bien que hoy nos sea ya difícil verlo, pues hemos perdido toda noción directriz. El propio vocablo ha caído en desuso, hasta el más moderno «fomes», de tal modo que casi nadie de nosotros sabe qué significado tiene, si no acude al diccionario; y aun más, ni tendría cómo poder confrontarlo con nuestra realidad real, por falta de oportunidad. Ni podemos siquiera apreciar lo que es todo esto, pues poco a poco hemos llegado a que nada ofrece más incentivo que lo escabroso, como no sea lo truculento.

Como los kirios no se atenían al prurito de los sabios en ciencias abstractas de hacer minuciosas clasificaciones para pensar como eruditos, ni menos aún para obrar en lo abstracto, iban derechamente a la realización de su propósito ordenador, validos simplemente de su buen sentido, y partían de lo «sociable» y de lo «insociable» para saber lo que convenía a sus caminos isleños. Este procedimiento rudimentario los hacía eficaces y ejecutivos, en tanto que, hoy día, a fuerza de distingos, todo queda librado a procedimientos ambiguos. Verdad que es lo único que nos permite salir del paso, o sea evadir la dificultad sin resolverla (1).

No es de sorprender el aire de preocupación que pintan los semblantes, cuando por una u otra causa

(1) Vivimos sumidos en frases y mascando frases, sin atender a que algunas de éstas tienen un poder corrosivo capaz de rivalizar con el vitriolo; y como la mentalidad es directriz, a menudo ocurre que no nos basta el razonar para prevenirnos, puesto que las frases y los espejismos nos han indisciplinado, haciéndonos incapaces de guiarnos por la ciencia-madre. Quedamos así sin brújula, como camalotes, librados a la corriente.—(Nota de Ali Blaba.)

han podido substraerse a la mueca convencional, para disimular su desconcierto. Se diría que a todos en la escuela de la vida se les dió a resolver un problema con demasiadas equis.

Los kirios, en vez, como podían conformarse con la noción del deber cumplido, dado que sus ideales eran realizables, y merecían una atención constante, no como ahora que se libran a ruidosas reformas simplemente, casi siempre efímeras, se ofrecían como coartífices en la naturaleza, erguidos, serenos con la plenitud de dioses. Nosotros vamos humildemente con la música dentro, a medio programa y a media función, y así nos marchamos a la eternidad sin saber siquiera a las claras lo que nos ha ocurrido, ni lo que ocurre por ahí.

De otra parte, el sensualismo, el más bajo sensualismo se ha filtrado de tal modo en la literatura, ya sea solapada o impúdicamente, que nos preguntamos si no hacían bien nuestras antiguas damas patricias al impedir que sus hijas aprendiesen a leer y a escribir demasiado pronto, por temor de que se echasen a perder. ¡Y eso que venimos de vuelta ya del siglo de las luces!



Es que los kirios no habían echado en saco roto lo que dijera el primer mecánico de la vieja Kiria, una especie de menstrual más bien: «Antes de obrar considera» (1).

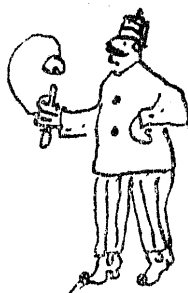
(1) Al llegar aquí prorrumpió en una carcajada. Ahí Biaba, y balbuceó: «Nosotros obramos, sin más, y así nos va.» Luego, formalizado, agregó: «Cualquiera puede ver lo que hay por fuera; pero eso no tiene interés. La gracia está en descubrir lo que va de fétido en la entraña antes de que estalle, para prevenirnos.»



KIRKA

Puedes ser libre: ¿por qué te esclavizas?

(Kirka.)



EL JUEGO

Había habido en la antigua Kiria un desborde alarmante en el juego. Poco a poco, todo se iba haciendo materia de apuestas. El rey Monsegus I tuvo noticia de que una de las apuestas alcanzaba a tres akmmas (el akmma equivale a diez pesos) y mandó comparecer de inmediato a los fómites. Después de increparles severamente por su incuria, les dió dos horas para informar sobre este punto, proponiendo el régimen que al respecto debía imperar en Kiria.

Media hora después, los fómites presentaban el informe. Los juegos que proponían al rey eran: la rayuela, las bochas, la pelota, el trompo y la corona. Por haberse opuesto el fómite Laudario, se excluyó el juego de las bolitas. Decía él que echaba a perder los pantalones por las rodillas, y la taba por otras razones, de pulcritud más bien.

Estos juegos podrían practicarse de seis a siete de la tarde, sin apuestas. Se dió el bando correspondiente, en términos categóricos. Había una ansiosa expectativa en el reino, y el propio rey la compartía,

a fin de saber qué orden de reacciones y protestas habrían de producirse. Se esperó durante cuarenta y ocho horas, y dos días después pudo verse a los kirios contentos, jugando a estos juegos inocentes, radiosos de júbilo; y poco a poco fueron interesando tanto, que el pueblo, como los colegiales, no hacía sino esperar la hora del recreo para poder jugar, y no sin haber dispuesto de antemano los partidos.



Esto nos hace sonreír compasivos, puesto que nos hallamos en la cúspide de todas las exageraciones del juego, sin excluir las más extravagantes y sombrías (¿los clubs de suicidas son un juego?), y a fuerza de disciplinarnos parece ser un placer también el vivir ansiosos, angustiados, sumidos en congojas. Verdad es que nuestra mentalidad no nos permite disfrutar de los bienes naturales (1).



Al pensar que aquel pueblo de atletas, debido a la sabiduría del rey Monsegus I, pudo distraerse con juegos infantiles, al propio tiempo que ejercitaba el *fair play* en la vida social ordinaria, esto nos parece demasiado ingenuo para nosotros, y sin interés. Acaso es por esto que nos parecen hombres-niños los kirios, por su candor, en tanto que nosotros parecemos niños-hombres por nuestra arrogancia y malhumor.

(1) Unos apelan a su inteligencia-cordura; otros, a su ingenio-astucia, y bien que éstos parezcan tener ventaja, pues salen vendiendo boletines, según dicen en el *turf*, los primeros resultan vencedores en la raya.—(Nota de Ali Biaba.)

No obstante, nos resultan simpáticos, y aun envidiables, esos ejemplares cabales humanos, criados a empanada, tanto por lo menos cuanto pueden serlo los modernos criados a *cocktail*, y si hubiesen de medirse en cuanto a hombría y ejecutividad, tomaríamos un boletito a favor de aquéllos. No es menos cierto también que hoy día, gracias a los progresos operados en las armas, puede un mequetrefe cualquiera dar por tierra con un hombrón, y esto es tanto más posible cuanto que en la actualidad ya no se hace previo examen de conciencia para saber si procede el golpe, esto es, si es realmente eficaz y recomendable por lo mismo.



Comoquiera que sea, si hubiese de irse a una feria en busca de campeones humanos, nadie optaría por estos trágicos demacrados, de mal ceño, sino por los otros más sanos, fuertes y pintorescos (1).

Uno de los diálogos de Faraonte, el 44, refiérese al juego en estos términos:

—Dime, Marius, con franqueza: ¿No encuentras demasiado severo el bando del rey Monsegu, al reducir tanto la libertad de jugar?

—Si al propio tiempo— contestó Elizaldus—no hubiese hecho tanto el rey previsor por ordenar la marcha venturosa de pueblo kirio, te acompañaría

(1) Si nos observamos con algún detenimiento, veremos que nuestra individualidad, que parece ser algo tan firme e incambiable, cuando no incambiabile, es como un texto que se va reeditando día a día, el mismo en lo substancial, pero corregido y aumentado cuando no se echa a perder. ¡Libreme Kiria de la pasividad de una cristalización! Yo quiero marchar, bregar, y también sufrir libre y digno, aunque sea como horniga.—(Nota de Ali Biaba.)

con mi afirmación a esa tu pregunta. En este caso no, pues un pueblo feliz no tiene para qué abandonarse al juego, sólo cuando quiera perder su bienestar, y esto, amado Marius, admitirás que es locura.

—No comprendo claramente tu pensamiento, Elizaldus—dijo Marius.

—De algún modo es preciso emplear las energías orgánicas, quise decir, y no habiendo orden, quedan dichas energías libradas al desbande, en cuyo caso el juego las capta, y esto es lógico, puesto que es un empleo, y por ocioso que sea, hace olvidar.

—Es triste—afirmó Marius—, bien triste el tener que olvidar que vivimos. Basta esto para saber que se vive mal.

—Muy justo es cuanto dices, Marius—agregó Elizaldus—; eso es prueba inequívoca de que se vive en desorganización, por fuera de la ley natural. El juego se busca primeramente porque entretiene, y poco a poco nos lleva por la costumbre hasta a hacernos requerida la emoción aleatoria, diré, eso imprevisto que nos hace gozar o sufrir a su capricho, y los propios contrastes nos resultan necesarios, bien que dolorosos a veces.

—Hermoso, por edificante, es ver que todas las energías se aplican útilmente, como ocurre en los elementos cósmicos, para llenar su función selectiva. Tienes razón al aprobar el bando del rey Monsegus, amado Elizaldus. Acaso aquella norma natural, tan sabia, es lo único que produce la inefable fruición orgánica del deber cumplido.



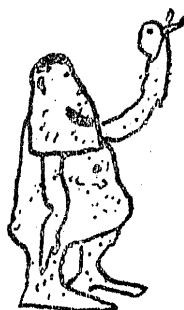
BENI

Vano: crees engañar cuando te engañas.

(Beni.)

Necio: prefieres la ilusión a la cosa.

(Konrarius.)



LA VIDA GALANTE

La propia vida galante quedó bastante retaceada de abusos desde que el rey Carolius V, llamado el rey prudente, dijo que la noche era para los gatos.

La impresión que produjeron estas palabras en el pueblo kirio, pueblo de gran cordura y dignidad, es sorprendente.

Como la vida galante debía hacerse a la luz del día, había que esmerarse mucho para no quedar descalificados. No había ahí juegos de medias luces, o de luces de color, que hacen los engaños tan posibles. Era el reino de lo macizo; y, al pensar en lo que oí decir a un tenorio, las otras noches, se comprende que la vida suene cada día más a hueco y que las paredes humanas construídas con mal cemento denuncien dos tercios de afectación y apariiencia sobre uno solo de realidad válida. No habría reído poco un kirio, al oírlo. Sentada una pareja joven junto a una mesita, en la vereda, la chica, monísima y de lánguida mirada, pregunta:

—¿Me quieres, Paco?

—¡Sí; ya te lo dije—contestó él, guturalmente, con aire de hastío.

Al pensar en lo que habría contestado un kirio ante una solicitud de esta clase, nos sonrojamos.

Isigonia, mujer kiria muy femenina, decía: «A la dicha apriétala, antes que salte.» Había en ese pueblo un sentido tan ceñido a la naturaleza, que nos es difícil concebirlo, embadurnados según estamos de artificialismo literario. Es de esa suerte que así como nosotros somos capaces de hacer ofrendas de sangre en el altar de la patria, casi siempre estériles por heroicas que ellas sean, los kirios, al servir en los altares de la Humanidad, servían aun sin quererlo en los de la patria.

Los hijos iban en serie, y eran, cada día más, de mejor ley.

Cierta vez que una melómana, Pertusia, hermosísima, dijo al rey Elgordius IV que no podría vivir sin música, pues encontraba en ella todo lo que hay de melancolías en el alma, el rey dijo:

—La música es hermosa especialmente después de haber cumplido con todos los deberes naturales; antes, no, pues nos enerva.

—Eso denota—contestó Pertusia—que su Majestad es materialista.

Había en el tono de estas palabras un dejo de ironía.

—Yo me complazco en no olvidar que mi cuerpo es una obra digna del esfuerzo hecho por mis antepasados—dijo el rey—, y tú haces mal, Pertusia, en ser ingrata con los que te hicieron tan hermosa, para congeniar con las proclamas chirles. Aplica tus formas y tu alma a su función natural si quieres ser feliz; cumplidos tus deberes a conciencia, ya verás cuánto

mejor suena la música a tus oídos. Lo demás es afectación por desvío y vanidad (1).

Es tanta la triquiñuela en la pista del amor, hoy día, que debe apelarse al firulete para salir del paso, en tanto que allá, en Kiria, todas estas cosas eran sencillas y de buen peso, como las onzas antiguas.

Nada es más lógico que el ir derivando hacia la chafalonía, una vez que se ha ido desdeñando la naturaleza, noble, fuerte, cabal. Los kirios, en cambio, identificados con el ambiente, procedían como elementos integrantes del mismo, y en vez de cultivar los firuletes, cultivaban lo substancial, tratando de elevar y afirmar su rango, empotrados según se iban sintiendo, de día en día más, en el total cósmico.

Puede decirse que no había allá lo que llamamos vida galante, o sea, la suma de ficciones, travesuras y verdaderas diabluras que informan dicho sector, construido a base de pecaminosidad y de vicio. Allá se atenían a la sabia noción del deber cumplido (2), noción eminentemente moral y saludable.

(1) Hugonius dijo: «Hay mujeres que por el solo hecho de no prestarse a fornicar se reputan honestas, cabales, y aun virtuosas.»

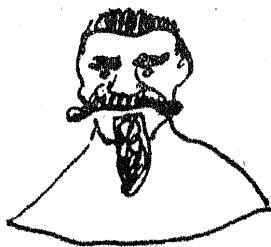
(2) Yo me pregunto cómo podría uno conformarse hoy día con tal práctica, en medio de la artificialización y la propia deformación que se advierte en dicho radio de acción, como en los demás. Va resultando cada vez más todo deficiente e insuficiente, e incomprensible o incomprensivo, comenzando por uno mismo. Recibí días pasados una invitación para una exposición pictórica. Entre algunas naturalezas muertas, el catálogo decía: 3. *Palmucia sentada*; 4. *Palmucia en el baño*; 5. *Palmucia acostada*, etc., etc. Fui a ver. Resultó que en los tres dichos movimientos estaba Palmucia desnuda, hasta cuando se la veía sentada. Eso no habría sido nada si la antedicha dama, que ofrece la temeridad de prestarse a la vista pública en tal estado de desnudez, fuese interesante; pero ¡qué!...—(Nota de Alt Biaba.)

Por fuera de esta forma genuina, natural, de entender estos asuntos, sólo se recogen desencantos en la sección galante, cuando no un pistoletazo bien merecido, según ocurre en nuestros días cada vez con mayor frecuencia. Es por ahí por donde el feminismo va mejor tomando su carta de ciudadanía en nuestro ambiente, tan despiadado para con la mujer (1).



(1) Nota de Ali Biaba:

*Entre la noble camaradería, que es sano vínculo y cariño,
y el sensualismo lascivo, que es vicio,
se muestra con mil faces diversas el amor.
Por un lado van las formas típicas, legítimas;
por el otro, las degradaciones híbridas,
y el sexo asume en tal sector
todos los aspectos imaginables, desde lo discreto, impecable,
hasta los extremos del horror.*



Todo tiene derecho a vivir mientras no incomode o no sirva demasiado.

(*Gofredus.*)

Respeto al que usa de su derecho.

(*Ramirus.*)



SUICIDIO

Se amaba tanto la vida, en la antigüedad, en la isla Kiria por lo menos, que no ha de haber sido renglón el de los suicidios, para ninguna estadística. Ciertamente que aun no se había caldeado la imaginación con visiones terroríficas, exaltantes, enloquecedoras, según se fué caldeando poco a poco la de los soñadores místicos y eróticos, que se dieron a considerar las cosas naturales como irreales y extraordinarias, cuando no sobrenaturales. Era por demás optimista y apasionante la vida para que pudiese pensarse en dicho arbitrio, según pensamos nosotros tan fácilmente, en el Colt o el arsénico. Por lo que hace a Kiria, a estar al manuscrito, era preciso que las cosas anduviesen muy obstinadamente mal, para que pudiese advertirse un gesto de contrariedad en los semblantes: eran éstos siempre radiosos. Los asuntos de amor, éstos mismos, más expuestos al desvarío por apremio, quedaban liquidados en cantares nostálgicos sin mayor duración.

Contenida la imaginación, resultaba muy raro que alguien, por propenso que fuere a las cavilosas,

hoy tan corrientes, se dejase esclavizar. De otra parte, el ambiente tónico de Kiria desvirtuaba los sentimentalismos excesivos, y hasta los hacía motivo de zumbas.

Decía una copla:

Si no es Clea será Zulaica;
si no es Zulaica será Ketandra,
la que ha de hacer mi ventura.
Y hay muchas otras, tantas,
dijo al punto una viejuca.

Como puede verse, no quedaba embretado el amor en sitio demasiado estrecho, para que pudiera llevar al estallido de la desesperación.



Para nosotros, que hemos formado una mentalidad y un sensorio con tan complicados resortes, y de tan delicada composición, esto nos da la sensación de una rusticidad salvaje, es cierto; pero, a poco andar, ni será menester que nos transportemos al ambiente de Kiria, para ver que la realidad estaba más bien con ellos que con los románticos de las chorreras. Vamos ya a paso largo hacia el reino insuperable de lo real, y bien cerca del taparrabo.

Lo que nos conturba es el residuo de tantos acopios de sentimentalismo místico y épico, para ver claro que la humanidad no puede hallarse nunca mejor que dentro de su ambiente, tanto más cuanto que no ofrece opciones ni salidas efectivas posibles, y no se ha de tardar en ver que, amurallados según estamos contra la realidad, será ocioso el pretender substraernos, y que lo más juicioso es que nos acomodememos bien, y dignamente; esto es, amplia y honesta-

mente. De este modo, por lo menos, no será el suicidio una preocupación ordinaria según lo es hoy, ni se verá por series como ahora el suicidio de liquidación, diríase, donde van de cuajo los miembros de una familia junto con el suicida tristemente al cementerio, en vez de ir a un paseo campestre (1).

Trae un curioso caso de suicidio kirio el manuscrito caldeo.

Inopinadamente viose Kraulio, un joven muy estimado, ofendido reiteradamente por Pululio, con el cual no tenía cuestión alguna y eran más bien amigos. Fué tal la insistencia de éste, que hubo de propinarle Kraulio el tok. Al caer Pululio se desprendió de su mano un papiro que llevaba esta leyenda: «Excúsame, caro Kraulio. Sentí que apuntaba en mi alma una tara terrible que inyectó en mi sangre mi bisabuelo Mauro, y no quise que pudiese tiranizarme, obligándome a tiranizar: por eso acudí a tu tok certero. Gracias. (*Firmado.*) PULULIO.»

(1) Los suicidios en serie, que podrían llamarse «de familia», donde se trata de arrancar de cuajo todo un hogar, se hacen frecuentes, pero sería un error el suponer que el renglón de suicidios es elevado. Si se atiende a la columna de calamidades y desgracias humanas, debidas a vicios de mentalidad y de organización, resulta dicha cifra, al contrario, baja más bien. Se requiere no poca resistencia para sobrellevar una vida que no ofrece halagos y que impone cargas y tristezas de todo género; casi diría que se requiere una resistencia heroica. La suma de paliativos que se emplean para estimular a la resignación, con ser alta y varia, no alcanza a detener el hastío de vivir, no ya la desesperación, y los sobrevivientes tendrán que acostumbrarse a ver tristezas y m^userias, mientras no se ordene la vida humana convenientemente, para no tentarse ellos también.

Verdad es que, como se dice, preciso es tomar «la gallina con la pepita» pero no lo es menos que, según decía el kirio Perocio, mejor es sin la pepita, o bien como afirmaba Zaballo: «Prefiero una gallina y una Pepita.»—(*Nota de Ali Biaba.*)

Con arreglo a nuestra moral corriente, es a sorprender que sorprendan los suicidios, pues van siendo cada día más una forma llana de salir del entrevero social, el que va asumiendo los caracteres de una pesadilla. Los encantos de la vida se reducen en progresión geométrica; las cargas, los desengaños y sobresaltos van en aumento. Todo lo que poetizaba la vida se halla en jaque, y una mucca vandálica esboza una sonrisa triunfal así que estrangula.

Hasta que los viejos valores morales no sean substituídos por otros nuevos, capaces de dar un sentido optimista al vivir, la vida humana será pobre bien (1).

(1) Nota de Ali Biaba:

*Al examinar con despejo las falacias espirituales,
simples bambulinas*

por entre las que circula y se agita el alma humana viva, la
[orgánica,
relegada

se advierte que ella va en pos de una afirmación, esa sí efec-
[tiva,
en la realidad;

por ahí hay que esperar.

Queda así por debajo del tejido de vanos mirajes

un órgano, el humano, que aun palpita en la majestad del
[Cosmos,

titubeante,

*en vez de concurrir resuelto a la obra total, insuperable,
allá la frente, erguida la cabeza
bien por arriba de los hombros.*



Hazte amar por tu corrección.

(*Miguensio.*)

Mientras bailas, exhibes tus predilecciones.

(*Hernandus.*)



LAS FIESTAS Y EL BAILE

Como no usaban alcohol ni alcaloides los kirios, y hacían sus festines a base de golosinas, con esto, agregado a las calidades digestivas de las aguas del Saurio, se llegaba a una considerable longevidad, toda vez que uno, a fuerza de corrección y de suerte, se había librado del tok. La propia longevidad no era del todo propicia a la perduración, puesto que, apenas se comenzaba a chochar, se consideraba, según se ha dicho, asunto de elegancia social, y de humanidad, la aplicación de la utasia exoneradora. No era, por lo demás, la longevidad lo que a este pueblo feliz interesaba, como se ha visto, sino la plena efectividad de la vida natural.

Las fiestas resultaban así bastante divertidas, dado que eran fiestas en la verdadera acepción del vocablo, no



como ahora que se llama así a una simple reunión social promiscua cualquiera, por mucho que la alegría se halle ausente. Basta hoy la simulación.

El baile predilecto, de origen antiquísimo, se

llamaba «el fleje». Era una especie de zapateo que realizaban los hombres, a un lado, y las mujeres al otro, llevando bandejas cargadas de golosinas en la cabeza, unos y otras, castañeteando ambos bandos y cantando los hombres el «Hué-hué», mientras las mujeres entonaban su «Huá-huá». Después de haber bailado un buen rato, se sentaban en rueda, colocando las bandejas en el centro. La costumbre era irse a dormir una vez que las bandejas quedaban



vacías, lo cual no tardaba demasiado en producirse, según se comprenderá.

Como los circunstantes no tenían derecho a intervenir, apenas los bailarines se sentaban, ya habían tomado ellos las de Villadiego, si acaso había circunstantes, que, por lo común no los había, dado que sabían de antemano que nada les tocaba en la fiesta ni en el reparto, y como era habitual llevar la conciencia tranquila, no se requería la distracción.

Para los kirios, la fiesta era fiesta, y no simple simulacro; pero, poco a poco, según ocurre siempre, a pesar de los fómites, hasta en Kiria, fueron degenerando las costumbres, y ya perdían su encanto, comprometiendo la dignidad isleña. Fué entonces que el rey Gamineo III dió un bando diciendo que si se repetían las aproximaciones y contorsiones de orden

dudoso, dado que, no era en la sala de fiestas que tal cosa convenía exhibir, quedarían prohibidas las reuniones sociales enteramente.

Hubo un pequeño y breve receso, y pronto se renovaron lo que allá llamaban los ingenuos kirios actos de licenciosidad, algo que hoy nos es tan familiar, y el sucesor de Gamineo I, Ruvertio V, dispuso que no se bailasen ya más en Sidania los bailes urbanos, sino los campestres, puesto que eran más elegantes y aun más urbanos.



Desde ese momento cambiaron de carácter las fiestas en Sidania, y era un placer el ver a kirias y kirios contoneándose dentro de la respectiva distancia, la que podríamos llamar «legal», no sin gustar los unos de los otros, y hasta de descarse, que, hasta los mirones, si los había, no dejaban de mirar llenos de ensueño, ni sin que les relampagueasen los ojos.



Invadidos, lo que podríamos llamar los salones de Sidania, por estos bailes que procedían de los moradores del campo, o sea, por lo que los americanos llamamos «gauchos», tomó un aspecto bien distinto y atildado la sociabilidad kiria en los salones. Poco a poco, al seguir los urbanos el ejemplo de los ingenuos

campesinos, rectificaron sus costumbres sociales, haciendo sentir que no era compatible el lujo de la urbe, bien que allá fuese tan mesurado, con los procedimientos de la selva y del corral, y que era preciso comprimir los impulsos naturales y salvajes, para idealizarlos algún poco por lo menos. Por algo los kirios se llamaban hombres. Para ello era preciso que sintiesen la dignidad de su clase en la naturaleza, pues no bastaba que se jactasen de superioridad si no había signo alguno que la corroborase.

Comenzaron por ruborizarse al recordar el primitivo baile kirio: «el fleje», y luego se ruborizaban con dignidad romana de haber bailado bailes lascivos donde los apetitos y pasiones más bajas, no por eso menos naturales, se ponen a flor de piel, y trataron de hacer olvidar que hubiese por debajo de las casacas y taparrabos lo propio que se encuentra en todos los rincones del mundo, a discreción, siquiera sea para poetizar un tantico la vida.

No fueron por eso menos felices, ni dejó de encauzarse en la corriente natural la vida kiria.





Al demonio con tus bravatas: dame pan.

(*Joanius.*)

Elaz lujo de conciencia, no de habilidad para primar.

(*Badarus.*)

POLITICA, ORATORIA, ETC.

Quedaron muy recortados los giros oratorios por allá desde que alguien dijo que amaba a los demás como a sí mismo. Comprendiéndose que esto, si se decía de buena fe, era ilusión, y que si se decía de mala fe era de un soberano desparpajo, se tomaron medidas para que la oratoria se mantuviese dentro de límites discretos, lo cual fué motivando otras medidas sucesivas, hasta que se llegó, bajo el reinado de Plenarius III, a exigir a los oradores y políticos que llevasen consigo una libreta, donde debía constar todo lo que había dicho y hecho cada cual, durante su carrera, a fin de fijar su responsabilidad (1). Uno se sorprende al ver que una medida tan insignificante haya podido producir resultados tan efectivos, y se comienza a ver, cada vez más claro, que no es tan despreciable un detalle, cuando se lo sabe ubicar.



(1) La presentación y examen de dicha libreta podía exigirse por cualquier kirio, y como eran todos tan celosos del interés público, dicha prerrogativa se practicaba ordinariamente y siempre a conciencia.—(*Nota de Ak Biaba.*)

Como se fué haciendo demasiado frecuente el aka y el tok en el sector político, bajo el reinado de Delukius V, se dispuso que se aplicasen las sanciones ordinarias en estos casos, y una vez desprovista la sanción de la resonancia de un procedimiento nobiliario como aquél, y colocada la falta política en la jurisdicción común, se fué haciendo cada vez menos ambicionada dicha carrera, de tal modo que era preciso solicitar con insistencia que se aceptase la investidura pública, esa misma que hoy se disputa poco menos que a cuchilladas.



Uno se sonríe forzosa-mente al imaginar lo engorroso que era entonces el oficio de político, el mismo que se halla hoy al alcance de cualquiera, cómodamente, y que conduce sobre un fondo uni-

forme de quejas sordas a las clamorosas manifestaciones de entusiasmo y regocijo; y si sale un tío cualquiera preguntando:

—¿Y la buena fe?

—¡Vaya usted con Dios—le contestan los vecinos—, en qué siglo vive! (1).

Arrigus III había dicho:

(1) Podría repetirse al político moderno lo que dijo Opalia al vanidoso petimetre Clemacio:

—¡Calla, incauto! Te han sorbido la conciencia tus congéneres, y clamas huero como un eco. (Onceno diálogo de Faraonte.)

El gobierno se va ofreciendo cada vez más como una industria, y se subordina el interés general al de los partidos y fracciones con todo desparpajo. La democracia queda siendo

—Ya es difícil aguantar a los políticos, para que todavía deban tolerarse los politicoides.

Poco a poco se fué extirpando ese pulpo, en Kiria, y así es que se pudo marchar.

Había también en la isla elementos avanzados, pero se hallaban contenidos por razonamientos de cordura.



Bajo el reinado de Américus IV, se produjo un movimiento en el sentido republicano.

Una comisión fué a proponerle a Américus, que era un gobernante muy amado, que aceptase la Presidencia y que se constituyese en Kiria una república democrática, por sufragio.

El sabio rey meditó un instante, y dijo:

—Si ustedes piensan mejorar su condición y au-

esperanza para los líricos, como puente que ha de llevar al comunismo internacional, y para los prudentes, más prácticos, como una prueba de ineficiencia. Frente a este resultado negativo, lo más juicioso es advertir la imposibilidad de encontrar un sistema de gobierno sin antes cimentar una conciencia en la moral, y sin rodearse de garantías. De otro modo cambian sólo las apariencias, quedando por debajo la inmoralidad con todo género de disfraces, y preparándonos toda clase de decepciones. Cada cual ofrece la aptitud de su conciencia y de su ingenio.

Cuando el músico Macaneo, dándose aires de estadista, dijo a Anibis:

—Si yo tuviese poder, ¡ya verías lo que hacía!

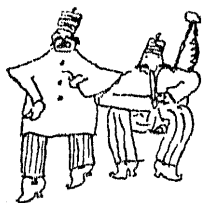
Anibis replicó:

—No te ilusiones, querido. Por mucho poder que tuvieses, y por muchas vueltas que des, no puedes hacer más que macaneanismo.—(Nota de Ali Biaba.)

mentar sus fueros, libertades y garantías, no es por ahí que ha de empezarse.

—¡Cómo!—exclamó asombrado el *leader*—; quiera decírnoslo, Majestad.

—De nada valdrá para aquel fin el nombre que den ustedes a la constitución, ni la forma. Lo esencial es capacitarse para usar de los derechos y para sancionar con severidad en justicia, y eso es asunto de educación y de conciencia, esto es, de aptitud. Preocúpense de lograr esto, y lo demás vendrá solo, y bien; si no se desatarán las ambiciones de mando, y se hará de los problemas públicos una simple cuestión eleccionaria. Quedará el pueblo con la ilusión de un avance, y eso nada cuenta (1).



El *leader* Bukelios miró a sus compañeros, les pasó una guiñada de inteligencia, y contestó:

—La comisión popular, después de haber reflexionado detenidamente sobre las palabras de su Majestad, desiste de su propósito, y declara que se esmerará en hacer lo posible a fin de que pueda el pueblo kirio proceder democráticamente en el más breve futuro.



(1) Se ha identificado de tal modo el concepto de autoridad con el de abuso y prepotencia, en nuestros días, que todos quieren participar en la distribución de lo que se llama cargas públicas, pues se prefiere naturalmente más bien ser beneficiarios que víctimas en el reparto.

Esta nota la puso Alf Biaba al margen del manuscrito, y agregó con lápiz: «Del político puede decirse aquello de: *Si te oigo, eres de oro; si te veo, eres de plata; si te toco, eres de cobre; si te rasco, de hojalata.*»



Desconfía de las frases sonoras.

(*Lopezio.*)

Cien imágenes no cuentan por una idea.

(*Prudentius.*)



POESIA, ELOCUENCIA, ETC.

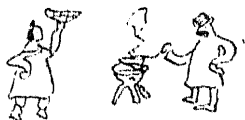
Un pueblo como el kirio, que tenía la fobia de las armas y la violencia, acaso porque sentía dentro de sí sus solicitaciones, y debía comprimirlas o educarlas por mandato de su criterio ético; un pueblo que no temía las iras divinas, basado, según estaba, en su concepto moral y religioso del «deber cumplido», forma que resumía, en su llaneza, sus obligaciones para con la sociedad, para consigo mismo y la



naturaleza, y que no había llegado a exaltar en demasía el amor ni la muerte, ni otra cosa alguna, no podía hallar grandes motivos de inspiración para poetizar, ni para la propia elocuencia a gran vuelo (1). Su misma propensión a razonar, a idear, y a esgrimir su ingenio en asuntos positivos, prácticos,

(1) A pesar de la historia, la literatura y la poesía, es aun posible formarse alguna idea acerca de lo que fueron los viejos tiempos de la humanidad; pero, claro es, a condición de andar muy listos.—(*Nota de Alt Biaba.*)

impedía los grandes pujos magnificatorios, que en su mente siempre parecían exagerados. No podía así dejarse ir muy lejos el kirio en sus lucubraciones de ensoñación, la que, al excederse, era como una debilidad frente a los deberes de la vida y de la lucha,



cuyo cumplimiento era exigido en todo instante por la naturaleza y por la misma forma humana de convivencia, a menudo tan premiosos (1). El kirio se consolaba

diciendo: dejemos a los celajes, los árboles, las aguas y los pajarillos que desempeñen la tarea de hechizar-nos, en tanto que nosotros nos preparamos para desempeñar la nuestra de vivir como es debido.

No puede pensarse que no fuesen aptos los kirios para presumir una belleza abstracta como otro cualquier pueblo o raza; pero su concepto estético contenía otras peculiaridades por ser de otra cepa; y nadie entraba a este sector sin antes haber cumplido todos sus deberes más esenciales, por manera que quedaba muy seleccionado y restringido este renglón. Cuando a uno de los vates se le decía:

—Hombre, ¡a ver cuándo nos brindas unos versos!

Era frecuente oír:

—No puedo ahora, querido; estoy haciendo empa-nadas para los chicos del barrio.

Hubo bajo el reinado de Agasenos un floreci-miento poético extraordinario, en el que pocos que-daron inmunes, como si fuese una epidemia. Se hizo costumbre el uso de grandes melenas, tan exageradas

(1) Ya había dicho Isolao: «Cómo comparar el sopor —especie de *ralenti* cerebral—, del ensueño que nos enerva, con la acucia de la observación y el raciocinio atento de vigilia, que nos estimula, nos pondera y habilita para obrar construc-tivamente»

revueltas y espumantes, que habrían ruborizado a las mujeres de nuestros días. Le sucedió el severo Luisius, quien dió un bando mandando quemar todo lo escrito por tender al desequilibrio de un pueblo como el kirio, que siempre se había caracterizado por su



apego a lo que es sensato y normal. Acaso es por esto por lo que se han salvado tan sólo algunos cantos populares (1).

(1) Al llegar aquí no pude ya dejar de exclamar:

—Y la libertad de pensar, ¿dónde queda?

Me envolvió Ali Biaba con su mirada dominante, y dijo:

—La libertad de pensamiento, como lo demás, debe ceñirse a la idea del ordenamiento social. ¿Por qué se ha de hacer excepción del pensamiento que puede causar más perturbación que un alcaloide, pongamos? Ya, el fómite Mendezius decía: «Está bien poetizar para dejar ver los encantos de la vida y de los bienes naturales, pero si se extravía, si sale de este sendero la poesía puede desnaturalizarnos mentalmente y colocarnos en situación de hacer viciosa y desdichada la existencia.» Vea usted que ya, hoy, el más listo resulta un cándido, cuando no un sandio frente a la refícula de ficciones y engaños que culminan la obra de la civilización humana. Vivimos de convenciones, fundamentalmente; no de lo real. Nuestra mentalidad se ha habituado de tal modo a tomar el signo por la cosa y el efecto por la causa, o a la inversa, que nos cuesta el formarnos idea cabal de la cosa misma, tal como es realmente. Así, por ejemplo, nos parece que el frío nos hiela y que el fuego nos quema, cuando es lo cierto que somos nos-

Poco manoscaban a las musas los kirios, para poetizar, pues ellos disfrutaban más bien de la poesía que implica la vida por la vida misma, si se la sabe encarar, y la naturaleza si se la sabe observar. No era menester para ellos el abultamiento por exagerada magnificación, ni otra forma alguna de afectación para deleitarse poéticamente. Si algún conato hubo de exceso lírico no se tardó en rectificarlo, frente a la



sencilla reflexión de que nada puede ser más bello que el hecho de vivir, si se sabe vivir y aun convivir. El sumo anhelo era la comprensión, entendiéndose que estaba ahí no tan sólo la poesía quintaesenciada, la más cierta además, sino el sumo bien. Ya, cuando el lírico Albidrio quiso excederse en imágenes y ditirambos, dijo severamente Karoldus:

«Si prosigues así, cuando volvamos del papyrus ya no sabremos vivir.» A eso agregó Larcus: «Si quieres

otros los que nos helamos o nos quemamos a su contacto; y lo propio ocurre con las idealizaciones todas, que han llegado en nuestro espíritu a substituirse a la realidad, y quedamos así mentalmente desprendidos de nuestro ambiente efectivo, lo propio que el papagallo que vive en su pedestal, recluso y parlero, con la ilusión de que vive su vida normal, natural.

No sabiendo yo cómo redargüir, le dije:

—Prosigamos.

Alí Biaba, insistió:

—En lo que no estoy de acuerdo con Luisius I es en haber mandado quemar todo en bloque, en vez de pasar a los fómites dicha poesía para su verificación. ¡Quién sabe cuántas maravillas se han perdido definitivamente!...

Dicho esto, no sin balbuceos que no alcancé a comprender, emprendió de nuevo la traducción.

exagerar deprime lo malo, lo bajo, lo falso para ver bien dónde hay que pegar.»

Veamos algunas coplas:

Toma el hecho como molde,
con lo que piensas, muy otro.
¡Que no rivalicen, hombre,
el camello y el poroto!

Para las inmundicias, gran pozo,
para la gratitud, un pocito;
y aun sin él, si bien chiquito.

Si tú quieres conocer,
mira por dentro también
a menudo van las almas
con endiablado disfraz.



Todos entrarán en Páupa (1)
exceptuado el hombre vano.
Y la compañera, hermano,
dijo al punto el que soplabá,
el que soplabá el peliandro.

Te miro por todos tus lados
y por más que miro y miro,
yo no te encuentro reparo.
Es por eso que te pido
que mejor me consideres,
y, sabiendo bien quién eres,
tu sí yo espero prontito.

(1) El reino de Paupa se hallaba ubicado en una isla encantadora, según la creencia llegada a Kiria de los tiempos preterritos. Pero, como era muy difícil alcanzarlo, puesto que bastaban dos faltas para ser indignos de dicho reino, el rey Filipus V desautorizó dicha creencia, por descorazonadora. Para ellos la falta tenía carácter irredimible. El arrepentimiento era apenas una promesa de enmienda, cuya efectividad era menester comprobar con eficacia, lo cual resultaba sumamente difícil. Después de Gomezio II dispusieron hacer de Kiria el reino de Paupa.—(Nota de Alt Diaba.)

No es tanto lo que yo pido,
 bien que es más lo que yo quiero.
 A la espera quedo y atento,
 por si me das un poquito.
 No es mucho lo que yo quiero.



He ahí otras coplas que solían cantarse con acompañamiento de peliandro, las que a menudo dejan ver la tendencia crítica, unas veces irónica y otras mordaz, del pueblo kirio.

En la opaca mente humana,
 si no van bien dirigidos,
 las razones y los juicios,
 rebotan como pedradas
 en la piel del cocodrilo.
 Y aun más, bien sé lo que digo,
 agregó el pastor Anagras:
 «Es bien resistente el seso,
 y a veces ni basta eso.»

«Si porque tú vas vestido,
 te supones de excepción,
 sácate pronto las ropas,
 y verás que estás construído
 como el mono más ramplón.»
 «Y pon buen punto en boca,
 añadió su mujer Lemes;
 que no te pongan a prueba,
 pues puedes pasar vergüenza,
 si acaso vergüenza tienes.»



Yo canto, canto y canto,
y después de tanto cantar,
quedo en el sitio de antes;
mi canto no hace avanzar.
Es porque incauto cantas mal,
dijo un pájaro al instante:
mejor será que no cantes
si pretendes alcanzar.

Más fácil es que se enmiende
un jorobado que un falso.
Es que el falso nada aprende;
queda el falso, falso, falso.

Con la mejor intención
hizo su invento el Otario,
de inmediato lo colgaron
con la mejor intención.

Tú pides sólo un poquito
para poder penetrar,
y apenas entras, monito,
no se te puede aguantar.

Inútil es que me llores
una vez que me enterraron;
haz que mi vida sea dulce,
que después me lleve el diablo.

A Zulania es que yo aspiro,
cuando canto muy contrito,
mas suena el peliandro y suena,
y ella no quiere escuchar;
deja mi pobre alma en pena
Zulania la ingrata, ¡ay!





Según se ve, son a veces de una gran inocencia sencilla y seráfica los poetas kirios, si bien movidos por sus ambiciones naturales. No obstante, alguna vez se expanden también en una forma bastante acibarada. Así, por ejemplo:

Alguno hay que no vale
el hueco en que se le entierra;
aunque la muerte lo iguale,
la tierra se encona y protesta
contra el muerto, el miserable;
y crecen ahí las espinas,
porque la tierra se irrita.

Para vivir esta vida,
preciso es vivir alertas,
no en las otras, no sabidas,
las que han de ser más tranquilas.
Si quieres puertas abiertas
vigila, hermano, vigila.

A fuerza de gran cuidado,
se hace grato mi festín;
a fuerza de gran cuidado.
¡Corta bien las malezas
si quieres a tu jardín!

Si tus faltas tolero,
y obro yo sin juzgar,
no soy hija de Kiria,
sino una criminal.

En la noble humana raza
dos entrañas se disputan;
¡cuidado si un día triunfa,
sobre la buena la mala!

Una copla que denota gran amargura, y que sorprende por cuanto el pueblo kirio no acostumbraba a formular quejas, sabiendo, por un lado, cuán vanas son, y, por el otro, contando con tanto recurso defensivo según contaba, dice:



Si los justos se callaran,
y no apestasen los muertos,
en todo el humano huerto,
¿qué hombre se salva, quién?
El propio que canta no salva
y hay mucha gente de bien.

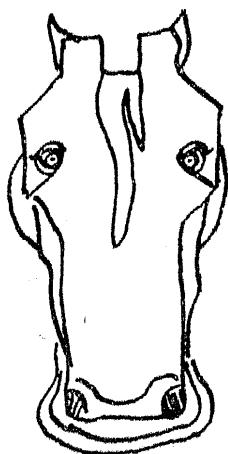
Esta copla debe ser muy antigua, de la fecha en que los kirios eran como los demás, pues, al disponer sus formas de convivencia más adelante, optaron antes que por la elegía, o la rogativa, el salmo y la queja, por recursos más expeditivos, como se ha visto.

Los kirios no firmaban sus composiciones, de manera que no podemos conocer siquiera el nombre de los autores; sólo nos queda la fisonomía de su idiosincrasia, si es permitido decirlo así. Ellos decían: «Ya quedará mi firma, ahí, si lo que digo tiene algún efecto, y quedará con honor y provecho si el efecto es beneficioso, y, si no, a pesar de mi buena voluntad, no se ha de tomar en cuenta, y es lo que procede.»

No puedo, por incompetencia, entrar a considerar el valor de esta poesía rudimentaria desde el punto de vista de las reglas consagradas. Esto lo harán los doctos, si les interesa. A mi ver es mala, aunque de fondo humano (1).

(1) Así como ciertos pájaros cantan mejor, según se afirma, cuando se les sacan los ojos, los poetas brillan cuanto más desdichados son. No podían los kirios, felices según eran

Por de pronto, los poetas kirios, según parece ser, entendían que su obra, y hasta su propia inspiración, debían buscarla en la moral, dado que ellos no se consideraban exceptuados por su condición de poetas de la ley natural humana, orgánica, y capacitados para trocar una monstruosidad en maravilla, por obra del ingenio y de la inspiración. Así es que fulminaban sobre lo malo, lo morboso, lo bélico por igual, en vez de magnificarlo. Para ellos la prepotencia violenta era un colmo, el más bárbaro de atentar a la dignidad humana, no ya colmo de aberraciones. Es realmente a deplorar el que no se hayan salvado siquiera sea algunos ejemplos de esta forma poética kiria substancial, selectiva.



y merecían serlo, llegar al florecimiento poético abundoso de nuestros días, en los que vivimos como pájaros ciegos en un mundo que parece haberse vuelto del revés.

Por lo demás, si se tratase de oíar, preferiría vivir bien cantando mal que la inversa.--(*Nota de Ali Biaba.*)



No basta que seamos sinceros, pero debemos serlo.

(Demario.)

Sueña, dejando abierto un ojo, atento.

(Moralio.)

Es lo que comprendes, no tanto lo que ves, lo que me interesa.

(Blengius.)



ARTES PLÁSTICAS

Era curioso ver lo que ocurría en Kiria con las artes plásticas. Su manera ruda, hispida diríase, de razonar, no permitía anteponer lo superfluo a lo esencial. Sin que desdeñasen el solaz, no llegaban jamás a darle precedencia sobre lo más premioso, y si alguien quería discutir acerca de ese punto, encareciendo la prominencia de lo bello, en su sentido impersonal y lírico, ellos se encogían de hombros y decían:

—Es ocioso que prosiga usted. Cuando tengo hambre, hasta antepongo el pan a la pipa.

Y había que rendirse.

Si algún osado pretendía insistir, el kirio, que no era de desmedida paciencia por lo común, replicaba ya con cierta severidad, diciendo:

—Con una persona que duda de que lo esencial es más importante que lo demás, yo no discurro.

Al decir esto, daba la espalda, no poco airoso.

Para él, nada le era más desdeñable que lo declamatorio. Sentía repugnancia por lo huero, y despreciaba lo falso; lo aborrecía más bien.

Así fué como en Kiria se esmeraron en fomentar las artes útiles con mayor esmero que las suntuosas, y llegaron, a pesar de la exigüidad de sus conquistas mecánicas, a procurarse una vida agradable. ¡Oh, no era en Kiria por cierto en donde se comenzase por colgar un cuadro o asentar una estatua sobre el pedestal, al instalarse una casa, aun antes que la mesa y la cama! Es verdad que eran muy exigentes sobre este punto, y sólo aquello que fuese muy digno de estima merecía los honores de la acogida.

Había algo del sentido sobrio japonés en su manera de decorar.

Lo que interesaba particularmente en Kiria, como asunto, era reconstruir la ascendencia, pues sentían a ese respecto una íntima devoción. No solamente magnificaban a los padres y a los abuelos, sino a los bisabuelos y tatarabuelos también, y agregaban a esto el etcétera, en la inteligencia de que los más pretéritos progenitores habían participado tanto como los propios padres en la obra de darles el ser y la cabeza, con los demás adminículos, según ellos decían.

De otra parte, como los kirios intuyeron el relativismo, ese que aun hoy se comenta y se discute como una novedad de gran bulto, al ver una obra inferior se decían, y, lo que es más, lo decían: «Claro que, desde el punto de vista en que te has ubicado, lo que has hecho te interesa; pero permíteme manifestarte que a mí no, no me interesa por cuanto me place mirar desde otro punto de vista.» Era así, éste, el reino de la libertad y del señorío, pues no puede negarse que fuesen corteses.

Ahora bien: podrá decirse que acaso fuera más interesante el punto de vista del pintor o escultor, autor de la obra, que el del que la miraba, pero como ellos, aun antes que los atenienses, eran áticos, expre-

saban su propia manera de pensar llanamente, sin agregar adjetivos cuyo peso no es posible afirmar. Claro es también que no dejaban de hacer lo posible para tomar el mejor de los puntos de vista que les fuere posible alcanzar, los unos y los otros, y esta



circunstancia hacía agradable este sector, puesto que en él se ponía a contribución no sólo el ingenio, sino la buena voluntad, y lo que es más, un sesudo criterio.

Cierta vez un artista pintó un mono grandote, en actitud de ofrecer una manzana a una mona grandota también, y buena moza, poniendo como título de la obra: «Nuestros tíos tatarabuelos.» Un kirio, muy místico, llamado Jeremías, de los pocos que ya quedaban, exclamó:

—¡Cómo se permite usted atribuirme semejantes abuelos!

—Disculpe—dijo el pintor—; si usted quiere, agregaré aquí: «Excepto de Jeremías.»

—Eso, no—replicó Jeremías—; prefiero hacer al respecto mi salvedad mental.

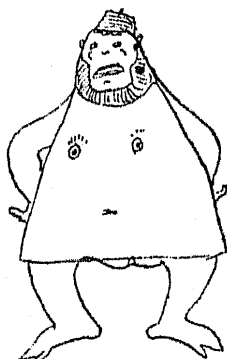
Era, como se ve, bien pintoresca y amena también desde este punto de vista la vida en Kiria.

En cuanto al desnudo, entre los kirios, era asunto para la mayor intimidad. ¡Cuidado con mostrarlo en público, aunque fuese pintado! No por eso la mujer



dejaba de tener y ostentar coquete-
ría, pero sí de un modo mesurado,
lo cual hacía también agradable la
vida, pues solía ofrecerse la sor-
presa, y a veces más de una, cosa
que a fin de cuentas resulta estima-
ble cuando la sorpresa es grata. Crucio decía: «Eso de
andar desnudos está bien para los monos, y a ellos
mismos les gusta que los vistan.»

En cuanto a lo del «arte por el arte», sonreían.



Nota de Ali Biaba:

Si hubiésemos de atenernos a lo que nos dicen por lo gene-
ral las artes plásticas, hoy día, la mujer habría llegado a un
estado lamentable de deformación, por vicio de angulosidad y
de coloración. Felizmente están ahí las *girl's* y algunas otras
empeñadas en demostrarnos, de cuerpo entero, que todavía
hay graciosas curvas y pieles tersas, y tonos marfilinos, rosa-
dos, ocreos o nacarados decorando dicha arquitectura divina.
Roguemos para que pueda mantenerse dignamente, a fin de
que nos sea dado esperar en los destinos de la especie humana.
De otro modo, lo mejor sería liar nuestros petates y disparar.

Si quieres llegar, hazlo con tus piernas.

(*Agustinus.*)

Di lo que quieras; espera las consecuencias.

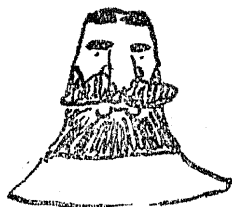
(*Scraphius.*)

Llevas la verdad encima, sáúdete para verla.

(*Beltranio.*)

El teatro es ficción: trata de ennoblecerla.

(*Kapurrius.*)



TEATRO

Con la mentalidad y la manera de ser de los kirios, tan singular, poco revuelo podía tomar el teatro. Los temas antiguos, de las remotas épocas kirias en que vivían, pensaban y sentían como los demás, «los continentales», según decían con cierta malicia despectiva, habían quedado olvidados y aun deliberadamente proscriptos de aquella mentalidad positiva, posterior, dado que era preciso renovarse en sentido más juicioso, renunciando a las quimeras que antes habían desviado por ignorancia como ellos lo afirmaban. Al revés de lo que estilaron y aun estilamos los continentales—para estar a su vocablo—, que nos enterneceamos aun con los más viejos y absurdos relatos, y los concebimos llenos de encanto, aureolados con nimbos miríficos (1), ellos sonreían piadosamente,

(1) Todavía nos conmueven y encantan a veces hasta los relatos acerca de las intimidades de las más viejas alcobas, por escabrosas que éstas sean. Pero hoy, la obra teatral, como la novela, se halla frente a un nuevo elemento: los progresos y las divulgaciones de la introversión. Cada cual va atendiendo cada vez más como espectador su propio drama, y no es de

como lo hacemos nosotros al ver una levita romántica, diciéndose: ¡Toma: esto es lo que deleitaba a nuestros buenos abuelos!...



Poco a poco, así que fué desprendiéndose de las viejas predilecciones, quedó el teatro retaceado. Ya no se complacían en asistir a las agonías, ni a

los arrebatos pasionales eróticos, y ni siquiera a las infamias, y muerto así el viejo teatro a causa de su propia teatralidad, hubieron de renovarse los solaces, de acuerdo con un nuevo espíritu.

Ellos no entendían como nosotros que el teatro debía desempeñar una misión educadora trascendente, no tan sólo porque tuvieran otros arbitrios más directos y eficaces a la mano, sino porque el teatro debía

extrañar que le interese, y aun que lo magnifique generosamente, por manera que las intrigas ajenas, por picantes y endiabladas que ellas sean, no bastan para despertar interés; para ello es menester que se hallen juiciosas observaciones que puedan guiarnos en nuestro laberinto interior. Sin eso, el enternecer o distraer al público por tales arbitrios es ocioso, como el pretender que ría y se divierta aquel a quien azotan. El drama interior interesa siempre más, y allá mismo, en Kiria, debido a su gran cordura, que se anticipó a los tiempos merced a su gran libertad mental de emancipados por intuición, no podía seducir a un kirio ni a una kiria, el saber al detalle lo que con sus amores y sus celos ocurrió a Fulano con Menganita, que ni conocen, y de cierto que no resistían a escuchar el epílogo si acaso comenzasen a atender. Ya sabían, de antemano, que estas cosas casi siempre terminan por lo mismo.—(Nota de Ali Biaba.)

ser antes que nada materia de regocijo, tónico más bien (1).

Cierta vez obtuvo audiencia del rey Ericus I el famoso Muncardo, célebre intérprete de las más viejas tragedias, y le expuso su punto de vista, pidiéndole una subvención para reconstituir aquel teatro que había tenido tanto auge y prestigio, y que había ido languideciendo así que el pueblo kirio adoptaba usos y costumbres propios y adecuados a su tiempo. Para él, Muncardo, esto significaba un siniestro presagio.

Sonrió bonachonamente Ericus I, y dijo:

—No te aflijas, Muncardo, esto no es signo de atraso ni autoriza presagios sombríos de ningún género. Lo que ocurre es que durante la última carestía de empanadas quedó el pueblo desacostumbrado a aquellas emociones, y ya no quiere ni puede retroceder; y yo me alegro de que sea así.

Muncardo lo escuchaba estupefacto, mudo. El rey

(1) El cine, al mostrarnos al mundo por los ojos y al hacernos ver a los demás pueblos, incluso las tribus salvajes, preocupados primordialmente de lo propio que nos preocupa, ha de permitir que se forme una conciencia más clara y más cabal acerca de lo que es la humanidad, y lo que es la vida humana. Tal aprendizaje, que no lograrían hacerlo cien tragedias maestras, y que por su propia forma viene habilitado para la divulgación, ha de tener más efectos que el teatro de las élites para la educación pública, y para poner de manifiesto la necesidad de solidarizarse, si hemos de disfrutar del bien de la vida.

El cine, entre otras ventajas, ofrece la de dejarnos ver que no es por la acumulación de progresos que se conquista el bienestar, sino por la organización, así como que es infructuosa toda organización cuando carece de probidad, de entera buena fe. Eso se va viendo cada día más claro porque se ve con los ojos, a los cuales hay más costumbre de dar crédito que al oído.—(Nota de Ali Biaba.)

dió unos golpecitos en la mano con su pipa, aspiró con fruición, y prosiguió:

—Cuando recitaste la famosa *Keitandra* o la *vengeanza de Kaika* sorprendí a unos cuantos oyentes, ya maduros, los cuales lagrimeaban henchidos de emoción, y me dije: «Esto no puede tolerarse.»

—¿Y las mujeres?—preguntó ansioso Muncardo.



—Las mujeres, deliciosas según son—replicó el rey—, tienen de sobra con el cucurucú para sus ensoñaciones. Déjalas tranquilas, que no vayan a ensombrecerse y a perder su feminidad la más auténtica, pues, en tal caso, estamos perdidos. Eso sí que sería de funesto presagio.

—¿Y en cuanto a mí?—añadió suplicante Muncardo.

—Eso es otra cosa. No creas que haya dejado de pensar en ti, mi buen Muncardo, que no has hecho mas que interpretar, sin mala intención alguna. No te hallas ya en condiciones de cambiar de oficio a tus años, de manera que te ofrezco la casita que tengo en mi granja en el radio de los melones. Ahí sabrás lo que son melones, así que se distancian del zapallo. Ya sabes.

Enternecido, Muncardo, aceptó, y quedó liquidado así lo relativo al teatro succulento y truculento antiguo, tanto más pronto cuanto que el pueblo kirio no estaba como nosotros ocupado en proveer de asuntos sensacionales a los dramaturgos, ni de asuntos de alcoba a los comediógrafos, y fué haciéndose cada vez más ameno y tónico el espectáculo teatral, al propio tiempo que las costumbres, y más saludable una y otra.

Dado que los kirios eran estrictamente lógicos, no se dejaban marear por disquisiciones arbitrarias, sub-

ordinando lo menos importante a lo esencial, que era el cultivo de una moral tónica, específica, la que debía atenderse en todos los sectores a la vez, y en todo instante. De ahí que repudiasen lo pecaminoso, no ya lo escabroso y lo truculento, por igual, sin admitir que tales elementos pudieran integrar su campo estético, por muchas salsas que pretendiesen enaltecerlo o encubrirlo.

Si hubiesen tenido prensa a la manera moderna, lejos de explotar el cúmulo de dudas que aletean constantemente en el campo de probabilidades y posibilidades que forma la pista donde se agita nuestra existencia, se habrían esmerado en descubrir las soluciones más juiciosas, para afirmar y elevar la conciencia pública.

Con la manera actual de pensar todo está bien si está bien dicho, y esto nos conduce a los más desdichados extravíos.

Acerca de los propios solaces, ellos entendían que debían ser todos sanos, por morales y estimulantes, poniendo en berlina a los que se deleitan lagrimeando. Esto les parecía malsano (1).

(1) Uno de los diálogos de Faraonte trae algo a este respecto:

Ketonia: Por mi parte, querido maestro Oliverius, yo no puedo manifestarme de acuerdo con Ericus I, por cuanto creo que la tristeza forma parte de la vida y nos permite apreciar mejor lo inefable de la alegría.

Oliverius: No es esa una razón para cultivar la tristeza, artificialmente. La producción natural forzosa, basta y sobra para este fin.

Ketonia: ¿Entonces apruebas tú, maestro, el bando de Ericus I?

Oliverius: Yo, amada Ketonia, daría mayor libertad. Impondría, eso sí, a los empresarios el que pusiesen un gran papiro a la puerta, expresando: «Aquí se procura el llanto» o bien: «Aquí se procura la risa.» De tal modo, al pasar, los

El teatro está enfermo de teatralismo; la vida y el alma humana, también, y de ahí la crisis total en que vivimos. Por algo habían dispuesto los kirios dar duro sobre lo morboso, lo dramático, lo trágico y todo lo demás que subvierte y malogra la existencia. Sobre cualquier abuso: el fausto, las mascaradas civiles, religiosas o bélicas también golpeaban, en la inteligencia de que son de una flagrante insociabilidad—así decían ellos candorosamente—y no tan sólo ineficaces, sino además contraproducentes.

Acerca del renglón verde, uno se pregunta si habrían admitido ese beso ritual cinematográfico, el cenit de la pantalla, que se mira quizás con mayor recogimiento que el propio instante en que el cura levanta el cáliz, en la misa.

cultores de ambos géneros se pondrían más tristes o más alegres, según la cepa a que pertenecieran.

Ketonia: No comprendo, amado maestro Oliverius.

Oliverius: No puede ser más claro, sin embargo. ¿No ves que nada inspira tanta tristeza a los tristes como el saber que hay quienes se divierten alegremente? Y lo propio es la inversa.

Ketonia: Nada inspira tanta alegría como el ver que hay quienes procuran su propio entenebrecimiento. ¿Es eso lo que quieres decir, querido maestro?

Oliverius: Eso, y que todavía pagan la tristeza, amada Ketonia, los cultores de la misma. Verdad es que hay muchas cosas tristes en la vida.

La gloria a menudo consiste en preparar el hígado, como los gansos, para que lo disfrute la posteridad. No me parece discreto el fabricar mayores tristezas aún.

Y redondeó su pensamiento así:

«Por dura y reacia que sea la inteligencia humana, ha de llegar un día a comprender que sale perdiendo el cultor de tristezas, por mucho que alborote el pelo y ensombrezca la mirada.»



Por mucho que envejezcas
quedas niño.

(*Antonius.*)



Nadie debe ser obligado a
dar ni hacer más de lo que
puede. Exigirlo es dar las na-
rices contra el muro.

(*Federicus.*)

Toma la vida natural como
la más sabia escuela.

(*Lagarmio.*)

LA ESCUELA

En la escuela kiria se trataba ante todo de preparar al alumno en el sentido de formar conciencia acerca de la dignidad de la especie humana, de la estimabilidad de la vida y de las ventajas que ofrece para el hombre la vida de sociedad. Para el kirio no tan sólo era digna de ser vivida la vida del ser más seleccionado y capaz en la naturaleza, del que ocupa una jerarquía de elección, sino que se la debía apreciar, y mucho.

—¿Puede haber alguien tan ingrato e inconsciente—decía el anciano Adamio—que no se sienta reconocido y satisfecho de haber llegado a ser lo que es—y lo propio puede decirse de la mujer, si no más, agregaba—, en la brega total donde hay tantos seres mínimos tristes y compasibles? Es un colmo el menosprecio de tan ventajosa prerrogativa como es la humana. Sólo una voracidad codiciosa y sórdida, o las locuras del devaneo arbitrario pueden hacernos desestimar los

bienes naturales, en vez de disfrutarlos, como si un pájaro en vez de hallarse radioso con su hembra y su nido, se desesperase porque no tiene la forma y la fuerza del león o el peso y el tamaño de un elefante (1). Demiquelio, un viejo pastor muy probo, decía:

«No hay ni puede haber nada mejor que lo nuestro. Cuidemos, pues, de nuestro jardín-paraíso, y de nosotros mismos, para poderlo disfrutar. Ya veremos



después lo que nos espera, y será ese el instante de arbitrar de modo que podamos aplicarnos, según seamos, a cumplir los nuevos deberes y a disfrutar de las prerrogativas que nos sea dado alcanzar.»

Otro anciano, Briñoleo, decía: «No olvidéis que nunca será por la acumulación, sino por arbitrios de

(1) Como el pájaro es más inteligente y discreto que el hombre, se echa a cantar glorioso.---(Nota de Ali Biaba.)

sensatez, que se llega al bienestar. Todo nuestro empeño debe ponerse en descubrir lo que es, por debajo de lo que aparenta ser. Hasta que no lo podamos ver, somos compasibles ignorantes; y es por entre las selecciones de estima, las efectivas, que debemos guiarnos, pues lo demás, por aparente, no cuenta y nos conduce necesariamente a la decepción.» (1)

En esta inteligencia, acorde con la realidad, se formaba el espíritu optimista, combativo y prudente del pueblo kirio.

Había el prurito de rehuir todo error, bien que proviniese de las idealizaciones más brillantes de la literatura, así como todo aspecto entenebreedor, dado que lo esencial era cimentar la conciencia sana, clara y efectiva de la soberbia entidad humana, frente a la naturaleza, que es toda circunspección. Así es que desechaban todas las veleidades fatídicas e infecundas, según se espantan las moscas. Rechazaban así, en bloque, toda idea de que alguien, fuera de su ascendencia, se hubiese mezclado en producir al hombre, al kirio por lo menos. Ellos decían: «Nuestra ascendencia es



(1) La escuela, entre nosotros, va preparando alumnos como en una fábrica de pianos se preparan las teclas, sin saberse qué clase de música van a tocar, pues van a la circulación con la conciencia de la tecla, mas no con la del piano, ni mucho menos con criterio musical.—(Nota de Ali Biaba.)

de hombres, y como tales, dioses, como nosotros. Seamos dignos de tal abolengo.»

Otro anciano, Anxio, que vivía en el campo haciendo quesos, había dicho: «Cuidado con dar recursos antes de haber formado una conciencia moral, que es como poner armas en manos de un idiota o de un loco, acaso de un malvado; y no se sabe cuándo es peor.»

La enseñanza asumía el carácter de una solemnidad, algo comparable hoy día al instante en que se coloca la hostia en la lengua del novicio. Se examinaba minuciosamente cada noción, tratando de que no pudiese desviarse del criterio natural, orgánico. No era así la escuela kiria una simple acumulación de antecedentes, sino una selección de conocimientos tendientes a encaminar la individualidad del alumno dentro de las líneas que se habían admitido como más juiciosas y aptas a la prosperidad común (1).



Como se atenían más que nada a su buen sentido, a su cordura, sin dejarse seducir por las grandes quimeras, iban marchando constructivamente del cimiento hacia arriba, sin excederse en alturas, por escrúpulos de sensatez; y los alumnos, al salir de la escuela, se hallaban habilitados para incorporarse sin sorpresas a la vida isleña, dado que toda ella era escuela también

(1) Si la conciencia humana se hallase preparada para seguir el proceso de investigación científica, bien otro sería el espíritu público; y esa es la obra de la escuela, también ha de ser su gran aspiración.--(Nota de Ali Biaba.)

o, por lo menos, una prolongación de la misma, la gran escuela de la vida natural.

Por estos arbitrios llegaron los kirios al orden dentro de la libertad y a conciliar los fueros individuales con los deberes sociales, dentro de lo legítimo (1).



En la isla kiria se hizo una vida humana, genuinamente humana y superior, digna de hombres-dioses, debido justamente a que aplicaron la enseñanza a los fines orgánicos específicos, en tanto que nosotros, los del continente, hemos comenzado por declararnos esclavos sumisos, y vamos así en procura de la libertad, que es dignidad. La enseñanza, para nosotros, ha sido un lujo más bien, encaminado a dar brillo mejor que

(1) Alí Biaba, al llegar aquí sonrió con malicia, y, al notar mi curiosidad me dijo:

—Claro. Ellos lo hacían todo mediante un plan razonado, mientras que nosotros, como que hemos perdido las nociones del buen sentido, lo hacemos todo a la buena de Dios. La instrucción se vierte según hacen las cocineras cuando preparan un pote, que van echando todo lo que les viene a la mano. Recuerdo que una mulata, cocinera antigua de mi barrio de los tiempos en que yo era chicuelo, en esa operación preparatoria estaba de tal modo distraída, que metió en la olla una alpargata. Cuando se estaba sirviendo el pote en la mesa, después de la bendición de práctica, saca la señora Candelaria la alpargata, y exclama horrorizada:

—¿Qué es esto, Celedonia?

—Es una moreilla, señora—contestó la mulata Celedonia, sin inmutarse.

Así hacen y hacen algunos maestros cuando ven salir a los alumnos de la escuela, bien embuchados, y sin otra brújula que la de los apetitos.

a dar satisfacción a las finalidades de la especie, bien que esenciales. Así ocurre que los alumnos van en procura de un diploma, de una aptitud aparatosa, antes que a habilitarse para cumplir sus obligaciones y deberes orgánicos para consigo mismos y para con la sociedad que integran, no ya para con la especie, que queda omitida de fronteras afuera.

Los pedagogos y maestros señalan y toman la propia senda (1).

(1) La supersticiosidad que aun muere al hombre moderno en la medula es tal, que no ha podido todavía desprenderse de ella, para asumir la actitud que corresponde al ser dominante en la naturaleza, y aun finge la humildad, no sin tratar de emanciparse para quedar exonerado. Es la supersticiosidad lo que ha ensombrecido el mundo para la vida humana, engendrando la pasión por lo dramático y lo trágico, temas que ha magnificado y aun magnifica en el teatro y en la literatura, con ser cosas abominables. Es dicha predilección la que ha ido caracterizando lo que hay de peor en el hombre y si se dicesen clara cuenta de que todo eso arranca de las lúgubres cavernas humanas, no habrían de hallarse tan ufanos los cultores de lo macabro, de la tristeza, de lo melodramático y truculento.

Al leer esta nota de Alf Biaba, lleno de sorpresa, le pregunté:

—¿Cree usted, realmente, que pueda quedar todo eso como residuo de un alma tan vieja, como es la humana a que usted se refiere?

—Claro que sí. La supersticiosidad es como un moho incrustado no sólo en la envoltura del mollo, sino dentro, y de tal modo, que si hoy mismo se nos dice con actitud hierática y voz cavernosa que es preciso dar vueltas de carnero por la mañana, para ser felices, se nos podrá ver a la semana siguiente dando vueltas de carnero, en conciencia, por si acaso, y nadie las hará mejor y más a conciencia que los más graves.

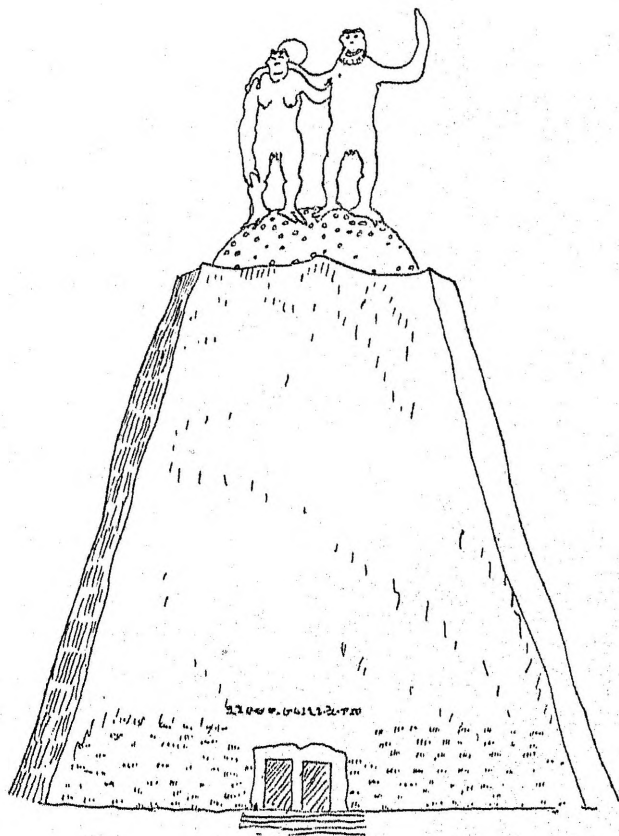
Esto lo dijo Alf Biaba lleno de convicción, agregando:

—Vea usted con qué espontaneidad se toca madera...

—¿Y los kirios?—pregunté...

—Con ser simplistas, los kirios no eran de esa estopa que nos rellena. Ellos eran amplios de espíritu, no como estos

Los kirios tenían, según se ve, otro concepto de la enseñanza. No tan sólo debía habilitarse al alumno para saber lo que se hizo y se hace, lo que se pensó y se piensa, sino ante todo para saber lo que debe hacerse y pensarse para que el hombre marche bien.



ejemplares que aun podemos ver hasta cansarnos, esos de alma abstrusa y endemoniada o los otros de ciencia corta, basta y recia que peroran sobre cualquier asunto, saturados de pe-

Ellos decían: la escuela es fortaleza y templo; más aún: es guía directriz moral y material, por lo que muy difícil es dividirla, dado que es obra de conciencia, y la conciencia es integral y debe serlo. Peponio decía:

—Por muchas vueltas que se den, resulta claro que escuela es conciencia.

dantería, sin ver ni vislumbrar nada de lo que se agita un pulso más allá de la punta de la nariz, ni de la nariz para adentro.

Al decir esto, airado, agregó:

—¡Y a todo llamamos hombre!

—Cierto es—dije yo confirmando—, nosotros somos formalistas y nos atenemos a la forma, olvidando el fondo. Los pedagogos y maestros también. Y quisiera, como americano, ser substancialista más bien.

—¿Y cómo lo concibe usted?

—Escuche:

No es a una simple derivación de una cultura europea o asiá-
[tica

con alma americana, a lo que aspiro yo para América.

sino a una reacción de nuestra alma libre, autónoma,

espontánea, franca y nítida,

cimentada en sus enseñanzas,

no en sus extravíos: hay que despajar.

No es a un alma de simple brillo pasivo,

que va mansamente a la zaga, a lo que aspiro,

ni es a hacer de América un granero opulento, colosal,

sino un humano paraíso terrenal.

Al oírme, Alf Biaba frunció el entrecejo, y me dijo:

—No está mal esa su aspiración, pero ya verá usted la suma de obstáculos que halla a su paso.

—Mientras madura la idea—dije yo—, lleno de convicción.

La observación atenta y libre es la que mejor nos deja ver.

(*Salamonio.*)

Antes de ponerte en marcha, decide adónde y cómo debes ir. Para eso ha sido construída con tanto esmero tu cabeza.

(*Romerus.*)



A MANERA DE EPÍLOGO

Con sólo estas notas sumarias, tomadas a escape, llenos de curiosidad y con bastante emoción, a medida que traducía el sabio Alí Biaba, no menos emocionado por cierto, no es posible hacer conclusiones ni emitir siquiera una opinión. Es por demás singular este pueblo kirio, para atrevernos a esto.

Me limitaré, pues, a expresar someramente mi «primera impresión», por lo propio rectificable.

Esto mismo ofrece no poca dificultad, pues hemos perdido contacto con la vida natural, de tal modo, que hasta nos cuesta concebirnos como elementos integrantes en la naturaleza. Se nos antoja que estamos aquí según se está en un vestíbulo, a la espera de que se nos mande pasar sin saber adónde. La mentalidad humana se encandiló con sus visiones, imaginó un reino sobrenatural, ya sea mirífico o terrible, y el hombre se ubicó en él envaneído con la idea de una falsa superioridad en la naturaleza, como ser de excepción, no por su más compleja organización, sino por su esencia misma. De este espejismo originario, como desvío cardinal, surgieron las consecuencias que estamos palpando, aun hoy, en medio de una aturridora eclosión de conquistas científicas y de aplicacio-

nes industriales, las que nos encandilan y jaquean en vez de consolidarnos, dado que ponen de manifiesto todas las incongruencias e incoherencias de nuestra mentalidad, y con ello las de la acción, la que debe ser reformada a cada paso de un modo serio, cuando no fundamental, y no sin formular salvedades ni sin oponer resistencias. No son los pueblos ni los hombres los que van ordenando sus progresos, para disfrutarlos; se diría más bien que son los progresos los que nos llevan hacia adelante aturdidamente, lo cual es un contrasentido.

El pueblo se siente ya y se sentirá cada día más sublevado contra las formas opresivas de gobierno. Impuestas por la suntuosidad social, generadas por el espíritu bélico, y alimentadas por una mentalidad megalomaniática, que se prestaba a hacer apologías más bien que a usar de la fusta, aun siguen encandilando a los soñadores de cepa reaccionaria.

Siendo, como es, orgánico el espíritu de emancipación, resulta ineluctable, y se manifiesta reivindicatorio en todos los sectores a la vez.

No hablemos de nuestra ciencia abstracta, que nos mantiene después de tantos siglos de ensayo en perplejidad total, y sin saber cómo conectarnos con los resultados más positivos de la ciencia humana. Se diría que en vez de afirmarnos a medida que avanzamos, nos hallamos cada vez más embarazados con nuestro bagaje mental, obligados a modificar penosamente nuestras opiniones adquiridas—no digamos convicciones, puesto que mal se aviene este concepto con la versatilidad y el bizantinismo que campea en dichos dominios. Si alguna afirmación puede hacerse sobre este punto es que las directrices fundamentales ideológicas fueron y son erróneas. De ahí la inseguridad y la confusión en que vivimos.

Nuestra posición ideológica no es firme, apta a construir, sino que, por el contrario, a medida que marchamos sentimos más que nos fallan los cimientos: esto es efecto de la inicial supuesta sobrenaturalidad, fruto de extremado egocentrismo, ilusión que los minó por la base. De ahí que todos los ordenamientos humanos, dispuestos con arreglo a esa falacia, se vean tambaleantes, cada vez más. Se advierte que en vez de un sesudo ordenamiento gregal, el humano, es un abigarrado hacinamiento lleno de posibilidades, pero infecundo, por inconsistente, o ineficaz más bien.

Una sucesión ininterrumpida de problemas sociales, morales y políticos, todos fundamentales e imprevisos, nos va despertando a la realidad cuando pensábamos haber llegado efectivamente a un alto grado de cultura, y nos despierta a una realidad insospechada, y triste, pues nos desmonta de nuestras posiciones ilusorias y nos obliga a vivir en estado de pesadilla. Quedamos a la espera de una reforma salvadora, que nos aplome y nos ordene, bien que sea utópico el pensar que la obra de nuestra organización social, que es y debe ser esencialmente de conciencia y de ecuanimidad, pueda ser alcanzada por una simple medida. Este es el espejismo que hace dar brazadas en todo sentido, alocados por esta actualidad intrincada, impotente e infeliz, a pesar de tantas conquistas.

Lo primordial, por su propia esencialidad, consiste en decidir del criterio a adoptarse, esto es, de la conciencia-guía, que es lo único que puede servirnos para salir con honor del enredo social y político en que nos hallamos sumidos, para aplicarnos a la obra básica de la organización humana integral, tan inconsultamente descuidada. Tal como se halla hoy la conciencia humana, ajena a un criterio moral firme, y hasta prescindente de este factor fundamental como

si fuese una simple fruslería, se comprende el desconcierto y la desazón congojosa en que vivimos, donde podemos ver prosperar por igual todas las ideas, aun las antagónicas, y nos decimos: ¿Cómo llegar por aquí a una forma orgánica y sabia de convivencia?

Preciso será ante todo rectificar nuestra conciencia.

Lo que demanda nuestro ordenamiento social es un régimen de salubricación a comenzar por la base, y una acción congruente, severa, vigilante, solidaria y sabia. Todo lo demás es un miraje inane, por vano.

Se ha pretendido hacer marchar a la humanidad por espejismos, no ya por teorías y principios como por sobre rieles, olvidando que la especie humana es organismo natural y que debe proceder como organismo, lo propio que sus células componentes que lo son también. En vez de procurarse el ritmo vital en relación al *hecho*, se ha pretendido imponerlo con arreglo a prejuicios y preceptos que prescinden de la realidad real, y algunos hasta la contradicen, por donde no son de sorprender las inquietudes, las violencias y desengaños corrientes. Todas estas rémoras que obstaculizan el paso a una conciencia cabal, positiva, científica, acorde con la naturaleza, dan a la vida el carácter de una ficción más que el de realidad integral, lo que es un colmo de subversiva estultez, por extravío. No queda, pues, más recurso que la escuela, para recimentar la conciencia específica. Lo que hemos de hacer con nuestra mentalidad es lo que hacemos con las medias, que se vuelven del revés, para calzarlas mejor.

Nos atemoriza esta empresa, que, frente al planteo de los principios líricos de igualdad y libertad, habría de trastornar y convulsionar a fondo la economía social. Sin una conciencia específica, es impracticable el régimen de selección impuesto por la vida de natu-

raleza. Esto presupone una ética no sólo firme, sino también de muy noble cepa.

En el estado caótico en que vivimos, más que difícil resulta imposible llegar a una solución práctica, directa. Antes hay que liquidar los yerros incurridos, que no son pocos ni poco graves, los que han ido reforzando las posiciones de los antisociales, inorgánicos, acaso más que las de los que concurren a la obra de la organización. Estos se sienten cada día más inseguros, puede decirse. Nada hay más conducente que la escuela—y quizá no hay otro recurso—, si se quiere llegar a un resultado efectivo en esta tarea de rectificaciones.

Dada la premiosidad a que nos aboca la anarquía general, parece ser la escuela un medio por demás lento; pero si es la conciencia lo que es preciso recimentar, ¿qué otro recurso puede ofrecerse?

A fuerza de transgresiones sociales y políticas, morales también, y no pocas naturalmente, el hombre moderno ha llegado a trocarse en una ficha, un voto, todos por igual equiparados en cada sector partidario como si fuésemos tipos diversos de autómatas de una sola fábrica, cuando no esclavos encargados de acumular dinero penosamente, estúpidamente. Los fueros humanos más respetables han sido barridos por idealismos románticos, místicos, alocados.

El espejismo de que todos los hombres pueden ser equiparados en el ordenamiento social por mandato de la ley, prescindiendo de las aptitudes, de los merecimientos, de las aspiraciones, nos ha enfrentado a una igualdad absurda, disparatada, que riñe a cada instante con el hecho, que pretende subvertir el orden natural, sin lograrlo, afortunadamente, y es esto lo que mantiene el estado de revolución en estado latente, según ocurrió antes con los regímenes autori-

tarios, henchidos de arbitrariedad despótica, tiránica, de megalómanos.

No se puede impunemente, por ningún arbitrio, atentar a la realidad natural, que es orden y selección, hecho además, y, como tal, soberano, imperativo. Formar conciencia no es otra cosa que comprender la realidad natural, en la que vivimos integralmente, quiérase o no, y en la que si bien podemos disfrutar de nuestro rango de elección, sólo ha de ser a condición de formar una conciencia cabal y de guiarnos por ella. Sólo por ahí tiene sentido nuestra superioridad.

La vida humana ha perdido los encantos de la vida misma, y la poesía ha tenido que confinarse en el hermetismo. La mujer repudia su condición natural y aspira a equipararse al hombre, es decir, al ser más triste de la creación, el más desorbitado. Se diría que los unos y los otros tratamos de marcarnos, como los que están en capilla en espera de la ejecución; a esto se llama pomposamente vida moderna. Toda la añeja mentalidad nos va arreando en la vida hacia el infierno: la religión, la moral, la ley, la política, y con ello el propio progreso, las medidas fiscales, municipales, policiales, todo se va entenebreciendo sin dejarnos ver siquiera un claro promisor. Por doquiera se advierte un esfuerzo ciclópeo, mas no auspicioso, sino dispuesto más bien a impedir un derrumbe, se diría, o a contener las aguas de un río en desborde, dispuesto a arrollarnos. No es un esfuerzo hecho para consolidar y mejorar nuestras posiciones, no, pues fuera de no ser firmes, son bien poco halagadoras, y eso que nos hemos podido acostumbrar a ellas. Es que nuestro ser, como natural, nos incita a adaptarnos a la vida de naturaleza, en tanto que nuestra mentalidad, arbitraria, puja para desprendernos.

Es la bancarrota de nuestra mentalidad, de nuestra

civilización, donde sólo asoma como elemento salvador: la ciencia experimental, augusta.

A todo se ha apelado y se apela en el esfuerzo escolar, a la instrucción, al recurso; y se omite lo esencial: la conciencia, que es lo único que puede resolver el problema individual cuanto el social, honorable y eficazmente.

De otra parte, las más viejas creencias gratuitas, las más infecundas, pretenden aun hoy regir el proceso natural humano, orgánico, ineluctable, ineluctablemente orgánico, y, como un lujo de inteligencia, se las quiere sobreponer al juicio, a las comprobaciones de la ciencia experimental, a un mayor conocimiento de nuestro ambiente que es y no puede ser otro que la naturaleza. De ahí esta crisis total de la civilización humana en pleno apogeo de conquistas materiales y recursos, no ya de conquistas espirituales, además, que no pueden prosperar ni depararnos una mayor emancipación mental por cuanto nos sentimos aún esclavizados por las visiones pretéritas, coactos. Es tan profundo el cúmulo de errores, prejuicios y convencionalismos incrustados en la mente humana, todos tendientes a exonerarnos de nuestra condición efectiva, como si ella fuera inferior a su misma realidad soberana, que vivimos aún vergonzantes en nuestra realidad real, y altaneros en nuestra ficción mental: es lo absurdo.

Quisiéramos desembarazarnos de todo eso para ver claro, y nos asalta el temor de que al ver lo que hay de cierto lo hayamos perdido todo.

Por manera que, con arreglo a nuestra mentalidad, si nos atenemos a lo que tenemos y a lo que debemos, vale decir, a «lo que es», nos quedamos sin nada: no puede ser más desamparado el sesgo de dicha mentalidad. Resultaría que lo que hay de mejor y más

cierto en la vida son las ilusiones, o sea el engaño, cosa que implica la aberración. No es pequeño el desvío, para que no debamos temer las consecuencias.

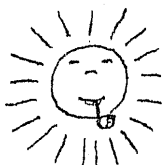
El aturdido empirismo director, que comenzó por desconocer la preeminencia de la necesidad orgánica, ésa, esencial, fué conduciendo hacia las formas arbitrarias, y, a fuerza de andar, nos hemos habituado a adorar el recurso en sí. De esta suerte hemos llegado a considerar sin sublevarnos dentro de nuestra «civilización y cultura», las mayores subversiones, los más atroces atentados y monstruosidades. Sin que los parisinos hubiesen asado todavía para comer a un solo berlinés, amanecía el famoso Bertha lanzando bombas mortíferas sobre París, y las naciones y los hombres se hallaban más sorprendidos por la proeza técnica que por la barbarie de dicho gesto, lo que sobrepuja toda otra obliteración moral.

Es que, de antiguo, con ofuscación más que salvaje estulta, se admiró la hazaña técnica sin atender a la procedencia de la necesidad o aspiración a que accedía, y ahí, en esa falsa ruta, se edificó nuestra mentalidad. Ese es el escollo donde damos testaradas, mientras la vida humana perdió sus mayores y mejores encantos. En otras palabras, es la más descarada amoralidad.

Podemos estar contentos los americanos al comprobar que nos es más fácil reconquistar aquellos bienes. Al pertenecer a una modesta y sencilla familia criolla (lo que no es chica ventaja), una familia que no tiene ni quiere enredos con los de al lado, ni con los de enfrente, ni los demás del barrio humano, nos es posible vivir como es debido. Lo otro es puro quebradero de cabeza, cuando no algo peor, lo propio catastrófico.

La vida plena, espontánea; la vida natural nobiliaria, digna; la conciencia específica; la verdad com-

plexiva, comprobable, son bienes de que deseamos disfrutar los de América, para no tener que consolar-nos con el paraíso artificial. ¡Dónde están el peliandro y las guitarras kirias, con su ingenuo y sano sonar pastoril, y las pipas perfumadas!...



FIN

Una vez que leí a Alf Biaba mis palabras de epílogo, lo miré ansioso, tratando de descubrir su pensamiento, y él, que comprendió mi inquietud, me dijo sonriente:

—Tiene razón, mi amigo; pero vea: Le aconsejo que no se haga ilusiones, pues las verdades más sencillas son las que más cuesta hacer admitir. ¿No ve usted que en estos tiempos ni hay noticias ya de lo que es el buen sentido? No es cordura lo que hoy se busca y se quiere, sino el que se halaguen las vanidades corrientes, aunque sea con futesas y espejismos. Note usted que no hay fortalezas ni castillos más resistentes que los que ha construido el ingenio humano en su propia mente. Eso, diríase que es lo indestructible; ¿no ve que nosotros, si acaso razonamos alguna vez por casualidad, lo hacemos empotrados en esa arquitectura plateresca preconstituida, llena de arabescos?

Al decir esto, sus ojos hicieron cabriolas, y Alf Biaba se echó a reír sarcástico.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria	7
Noticia prologal	9
Situación geográfica, etnografía, etc	13
Generalidades	17
Dignidad kiria	29
Religiosidad del pueblo kirio	39
Ideología kiria	49
Sociología kiria	67
Urbanidad	81
Otras peculiaridades, usos y costumbres	87
La delegación de los sabios	99
La muerte	105
Selección, justicia, tribunales, comisiones, etc ..	109
La fiesta del prolegómeno	119
Las jeringas	123
Policía y judicatura popular: el <i>epa</i> , el <i>aka</i> , el <i>tok</i> y la <i>utasia</i>	127
Pulgas de catre	137
La embriaguez	147
Perros, gatos, papagallos, etc	151
El peliandro y las barriadas musicales, las gui- tarras, etc.	157
Exactitud	161
El amor	165
Feminismo	173
El ingenio	177

	<u>Páginas</u>
La guerra	183
La pólvora	187
El victimismo	191
La gloria	195
Los homenajes	199
La miseria	207
Fabulación	213
Fómites	215
El juego	219
La vida galante	223
Suicidio	227
Las fiestas y el baile	231
Política, oratoria, etc.	235
Poesía, elocuencia, etc.	239
Artes plásticas	249
Teatro	253
La escuela	259
A manera de epílogo	267

